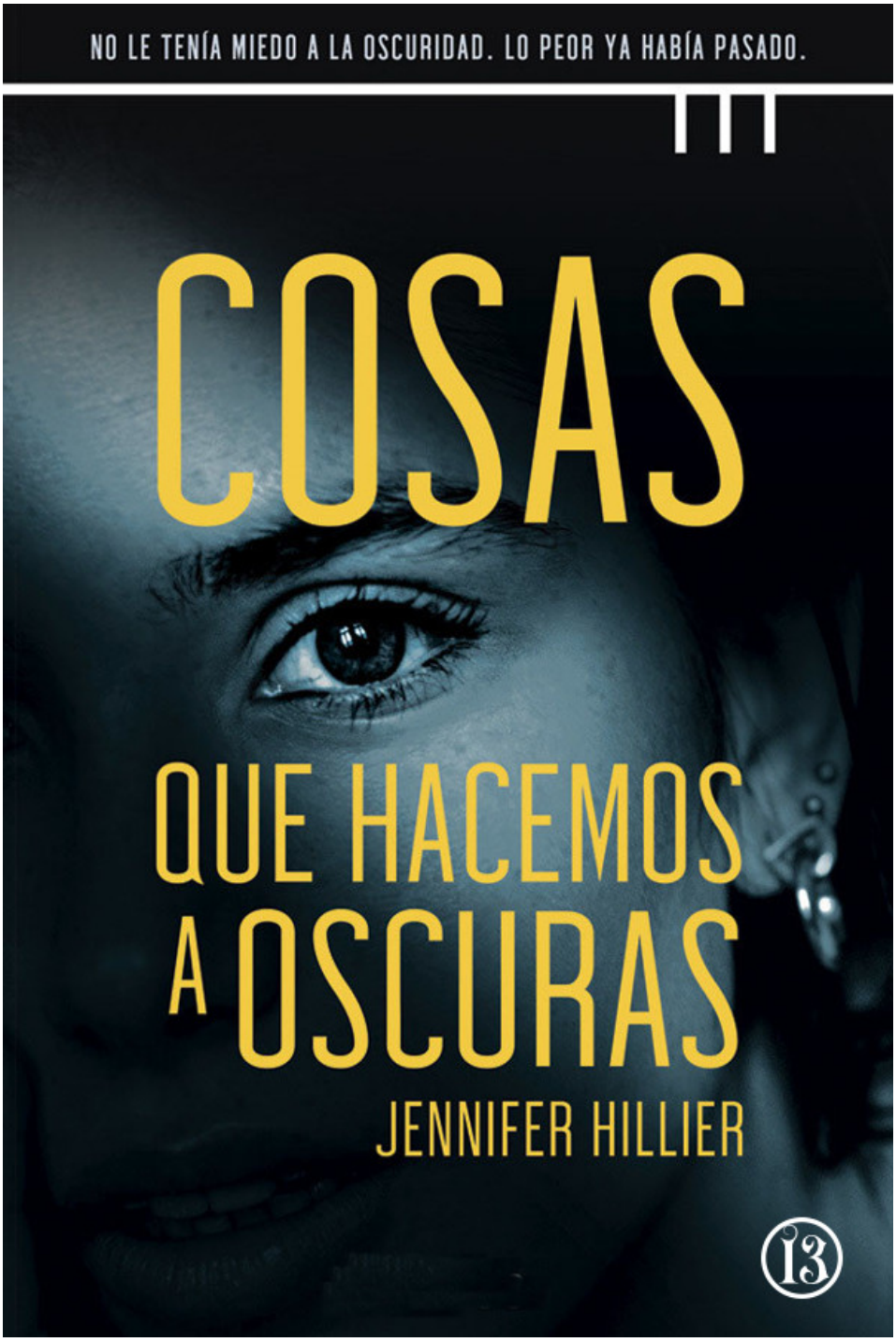
Paris Peralta es arrestada en su propio cuarto de baño: está cubierta de sangre, sosteniendo una navaja de afeitar y su famoso esposo yace muerto en la bañera detrás de ella. Pero a pesar de lo terrible que parece, no es el inevitable cargo de asesinato lo que más le preocupa. Es su pasado oculto durante mucho tiempo, el pasado que ha enterrado durante décadas, lo que amenaza con destruir su presente y cualquier posibilidad de futuro. Ruby Reyes, una asesina convicta sentenciada a cadena perpetua en un juicio que cautivó a Canadá hace veinticinco años, está escribiendo cartas a Paris, afirmando saber la verdad y amenazando con revelar su verdadera identidad. Cuando la cadena perpetua de Reyes es conmutada inesperadamente y ella sale de prisión, Paris se ve doblemente amenazada: será acusada de asesinato por la muerte de un esposo al que amaba y se sabrá la verdad detrás de otro asesinato, ocurrido hace mucho tiempo.

NO LE TENÍA MIEDO A LA OSCURIDAD. LO PEOR YA HABÍA PASADO.



COSAS QUE HACEMOS A OSCURAS

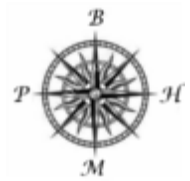
JENNIFER HILLIER

Jennifer Hillier

Cosas que hacemos a oscuras

Título original: *Things we do In the dark*
Jennifer Hillier, 2022
Traducción: Carmen Bordeu, 2022

-



Revisión: 1.0
14.02.2023

Para Mox
Eres el sol que me ilumina
y el aire que respiro
y la razón de todo.

PRIMERA PARTE

Puede matar con una sonrisa,
puede herir con sus ojos.

Billy Joel

CAPÍTULO 1

Hay un tiempo y un lugar para tener los pezones erectos, pero está claro que el asiento trasero de un coche de policía de Seattle no lo es.

Paris Peralta no pensó en tomar un suéter antes de que la detuvieran, así que solo lleva puesta una camiseta sin mangas manchada de sangre. Después de todo, estamos en julio. Pero el aire acondicionado está al máximo y Paris tiene frío y se siente expuesta. Con las muñecas esposadas, lo único que puede hacer es entrelazar las manos y levantar los antebrazos para cubrirse los pechos. Parece que está rezando.

No está rezando. Es demasiado tarde para eso.

Le late la cabeza debajo del apósito tipo mariposa que le puso el paramédico antes de subirla al patrullero. Debió de golpearse contra el borde de la tina en algún momento de la noche anterior, aunque no recuerda haberse tropezado o caído. Lo único que recuerda es a su esposo, tendido en la tina llena de sangre, y los gritos que la habían despertado esa mañana.

La detective rubia con coleta sentada al volante le echa otro vistazo por el espejo retrovisor. Desde que Jimmy firmó un contrato de *streaming* con Quan, el nuevo competidor de Netflix, seis meses atrás, la gente la ha estado mirando mucho. Paris lo detesta. Cuando se casó con Jimmy, actor y comediante retirado, esperaba vivir una vida tranquila. Ese era el trato que habían hecho; ese era el matrimonio al que ella se había comprometido. Pero luego Jimmy cambió de idea y volvió al trabajo y eso había sido casi lo peor que podía haberle hecho.

Y ahora está muerto.

La detective la ha estado vigilando en el asiento trasero todo el

tiempo; sus ojos se han desplazado del camino al espejo retrovisor cada escasos minutos. Paris ya se dio cuenta de que la mujer considera que es culpable. De acuerdo, es cierto que la escena no la ayudó demasiado. Había mucha sangre y, cuando la detective llegó al lugar, tres oficiales ya estaban en el dormitorio con las armas apuntando a Paris por el hueco de la puerta del baño. Pronto hubo cuatro pares de ojos que la miraban como si hubiera hecho algo terrible. Nadie parecía parpadear ni respirar, incluida ella.

—Señora Peralta, por favor, baje el arma —había dicho la detective. Su voz era tranquila y directa mientras desenfundaba la pistola—. Y luego salga del baño despacio y con las manos en alto.

"Pero no tengo un arma", pensó Paris. Era la segunda vez que alguien le pedía que hiciera eso y, al igual que antes, no tenía sentido. "¿Qué arma?".

Entonces la detective bajó la vista con rapidez. Paris siguió su mirada y se sorprendió al darse cuenta de que aún sostenía la navaja de afeitar de Jimmy. Y no solo la sostenía, sino que la mantenía aferrada en su mano derecha, con los dedos apretados alrededor del mango y los nudillos blancos. La levantó y la contempló con asombro mientras la hacía girar en la mano. A los uniformados no les gustó eso, y la detective repitió su petición en un tono más alto y autoritario.

Todo aquello era muy absurdo. Estaban exagerando. Paris no tenía un arma en la mano. Solo era un utensilio de afeitar, una de las tantas navajas que tenía Jimmy, porque su esposo era un tipo anticuado a quien le gustaba afeitarse con navaja, los casetes y los teléfonos fijos. Pero ya ni siquiera le permitían seguir usando navajas. Se había vuelto riesgoso desde que el temblor en su mano había empeorado.

Entonces, ¿qué demonios hacia Paris con la navaja de mango de ébano que él había comprado en Alemania hacía décadas todavía en la mano?

Todo sucedió en cámara lenta. Mientras la detective seguía hablando, Paris observó de nuevo la sangre que salpicaba el suelo de mármol blanco: se había vuelto rosada al diluirse con el agua de la tina. Era la sangre de Jimmy, y ella sabía que, si se volteaba, vería a su esposo detrás de ella, sumergido en la tina profunda en la que se había desangrado la noche anterior.

No se volteó. Pero sí alcanzó a ver una imagen fugaz de sí misma en el espejo sobre el lavabo, en el que vio a una mujer que se parecía a ella, con una camiseta sin mangas manchada de sangre. Estaba despeinada, tenía los ojos desorbitados y un lado de la cara cubierto de sangre que se había deslizado de un corte sobre la ceja derecha. En su mano, la vieja navaja de Jimmy parecía un arma.

Un arma asesina.

—Señora Peralta, suelte la navaja —volvió a ordenarle la detective.

Por fin, Paris la dejó caer. La hoja de acero aterrizó en el suelo con un ruido sordo y los agentes uniformados se acercaron a ella en tropel. Uno de ellos le colocó las esposas y la detective le informó sus derechos. Mientras la sacaban del dormitorio y bajaban las escaleras, Paris se preguntó cómo podría explicar esto.

Años atrás, la última vez que algo así había ocurrido, no había tenido que dar ninguna explicación.

—Perdone, ¿le importaría bajar el aire acondicionado? —Los pezones de Paris están presionando con fuerza contra sus antebrazos como si fueran tornillos. Aunque lleva casi veinte años viviendo en Seattle, la canadiense que hay en ella todavía no pierde la costumbre de disculparse antes de pedir algo—. Lo siento, hace mucho frío aquí atrás.

El agente del asiento del acompañante pulsa un botón en el tablero varias veces hasta que la temperatura del aire aumenta.

—Gracias —agrega ella.

El oficial se da la vuelta.

—¿Podemos hacer algo más por usted? —pregunta el agente—. ¿Quiere un caramelo de menta? ¿O que paremos a tomar un café?

No lo está preguntando en serio, así que ella no responde.

En cierto modo, Paris entiende que se encuentra en un estado de *shock* y que todavía no ha comprendido el alcance de la situación. Al menos su instinto de supervivencia se ha activado: sabe que ha sido arrestada, sabe que va a ser fichada, y sabe que tiene que mantener la boca cerrada y llamar a un abogado en cuanto pueda. Pero, aun así, tiene la sensación de que está observando todo esto desde *afuera*, como si estuviera en una película en la que alguien que se parece a ella está a punto de ser acusada de asesinato.

Este sentimiento de *disociación*, una palabra que aprendió de

niña, es algo que le ocurre siempre que se encuentra en situaciones de estrés extremo. La disociación era la forma en la que su mente la protegía de los traumas que sufría su cuerpo. Y, si bien eso no es lo que está ocurriendo ahora, la sensación de separación entre su cerebro y su cuerpo físico suele ocurrirle siempre que se siente vulnerable e insegura.

En este momento, la vida que conoce, la vida que ha construido, está amenazada.

Sin embargo, Paris no puede dejar que su mente la aleje de allí. Tiene que seguir presente si quiere sobrellevar esto, así que se concentra en la respiración. Como les dice a sus alumnos de yoga, pase lo que pase, siempre se puede volver la atención a la respiración. Entonces, contrae apenas la garganta, inhala con lentitud y profundamente, mantiene el aire y luego exhala. Emite un ligero siseo, como si intentara empañar la ventanilla del coche, y los ojos de la detective vuelven enseguida al espejo retrovisor.

Después de varias respiraciones oceánicas, respiraciones *ujjayi*, Paris siente la mente más despejada, se siente más aquí, y trata de procesar cómo diablos ha terminado en el asiento trasero de un patrullero, camino a una celda. Ve suficiente televisión para saber que la policía siempre presupone que el cónyuge es el homicida. Por supuesto, no había ayudado ni un poco que Zoe, la asistente de Jimmy, fuera quien la había señalado con el dedo mientras gritaba hasta quedarse ronca. "¡Ella lo mató, ella lo mató! ¡Oh, Dios, es una asesina!".

Creen que ella mató a Jimmy.

Y ahora el resto del mundo lo creerá también, porque eso es lo que parece cuando te sacan esposada de tu casa con la ropa manchada de sangre mientras la noticia de la muerte de tu marido famoso se extiende entre el grupo de curiosos que toman fotografías y graban videos de tu detención. La ironía es que la multitud ya estaba fuera de su casa mucho antes de que Zoe llamara a la policía. Paris y Jimmy viven en Queen Anne Hill, justo enfrente del parque Kerry, que tiene las mejores vistas de Seattle. Es el típico sitio donde tanto los lugareños como los turistas toman fotos de la ciudad y del monte Rainier, y la multitud de hoy era como cualquier otra, excepto que las cámaras estaban apuntando hacia la casa en vez de hacia el horizonte. Y así como no había habido

tiempo para ponerse otra camiseta, tampoco había tenido oportunidad de cambiarse los zapatos. En cuanto puso un pie fuera, Paris oyó gritar a alguien: "¡Lindas pantuflas!", pero no sonó como un cumplido.

Sus vecinos también se encontraban fuera. Bob y Elaine, de la casa de al lado, estaban de pie al final de su sendero de entrada y la observaban con caras de asombro y espanto. Como no la llamaron ni ofrecieron ayudarla de ninguna manera, ya se deben de haber enterado de lo que pasó. Deben de pensar que Paris es culpable.

Se supone que son sus amigos.

Paris se imagina los titulares: "JIMMY PERALTA, EL PRÍNCIPE DE POU-GHKEEPSIE, FUE HALLADO MUERTO A LOS 68 AÑOS". Aunque habían pasado más de dos décadas desde que la exitosa *sitcom* de Jimmy había dejado de ser emitida después de diez años consecutivos, siempre se lo conocería por su rol protagónico como el hijo del dueño de una panadería en *El Príncipe de Poughkeepsie*, que había ganado más de una docena de premios Emmy e impulsado a Jimmy al estrellato cinematográfico hasta su retiro siete años atrás. Paris no necesita ser publicista para predecir que la noticia de la muerte de su esposo ocupará más titulares que el contrato multimillonario que Jimmy había firmado con Quan cuando decidió su regreso. Ella misma la consideraría una noticia jugosa si no estuviera involucrada.

Sigue concentrándose en la respiración, pero su mente se niega a tranquilizarse. Nada de esto está bien. Aunque no se había hecho ilusiones de que ella y Jimmy fueran a envejecer juntos, había creído que tendrían más tiempo. En los dos años que llevaban casados, habían creado una rutina sencilla. Paris trabajaba en el centro de yoga seis días a la semana y Jimmy siempre estaba ocupado con algo. El domingo era el día que pasaban juntos. Ahora mismo deberían estar tomando un *brunch* relajado en la cafetería cercana, donde el dueño siempre les reservaba una mesa junto a la ventana. *Hot cakes* y beicon para Jimmy y gofres con fresas para Paris. Después podrían ir al mercado de agricultores de Fremont o a ver antigüedades a Snohomish. Sin embargo, la mayoría de las veces regresaban a casa, donde Jimmy se entretenía en el jardín, podando esto y desbrozando aquello, mientras ella se sentaba junto a la piscina a leer un libro de bolsillo.

Pero este no es un domingo normal. Esto es una puta pesadilla. Paris debería haber sabido que acabaría así, porque no existe eso de "felices para siempre" cuando huyes de una vida para empezar otra nueva.

El karma siempre llega.

Una pluma de sus pantuflas ridículas le hace cosquillas en la parte superior del pie. Cuando se las regalaron para su cumpleaños el mes anterior —no su verdadero cumpleaños, sino el que figura en su documento de identidad—, le habían parecido graciosas y bonitas. Los instructores en el centro de yoga habían juntado dinero para comprarle un par de pantuflas ligeras de diseño italiano y muy caras, hechas con plumas de avestruz rosadas. Se suponía que quedarían en el centro para que tuviera algo que ponerse entre las clases, pero Paris no había podido resistir llevarlas a su casa para mostrárselas a Jimmy. Sabía que él se reiría, y así fue.

Las pantuflas ya no tienen ninguna gracia. Lo único que harán es contribuir a la narrativa que los medios de comunicación siguen tratando de crear: que Paris es una ricachona tonta y engreída. Se las había arreglado para pasar inadvertida durante diecinueve años después de escapar de Toronto, solo para que eso acabara cuando Zoe, la fiel asistente de Jimmy, incluyó la foto de su boda en el comunicado de prensa sobre el contrato de *streaming*. Zoe no había podido entender por qué Paris se había molestado tanto, pero hasta ese día, la mayoría de la gente ni siquiera sabía que Jimmy Peralta se había vuelto a casar. Paris había estado viviendo en un feliz anonimato con su esposo retirado, y luego se había ido todo al diablo.

Como diría Zoe, las cosas no pintan bien. Paris es la quinta esposa de Jimmy y es casi treinta años menor que él. Y aunque la diferencia de edad nunca fue un problema para Jimmy —¿por qué iba a serlo?—, hace que Paris parezca una zorra cazafortunas que solo estaba esperando que su esposo muriera.

Y ahora está muerto.

CAPÍTULO 2

El oficial en la recepción de la cárcel del condado de King le pide el móvil, pero Paris no lo lleva consigo. Por lo que recuerda, sigue en la mesita de noche de su habitación, en la casa que ahora es la escena del crimen.

—Debe depositar todos los objetos personales en la bolsa y ponerla en la bandeja —le indica el hombre. Al igual que la detective que la ha traído aquí, no ha dejado de mirarla desde que llegó—. Eso incluye las joyas.

Lo único que tiene Paris es su alianza. Jimmy le había ofrecido comprarle también un anillo de compromiso, pero ella lo había rechazado, insistiendo en que, de todas maneras, nunca lo usaría mientras estuviera dando clases de yoga. Al final, él la había convencido de que aceptara un cintillo con quince bonitos diamantes ovalados de color rosado. El precio era pasmoso, doscientos cincuenta mil dólares, pero el joyero les había ofrecido una rebaja en caso de que estuvieran dispuestos a dejar fotografiar y publicitar el anillo. Paris se había negado.

—No quiero publicidad —le aseguró a Jimmy—. De verdad que no necesito más que una simple alianza de oro.

—Ni loco. —Jimmy tuvo una breve conversación con el joyero y sacó su Amex negra. Como era Jimmy Peralta, igual obtuvo el descuento.

—Paris Peralta. —El oficial pronuncia su nombre con una sonrisita de satisfacción mientras escribe en el teclado y estira las sílabas. Paaariiisss Peraaaaalta—. Mi mujer se va a caer de culo cuando le cuente a quién fiché hoy. Era fanática de *El Príncipe de Poughkeepsie*. A mí nunca me gustó el programa. Jimmy Peralta siempre me pareció un idiota.

—Tenga un poco de respeto, oficial. —La detective está de pie junto a ella, codo a codo, como si pensara que existe la posibilidad de que Paris se escape. Menea la cabeza y la punta de su coleta roza el brazo desnudo de Paris—. El hombre está muerto.

Paris se quita el anillo de boda y lo desliza a través de la ventanilla. A su lado, oye a la detective mascullar en voz baja: "Jesús, es rosa". El oficial examina el anillo con detenimiento antes de meterlo en una pequeña bolsa de plástico y sellarla. Luego deja caer en la bandeja la bolsa, que aterriza con un golpe sonoro.

Paris se estremece por dentro. "Ese anillo cuesta tal vez el triple de lo que ganaste el año pasado", piensa. Por fuera, mantiene la compostura. No va a regalarle a nadie una noticia para vender a los tabloides. En cambio, mira con fijeza al hombre a través de la ventanilla de plexiglás manchada. Como supone, el tipo es un cobarde y baja la mirada de nuevo a su computadora.

—Firme esto. —Le pasa la lista del inventario por la ventanilla. Solo contiene un ítem. "Anillo, diamantes, rosado". Paris garabatea su firma.

Otro agente sale de detrás del escritorio y espera expectante. La detective voltea hacia Paris. Es probable que la mujer se haya presentado en el momento de la detención, pero Paris no recuerda su nombre si es que alguna vez lo oyó.

—Tendrá que quitarse la ropa —le informa—. Las pantuflas también. Le darán algo para que se ponga. Y luego vendré a hablar con usted, ¿de acuerdo?

—Me gustaría llamar a mi abogado —dice Paris.

La detective no se sorprende, aunque parece decepcionada.

—Podrá hacerlo después de que la fichen.

Suena un timbre y Paris es conducida a través de varias puertas hacia una pequeña sala muy iluminada. Le indican que se quite la ropa en un rincón, detrás de una cortina azul. Se desviste con rapidez, se quita todo excepto la ropa interior y se pone la sudadera, los pantalones de deporte, los calcetines y las chanclas de goma que le han entregado. Es un alivio quitarse la ropa manchada de sangre y ponerse un calzado que no parezca un juguete para gatos. Todo tiene estampado las siglas del Departamento Correccional: DC.

Le toman las huellas dactilares y la fotografían. Tiene el pelo

enmarañado, pero no cree que pueda pedir prestado un cepillo. Mira directamente a la cámara y levanta la barbilla. Jimmy había dicho una vez que es casi imposible no parecer un criminal en una ficha policial. Y él sabía de lo que hablaba. Había sido arrestado dos veces por conducir bajo los efectos del alcohol y una vez por agresión cuando empujó a un alborotador en Las Vegas después de una función. En las tres fotografías parecía totalmente culpable.

Terminados los trámites, la conducen a un elevador para llevarla al piso de abajo. El joven oficial que la escolta le lanza miradas furtivas ocasionales, pero no dice nada hasta que llegan a la celda. Con voz chirriante (seguida de un rápido carraspeo) le indica que entre. En cuanto ella lo hace, los barrotes se cierran y se bloquean con un fuerte sonido metálico.

Y así, sin más, Paris está en la cárcel.

Es a la vez mejor y peor de lo que siempre imaginó, y lo ha imaginado muchas veces. Es más grande de lo que esperaba y solo hay otra persona allí, una mujer que está desmayada en el lado opuesto de la celda. Una pierna desnuda cuelga del borde del asiento y las plantas de sus pies descalzos están inmundas. Su ajustado vestido amarillo neón está cubierto de manchas de una sustancia indeterminada, pero al menos no la han obligado a cambiarse de ropa. Sea lo que fuere por lo que está detenida, no es por homicidio.

A pesar de que la celda parece limpia, las penetrantes luces fluorescentes dejan al descubierto manchas de lo que sea que se haya limpiado hace poco. A juzgar por los olores persistentes, tanto orina como vómito. Las paredes se ven pegajosas y están pintadas de un tono sucio, del color del té flojo, y hay una cámara en una esquina del techo.

En el fondo de la celda, junto al teléfono fijado a la pared, hay un cartel plastificado con los números de tres empresas de fianzas diferentes. Con suerte, Paris no las necesitará. Toma el auricular y marca uno de los pocos números de teléfono que ha memorizado. “Contesta, contesta, contesta…”

Buzón de voz. “Mierda”. Escucha su propia voz que la alienta a dejar un mensaje.

—Henry, soy Paris —susurra—. Te llamo al móvil. Estoy en problemas.

Cuelga, espera el tono de llamada y marca el segundo número que conoce de memoria. Buzón de voz otra vez. A un metro de distancia, su compañera de celda se sienta; el cabello mugriento cae alrededor de su cara grasienta. Mira a Paris con ojos legañosos y manchados de rímel, como los de un mapache.

—Te conozco. —Su voz es pastosa y arrastra las palabras. Incluso a esa distancia, Paris puede olerla, un aroma como de comida podrida en una destilería de *whisky*—. Te he visto antes. Eres una persona famosa o algo así.

Paris finge no oírla.

—Eres la chica que se casó con el viejo. —La mujer parpadea para tratar de concentrarse. Cuando Paris no responde, agrega—: Ah, perdón, entiendo, eres una puta princesa, demasiado buena para hablar conmigo. Bueno, vete a la mierda, princesa. —Se vuelve a acostar. Diez segundos más tarde, su cara está relajada y tiene la boca abierta.

En la pared fuera de la celda hay un reloj de péndulo, y Paris espera cuatro minutos y medio exactos antes de volver a descolgar el auricular. Esta vez, alguien atiende enseguida.

—Centro de yoga Ocean Breath.

—Henry. —El alivio inunda a Paris al oír la voz de su socio—. Gracias a Dios.

—Mierda, P, ¿estás bien? —La voz de Henry está cargada de preocupación—. Acabo de enterarme de lo de Jimmy. Ay, cariño, lo siento mucho. No puedo creer.

—Henry, me han arrestado. —No puede creer que esté diciendo estas palabras—. Estoy en una celda en la cárcel del condado de King.

—Vi cómo te detenían. Es una locura.

—¿Lo viste? ¿Salió en las noticias?

—¿En las noticias? Cariño, está en TikTok. —Paris oye un ruido de fondo y luego el de una puerta al cerrarse, lo que significa que Henry se ha llevado el teléfono inalámbrico a la oficina—. Uno de los turistas del parque filmó tu arresto y lo subió. Es el video número uno en visitas en este momento.

Por supuesto que esto no es sorprendente, pero escuchar a Henry decirlo lo hace aún más real. Paris se traga el pánico y se recuerda a sí misma que tendrá mucho tiempo para desmoronarse después.

—Escucha, Henry. Necesito que llames a Elsie Dixon de mi parte.

—¿La amiga de Jimmy? ¿La abogada que canta las canciones de musicales en todas tus fiestas?

—Esa misma. No tengo mi móvil, así que no tengo su número.

—Buscaré el número de su bufete en Google.

—No la vas a encontrar, hoy es domingo. Pero puede que en el escritorio haya una tarjeta comercial de ella con el número de su móvil. Dile que venga a la cárcel enseguida, ¿de acuerdo?

—No veo ninguna tarjeta. —Puede oír a Henry rebuscando en los cajones—. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Creí que se dedicaba a litigar, ¿no es así?

—Empezó su carrera como abogada de oficio —explica Paris—, y es la única abogada que conozco.

—Dios santo, P —aventura Henry, conmocionado de verdad—. No puedo creer que estés en la cárcel. ¿Es como en las películas?

Paris mira a su alrededor.

—Más o menos. Pero más sombrío.

—¿Quieres que te lleve algo? ¿Una almohada? ¿Un libro? ¿Un cuchillo?

Intenta hacerla reír, pero lo único que consigue es un bufido.

—Te quiero. Solo encuentra a Elsie, ¿de acuerdo? Y tal vez podrías avisarles a los instructores lo que está pasando.

—P, están diciendo… —Una pausa—. Están diciendo que mataste a Jimmy. Sé que eso no es posible porque yo te conozco. No eres una asesina.

—Te lo agradezco —responde Paris y, tras despedirse, cuelgan. Henry siempre ha sido un amigo solidario y es leal hasta la médula.

Pero no la conoce, en realidad.

Nadie la conoce.

CAPÍTULO 3

Gracias a las maravillas de la adaptación sensorial, Paris ya no puede percibir los diversos olores que la asaltaron cuando entró por primera vez a la celda. Por desgracia, no puede decir lo mismo de los ruidos.

Se sienta con las manos en el regazo y se esfuerza por ignorar los ronquidos de su compañera, que se mezclan con las conversaciones fortuitas que llegan de las otras celdas. Todo va a estar bien. Elsie llegará pronto y sabrá exactamente qué hacer, porque Elsie Dixon es una abogada y eso es lo que hacen los abogados.

Excepto que no es solo una abogada. Elsie es además la mejor amiga de Jimmy. Se conocieron en el bachillerato hace cincuenta años, lo que implica que la relación entre ellos supera en once años la edad de Paris. No hay duda del lado del que estará la mujer, y si cree que existe la más mínima posibilidad de que Paris haya asesinado a su amigo más querido, Elsie no aparecerá, ni hoy ni nunca.

Paris espera que aparezca.

Mientras tanto, no hay nada que hacer más que esperar. Y sin un teléfono o un libro para distraerse, lo único que puede hacer es pensar. Y, cuanto más piensa, el dolor por la muerte de Jimmy se abre paso en su interior con más intensidad. Paris no quiere sentirlo. Ni aquí ni ahora, porque no sabe cómo sentir la profundidad de su dolor y, al mismo tiempo, salvarse del lío en el que está metida. Cierra los ojos. Aunque no haya matado a su esposo, no hay duda de que parece que lo ha hecho.

La parte que nadie parece aceptar es que Paris de verdad quería mucho a Jimmy. Pero no era necesariamente un amor romántico, y esa es la parte que le molesta a la gente. Al parecer, solo puedes

casarte con alguien por quien estés loca de amor, alguien de quien nunca te cansas, alguien sin quien no puedes imaginar tu vida. Según esa definición, lo que ella y Jimmy tenían no se consideraría amor en absoluto. Tenían siempre los pies sobre la tierra. Tal vez pasaban más tiempo separados que juntos. Y por supuesto que podían vivir el uno sin el otro. Por favor. Jimmy había vivido sesenta y cinco años antes de conocer a Paris y había logrado un nivel de éxito que la mayoría de los comediantes jamás alcanzaría. Paris tenía treinta y seis cuando lo conoció y estaba muy bien sola. Ella era un alma vieja; él era joven de corazón. La relación funcionaba.

Y, sin embargo, lo único que todos veían —la prensa, los amigos de Jimmy y, en especial, Elsie— eran los veintinueve años de diferencia de edad.

—Estamos bien juntos, ¿no crees? —había aventurado Jimmy durante un almuerzo un miércoles cualquiera. Llevaban saliendo unos nueve meses—. ¿Has pensado alguna vez en casarte?

—¿Con quién?

—Conmigo, tonta.

Paris casi se había atragantado con el sándwich de pastrami y pan de centeno que estaban compartiendo. Jimmy no era capaz de comer un sándwich que no incluyera carne selecta.

—¿Te estás declarando? —preguntó.

—Supongo que sí.

No fue romántico. Jimmy no lo era y ella tampoco. Eran dos adultos tomando la decisión de compartir la vida juntos, y eso era suficiente para ambos. Se casaron en Kauai tres meses después, al atardecer, en una ceremonia íntima en la playa. Un buen amigo de Jimmy, un importante director de Hollywood cuya esposa era más joven que Paris, trasladó al pequeño grupo en su avión Gulfstream. Elsie estaba allí; fue sola, ya que no había encontrado a nadie especial después de que su segundo matrimonio acabara una década antes, y además estaban Henry y su pareja de toda la vida, Brent. Bob y Elaine Cavanaugh, los vecinos de la casa de al lado, también estaban invitados. Y, por supuesto, Zoe.

Cuando Paris piensa en la asistente de pelo crespo de Jimmy, le dan ganas de apuñalar algo.

—Peralta, su abogada está aquí.

Abre los ojos y ve que el mismo joven oficial de antes está abriendo las puertas de la celda. Sin saber cómo, han pasado tres horas. Teniendo en cuenta que la amiga más antigua de Jimmy vive a poco más de veinte minutos del juzgado del condado, no hay duda de que Elsie se tomó su tiempo para venir.

Pero al menos está aquí. Y el oficial dijo "su abogada", lo que con suerte significa que Elsie ha venido a ayudar.

—Garza —agrega el oficial en voz más alta. Al escuchar su nombre, la compañera de celda de Elsie se despierta de nuevo—. Han pagado tu fianza. Vamos.

La mujer bosteza, se pone de pie y agita los dedos hacia Paris. Las uñas están pintadas del mismo color amarillo pelota de tenis que su vestido. Todavía parece borracha y casi choca con Elsie, que se aparta justo a tiempo. Elsie arruga la nariz por el olor que despide.

—Adiós, princesa —dice la mujer por encima el hombro antes de desaparecer por el pasillo.

Por fin, se permite que la abogada entre en la celda. Elsie mide poco más de un metro sesenta, pero tiene la personalidad de alguien de un metro ochenta. Lleva el cabello plateado cortado a la altura de la barbilla, su estilo característico, y está vestida como si estuviera en camino a un almuerzo temprano de señoras… un almuerzo en un crucero tropical. Los zapatos de tacón rosados combinan con la blusa rosa drapeada y la falda de flores, y el grueso y llamativo collar turquesa complementa sus ojos azules. Es un atuendo normal para ella.

Elsie tiene los ojos rojos e hinchados. No saluda ni le pregunta a Paris cómo está. Antes de tomar asiento, quita de un golpecito una partícula de suciedad en el banco.

—Pedí una sala de interrogatorios, pero están todas ocupadas. —La mujer mayor habla con tono enérgico—. Así que tendremos que conversar aquí. Aunque estemos solas, mantén la voz baja y la cabeza gacha todo el tiempo. Nunca se sabe quién está escuchando.

—Gracias por venir —susurra Paris.

Elsie no contesta. En cambio, abre el maletín y saca un bloc de notas rayado, sus gafas de leer y un elegante bolígrafo negro y dorado con el nombre de su bufete grabado en un lado. Elsie es socia de la firma Strathroy, Oakwood y Strauss, y aunque ya no es

una abogada penalista, solía serlo. Comenzó trabajando como abogada de oficio durante un par de años antes de pasarse a la práctica privada. Ahora se dedica a litigar y Jimmy siempre ha dicho que es una fiera en el tribunal.

Paris no está segura de cuánto puede ayudarla Elsie con su situación, pero agradece que la abogada al menos se haya presentado. La mujer siempre se mostró muy protectora con Jimmy, y desconfió de Paris desde un principio. La noche que se conocieron, Elsie había preguntado sin rodeos si la nueva novia mucho más joven que Jimmy estaba con él solo para conseguir la tarjeta verde. La abogada iba por su tercera copa de vino blanco en ese momento, pero aun así.

—Es como que ni siquiera se le ocurrió que ya soy ciudadana estadounidense —le había comentado más tarde a Jimmy con furia —. ¿Me habría preguntado lo mismo si yo fuera blanca?

—Te lo preguntó porque está celosa. —Jimmy le apartó un mechón de cabello del rostro—. No tiene pelos en la lengua… salimos juntos cuando estábamos en el bachillerato. Yo era el payaso de la clase y ella era la mejor estudiante de la escuela, y le rompí el corazón cuando me mudé a Los Ángeles después de graduarme. No es nada simpática con mis novias al principio. Pero ya se le va a pasar. Siempre se le pasa.

Con el tiempo, Paris y Elsie aprendieron a tolerarse mutuamente, sobre todo una vez que descubrieron que coincidían en dos cosas importantes: ambas estaban preocupadas por el regreso profesional de Jimmy a los sesenta y ocho años (aunque por razones muy diferentes) y las dos le echaban toda la culpa de eso a Zoe. Si Paris consigue que Elsie crea que ella no mató a Jimmy, podría tener una oportunidad de lograr que todos los demás lo creyesen también.

—No maté a Jimmy —declara con brusquedad, incapaz de soportar el silencio por más tiempo.

—Si pensara que lo hiciste, no estaría aquí —responde Elsie con calma.

Paris exhala y se deja caer contra la pared, aliviada. Pero su pelo se engancha en algo pegajoso, así que se endereza de nuevo.

Elsie cliquea la punta de su bolígrafo y prueba la tinta. Revisa sus gafas y usa el dobladillo de la blusa para limpiar una mancha.

Sus manos no dejan de moverse, como si canalizara en ellas todo lo que siente, como si tuviera miedo de quedarse quieta porque eso la obligaría a terminar de procesar que algo terrible ha sucedido.

Porque algo terrible ha sucedido.

—Elsie, lo siento mucho.

—No tenemos mucho tiempo, así que hablemos de todo eso más tarde, ¿te parece? —A diferencia de sus manos, la voz de Elsie es firme—. Ahora mismo necesito que respondas todas mis preguntas con la mayor precisión posible. Nos reuniremos con la detective Kellogg en diez minutos. ¿Ha intentado interrogarte sin que yo esté presente?

—Pedí llamar a un abogado en cuanto llegué aquí —explica Paris—. Elsie, Jimmy tenía…

Elsie levanta una mano.

—Resérvalo para más tarde. Déjame hacer mi trabajo. Necesito que respondas todas mis preguntas.

Paris se calla.

—¿Has hablado con alguien desde que te arrestaron?

—No.

—¿Y desde que llegaste aquí?

—No.

—¿Qué hay de la pequeña Miss Sunshine, la mujer que acaba de salir?

—No he dicho nada a nadie.

—Bien. —La voz de Elsie vuelve a ser enérgica—. De acuerdo. Te han detenido por sospecha de homicidio, pero no es una acusación formal. Es un caso de muy alto perfil, así que no pueden permitirse el lujo de cometer errores. Por lo que he leído en el informe de la detención, todo lo que tienen es circunstancial. Estabas casada con Jimmy, vives en esa casa; es normal y esperable que estuvieras en el baño y… tocaras cosas. Ahora quiero que pienses bien. ¿Cuándo descubriste que Jimmy estaba muerto?

—Anoche —responde Paris—. Acababa de volver de Vancouver…

—¿A qué hora?

—Eh, a las dos… tal vez dos y media de la mañana. Muy tarde.

—¿Viniste en avión o en coche?

—En coche.

—¿O sea que cruzaste la frontera alrededor de la medianoche?

—Yo diría que sí.

Elsie garabatea notas en su libreta.

—¿Y luego qué?

—Cuando llegué a casa, me di cuenta de que la alarma no estaba puesta. Pero eso es bastante normal porque la mitad de las veces Jimmy no se molesta en hacerlo. Ya sabes cómo es.

Elsie asiente sin levantar la vista.

—Subí directamente para irme a la cama. Jimmy siempre quiere que le avise cuando llego, sea la hora que sea, así que caminé por el pasillo hacia su dormitorio.

—¿Su dormitorio?

—Sí, su dormitorio.

Elsie levanta una ceja.

—¿Duermen en habitaciones separadas?

—Sí.

—¿Cuándo empezó eso?

—Siempre ha sido así —responde Paris—. Ninguno de los dos duerme bien con otra persona en la cama. A Jimmy le da calor, así que no para de moverse, y yo me despierto con el más mínimo movimiento.

Jimmy se sentiría mortificado si alguien conociera su arreglo para dormir, pero no era para tanto. Lo que acababa de decirle a Elsie era cierto: ambos preferían dormir solos. No significaba nada, pero la gente siempre le asigna un significado a todo.

—Así que entraste en la habitación —retoma Elsie—. ¿La puerta estaba abierta o cerrada?

—No me acuerdo.

—Piensa.

Paris nunca ha visto a Elsie en modo abogada y, a decir verdad, da un poco de miedo. Es difícil conciliar esta versión de ella con la que Paris suele ver. En la fiesta de aniversario de Paris y Jimmy el mes pasado, la mujer estaba sentada sobre un elegante piano de cola con una copa de vino en una mano y un micrófono en la otra cantando “Si alguna vez te dejara”, de *Camelot*.

—La puerta estaba entornada —dice Paris—. No recuerdo haber girado la manga. Solo empujé.

—Continúa.

—Vi que la luz del baño estaba encendida…

—Espera, retrocede. ¿La cama estaba deshecha?

—No. —Paris se interrumpe—. No miré la cama. Vi la luz del baño y fui directo hacia allí.

—¿La puerta del baño estaba abierta o cerrada?

—Abierta, más o menos por la mitad. Cuando me acerqué, lo vi en la tina.

—¿Y qué viste exactamente?

Paris respira profundamente y cierra los ojos. Puede ver a Jimmy tendido en la tina. Lleva puestos pantalones cortos y una camiseta, y la cabeza está inclinada hacia un lado en un ángulo extraño. Tiene los ojos abiertos. Un brazo cuelga sobre el borde de la tina, que está medio llena de agua roja. Excepto que no es solo agua. Es sangre. Mucha sangre.

—Estaba en la tina. —Su propia voz le suena distante—. Parecía muerto, pero no estaba segura. Me acerqué deprisa y le presioné la muñeca, y luego el cuello. No tenía pulso. Su piel estaba fría.

Y hubo gritos. Muchos gritos. Que salían de ella.

Elsie cierra los ojos por un instante.

—¿Podrías decir cómo murió?

—No. Había demasiada sangre para poder ver.

—¿Y entonces qué hiciste?

—Traté de levantarlo.

Elsie alza la vista de su bloc de notas.

—¿Por qué?

—Sé que no tiene sentido, pero. No quería dejarlo ahí. —Paris mira hacia otro lado—. Pero era muy pesado y no podía sujetarlo bien. Cuando intenté sacarlo, se me resbaló y el agua de la tina salpicó por todas partes, por todo el suelo, y a mí.

—¿Qué hiciste luego?

—Sentí que mi pie tocaba algo y, cuando miré hacia abajo, vi algo brillante. Me incliné para recogerlo… y entonces debí de resbalar, porque no recuerdo nada después de eso.

—El informe dice que te golpeaste la cabeza.

—Supongo que sí. —Paris se toca la apósito de la frente—. Todo lo que sé es que, cuando desperté, tenía la cara sobre el suelo y había salido el sol. Había sangre por todas partes. Alguien estaba gritando y oí mi nombre. Me incorporé y vi que había agentes de

policía al otro lado de la puerta del baño. Cuando intenté ponerme de pie, los agentes desenfundaron de inmediato.

—El informe dice que tenías una navaja de afeitar en la mano.

—No me di cuenta hasta que me lo dijeron. —Paris mira a Elsie —. La detective dijo: "Señora Peralta, por favor, baje el arma", y yo miré hacia abajo y vi la navaja en mi mano. Traté de explicar que no era un arma, que solo era una de las navajas de afeitar de Jimmy, pero no me salían las palabras.

—El informe dice que la estabas moviendo. —Elsie enarca una ceja—. La palabra que utilizaron fue "blandiendo".

—Por el amor de Dios, no era mi intención —exclama Paris con impotencia—. Entiendo que quizás eso es lo que parecía. La cabeza me latía con fuerza y me costaba oír porque Zoe no paraba de gritar. Cuando me dijeron: "Suelte la navaja", lo hice. Pero no me quitaban los ojos de encima, como si yo hubiera salido de una película de terror. Fue entonces cuando me vi en el espejo. Parecía Carrie en el baile de graduación.

—¿Qué pasó después?

—Uno de los policías me dijo que me volteara despacio. Me esposó y me leyó mis derechos. Cuando me sacaron de la habitación, Zoe estaba al pie de las escaleras, todavía gritándome, preguntándome cómo podía haberlo hecho, cómo podía haber matado a Jimmy. Y entonces la detective me preguntó: "Señora Peralta, ¿mató usted a su esposo?".

—¿Y tú respondiste…?

—Dije: "No me acuerdo".

Elsie suspira; las líneas en su frente se hacen más profundas.

—No fue la mejor elección de palabras.

—Es lo primero que me salió. —Paris puede oír la desesperación en su propia voz—. Elsie, creo que Jimmy se suicidó. Sé que puede sonar como una locura, pero…

—En realidad, no lo es. —Elsie deja el bolígrafo y mira a Paris a los ojos—. Solo que nunca pensé que lo intentaría otra vez.

Paris se queda con la boca abierta.

—¿*Otra vez*?

—¿Nunca te lo dijo?

"No, no lo hizo".

—Solo me contó lo de las sobredosis.

—Fue hace mucho tiempo, alrededor de un año después de que terminara *El Príncipe de Poughkeepsie*. Poco después de que murió su madre. —Los ojos de Elsie están húmedos—. Dejó una carta de despedida y todo. La verdad es que no me sorprende que no te lo dijera. Le daba mucha vergüenza. Estuvo una semana en el hospital. Nos las arreglamos para que la prensa no se enterara. Fue… una época difícil.

—No vi ninguna carta.

—Me aseguraré de que el equipo forense sepa que debe buscarla. —El rostro de Elsie es imposible de descifrar mientras anota en su libreta—. Pero voy a ser sincera contigo, Paris. Esto no pinta bien. Sin testigos ni carta, es probable que apunten a un homicidio. Jimmy tenía la arteria femoral cortada. Van a decir que es un lugar inusual para que se cortara él mismo, porque lo es.

Paris se hunde en el asiento.

—Pero tenemos algo bueno a nuestro favor —agrega Elsie, pero, antes de que pueda decirle a Paris de qué se trata, el oficial regresa.

Ambas mujeres levantan la vista cuando la puerta de la celda se abre de nuevo.

—La detective Kellogg se reunirá con ustedes en la sala tres — les informa.

Elsie recoge su maletín.

—Responde a todas sus preguntas a menos que yo te indique lo contrario. En ese caso, deja de hablar. De inmediato.

—Entendido.

Mientras siguen al agente por el pasillo, a Paris le tiemblan las manos. Por fin está empezando a asimilar todo. Jimmy está muerto. No estará en casa cuando ella llegue. No le preguntará si tiene ganas de cocinar algo para la cena o si prefiere que él prepare un salmón o filetes a la parrilla. No le besará la cabeza y le dirá: “Lo que tú quieras está bien para mí, nena”.

El esposo de Paris podrá no haber sido el gran amor de su vida —ese honor le sigue perteneciendo a alguien que conoció hace años, en otra vida, cuando ella era una persona muy diferente—, pero Jimmy Peralta era su amor de *esta* vida, la que había construido sobre las cenizas de la anterior.

Ahoga un sollozo justo cuando llegan a la sala tres. Una voz flota en su mente, la intrusa no deseada de siempre, la serpiente en

su cerebro que suele desenrollarse en los peores momentos.

“Eres una completa inútil. Deja de llorar o te daré otra paliza”.

CAPÍTULO 4

Ahora que están sentadas una frente a la otra, Paris se da cuenta de que la detective Kellogg es guapa, más parecida a una actriz que interpreta a una detective en la televisión que a una detective de verdad. Su larga coleta rubia rebota cuando asiente con la cabeza, lo cual ocurre a menudo.

—Me sorprende que la represente —le dice a Elsie—. Tengo entendido que usted y el fallecido eran buenos amigos, ¿no es así? Debe de creer realmente que ella no lo hizo.

—Porque no lo hizo —afirma Elsie.

—¿Sabe? Antes de que entremos en todo eso, ¿dónde estuvo usted anoche, señorita Dixon? —La voz de Kellogg es amable. Al igual que Elsie, tiene un bloc de notas abierto delante de ella, pero el suyo es pequeño, cabría en su bolsillo trasero. La detective golpea la mesa con su lápiz.

—¿Me está preguntando a mí dónde estuve anoche?

La detective sonríe.

—Les estoy preguntando a todos los que conocían a Jimmy Peralta. Puede que usted sea la abogada de la señora Peralta, pero era la mejor amiga del señor Peralta. O eso nos han dicho.

Elsie intercambia una mirada con Paris y suspira.

—Salí a cenar con unos amigos hasta eso de las nueve. Con todo gusto le daré sus nombres y el nombre del restaurante. Volví a casa cerca de las nueve y media y me fui directo a la cama.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Peralta? —Kellogg sigue dirigiendo sus preguntas a Elsie.

—La semana pasada. El lunes, creo.

—Fue el martes —la corrige Paris—. Iba a dar la clase de la mañana cuando tú llegaste.

La abogada asiente.

—Tienes razón, el martes. Jimmy y yo fuimos a desayunar juntos.

—De acuerdo. —Kellogg parece satisfecha—. Se lo pregunto porque escuchamos su voz en el casete que sacamos del equipo de música portátil del señor Peralta que estaba en el baño. No fue fácil encontrar un reproductor para escucharlo, pero sí, su voz quedó grabada diciendo algo sobre tener planes.

—A Jimmy le gusta practicar sus chistes en el baño delante del espejo —aclara Paris. Su mente evoca una imagen de su esposo gesticulando como un enloquecido frente al espejo del baño y siente una fuerte punzada de dolor—. Utiliza su viejo estéreo portátil para practicar.

—Los fabricantes de casetes sobreviven gracias a él —acota Elsie.

—Ahora se puede grabar con una aplicación del móvil —sugiere Kellogg—. ¿No sería más conveniente usar eso?

Paris y Elsie resoplan al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunta la oficial, mirando a una y otra mujer—. ¿Qué tiene de gracioso?

—Jimmy tenía espíritu de viejo, detective —explica Elsie—. Usó un móvil con tapa hasta hace cuatro años y todavía tiene una videocasetera en la sala de estar. Entonces, ¿soy sospechosa?

—De momento no, pero todo es posible. —Kellogg sonríe y se voltea hacia Paris—. Ahora es su turno. Según Zoe Moffatt, la asistente de su esposo, usted tenía previsto estar fuera el fin de semana. ¿Adónde fue?

Paris mira a Elsie, que asiente.

—Fui en coche a Vancouver —responde Paris—. A la Convención y Exposición International Yoga.

—¿Con quién fue?

—Sola.

—¿Dónde se alojó?

—En el Pan Pacific.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?

—Desde el jueves por la tarde hasta anoche.

Kellogg abre la carpeta de manila junto a su libreta de notas y hojea los documentos.

—¿Y a qué hora se marchó de Vancouver?

—Llegué a casa poco después de las dos de la mañana, quizá más cerca de las dos y media.

La detective sonríe.

—Eso no es lo que le pregunté. Le pregunté a qué hora se marchó de Vancouver. Según el hotel, reservó la habitación para tres noches. ¿Por qué se fue antes?

—No me interesaba asistir a ninguna otra mesa redonda.

—¿Qué importancia tiene esto? —pregunta Elsie de mal modo —. Estoy segura de que la patrulla fronteriza puede enviar fotos del coche en el momento en que entró de nuevo en los Estados Unidos. O también se podrían revisar las cámaras de vigilancia en el parque que está enfrente de su casa.

—El parque es más bien un mirador y hay solo dos cámaras cerca. Una de ellas no funciona y la otra apunta hacia la ciudad, no hacia las casas de detrás.

—Es un chiste, ¿no? —dice Paris.

—No te preocupes —la tranquiliza Elsie, pero está concentrada en la detective—. Este es un caso claro de suicidio, detective Kellogg. Jimmy tenía un documentado historial de adicciones y depresión, con un intento de suicidio hace años.

—Tal vez lo sea —admite Kellogg—. Pero hay algo que me hace ruido: Zoe Moffatt, que tiene su propio código para el teclado junto a la puerta principal, entró en la casa esta mañana porque ella y Jimmy tenían una reunión programada a las diez. Cuando el señor Peralta no bajó a la hora prevista, ella lo llamó, y cuando nadie contestó, revisó el garaje para ver si estaba el coche. Y estaba, junto al de la señora Peralta, quien se suponía que todavía se encontraba en Canadá. La señora Moffatt volvió a llamarlo, pero siguió sin obtener respuesta. Preocupada porque ninguno de los dos respondía, subió las escaleras para mirar en el piso de arriba y fue entonces cuando encontró a su jefe muerto en su propia tina y a la señora Peralta en el suelo junto a él, cubierta de sangre y con el arma homicida en la mano.

—Excepto que no es el arma homicida porque no se trata de un homicidio —aseveró Elsie—. Y aún no se ha confirmado que la navaja de afeitar sea lo que, de hecho, causó la muerte de Jimmy. Solo se presupone que lo es porque estaba en el baño. La primera

estimación del médico forense es que la muerte ocurrió entre las nueve y las doce de la noche. Mi clienta no estaba ni cerca de la casa a esa hora. De nuevo, ¿por qué no le pide a la patrulla fronteriza que le envíe fotografías de la hora en la que mi clienta cruzó la frontera para que todos podamos irnos a casa?

—Al parecer, la patrulla fronteriza sufrió algún tipo de falla técnica anoche, así que no pueden confirmar nada todavía. —La detective le habla a Elsie, pero está observando a Paris—. Y hasta que no la solucionen, no sabremos dónde estaba su clienta en el momento en que su esposo fue asesinado.

—Pueden revisar sus registros telefónicos —sugiere Elsie.

"Mierda".

—Lo intentamos. —Kellogg se echa hacia atrás y se dirige a Paris directamente—. Pero parece que todo el fin de semana que usted estuvo afuera, su móvil no salió de la casa.

—Me lo olvidé. —Paris se esfuerza por mantener la compostura. Cuando se miente, siempre es mejor no apresurarse ni dar demasiadas explicaciones—. Estaba casi en la frontera cuando me di cuenta de que no lo tenía.

—¿O sea que estuvo todo el fin de semana sin teléfono?

—Sí. —Otra mentira. Paris no parpadea.

La detective sonríe.

—Bueno, eso la convierte en la persona más desafortunada del mundo.

—¿De verdad va a retenerla por eso? —Elsie es una gran actriz o está atónita en serio. Paris apuesta por lo primero.

—He retenido a sospechosos de homicidio por mucho menos —explica Kellogg—. Porque es un homicidio, abogada. Su clienta es casi treinta años más joven que su marido, quien casualmente era un hombre muy famoso y muy rico.

—¿Y? En su testamento, Jimmy deja casi todo a instituciones de caridad. Lo sé mejor que nadie. —Elsie se cruza de brazos sobre el pecho—. Yo lo redacté. Mi clienta no tenía ningún motivo para matar a su esposo.

—Que nosotros sepamos. Acabamos de iniciar la investigación, y tenga por seguro que no dejaremos piedra sin remover. —La detective esboza otra sonrisita hacia Paris—. Es usted un poco misteriosa, ¿sabe? Me genera ganas de… indagar.

Una hoguera de miedo se enciende en el estómago de Paris, que tiene que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no demostrarlo.

—No olvidemos tampoco su curiosa confesión después de que los oficiales la detuvieron —añade Kellogg.

—¿Se refiere a las pocas palabras sin sentido que pronunció después de golpearse la cabeza? —se burló Elsie—. Eso no es una confesión, es confusión. Déjela ir a casa para que pueda llorar a su esposo como es debido.

—Sí, en cuanto a eso… —La detective ladea la cabeza y su coleta se balancea detrás de ella—. ¿Está usted siquiera triste, señora Peralta? Porque la verdad es que no lo parece.

Elsie le pone una mano en el brazo.

—No respondas.

—La forma en que yo elija hacer mi duelo no es asunto suyo —replica Paris, ignorando a su abogada—. Siento no encajar en cómo se supone que debe actuar una viuda acongojada a pocas horas de haber sido acusada de asesinar a su esposo. La próxima vez, leeré por adelantado el memorándum que detalla los comportamientos adecuados y me aseguraré de ensayarlos antes.

La sonrisa de Kellogg persiste, y ella da unos golpecitos en su bloc de notas.

—Cuénteme con exactitud cómo lo encontró.

Paris repite la misma historia que le contó a su abogada y descubre que es mucho más fácil la segunda vez.

—Dígame, señora Peralta —propone la detective cuando Paris termina—. Si su esposo se quitó la vida, de lo cual ambas están tan seguras, ¿por qué cree que se cortó la pierna? ¿Por qué no las muñecas? Eso es lo que haría la mayoría de la gente.

—Yo puedo responder eso —interpone Elsie con seguridad, y Paris se vuelve hacia ella con sorpresa—. Cuando Jimmy intentó suicidarse antes, se cortó en el brazo. Obviamente, no se murió. Pero la cicatriz que recorría la mitad de su antebrazo siempre le molestó.

—¿Así fue como se hizo esa cicatriz? —le pregunta Paris a Elsie —. A mí me contó que había atravesado el cristal de una ventana mientras estaba drogado.

—Eso es verdad. Pero no fue así como se hizo esa cicatriz.

Paris se reclina en la silla. ¿Qué más ignora sobre el pasado de

Jimmy? Parece que su esposo tenía tantos secretos como ella.

—En mi opinión, tiene sentido que eligiera un lugar de su cuerpo que pudiera ocultar con facilidad. —Elsie vuelve a centrar la atención en la detective Kellogg—. Habría sido la forma de protegerse en un futuro, en caso de que sobreviviera.

—Si no supiera que no es así, podría pensar que usted era la esposa, ya que lo conoce tan bien —le dice Kellogg a Elsie y se vuelve hacia Paris—. De todas maneras, tenemos mucho tiempo para armar el rompecabezas. Nunca se sabe lo que puede surgir en uno o dos días.

A Paris le arde el estómago.

—Hemos terminado —anuncia Elsie.

—Eso supuse —replica la detective.

Elsie se levanta para golpear la puerta. Kellogg se queda sentada, sin dejar de observar a Paris con fijeza, como si tratara de descifrarla. Bueno, la detective "Zucaritas" puede intentar todo lo que quiera, pero hasta ahora nadie lo ha hecho.

—¿Cuánto tiempo más tengo que quedarme aquí? —le pregunta Paris a Elsie mientras siguen a un agente de regreso a la celda.

—Pueden retenerte hasta setenta y dos horas; cumplido ese plazo, deben acusarte formalmente o dejarte ir.

—¿Tres días? —Paris aprieta el brazo de su abogada—. No puedo quedarme aquí tanto tiempo.

—No será tanto tiempo. —Elsie le da unas palmaditas en la mano—. Volveré más tarde. Por ahora, mantente tranquila. Y, recuerda, ni una palabra a nadie. Pronto probaremos lo que pasó.

Llegan a la celda y, al ver las paredes sucias a través de los barrotes, Paris siente una repentina punzada de claustrofobia. Daría cualquier cosa por no tener que volver a entrar ahí, y si ahora se siente así, ¿cómo hará para sobrevivir a la cárcel? No se atreve a entrar hasta que el agente le pone una mano en la espalda y la empuja hacia adentro. La puerta se cierra.

—Paris —dice Elsie con voz entrecortada, y Paris se gira—. ¿Por qué Jimmy no me contó que estaba pasando un mal momento? Siempre me contaba todo. ¿Cómo no me di cuenta? Si lo hubiera sabido, podría haber. —Se le hace un nudo en la garganta.

Paris extiende una mano a través de los barrotes.

—Conocías a Jimmy mejor que nadie y sabes lo difícil que era

para él admitir que necesitaba ayuda. Zoe estaba en casa casi todos los días y ni siquiera ella se dio cuenta. ¿Cómo ibas a saberlo tú?

Elsie asiente con la cabeza y le aprieta un poco la mano antes de soltarla. Paris sabe que lo que acaba de decir hizo que la otra mujer se sintiera mejor, y en gran medida, es verdad. Era imposible que Elsie y Zoe supieran que Jimmy tenía problemas.

Porque Paris tampoco lo sabía.

* * *

Después de que Elsie se marcha, Paris vuelve a llamar a Henry.

—No sé cuánto tiempo voy a estar aquí. Lo siento, sé que eso te complica.

—Me las arreglaré —le asegura él, pero ella detecta más ansiedad en su voz que antes—. Aquí todos te apoyan. Unos pocos clientes me han hecho preguntas después del video de la detención, pero les he recordado a todos que una detención no es lo mismo que ser acusado.

—Dudo que la mayoría de la gente entienda la diferencia. Pero gracias.

Se despiden y cuelgan.

Es un buen hombre ese Henry Chu, y Paris sabe lo afortunada que es por tenerlo como socio y director del centro. Diez años atrás, entró en Ocean Breath por primera vez, estresado y agotado por un trabajo de programación en Amazon que le estaba haciendo subir la presión. Por aquel entonces, Paris todavía estaba en el barrio de Fremont, en un pequeño estudio en el segundo piso de un edificio comercial de poca altura que albergaba una tienda de bisutería, la oficina de un investigador privado y un vidente que trabajaba solo los viernes. Henry se aficionó al yoga como un pez al agua y practicaba cinco días a la semana. Al cabo de unos meses, al notar que a Paris le costaba atraer nuevos clientes, le sugirió que publicara cupones de descuento en Groupon, y la clientela de Ocean Breath empezó a crecer.

Con el tiempo, Henry se marchó de Amazon con una generosa indemnización. Cuando el sistema de reservas del centro colapsó, se ofreció a entrar como socio y a desarrollar uno mejor. Paris aceptó con gusto la oportunidad de incorporarlo. Esto supuso un enorme alivio financiero para el centro y permitió a Paris tener más tiempo para enseñar. Luego mudaron Ocean Breath a su actual ubicación,

un espacio magnífico cerca de Whole Foods, que atrajo a una clientela totalmente diferente.

Paris conoció a Jimmy en el nuevo local. Al menos esa fue la historia que acordaron contar a la gente. Nadie la cuestionó porque a nadie le importaba. ¿Comediante retirado se casa con una instructora de yoga? Nada que fuera digno de *Entertainment Tonight*. Jimmy no había estado "vigente" desde hacía un tiempo, y a Paris le venía muy bien.

Y entonces Zoe estropeó todo.

En algún momento, la mujer que había sido asistente personal de Jimmy durante muchos años había empezado a actuar más como su representante. Zoe había trabajado para él en Los Ángeles durante años, y cuando Jimmy decidió por fin dejar el mundo del espectáculo para siempre, lo ayudó a vender sus dos propiedades en California y a encontrar una casa nueva en su ciudad natal, Seattle. Se suponía que solo se quedaría un par de semanas hasta que él se instalara, pero Zoe nunca volvió a Los Ángeles. Ella, simplemente, se quedó. Así que siguió trabajando para Jimmy. Atendía sus llamadas, gestionaba su página web y se encargaba de los correos electrónicos y la correspondencia de sus admiradores. Programaba la limpieza y las reparaciones de la casa, pagaba las facturas y llevaba el coche al taller. También hacía las compras, los recados y hasta sacaba la basura y el contenedor de reciclaje todas las semanas.

Cuando Paris conoció a Jimmy, Zoe pasaba en la casa tal vez dos días a la semana. Pero desde que Quan había entrado en escena, estaba casi todos los días: entraba y salía a su antojo, dejaba sus barritas de cereales en los armarios y su kombucha en el refrigerador, todo lo cual volvía loca a Paris.

—No seas tan dura con la chica —le pidió Jimmy cuando Paris se quejó de la presencia constante de la asistente—. Se ocupa de todo lo que yo no quiero hacer.

Si pudiera pagarle para que fuera al dentista por mí, créeme, lo haría. ¿Y crees que yo sé algo sobre esta mierda del *streaming*? La necesito.

Zoe no es una "chica". Tiene treinta y cinco años. Y deseaba el regreso de Jimmy incluso más que él. Todo lo que él quería era volver a contar chistes; fue Zoe quien lo empujó al siguiente nivel.

Quan había lanzado el primer especial de comedia de Jimmy en más de una década hacía un par de meses. Les había ido tan bien que le habían pedido un tercer programa, aun cuando la emisión del segundo recién estaba prevista para dentro de un mes. Jimmy no quería hacer un tercer especial. Pero Zoe sí y lo había presionado para que firmara el contrato.

—¿Cuánto material crees que tienes? —le había preguntado a Jimmy hacía unos días.

Estaban los tres en la cocina. Paris estaba a punto de marcharse a Vancouver y había esperado poder compartir un almuerzo tranquilo con su esposo antes del largo viaje. Pero Zoe seguía hablando con su jefe en la mesa de la cocina mientras Paris recalentaba las sobras en el horno. Cerdo adobado, el favorito de Jimmy.

—En este momento tengo para media función o tal vez dos tercios —estimó él.

—¿Puedes alargarlo a una hora?

—No si quieres que sea divertido.

—No importa —dijo Zoe—. Tenemos tiempo. Puedo decirles que estarás listo para grabar el tercer especial en, digamos, seis meses. Podrías hacerlo en Las Vegas. El Venetian está interesado, pero MGM te quiere a toda costa. Creo que debería ser en el Venetian, ya que se construyó donde estaba antes el Sands.

Jimmy había vivido en el Sands durante cinco años a finales de los ochenta, antes de convertirse en una superestrella de las comedias. Y allí había sufrido una sobredosis. La primera.

—Gracias por la lección de historia, chica. —El tono de Jimmy era seco—. Pero si va a haber una tercera presentación, tendrá que ser el próximo mes, aquí en Seattle. En el Showbox.

Paris llevó dos platos de comida a la mesa y se sentó. Jimmy se inclinó y le dio un beso.

—Jimmy. —Zoe sonaba frustrada. Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Dijiste que estabas dispuesto a hacer un espectáculo en Las Vegas. Tu gira original en Las Vegas fue tu época dorada como cómico, y todos quieren verte allí de nuevo. Ya he hablado con el director de espectáculos del Venetian. Pueden empezar a colocar carteleras ya mismo.

—¿Cómo pudo ser mi época dorada si vivía tan drogado que no

me acuerdo de nada? No tengo ninguna intención de poner un pie en un casino de Las Vegas. En ninguna parte del contrato original decía que tuviera que hacerlo. —Jimmy se llevó a la boca una cucharada de adobo y arroz y levantó un pulgar hacia arriba en dirección a Paris.

—Acordamos de buena fe…

—Un carajo —replicó él con la boca llena—. La buena fe significa dejarme hacer mi espectáculo donde me sienta cómodo. Casi me muero en Las Vegas.

Un largo silencio.

—Lo siento —dijo Zoe—. Lo entiendo. Pero no puede ser en el Showbox.

—Pero qué mierda.

—Jimmy. Sabes que Quan quiere un aforo mínimo de mil ochocientas personas. Quieren que el espectáculo tenga energía. No quieren un público pequeño y una pared de ladrillos a tus espaldas. Te quieren arriba de un gran escenario, con grandes carcajadas.

—Entonces lo haré en el Paramount. ¿Cuántos asientos tiene? ¿Dos mil?

Zoe tecleó en su computadora portátil.

—Dos mil ochocientos siete. Perfecto. Pero parece que está reservado para los próximos dos meses, y necesitamos por lo menos tres noches para grabar.

Paris se enteró de que la mayoría de los especiales de comedia de una hora que se grababan para HBO, Netflix, Quan y otras plataformas similares son en realidad una mezcla de varias presentaciones en vivo. De este modo, si una noche un chiste no causa gracia o un segmento específico no sale a la perfección, se puede utilizar lo mejor de cada actuación.

—Llámalos. Soy local. Ellos encontrarán la manera. Cualquier día del mes que viene estará bien. Cuanto antes, mejor.

—Pero no tienes suficiente material.

—Estaré listo.

Paris miró a su esposo.

—Jimmy —musitó—. Es demasiada presión.

—Estaré bien. —Le dirigió una mirada punzante, y ella se calló.

Cuando terminaron de comer, Zoe se quedó en la cocina mientras Jimmy llevaba el bolso de fin de semana de Paris al coche.

—No tengo que ir a Vancouver, ¿sabes? —insinuó ella—. Puedo quedarme.

—No, quiero que vayas. —Jimmy habló con decisión mientras metía la bolsa en el maletero—. Sé que has estado deseando irte de aquí por unos días. No te preocupes, hay cosas que me mantendrán ocupado. El sábado por la noche tengo ese evento de beneficencia y voy a probar algunos de los chistes nuevos.

—Jimmy, no me parece bien dejarte solo —insistió ella.

Él le levantó la barbilla y la miró a los ojos.

—Estaré aquí cuando vuelvas. Te lo prometo. Te amo. Conduce con cuidado, ¿sí?

Se miraron un rato más. Jimmy no era apuesto, no exactamente. Aparentaba la edad que tenía: su cara llena de arrugas y pliegues contaba las historias de su vida. Pero eso no importaba. A ella le atraían su amabilidad y su aceptación. A diferencia de todos los demás hombres que Paris había conocido, Jimmy Peralta nunca le había pedido nada.

Excepto, por supuesto, que firmara ese acuerdo prenupcial hermético y no negociable. Sea lo que fuere que la policía pensara que había hecho, al menos no podrán decir que lo hizo por el dinero.

CAPÍTULO 5

La cena en la celda consiste en un sándwich y una pequeña manzana Honeycrisp que no está mal. El sándwich son dos rebanadas de pan de molde, una rebanada de jamón, otra de queso Kraft y un poco de mostaza.

Paris lo examina. No tiene moho ni manchas extrañas; se puede comer. Si algo aprendió de niña fue a no dar nunca por sentado que habría comida. De pequeña, un sándwich como este habría sido una delicia. Le da un mordisco. Sabe a su infancia.

Sus nuevas compañeras de celda, sin embargo, no están tan contentas con la comida.

—¿Qué es esto? —pregunta una de ellas mientras hurga en la bolsa de papel—. Ni a mi perro le daría de comer esta mierda.

—Asqueroso —coincide otra—. No puedo comer esto.

Ah, el privilegio de ser exigente con la comida. A Jimmy le gustaba el solomillo adobado, las trufas recogidas a mano y el *sushi* tan fresco que todavía conservaba el anzuelo. Paris, en cambio, era bastante menos exigente. ¿El queso llevaba demasiado tiempo en el refrigerador? Ráspale las partes verdes. ¿El pan se puso duro? Tuéstalo. Si has pasado hambre en tu infancia, nunca lo superas. La idea de desperdiciar comida le produce dolor físico.

Hubo cambio de guardia antes de la cena y el oficial que ahora está a cargo es un hombre mayor de andar pesado y respiración jadeante. Las llaves que tintinean en su cinturón sirven de aviso de su inminente aparición junto a los barrotes, y las tres mujeres levantan la vista cuando lo oyen acercarse.

—¿Vino mi abogado? —grita una de sus compañeras de celda—. Porque necesito ir a mi puta casa. Tengo hijos.

—Vino la abogada de ella. —El oficial señala a Paris—. Y

deberías haber pensado en tus hijos antes de agredir a tu vecina.

—*Supuestamente*.

—Peralta, ¿te vas a poner de pie o qué? —grita el oficial.

Paris se acerca a los barrotes mientras sus compañeras de celda murmuran sobre ella. Las llevaron por separado y por razones no relacionadas, pero las dos mujeres se reconocieron enseguida. Resulta que se mueven en círculos sociales similares y que ambas salieron con un tipo llamado Dexter, sobre quien coinciden que es un perdedor. Pero ahora están hablando de Paris entre risitas nerviosas, y sus continuos comentarios sarcásticos mezclados con carcajadas le hacen pensar en Statler y Waldorf, los viejos cascarrabias de *El show de los Muppets*.

—… mató a su esposo…

—… una puta a la que solo le importan los billetes, pero respeto que.

—… aunque las pantuflas están buenas.

—… el programa en Netflix es para cagarse de risa.

—… no es en Netflix, es en Quan.

Elsie aparece por fin, con aspecto de agotada. La falda y la blusa brillantes han sido sustituidas por unos pantalones amplios y una túnica, y da la impresión de que ha tenido un día más largo que el de Paris. Pasa una bolsa de papel blanco entre los barrotes.

—Te traje una cena tardía. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Ya nos dieron de comer. —Paris mira dentro de la bolsa. Otro sándwich: carne de cerdo en una *baguette* recién horneada de Fénix, el local cubano del barrio de Elsie—. Pero esto es mucho mejor. Gracias.

—Eso huele bien —desliza una de los Muppets en voz alta—. ¿Dónde están los nuestros?

Elsie las fulmina con una mirada que podría fundir acero y luego le hace un gesto a Paris para que se acerque. No empieza a hablar hasta que sus caras están a centímetros de distancia a través de los barrotes.

—Acabo de ver el informe de toxicología. —El tono de Elsie es poco más que un susurro—. Encontraron cocaína y anfetaminas en el cuerpo de Jimmy. ¿Sabías que estaba consumiendo de nuevo?

—No —responde Paris, incapaz de ocultar su sorpresa—. Por supuesto que no.

—Estuvo limpio durante siete años. —A Elsie se le entrecorta la voz—. Le dije a Zoe hace meses que el contrato con Quan podría generarle demasiada presión. Ella insistió en que él estaba bien.

—Parecía estar bien —coincide Paris—. Pero Elsie. —Vacila.

—Anda, dilo. No es momento de ocultarme nada.

—Algo le pasaba a Jimmy con la memoria —explica Paris—. Estaba empezando a… olvidarse de cosas. No todo el tiempo. Pero, de vez en cuando, se olvidaba de algo completamente al azar.

Elsie la mira con fijeza a través de los barrotes.

—¿Por ejemplo?

—Una vez lo sorprendí mirando una naranja durante un minuto entero. Una *naranja*. Cuando le pregunté qué estaba haciendo, me preguntó cómo se llamaba la fruta. Después trató de reírse y dijo que solo estaba bromeando. Cuando pasó algo parecido un par de semanas después, le confesé que estaba preocupada. Se enfadó mucho y dijo que no podía creer que se hubiera casado con alguien que no podía aceptar una broma. Era la primera vez que me hablaba así.

Se estaba quedando corta. Jimmy no solo se había enfadado, se había puesto furioso. Y desagradable. "¿Me estás jodiendo? ¿Cómo puedes ser mi maldita esposa y no entender que es una broma? O eres estúpida o tienes cero sentido del humor. No sé qué es peor".

—Eso no era enfado, era miedo. —Elsie se apoya contra los barrotes—. Jimmy vio a su madre ser consumida por el Alzheimer poco después de que terminó *El Príncipe de Poughkeepsie*. No sé si has conocido a alguien con esa enfermedad, pero la etapa final es muy cruel. Jimmy estuvo allí todos los días durante su último año. Siempre decía que su mayor pesadilla era que le pasara lo mismo. —Mira a Paris—. ¿Por qué no lo llevaste al médico?

—Se negaba a ir —responde—. Le pedí dos citas y canceló las dos sin avisarme. Al final prometió ir cuando terminara de grabar el segundo programa especial, pero cuando se lo recordé, se desentendió y alegó que estaba demasiado ocupado atendiendo a la prensa. Me acusó de estar convirtiéndome en una pesada y me pidió que dejara de molestarlo. Se enfadaba cada vez que le sacaba el tema.

—¿Por qué no me lo contaste? —El tono controlado de Elsie deja claro que está furiosa—. Jimmy me habría escuchado. Podría

haberlo convencido de que fuera.

Paris la mira a los ojos.

—Por eso mismo me pidió que no te lo dijera. Era mi esposo, Elsie. ¿Qué se supone que debía hacer?

—Se supone que debías cuidarlo —replica Elsie—. Ese es el trato que haces cuando te casas con un hombre treinta años mayor que tú. Se supone que te importa que se enferme y se supone que te debías dar cuenta de que estaba consumiendo drogas de nuevo. Por el amor de Dios, Paris. ¿Cómo puedes haber estado tan abstraída que no te hayas dado cuenta de esas cosas?

Paris tiene la cara ardiendo. No hay nada que pueda responder a eso porque Elsie tiene razón. Ha estado completamente concentrada en sí misma los últimos meses, en un intento por tratar de que su propia vida no implosione. No estaba prestando atención a la salud de Jimmy. Para ser justa, Zoe tampoco, pero Zoe no era su mujer.

—La imputación de los hechos es mañana a las diez —prosigue Elsie—. La fiscalía tiene que demostrarle a la jueza que existe una causa probable para acusarte. Y te adelanto que es posible que lo haga. Pero, hasta ahora, todo lo que tienen es circunstancial, así que no significa necesariamente que iremos a juicio. Y, créeme, con toda la publicidad, no pueden permitirse equivocarse.

—¿Puede ser perjudicial la publicidad?

—Teniendo en cuenta que estás en todas las noticias, yo diría que es bastante mala. Uno de los socios menores me envió un mensaje con una foto de Instagram. Es una imagen tuya junto a una de las Kardashian, las dos con las mismas pantuflas de piel. Te ves culpable y rica, y esa es una mala combinación.

—No es piel, son plumas —especifica Paris sin motivo.

—Come tu sándwich —le sugiere Elsie—. Volveré en la mañana. Recuerda, no hables. En especial, con Tonta y Retonta allí. Intenta descansar un poco.

Paris no tiene hambre y no se imagina cómo podrá dormirse. Sus compañeras de celda están intercambiando historias de nuevo sobre su exnovio en común, Dexter, que al parecer fumaba demasiada hierba, las engañaba a las dos, le robó dinero a una de ellas y estrelló el coche de la otra. Una joyita.

Paris nunca había tenido que preocuparse por ninguna de esas cosas con Jimmy. No era un hombre que pidiese a los demás, sino

que daba. El día después de que acordaron casarse, tuvieron una conversación brutalmente honesta sobre el dinero. Jimmy no quería ninguna sorpresa. Le dijo a Paris exactamente cuánto recibiría si el matrimonio se terminaba.

"Pase lo que pase, ya sea muerte o divorcio, recibirás un millón de dólares", le explicó Jimmy. "No soy tan rico como la gente parece creer y quiero que sepas en qué te estás metiendo. Mucho de mi dinero fue a parar a malas inversiones, a un representante turbio y al interior de mi nariz y mis brazos".

A Paris un millón le parecía mucho. Le serviría para pagar la hipoteca de su apartamento y el préstamo de su coche, y le proporcionaría unos ahorros para cuando se jubilara. Tendría que seguir trabajando, y eso estaba bien. Solo que parecía raro estar en una relación en la que fuera necesario un acuerdo prenupcial. Como buen entrometido, Henry había averiguado el valor de la casa de Jimmy en cuanto Paris había empezado a salir con él. La estimación arrojada por Zillow había sido de unos siete millones, dadas la ubicación y las vistas. Paris entendía por qué Jimmy quería protegerse.

—Ya tuve malas experiencias —confesó él—. Cuatro esposas. Tres rehabilitaciones. La bancarrota en los años ochenta. Mierda, no necesitas que te lo repita, ya sabes todo eso. Elsie elaboró el acuerdo prenupcial después de la segunda esposa. Así que ya es como una especie de, ya sabes, cláusula estándar. Y me protegió cuando los dos últimos matrimonios se fueron al carajo.

—No tenemos por qué que casarnos, ¿sabes? —aventuró Paris—. Yo estoy bien sola. He cuidado de mí misma toda la vida.

—Lo sé. —Le acarició la cara—. Pero me imagino que me quedan veinte años y, si tengo suerte, al menos diez de ellos serán buenos. Quiero pasarlos contigo. Me gusta estar casado.

Paris le besó la mano.

Jimmy se inclinó hacia delante y sus ojos azules se clavaron en los de ella.

—Pero te quiero conmigo, nena. Conmigo. No con el Príncipe de Poughkeepsie…

—Nunca lo he visto.

—Ni con el tipo de Las Vegas.

—Nunca he estado con él.

—Ni con el ganador de trece premios Emmy, un Globo de Oro, una nominación al Os.

—Los premios están sobrevalorados.

Al final, Jimmy se rio.

—Entiendo. Todo eso te importa una mierda. Y eso es lo que me gusta de ti.

—Envíame los papeles —dijo Paris—. Soy realista, sé que esto podría no durar. Pero dime cuándo quieres casarte porque necesitaré encontrar un sustituto para mis clases.

Paris firmó el acuerdo prenupcial, pero no tardó en empezar a sospechar que Jimmy tenía más dinero del que alegaba tener. Su insistencia en el anillo de un cuarto de millón de dólares fue la primera pista. Pero luego, como regalo de bodas, pagó el saldo de la hipoteca de su apartamento y le aconsejó alquilarlo y ahorrar los ingresos. Y después le compró un Tesla, un par de pendientes de brillantes y un bolso Birkin. Tenía dinero. Y, después de firmar con Quan, tenía mucho más.

Paris nunca le preguntó sobre el tema. Todo el mundo tenía derecho a guardar secretos, y, si ella exigía conocer los de él, él podría exigirle conocer los suyos. Paris había vivido un par de vidas diferentes antes de la que compartía con Jimmy. Y ambas vidas habían terminado con alguien asesinado.

Y allí está ahora de nuevo.

Puedes huir de Toronto, lejos de los cadáveres y hacia una nueva vida con un nuevo nombre, y aun así da igual. Porque aunque puedes reinventarte, no puedes huir de ti misma. Como le recordó una vez una mujer hace mucho tiempo, el denominador común de todas las cosas terribles que te han ocurrido eres tú. Dondequiera que vayas, siempre estarás ahí.

CAPÍTULO 6

Cuando Paris se despierta a la mañana siguiente, Statler y Waldorf ya no están, y tampoco su sándwich cubano.

Hay una persona nueva acurrucada en el rincón donde estaban los Muppets; su pequeño cuerpo está perdido dentro de una sudadera extragrande con la capucha puesta. Es difícil saber si tiene los ojos abiertos o cerrados. En cualquier caso, parece haber reconocido a Paris, y eso es bueno, porque no está de humor para hablar. El problema de quedarse dormida es que, cuando te despiertas, recibes una dosis fresca de realidad.

Jimmy está muerto.

El dolor amenaza con penetrarla y necesita mover el cuerpo antes de que pueda atravesarla demasiado. Se pone de pie y practica un sencillo saludo al sol para estirar los músculos y hacer fluir la sangre: eso le ayudará a despejar la cabeza. Empezando por *tadasana*, también conocida como la postura de la montaña, el ejercicio suele durar diez minutos. Completa todas las posturas, excepto las de perro boca arriba y perro boca abajo, que le requerirían poner las manos en el suelo. En cambio, opta por terminar con *malasana*, la postura de la guirnalda: una sentadilla completa con las manos en posición de oración. Se siente bien, por lo que se queda así un rato, creando espacio en la columna vertebral y permitiendo que las caderas y la ingle se abran. Cuando está lista, se levanta con lentitud y vuelve a sentarse en el banco. Cierra los ojos, inhala por la nariz y exhala por la boca. Inhala, exhala. *Namasté*.

—Sabía que eras tú —dice una voz desde el rincón. Paris abre los ojos. Su compañera de celda ha extendido su cuerpo, pero su rostro sigue oculto—. Fui clienta de tu centro de yoga cuando

estabas en Fremont, antes de que se mudaran.

—Oh. —Paris no sabe qué responder. Ocean Breath ha tenido miles de clientes a lo largo de los años, y la verdad es que no puede decir "Me alegra volver a verte" si no tiene ni idea de quién es la mujer. Además, tampoco es que se han encontrado en una cafetería —. Mira tú… qué bien.

—Vi el video de tu detención. —La mujer se quita la capucha de la cara—. ¿Fuiste tú?

Paris se sobresalta al verla. Recuerda a la mujer. Charlotte… algo. Asistió a clases todos los sábados por la mañana durante un par de años en el local original, tal como dijo. En su estado actual, Charlotte está casi irreconocible. Tiene un ojo hinchado y color púrpura, una venda en la mejilla y el labio superior partido. No se tropezó y cayó. No tuvo un accidente leve con el coche. Alguien golpeó a esta mujer, y mucho. Paris sabe cómo se siente y sabe que incluso hablar debe de dolerle mucho.

—¿Estás bien? —le pregunta, preocupada—. Deberías estar en el hospital.

—Estoy bien —contesta Charlotte—. Parece peor de lo que es.

Paris está familiarizada con esta frase; ella misma la ha utilizado muchas veces en el pasado.

—¿Qué te sucedió?

—Anoche maté a mi esposo.

—No digas eso. —Alarmada, Paris levanta la vista hacia la cámara.

—No me importa, ya he declarado. —Charlotte se apoya en la pared y hace un pequeño saludo para la cámara—. Fue en defensa propia. Nigel me dio unas palizas tremendas durante años, pero anoche, cuando quiso atacar a nuestra hija, hice lo que tenía que hacer. No me arrepiento y lo volvería a hacer.

Paris cruza la celda y toma asiento junto a Charlotte.

—¿Cómo lo mataste? —susurra.

Charlotte la mira con su único ojo sano.

—Me estaba golpeando, pero cuando le pegó a Olivia, no sé… me volví loca. Lo empujé sin pensarlo. Se cayó de espaldas por las escaleras. Se rompió el cuello. —Sus ojos están húmedos—. No quería matarlo, solo quería que parara. Pero no lamento que esté muerto. Uno de los dos iba a terminar en un ataúd. Aunque desearía

que mi hija no lo hubiera visto, ¿sabes? Me preocupa que pueda afectarla cuando sea más grande.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Es muy probable que no se acuerde —la tranquiliza Paris—. A esa edad, sus mentes son muy maleables. Solo dile a Olivia todos los días que la quieres, que no es su culpa y que es una buena chica. Con el tiempo, entenderá que mataste a un monstruo. Por ella.

Una pequeña sonrisa, seguida de una mueca de dolor. El labio de Charlotte todavía está en carne viva.

—Tú también debes de haber matado a un monstruo en algún momento. Eso, o tienes hijos.

—No tengo hijos —responde Paris—. Pero recuerdo cómo era ser una niña. Y esas son las cosas que habría querido escuchar.

La mujer asiente; las lágrimas comienzan a fluir copiosamente, aunque no emite ningún sonido. Paris también entiende eso. Siempre es mejor llorar en silencio, para no empeorar las cosas. “Para con esas putas lágrimas; Dios, odio tu cara cuando lloras”.

Ambas giran la cabeza cuando un agente aparece junto a la celda.

—Peralta —anuncia mientras abre la puerta—. Te van a trasladar al juzgado. Tu abogada se reunirá contigo allí.

—Buena suerte —le desea Charlotte, y toca el brazo de Paris.

—Para ti también —dice Paris.

Ambas la necesitarán.

* * *

El viaje en elevador es rápido, esta vez suben en lugar de bajar y se detienen varios pisos por encima del principal. Hay un pasillo que conecta la cárcel con el juzgado, y como Paris tiene las muñecas esposadas, el oficial la sujeta del codo mientras lo atraviesan.

Cuando llegan al otro lado, Elsie está esperando. Hoy no lleva colores tropicales. Para su comparecencia ante el tribunal, la abogada ha elegido una falda azul marino de una tela a rayas y una chaqueta al tono combinada con una blusa blanca impecable. Una joven atractiva con un traje de pantalón oscuro, el pelo platinado recogido en un elegante rodete y un bolso de Nordstrom en la mano está de pie junto a ella. Debe de ser la asociada júnior que Elsie

mencionó el día anterior. La joven evalúa a Paris a través de sus gafas modernas y extragrandes.

—Ella es Hazel —dice Elsie.

Las dos mujeres se dan la mano y Hazel le entrega el bolso a Paris.

—No pude ir a tu casa a buscarte ropa del armario, pero tu amigo Henry me dio tus tallas. Aquí deberías encontrar todo lo que necesitas para arreglarte un poco.

Elsie toca con los dedos un mechón de pelo de Paris y hace una mueca.

—¿Le trajiste una goma para el pelo? —pregunta a Hazel.

—Ay, no pensé…

—Dale la tuya.

La joven asociada se deshace el rodete y le entrega la banda elástica sin discutir. El agente acompaña a Paris a un baño cercano. Una vez sola, Paris se quita con cuidado de la frente el apósito manchado de sangre, se enjuaga la cara y se cepilla los dientes. En el bolso, encuentra un cepillo que todavía tiene la etiqueta con el precio y hace todo lo posible por desenredarse el pelo antes de recogérselo. A continuación, se encierra en un cubículo y se rocía generosamente las axilas con desodorante antes de ponerse la ropa nueva. Hazel tiene muy buen gusto. El conservador vestido hasta la rodilla es de color gris perla y le queda perfecto. Los tacones bajos son menos cómodos para alguien que pasa la mayor parte del día descalza, pero servirán. En el fondo del bolso encuentra un lápiz labial nuevo. Tiene el mismo en su casa. El tono se llama Orgasmo, un nombre atrevido para un color que favorece a cualquiera. Se pinta un poco los labios y luego, de manera impulsiva, se coloca un poco en las mejillas.

Cuando sale del baño, Elsie asiente con la cabeza. Con Hazel detrás de ellas, se dirigen a la sala asignada, donde la abogada se detiene justo delante de las puertas dobles.

—Pase lo que pase ahí adentro, no reacciones. —La voz de Elsie es baja y firme—. Te mantendrás callada, seria, educada y triste porque tu esposo acaba de morir. ¿Entendido?

Paris asiente con la cabeza. No tendrá que fingir porque todo eso la describe.

El guardia de seguridad abre la puerta. La sala está llena, todos

los asientos en la sección para espectadores están ocupados. Es muy distinta a los juzgados de Nueva York ficticios que Paris ha visto en la televisión y que parecen siempre tan opulentos, con madera labrada y ornamentada y techos altos. Esta sala es moderna y discreta, con paneles de madera en tonos medios y luz natural.

Todas las miradas están puestas en ella mientras atraviesa el pasillo con Hazel y Elsie, quien mantiene una mano en su codo hasta que las tres llegan a la mesa en el lado izquierdo de la sala. Al otro lado está la mesa del fiscal, donde un hombre con un traje elegante mira con expresión de poco interés. Detrás de ellos, se esparce el murmullo de conversaciones procedentes de todas direcciones.

Elsie se inclina para hablar con Paris.

—Hay novedades que el fiscal cree que consolidarán su argumento de causa probable. No quieren decirme de qué se trata, pero si hay algo que aún no me has contado, ahora es el momento.

Hay muchas cosas que Paris no le ha contado a Elsie, pero sin duda ahora no es el momento.

—Ya sabes todo.

—Bien. —Elsie le aprieta el brazo.

Paris y Hazel se sientan en silencio mientras Elsie lee sus notas. La jueza aún no ha llegado, así que Paris se gira para echar un rápido vistazo a la sala. No tiene ni idea de quiénes son todas esas personas, pero las conversaciones se detienen un instante al ver su rostro. Divisa a la detective Kellogg al fondo. A unas pocas filas de distancia, ve a Henry y lo saluda. La imagen de su amigo y socio de trabajo afloja un poco el nudo en su estómago, que se le tensa de nuevo cuando vislumbra un cabello castaño encrespado que solo podría pertenecer a Zoe Moffatt. Cruzan brevemente la mirada antes de que la asistente de Jimmy la desvíe.

—Todos de pie. —La voz del alguacil resuena a través de los altavoces montados en las paredes.

Reina el silencio en la sala y todos se ponen de pie cuando entra la jueza. Paris se esfuerza por tranquilizarse. Hoy no logra desconectar su mente. El fiscal está a punto de acusarla públicamente de asesinar a su esposo y las personas a sus espaldas no quieren perderse el espectáculo.

La toga de la jueza es negra y vaporosa, y se parece a las que ha

visto en la televisión. Paris no puede evitar pensar que todo esto sería un episodio perfecto y digno de *La ley y el orden: UVE*. Ice-T y Mariska Hargitay están sentados en el fondo de la sala: esperan a ver si la decorativa mujer del muerto famoso será acusada oficialmente de homicidio. Diane Keaton podría ser la estrella invitada en el papel de Elsie. Ed Harris podría interpretar a Jimmy en escenas retrospectivas. Y el papel de Paris Peralta podría ser interpretado por…

Siente un pellizco en el codo.

—Donde sea que estés, vuelve a la tierra —masculla su abogada —. Ahora.

—Tomen asiento —declara la jueza, y todos se sientan.

La jueza habla con el alguacil mientras cubre con una mano el delgado micrófono delante de ella. La jueza Eleanor Barker tiene poco más de cincuenta años y cabello pelirrojo brillante; parece severa pero no antipática. Transcurre un minuto completo mientras hojea la carpeta que le ha entregado el alguacil. Por fin, dirige su atención a la mesa del fiscal.

—Su turno —anuncia.

El fiscal se pone de pie y se abrocha el botón del traje.

—Nico Salazar por la fiscalía, su señoría. —Es más joven de lo que Paris pensó en un principio: un hombre delgado y de cabello negro muy bien peinado—. Creemos que Paris Peralta debe ser acusada de homicidio en primer grado por la muerte de su esposo, James Peralta. La causa de muerte es desangramiento por sección de la arteria femoral. La fiscalía sostiene que se quiso hacer pasar su asesinato por un suicidio, pero Jimmy Peralta no tenía ninguna razón para acabar con su propia vida. Acababa de filmar dos especiales de comedia por cada uno de los cuales había cobrado quince millones de dólares y estaba en negociaciones para cerrar un tercer contrato. Creemos que Paris Peralta asesinó a su esposo por dinero.

A su lado, Elsie resopla. La jueza se vuelve hacia ella.

—¿Abogada?

La abogada de Paris se pone de pie.

—Elsie Dixon, su señoría, abogada defensora de la señora Peralta. Nada de lo que el señor Salazar ha dicho aquí es cierto. Lo que le ocurrió a Jimmy Peralta es trágico, pero no un homicidio. Mi

clienta solo heredará una suma de dinero especificada en el mismo acuerdo prenupcial que el señor Peralta les hizo firmar a sus dos últimas mujeres. Aunque se trata de una suma importante, un millón de dólares, no es ni de lejos suficiente para mantener el estilo de vida que mi clienta disfrutó durante el matrimonio. Con su esposo muerto, la situación económica de la señora Peralta no le permitirá permanecer en el domicilio conyugal por tiempo indefinido. El mantenimiento mensual de por sí supera sus ingresos actuales.

Elsie le había pedido que no reaccionara, pero a Paris le cuesta un esfuerzo hercúleo ocultar su sorpresa. Sabía que un millón de dólares no sería suficiente para poder seguir viviendo como hasta ahora, pero nunca se le ocurrió que, si Jimmy moría, se quedaría sin hogar. El apartamento que posee está alquilado y a los inquilinos les queda un año de contrato. Si no puede permitirse seguir viviendo en la casa, ¿adónde se supone que va a ir?

Por otra parte, en la cárcel no te cobran alquiler.

—Además —continúa Elsie—, yo conozco a Jimmy Peralta desde hace cincuenta años y puedo dar fe de su lucha contra la adicción y la depresión. Estuvo varias veces en rehabilitación, sufrió dos sobredosis e intentó suicidarse una vez. El informe toxicológico muestra que había empezado a consumir drogas de nuevo. También tenía lagunas de memoria, lo que creemos que habría afectado su salud mental. Estamos en condiciones de proporcionar los informes médicos de todo esto, su señoría. Por difícil que sea decirlo, creemos que Jimmy Peralta se suicidó.

Se produce un murmullo bajo en la sala. El juez se vuelve hacia el fiscal.

—¿Señor Salazar?

—Hasta que podamos confirmar en qué estado de salud se encontraba Jimmy Peralta en el momento de su muerte, esto es lo que sabemos. —Salazar habla con seguridad—. Jimmy Peralta estuvo limpio y sobrio durante siete años. Aunque se encontraron drogas en su organismo, el informe toxicológico no puede determinar si hubo un uso regular de narcóticos ilegales o ni siquiera que el señor Peralta ingiriera esas drogas de manera voluntaria…

—Lo que también significa que no hay nada que respalde la idea

de que *no* las tomó de manera voluntaria —interpone Elsie.

—… por lo que es posible que la señora Peralta animara a su esposo a consumir o lo obligara.

—Su señoría, yo también puedo ponerme de pie aquí e inventar teorías descabelladas —protesta Elsie, con los brazos extendidos en señal de incredulidad—. Esto es ridículo.

La jueza levanta una mano.

—Limítese a los hechos, señor Salazar.

El fiscal asiente y revisa sus notas con gran ostentación.

—El señor Peralta era diestro. El corte en la cara interna del muslo derecho que le seccionó la arteria femoral no se corresponde con un corte autoinfligido con la mano derecha.

—Su señoría, al señor Peralta se le había diagnosticado el año pasado un temblor benigno en la mano derecha que le dificultaba asir cosas —interrumpe Elsie—. Estaba aprendiendo a usar la mano izquierda. Tenemos los informes médicos de esto.

Salazar la ignora.

—Y cuando llegó la policía, la señora Peralta estaba en el baño con el fallecido, que yacía en una tina llena de su propia sangre. Ella sostenía el arma homicida… una navaja de afeitar… en la mano. Y cuando se le preguntó si había matado a su esposo, pronunció tres palabras: "No me acuerdo".

Detrás de ella, el zumbido en la sala se hace más intenso. La jueza golpea su mazo. Bang. Pero el fiscal aún no ha terminado.

—Por último, acabamos de enterarnos de que está previsto que Paris Peralta herede una importante suma de dinero. Si bien el acuerdo prenupcial seguía vigente en el momento del homicidio del señor Peralta, este actualizó su testamento hace seis semanas. —Nico Salazar sostiene un documento en alto—. En consonancia con su naturaleza filantrópica, el treinta por ciento de su patrimonio se destinará a varias organizaciones benéficas que apoyaba. Cinco millones de dólares irán para su asistente, Zoe Moffatt.

Un grito ahogado desde el fondo. Paris no necesita girarse para saber que es Zoe.

—… y otros cinco millones serán para Elsie Dixon, la abogada de la acusada.

Junto a Paris, se produce una inhalación brusca.

—La cantidad restante, que constituye más de la mitad del

patrimonio de Jimmy Peralta —continúa Salazar y su cadencia se ralentiza apenas un poco—, irá para su esposa, Paris Aquino Peralta. Se trata de una cantidad considerablemente mayor que la suma establecida en la cláusula estándar a la que hizo referencia antes la señora Dixon.

El murmullo en la sala se reactiva. Tal como se le ha indicado, Paris se esfuerza por no reaccionar. El fiscal parece insinuar que Paris heredará más de lo que pensaba en un principio, pero la mitad del patrimonio de Jimmy es… ¿cuánto? Paris no sabe a cuánto ascendía, y no hay manera de hacer las cuentas sin los números.

La jueza toma el mazo de nuevo. Bang.

—No sé qué documento ha estado leyendo el señor Salazar —contrarresta Elsie y menea la cabeza con disgusto—, pero, como la abogada que redactó en persona el último testamento de Jimmy Peralta, puedo afirmar que el señor Salazar está completamente equivocado. El monto previsto para que la señora Peralta reciba a la muerte de su esposo es el mismo especificado en el acuerdo prenupcial. Un millón de dólares, ni un dólar más ni uno menos.

—Como he dicho, su señoría, este es un testamento nuevo. —Salazar lo vuelve a sostener al alto—. Fue redactado por un bufete diferente del de la señora Dixon, y torna nulo y reemplaza todo lo anterior.

—¿Puedo verlo? —Elsie está molesta.

—A mí también me gustaría verlo —agrega la jueza.

—Hemos hecho copias para ambas.

Salazar le entrega dos documentos al alguacil, que le acerca uno a la jueza. El otro se lo da a Elsie. Pasan unos minutos mientras ambas mujeres analizan el documento. Paris mira a Elsie, pero el rostro de la abogada no revela nada.

—¿Cuál es el valor actual del patrimonio de Jimmy Peralta? —La jueza dirige su pregunta a Salazar.

—Se estima en unos ochenta millones, su señoría. —El fiscal hace una pausa y se aclara la garganta—. Esto significa que Paris Peralta heredará alrededor de cuarenta y seis millones de dólares. Millón más, millón menos.

Paris se queda boquiabierta.

Detrás de ella, la sala estalla con mucha más intensidad que todas las veces anteriores. La jueza golpea su mazo pidiendo orden,

y el ruido empieza a desvanecerse mientras Paris intenta comprender lo que acaba de oír.

¿Jimmy tenía ochenta millones? Eso no puede ser cierto. Si lo es, significa que Jimmy ya tenía decenas de millones antes de su regreso a la actuación. Y aunque ella ya sospechaba que él tenía más dinero del que admitía, nunca había imaginado que fuera tanto. Una cosa era que su esposo subestimara su patrimonio y otra muy distinta que mintiera descaradamente sobre su asquerosa riqueza.

La voz seca de Zoe flota en su cabeza. "Las apariencias, Paris".

Esto es un desastre.

—¿Algo que decir, señora Dixon? —pregunta la jueza.

Elsie tiene el rostro petrificado.

—No, su señoría.

La jueza fija la mirada en Paris y se quita las gafas.

—Paris Peralta, por favor, póngase de pie.

Paris se pone de pie. A ambos lados de ella, Elsie y Hazel la imitan.

—Paris Peralta, está usted acusada de homicidio en primer grado por la muerte de James Peralta. ¿Cómo se declara?

La sala está en silencio. Paris no se da cuenta de que no ha contestado hasta que siente el codo de Elsie en las costillas.

—Inocente —manifiesta con voz débil.

—Su señoría —interviene Nico Salazar—, la fiscalía solicita la prisión preventiva por existir riesgo real de fuga. La señora Peralta es una mujer muy rica que tiene amigos con aviones privados.

Dios mío. Era solo uno, y era amigo de Jimmy, y sin duda no le prestaría su G280 a Paris si de verdad creyera que ella mató a su amigo.

—Solicitamos una fianza razonable, su señoría. —Elsie se ha quedado sin aliento y la firmeza en su voz suena forzada—. Si mi cliente es declarada responsable de la muerte de su esposo, no heredará nada de su patrimonio, y los fondos que tenga derecho a recibir serán retenidos hasta que sea absuelta. Dicho esto, no hay ninguna razón por la que la señora Peralta no pueda esperar el juicio en su casa, donde puede ser vigilada con una tobillera electrónica. Y entregará su pasaporte. —La fianza se fija en cinco millones, en efectivo o bono.

Bang.

CAPÍTULO 7

A diferencia de lo que Paris ha visto en la televisión, no puede subirse al coche e irse a casa porque el juez lo diga. Hay que hacer llamadas, transferir fondos, firmar papeles.

Le lleva el resto del día organizar el pago de la fianza. No tiene cinco millones de dólares en activos que pueda garantizar al tribunal, así que la única opción es pagar a una empresa de fianzas una prima del diez por ciento que nunca recuperará. Su apartamento, del cual es la legítima propietaria gracias a Jimmy, está valorado en unos setecientos mil dólares. El banco le permite pedir un préstamo por el ochenta por ciento de ese valor, de modo que logra transferir medio millón de dólares directamente a la compañía de fianzas.

El joyero acepta comprar su anillo de boda por la mitad de lo que Jimmy le pagó por él, y el concesionario de automóviles tomará el Tesla por un quince por ciento menos del valor actual de mercado. Todavía no tiene necesidad de vender ninguno de los dos, pero podría llegar a tener que hacerlo si su situación legal no se resuelve en los próximos meses. Si sus cálculos son correctos, volverá a estar en la misma posición financiera en la que se encontraba cuando conoció a Jimmy.

Es una sensación extraña: como la de cerrar un círculo.

Y, después de todo esto, Paris ni siquiera puede irse a su casa. La casa de Queen Anne Hill es una escena del crimen, y no se sabe cuándo la liberarán. Su apartamento está alquilado a un matrimonio con un bebé. Henry le ofrece su habitación libre, pero él y Brent viven en una casa muy pequeña y no hay forma más rápida de echar a perder una amistad que convertirse en una obligación o una exigencia.

Por suerte, el Hotel Emerald queda a solo diez minutos del tribunal. Elsie la lleva en coche y no le habla hasta que llegan allí. Cuando por fin dice algo, su tono es cortante.

—La empresa de Jimmy tiene cuenta en el Emerald. —Elsie no se detiene frente a las puertas del lujoso hotel boutique. En cambio, conduce a la parte trasera del edificio y aparca su Mercedes justo delante de la puerta de servicio. Un hombre alto y delgado y con una chaqueta verde con la insignia del hotel parece estar esperándolas.

—Pueden quedarse todo el tiempo que necesiten. Ya está todo arreglado.

—Elsie, quiero que sepas que no hice nada para que Jimmy cambiara su testamento —dice Paris mientras ambas salen del coche. Por costumbre, extiende una mano para tomar su bolso, solo para recordar que no lo lleva consigo. No tiene nada—. Nunca hablábamos de dinero. ¿Podríamos… impugnarlo de alguna manera?

—¿Por qué íbamos a impugnarlo? —Elsie se da la vuelta y está claro que Paris acaba de hacer la pregunta más estúpida del mundo —. Tú heredas, yo heredo, Zoe hereda. Jimmy no tenía hijos ni más familia que tú, así que nadie va a impugnar el testamento porque todas nos beneficiamos.

—Pero yo jamás supe cuánto.

—Lo discutiremos más tarde.

El gerente del Emerald las recibe con una sonrisa gélida y les ofrece un frío y flojo apretón de manos. Paris lo conoce de antes, cuando ella y Jimmy pasaron una semana en la *suite* Rainier del hotel mientras les arreglaban los suelos de madera. Entonces, el hombre había sido amable y complaciente. Ahora parece… contrariado.

—La habitación estará lista en unos minutos.

El gerente las conduce por un pasillo hasta un pequeño despacho con una placa en la puerta que reza “Thomas Mannion, gerente general”. Con sus pequeñas gafas redondas de montura dorada, los codos apoyados en la mesa y las manos en posición de oración, Mannion le recuerda a Paris al villano de la primera película de Indiana Jones, aquel cuya cara se derretía al final. El hombre golpea sus largos dedos entre sí.

—Si nos hubieran avisado con más antelación, la habitación habría estado lista para su llegada. ¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo se quedará?

—La señora Peralta estará aquí al menos unos días —responde Elsie—. Por cierto, le agradecemos que haya podido atender nuestro pedido de último minuto.

Una sonrisa falsa aparece en el rostro del gerente y luego desaparece.

Elsie se vuelve hacia Paris.

—Le pedí a Zoe que se asegurara de que tuvieras todo lo que necesitas. No salgas del hotel por ningún motivo. Quédate en tu habitación en todo momento. Y no olvides esto. —Le entrega una pequeña bolsa de plástico.

Paris se asombra de que Zoe esté dispuesta a ayudar en algo.

—Pero ¿cuándo vamos a hablar tú y yo?

—Te llamaré más tarde. —Elsie le lanza una mirada que la hace callar. El gerente está a un metro de distancia y ni siquiera finge no escuchar—. Mientras tanto dúchate, pide algo de comer a la habitación y duérmete una siesta. Y recuerda…

—Lo sé. No hablaré con nadie.

Suena un silbido suave. Mannion revisa su móvil.

—La habitación está lista. Señora, ¿quiere acompañarme?

Paris se despide de Elsie y se pregunta si debería empezar a buscarse un nuevo abogado. La mujer está tan enfadada con ella que es difícil imaginar que vaya a volver.

El gerente la acompaña a un elevador reservado para el personal. La verdadera profundidad de la aversión de Mannion hacia ella se hace evidente una vez que llegan a la habitación, que resulta ser la *suite* Rainier.

Nada ha cambiado desde la última vez que Paris estuvo allí. Ciento treinta metros cuadrados, techos de tres metros, un vestíbulo, dos dormitorios, dos baños, una sala de estar, un comedor y un bar bien equipado. Los ventanales ofrecen unas vistas perfectas de la montaña nevada que da nombre a la *suite*. Hay una cesta gigante de fruta sobre la mesa de café, varias bolsas de compras y una gran caja de cartón.

Lo único que falta es Jimmy.

—Esto es mucho más de lo que necesito —precisa Paris—. Me

arreglaría perfectamente con una habitación más pequeña.

—La señora Moffatt solicitó la misma *suite* en la que se alojaron usted y su esposo la última vez para garantizar su óptima comodidad. —La voz del gerente es monótona—. Estamos encantados de poder cumplir con esa petición. Todos aquí en el Emerald somos, éramos, grandes admiradores de su esposo.

Paris espera que el hombre ofrezca algún tipo de condolencia obligatoria, pero no lo hace. En cambio, extrae una tarjeta del bolsillo del pecho y la deja sobre la mesa del vestíbulo.

—Jimmy Peralta era un huésped leal y valioso de nuestro hotel —prosigue Mannion—. Cualquier cosa que necesite, puede ponerse en contacto conmigo. Como mencionó la señora Dixon, es mejor que permanezca en la *suite* en todo momento para no llamar la atención de los demás huéspedes. De ese modo, será también más fácil para el personal garantizar su seguridad. —Baja la vista hacia el tobillo de Paris, donde parpadea la pequeña luz verde de la tobillera electrónica—. Esperamos que no esté aquí mucho tiempo.

La descortesía respetuosa es una habilidad difícil de dominar, Paris se lo reconoce. En cuanto el gerente se marcha, pulsa el botón del cartel NO MOLESTAR y echa el cerrojo.

La bolsa de plástico que Elsie le había entregado en la oficina del gerente contiene un cargador de pared y una batería adicional de la empresa de monitoreo por GPS. Lo conecta en la sala de estar y se deja caer en el sofá con un suspiro profundo. Es un placer sentarse en algo que no sea completamente de metal, pero la desagradable banda negra alrededor de su tobillo le resulta extraña. Solo puede quitársela quince minutos al día para ducharse, y el mero hecho de pensar en tenerla todo el tiempo puesta le eriza la piel. Si Jimmy estuviera allí, diría algo divertido, haría algún tipo de broma para levantarle el ánimo.

Mira hacia la puerta, casi esperando que él esté allí. Tiene la sensación de que podría entrar en cualquier momento, con su bañador de palmeras, una toalla alrededor del cuello, el pelo mojado de la piscina del hotel, y arrojar la tarjeta electrónica de la *suite* sobre la mesa. “Date prisa, nena. El bufet del desayuno termina en treinta minutos y hay una sección de tortillas”.

La tristeza se extiende por todo el cuerpo de Paris, llenándola y vaciándola al mismo tiempo. Podría sentir algo de alivio si pudiera

llorar, pero las lágrimas se niegan a salir. “Si no dejas de comportarte como un bebé de mierda, juro por Dios que te voy a dar un puñetazo en la cara”.

Pela un plátano de la cesta y se lo come mientras hurga en las bolsas de compras que Zoe ha dejado para ella. Tiene que admitir que la asistente de Jimmy se ha portado. Le ha comprado un iPhone nuevo, que todavía está en la caja, y ha garabateado el número nuevo en una nota adhesiva. También hay camisetas, pijamas, ropa interior y todos sus productos habituales de aseo y cuidado de la piel. Se ve que hasta fue a la oficina de correos y recogió la correspondencia de los fans de Jimmy, que es lo que está en la gran caja de cartón.

Salvo las cartas de los fans, el resto es perfecto.

Paris está confundida. Zoe fue quien la llamó asesina y gritó para que la policía la arrestara. Entonces, ¿qué demonios es todo esto? ¿Una disculpa?

Escucha un ruido suave procedente de la caja con su iPhone nuevo. Zoe ya lo debe de haber configurado, lo que no debería sorprenderle, porque para esto es exactamente para lo que Jimmy le pagaba. Su trabajo era anticiparse a las necesidades de Jimmy, y ahora está haciendo lo mismo con Paris.

Extrae el teléfono de la caja. Hay un mensaje de texto nuevo.

Hola, Paris. Espero que tengas todo lo que necesitas. Sé que ayer empeoré las cosas y lo siento mucho. Jimmy estaría decepcionado conmigo. Por favor, llámame o mándame un mensaje en cualquier momento si hay algo que pueda hacer por ti. Sigo siendo una empleada de Jimmy y él querría que te ayudara. Mantente fuerte. Zoe.

Ajá. Por fin, eso lo explica.

Zoe, que técnicamente es una empleada de la compañía de Jimmy, no quiere perder su trabajo. Después de todo, no puede recibir sus cinco millones de dólares hasta que el testamento sea validado, y Elsie explicó que eso ocurrirá después del juicio. Mientras tanto, Zoe todavía tiene cuentas que pagar y debe de pensar que Paris tiene algún tipo de influencia sobre su empleo. Está equivocada. Paris nunca se ha involucrado en los negocios de su esposo y no tiene ni idea de lo que pasará con la empresa de Jimmy ahora que él no está.

Pero Zoe no lo sabe.

Paris empieza a escribir, luego relee el texto para asegurarse de que está bien redactado. Corto y bonito. Pulsa "enviar" y se permite una pequeña sonrisa. Ah, qué bien se siente.

Hola, Zoe. Gracias por el teléfono. Estás despedida.

Después de una cena en la habitación y una larga ducha caliente, Paris se pone el pijama nuevo y enciende el televisor en la sala de estar. Ha conseguido evitar la televisión hasta ahora, pero está demasiado cansada para leer y demasiado ansiosa para dormir. Una película podría distraerla. Pasa con rapidez los canales de noticias, por temor a verse a sí misma, hasta que se da cuenta de que no son solo las noticias de lo que tiene que preocuparse.

Ahí está Kimmel.

A pesar de que su cerebro le grita que no lo vea, Paris se detiene en *Jimmy Kimmel Live!* y sube el volumen. El presentador del programa de entrevistas —el Jimmy favorito de su Jimmy— está mostrando al público el video de la detención de Paris en TikTok como parte de su monólogo. Es incluso peor de lo que ella temía, en especial cuando Kimmel congela el video y amplía la imagen de sus pantuflas, con las estúpidas plumas rosadas ondeando en la brisa.

"Trescientos dólares por unas pantuflas de Fraggle Rock", grazna Kimmel. "Es una locura. Si se ha cometido un crimen, las víctimas son los avestruces que andan desnudos por ahí".

Grandes risas del público. Lo irónico es que el chiste le habría parecido divertidísimo a Jimmy. Este tipo de cosas nunca le molestaban. "Es un cumplido que se burlen de ti. Significa que estás vigente". Si eso es cierto, entonces, en un par de días Paris se convertirá en un chiste de *Saturday Night Live*.

Apaga el televisor y mira por la ventana. Las luces de la ciudad son hermosas, pero la vista no es ni de lejos tan bonita como la que tiene en su casa. Está demasiado oscuro para ver el monte Rainier en la distancia, pero es reconfortante saber que está ahí. Como estaba Jimmy.

—Estaré aquí cuando vuelvas —le había dicho hacía unos días, la mañana antes de que ella se fuera a Vancouver.

Hay tantas cosas que lamenta…

Más temprano esa mañana, lo había sorprendido intentando afeitarse con una de sus navajas. Paris se enfadó enseguida; el

temblor benigno de la mano derecha de Jimmy había empeorado y hacía un año que habían acordado que sería mejor que usara una afeitadora eléctrica o, al menos, una maquinilla de afeitar de seguridad. Pero ahí estaba él, el muy testarudo, intentando arrastrar una maldita navaja por su garganta con una mano temblorosa.

Habían tenido una discusión desagradable. Paris le había gritado, preguntándole si tenía ganas de morirse, lo que, por supuesto, en retrospectiva, había resultado una pésima elección de palabras. Jimmy también le había gritado, acusándola de intentar cambiarlo, diciendo que lo había obligado a hacer algo que no quería hacer y que lo estaba tratando como a un niño. Le había dicho que se fuera al carajo y lo dejara en paz.

Veinte minutos más tarde, cuando ambos se calmaron, Jimmy se disculpó. Como ofrenda de paz, Paris se ofreció a afeitarlo. Resultó ser una experiencia sorprendentemente íntima para ambos. Ella nunca había afeitado a nadie antes, y la navaja era preciosa, una de las tantas que tenía Jimmy. La que él había elegido esa mañana había sido un regalo de Elsie el día que había terminado de rodar el último episodio de *El Príncipe de Poughkeepsie*. La inscripción en la hoja rezaba: “Podrán saltarte a la yugular, pero tú los liquidaste a todos. Con amor, E.”.

La hoja era de acero, pero el mango era de madera, y cuanto más lo sostenía, más tibio se volvía en la mano de Paris. Pasó la cuchilla con ligereza por la garganta de Jimmy; el débil sonido de raspado que hacía era agradable. Y entonces él mencionó Canadá.

—¿Tienes ganas de ir? —preguntó, y alzó sus ojos azules brillantes hacia ella.

La mano de Paris se movió con brusquedad, y lo cortó. Podría haber sido peor. Podría haberle cortado la yugular.

CAPÍTULO 8

Paris está bastante nerviosa, pero de todas maneras se sirve una segunda taza de café de la pequeña jarra que el servicio de habitaciones le ha llevado con el desayuno. Ha llegado el momento de abrir la caja con la correspondencia de los fans de Jimmy y, aunque la idea le resulte espantosa, debe hacerlo.

El hecho de que todavía reciba tanta correspondencia postal es un testimonio de la edad media del grueso de sus admiradores. Cuando Paris conoció a Jimmy, él solo recibía unas pocas cartas a la semana. Pero una vez que el primer especial de comedia empezó a emitirse, la oficina de correos le comunicó a Zoe que su jefe tendría que alquilarse un apartado postal más grande.

"No recibirías tantas cartas si me dejaras abrirte cuentas en Facebook y Twitter", le había sugerido Zoe un par de meses atrás.

Los tres estaban revisando las cartas, una por una. Tenían un sistema: Paris las abría y las leía en voz alta. Luego Jimmy firmaba una foto en blanco y negro de trece por dieciocho centímetros con un rotulador Sharpie, aunque la firma era ilegible debido al temblor. Zoe escribía la dirección del remitente en el sobre, introducía la foto y lo cerraba. Trabajaban así hasta que Jimmy empezaba a sufrir calambres en la mano, aunque lo disfrutaba.

—No tendrías que hacer nada —insistió Zoe—. Yo te manejaría todas las cuentas.

—Soy un perro viejo para aprender trucos nuevos —protestó él —. Y mis seguidores son tan viejos como yo. Si a ellos les importa una mierda que no esté en las redes sociales, ¿por qué habría de importarme a mí?

—Eh… ¿por tus seguidores nuevos? —Exasperada, Zoe se volvió hacia Paris en busca de ayuda—. ¿No es esa la finalidad básica de

hacer un contrato de *streaming*? Anda, Paris, díselo.

Paris se encogió de hombros y abrió la siguiente carta. Ella tampoco tenía perfiles en línea, así que era la persona menos indicada para convencer a su esposo de sesenta y ocho años de hacer algo en ese sentido. Jimmy casi no toleraba los correos electrónicos y despreciaba los mensajes de texto.

—Esa no es la finalidad, nena —replicó él—. A mí me pagan por contar chistes.

No puedo controlar lo que les gusta a los fans, y hace tiempo que aprendí a no preocuparme por eso.

—Piénsalo, Zoe —intervino Paris—. ¿De verdad quieres a Jimmy en Twitter? Ya es bastante impulsivo con las cosas que dice.

—Yo escribiría los tuits. —Zoe miró a uno y a otro—. Una cuenta de Twitter podría ayudar a desarrollar la marca de Jimmy.

—Nadie escribe en nombre de Jimmy salvo Jimmy —aseveró él —. Y mi marca es que no quiero estar en el puto Twitter.

A Paris le gustaba leer la correspondencia de los fans de su esposo, ya que le permitía vislumbrar partes de su vida con las que estaba menos familiarizada: su trabajo, la historia de sus actuaciones, su legado. Una vez le preguntó cómo supo que había llegado el momento de abandonar el mundo del espectáculo. Jimmy le respondió que su fuente creativa se había consumido por varias razones: el agotamiento, el estrés de la vida, la edad, los problemas de salud mental, el hecho de haber estado a punto de morir. Pero la razón más importante fue que había dejado la droga.

—Lo único que me hacía feliz eran las drogas —declaró.

—No hablas en serio.

—Qué más quisiera, nena.

Llevaba cuatro años sin consumir cuando se conocieron, y estaba decidido a seguir así. Decía que se sentía muy bien, pero que echaba de menos ser divertido.

—Intento convencerme de que está todo bien —agregó, y se encogió de hombros—. Pero mentiría si dijera que no la echo de menos cada maldito día.

—¿La droga o la comedia? —preguntó ella.

—Las dos. Siempre han ido juntas en mi vida.

Ser cómico —el tipo de cómico afilado, el tipo de cómico que puede hacer que el público se ría a carcajadas y se estremezca al

mismo tiempo, el tipo de cómico que lastima tanto como entretiene — era el don de Jimmy. Lo único que siempre había querido hacer era que la gente se riera.

Según los amigos que lo conocían desde hacía décadas, siempre había sido muy divertido. Pero el negocio de ser gracioso era algo muy diferente de hacer reír a tus amigos en las fiestas. La presión de ser genial noche tras noche, tuviera o no tuviera ganas, era difícil. Había empezado a consumir cocaína cuando era un joven cómico para tener más energía en el escenario y hacer que su cerebro funcionara tan rápido como su boca. En algunos de sus momentos célebres más divertidos —su primera aparición en *The Tonight Show*, de Johnny Carson, por ejemplo— había estado tan drogado que ni siquiera los recordaba. En el momento culminante de su fama, tomaba cocaína y Adderall para actuar, Xanax para calmarse, Valium para dormir y heroína solo porque lo hacía sentirse bien. Sin las drogas, lo gracioso llegaba con más lentitud y el humor se diluía. Y a todos sus intentos de desintoxicarse, con rehabilitación y sin ella, les habían seguido períodos de depresión que duraban meses.

Cuando se desintoxicó por última vez, lo gracioso desapareció. Todavía podía contar un buen chiste, pero lo que hacía que Jimmy Peralta fuera Jimmy Peralta ya no estaba allí.

Y entonces volvió. Por accidente.

Jimmy siempre donaba mucho dinero a la caridad y solía estar invitado a eventos locales. A los pocos meses de casarse, Paris lo acompañó a una cena de gala en el Fairmont para recaudar fondos, donde le entregaron una placa por su generosa contribución a una organización benéfica que apoyaba los servicios de salud mental en barrios desfavorecidos. Cuando subió al escenario para aceptarla, pronunció unas palabras de agradecimiento y, a continuación, en un impulso, contó un chiste obsceno sobre uno de los candidatos a la presidencia… y un burro. Las risas y los aplausos que había recibido esa noche en el salón del hotel le levantaron el ánimo durante días. Y fue entonces cuando todo empezó a cambiar.

Alguien grabó la broma en un video y lo subió a Twitter, con el *hashtag* #Elburrodelpresidente y #JimmyPeraltaVive. En un día, fue retuiteado más de doscientas mil veces. Hasta Chrissy Teigen lo citó en un tuit con un emoji de llanto y risa, y agregó: “Carajo, cómo te

quiero, Jimmy Peralta".

Y fue entonces cuando él se dio cuenta de que podría volver a tener algo que decir.

Durante las siguientes semanas, escribió algunos chistes nuevos y los probó con Paris y Zoe, las dos personas con quienes pasaba la mayor cantidad de tiempo. Ambas mujeres, que no coincidían en casi nada, podían coincidir en esto: Jimmy Peralta seguía siendo muy divertido y el material que estaba escribiendo tenía mucho que ver con todo lo que estaba ocurriendo en ese momento en el mundo.

Cuando tuvo unos veinte minutos de material, lo probó en un par de clubes de comedia locales. Con el tiempo, lo invitaron a actuar en otros lugares de los Estados Unidos, e incluso hizo una aparición sorpresa en el legendario Comedy Cellar de Nueva York. El público adoraba a este nuevo Jimmy. Era mayor, sí, pero también más sabio, más sensible, más consciente de sí mismo y, de alguna manera, más divertido en 2017 que veinte años antes. Los fans más antiguos se alegraban de su regreso. Los más jóvenes estaban encantados con sus opiniones políticas sin tapujos. Y Jimmy atacaba a todos, sin importar su afiliación política. Un videoclip de dos minutos de uno de sus chistes sobre un político demócrata atrapado en una aventura amorosa acabó en YouTube, donde obtuvo más de veinticinco millones de visitas.

A principios de 2018, lo llamó Quan, el competidor de Netflix, y entonces todo cambió. Jimmy decidió que a los sesenta y ocho años estaba preparado para reaparecer. Y a lo grande. El primer especial se llamó *Jimmy Peralta vive*. Se había estrenado un par de meses atrás con grandes cifras y había vuelto a consolidar a Jimmy como una estrella. El segundo, cuyo estreno estaba previsto para dentro de unas semanas, se llamaría *Te amo, Jimmy Peralta*.

Hubo publicidad. Entrevistas. La foto de su boda apareció en *Page Six*.

—Podría ser una oportunidad para que aproveches, Paris —sugirió Zoe—. La gente también quiere saber quién eres.

—No, no es cierto. No soy famosa.

—Pero sí eres muy cercana a un famoso. —Zoe pensó un momento y luego sugirió—: ¿Y si empezaras a hacer videos cortos con posturas de yoga? Podría conseguirte una colaboración con una

empresa de ropa. Podrías tener tu propia línea de ropa de yoga.

Paris no podía pensar en nada que le interesara menos.

—No, gracias.

La publicidad no fue toda buena. Cuando se supo que la quinta esposa de Jimmy era de ascendencia filipina, se reavivó parte de la polémica sobre su pasado. Un par de semanas después de que se anunciara el contrato con Quan, TMZ desenterró un antiguo video de monólogos de Jimmy de 1990 en el que aparecía burlándose de los asiáticos. Excepto que "asiáticos" no era el término que utilizaba. Un videoclip de la broma ofensiva se publicó en el sitio de TMZ y pocas horas después se convirtió en tendencia en Twitter.

Al día siguiente, Paris cometió el error de atender una llamada de un número desconocido en su móvil. Resultó ser un periodista que le preguntó qué sentía al estar casada con un hombre que en cierta ocasión se había burlado de los chinos.

—Soy filipina —señaló Paris—. ¿Acaso todos los asiáticos te parecen iguales?

—Antes de que él pudiera responder, le colgó.

Cuando se lo contó a Jimmy más tarde, él se rio. Zoe estaba horrorizada.

—Por el amor de Dios, Jimmy, si hoy hicieras ese chiste, te cancelarían el contrato —comentó—. Al instante. Tienes que pedir disculpas. Ya mismo.

—No te atrevas a disculparte —le advirtió Paris a Jimmy—. Por favor, que te cancelen el contrato. Quizás, entonces, nos dejen en paz.

El contrato no se canceló. Jimmy hizo referencia al viejo chiste al principio del primer especial y se responsabilizó por lo dicho de una manera divertida pero respetuosa. La gente lo perdonó. El público quería a Jimmy Peralta de regreso. Pero era solo cuestión de tiempo que alguien de la antigua vida de Paris viera fotos de ella en su nueva vida.

La primera carta extorsiva llegó un mes después.

Paris toma la caja de cartón y la abre. Arranca la cinta adhesiva y empieza a extraer las cartas, unas cuantas a la vez. Cuando la cuarta parte ya está fuera, la ve.

Color lavanda y del tamaño de una tarjeta de cumpleaños, con dos estampillas canadienses en la esquina superior derecha, enviada

desde la prisión de mujeres de Sainte-Élisabeth en Quebec. Es de una reclusa que cumple cadena perpetua por el homicidio de su amante a principios de los noventa. Su nombre es Ruby Reyes y los medios de comunicación de entonces la habían apodado “la Reina del Hielo”.

CAPÍTULO 9

De todas las personas que Paris creyó que podrían localizarla, jamás pensó que sería Ruby Reyes.

Pero, por supuesto, en la cárcel hay televisores con acceso a programas como *Entertainment Tonight* y revistas como *People* y *U.S. Weekly*. La Institución Sainte-Élisabeth es un centro penitenciario de mujeres, no un búnker. La suposición de que Ruby no sería la persona que la encontraría fue el primer error de Paris.

El segundo fue no pagarle.

Cuando llegó la primera carta de chantaje, estaba dentro de la caja con el resto de la correspondencia de los fans de su esposo. Jimmy estaba ocupado firmando fotos, Zoe estaba cerrando los sobres y colocando las estampillas, y ninguno de los dos advirtió que el corazón de Paris estuvo a punto de detenerse cuando sacó el sobre de color lavanda de la caja y vio el remitente. Tampoco se dieron cuenta cuando lo deslizó debajo de su camisa con manos temblorosas antes de excusarse para ir al baño, donde cerró la puerta con llave, leyó la carta que estaba adentro del sobre, rompió todo en pedazos y los arrojó por el retrete.

Paris abre ahora el sobre nuevo y ve una foto y una carta escrita a mano en un papel color lavanda al tono. Está fechada hace una semana, lo que significa que, cuando Ruby la escribió y la envió, Jimmy aún estaba vivo.

Querida Paris:

Debo admitir que me siento decepcionada cada vez que llega el correo y no hay respuesta tuya. Entiendo lo famoso que es Jimmy, ahora más que nunca, y que debe de recibir cartas de

admiradores de todo el mundo. Estoy deseando ver su nuevo especial de comedia en Quan en cuanto salga de la cárcel, cuando alguien me enseñe cómo hacerlo (ja, ja).

Y, sí, has leído bien. Después de una audiencia relámpago llena de mucho dramatismo, la Junta de Libertad Condicional de Canadá ha decidido que ya no soy un peligro para la sociedad. Después de veinticinco años en este infierno, saldré de Sainte-Élisabeth a finales de este mes.

En vista de este maravilloso cambio de circunstancias, creo que tiene sentido aumentar la cantidad original que solicité. Necesitaré un lugar donde vivir una vez que regrese al mundo normal, y he oído decir que las propiedades en Toronto están muy caras. Creo que tres millones de dólares es una cantidad apropiada para volver a empezar.

Tengo varias entrevistas programadas para las próximas semanas y lo que les diga a esos periodistas dependerá por completo de si me has pagado lo que me debes. Es lo menos que puedes hacer, teniendo en cuenta lo que me quitaste.

En mi próxima carta, te enviaré los datos de la cuenta bancaria a la que podrás transferir el dinero.

Saludos cordiales,

Ruby

P.D. Te envié una foto. Pensé que te gustaría tener un recuerdo de la vida que decidiste destruir.

P.P.D. Quizá, una vez que hayamos terminado nuestra transacción, me cuentes la historia de cómo te convertiste en Paris. En particular, me muero por saber de quién son las cenizas que están en la urna que lleva tu verdadero nombre.

Paris deja caer la carta sobre la mesita de café. No. No puede ser verdad. Ruby Reyes no puede salir de la cárcel. La Reina del Hielo fue condenada a cadena perpetua por el brutal asesinato de su amante adinerado y casado, un crimen que fue noticia en Toronto en los años noventa. ¿En qué mundo de mierda podía alguien así obtener la libertad condicional? ¿Y en qué mundo de mierda cualquier periodista querría escuchar lo que Ruby Reyes tiene que decir sobre lo que sea?

Con manos temblorosas, Paris toma su iPhone nuevo. Después

de todo, esa mujer es una mentirosa, y hasta que no lo vea por sí misma, no creerá ni una palabra de lo que diga Ruby. Abre Safari y busca en Google: "Ruby Reyes, la Reina del Hielo, Toronto".

Dios, es verdad. Ahí está, en el *Toronto Star*. Si bien hay que pagar para poder acceder al contenido más allá del titular y las primeras frases, lo que se ve del artículo es suficiente para confirmar que Ruby no miente. La van a soltar de verdad, y en todas las combinaciones posibles que hizo Paris de lo que podría pasar una vez que dejara Toronto, nunca se le ocurrió que Ruby Reyes fuera liberada. Había sido condenada por homicidio en primer grado. Se suponía que la Reina del Hielo moriría en prisión.

En su primera carta, Ruby le pidió a Paris un millón de dólares. Unos meses atrás, eso le había parecido totalmente ridículo. ¿Para qué necesita un millón de dólares una reclusa que cumple cadena perpetua? ¿Cuánto pueden costar los bocadillos en el comedor de la prisión? La única razón lógica que se le ocurrió a Paris para que Ruby hiciera un pedido así era que la estaba tanteando para ver si ella estaba dispuesta a pagar algo para mantenerla callada.

Pero ahora Ruby quiere tres millones. Y, si Paris no le paga, todo el mundo sabrá quién es realmente Paris. Y entonces la encerrarán no solo por la muerte de Jimmy.

¿Qué otra cosa hay peor que una acusación de homicidio? Dos acusaciones de homicidio.

Paris cierra los ojos y se concentra en la respiración hasta que siente que su ritmo cardíaco empieza a disminuir. Busca la foto que Ruby envió con la carta. En el reverso, con tinta azul descolorida, está escrito: "Humber Bay Park, Toronto, 1982. Tercer cumpleaños de Joey".

La foto, de color verdoso, es un cuadrado perfecto con bordes redondeados. Ruby Reyes está sentada con su hija, Joey, en una mesa de pícnic cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos. Hay mucha comida: un cubo de Kentucky Fried Chicken, recipientes de poliestireno llenos de una ensalada de col y de macarrones, un bol grande de arroz blanco, una bandeja de rollitos de primavera fritos en su salsa y un refrigerador lleno de latas de Tab y refresco de vainilla. También hay globos, un pastel de cumpleaños con tres velas y glaseado rosa, y una modesta cantidad de regalos envueltos en papel brillante. La hermana y el cuñado de Ruby aparecen al

fondo riéndose.

Ruby y su hija llevan vestidos de verano amarillos iguales y cada una está comiendo la mitad de una paleta de helado de plátano doble. Se sonríen la una a la otra y sus rostros brillan de felicidad bajo el sol. El amor entre madre e hija en ese momento es evidente, y a Paris le duele mirarlo. Pasa un dedo despacio por el rostro dulce de la niña. Joey era muy pequeña en esta foto, que fue tomada en tiempos mejores.

No era que Paris planeara matarla. Pero tampoco fue un accidente.

Vuelve a colocar la foto en la mesita de café y lleva la carta al baño. De pie sobre el retrete, la rompe en pedacitos, que se arremolinan en la taza como confeti púrpura hasta que por fin desaparecen.

Paris empapa una toallita en agua fría y se la pone en la cara, mirándose al espejo. Fue un riesgo no pagarle a Ruby justo después de que llegó la primera carta extorsiva. Pero no tenía el dinero, y pedírselo a Jimmy no era una opción. En lugar de eso, había intentado arreglar las cosas por sí misma, pero el plan para recuperar la urna con las cenizas que todos suponen que son suyas no salió como esperaba.

Si no le paga el dinero a Ruby, todos sus secretos saldrán a la luz.

Ha trabajado mucho para desprenderse de su antigua identidad y convertirse en Paris. La mayoría de los días parece que lo ha conseguido, que se ha reinventado. Pero, por las noches, sus sueños la llevan de regreso a Toronto, diecinueve años atrás, a ese sórdido apartamento en el sótano con suelo en damero, contemplando el cuerpo devastado y la cara ensangrentada de la joven que era su mejor amiga, con sus ojos suplicantes y desesperados y su voz áspera y débil.

Había rogado al final.

“Por favor”, había susurrado. “Por favor”.

Paris regresa a la sala de estar y recoge la foto una vez más. Creía que había quedado en la casa la noche del incendio, la noche en que había abandonado una vida y comenzado otra.

Creía que esta foto había quedado en la casa y se había quemado junto con la chica de la urna.

SEGUNDA PARTE

Una vida arrancada, un vínculo roto,
te extrañaré.

Puffy Daddy y Faith Evans,
con la participación de 112

CAPÍTULO 10

Ruby Reyes, víctima del #MeToo, ha obtenido la libertad condicional después de cumplir veinticinco años en prisión por homicidio.

Al principio, Drew Malcolm pensó que el artículo era una broma, porque parece algo escrito para un medio de noticias satírico como *The Onion*. Pero no se trata de una broma, sino que está ocurriendo de verdad, y el titular es tan absurdo que tiene que leerlo varias veces antes de poder asimilarlo.

La Reina del Hielo, ¿una víctima? Si no fuera un insulto tan grande para las verdaderas víctimas del #MeToo, Drew podría haberse reído. Pero que la madre de Joey Reyes salga de la cárcel no tiene nada de divertido. Y está tan furioso que ha decidido que por fin romperá la promesa que se hizo a sí mismo después de conseguir su primer trabajo verdadero como periodista, poco después de la muerte de Joey.

Va a hablar de la Reina del Hielo en su pódcast. Puede que Ruby Reyes salga de la cárcel, pero, si la investigación de Drew sirve de algo, nunca será libre. Porque la mujer no solo es una asesina, sino que fue un espanto absoluto como madre.

Psicópata de mierda.

* * *

Ruby Reyes fue arrestada una cálida y pegajosa noche de junio de 1992.

Fue un asunto tranquilo, incluso con los dos coches de policía, la ambulancia y la trabajadora de los servicios de protección infantil. Las luces intermitentes rojas y azules de los patrulleros atravesaron la oscuridad, alumbraron los árboles del parque al otro lado de la

calle e iluminaron el sucio exterior de ladrillos del destartalado edificio de apartamentos en el que vivían Ruby y su hija de trece años, Joey.

Los vecinos salieron a los balcones para ver qué pasaba. Los coches de policía eran habituales en este barrio, pero por lo general acudían en respuesta a las actividades que tenían lugar en Willow Park al anochecer: venta de droga, transacciones sexuales, adolescentes haciendo lo que hacen los adolescentes una vez pasado su límite de horario, peleas entre indigentes que no tienen adónde ir.

Esto, en comparación, fue aburrido. Ruby no protestó ni se resistió. En todo caso, pareció incómoda mientras la sacaban esposada del vestíbulo del edificio, como si el hecho de ser arrestada fuera un pequeño malentendido que se rectificaría pronto.

—Mamá —exclamó Joey y bajó de un salto de la parte trasera de la ambulancia, donde un paramédico la estaba atendiendo por un corte sobre la ceja. No le dolía demasiado, pero le dolían las costillas y sabía por experiencia que tendría el torso azul y morado por la mañana. Corrió hacia Ruby y le rodeó la cintura con los brazos, apretando la cara contra el pecho de su madre—. Lo siento, mamá.

La asistente social que estaba detrás de Joey la separó con suavidad. Ruby bajó la mirada hacia su hija y las luces le atravesaron el rostro. Incluso con el camisón viejo y manchado y el cabello enmarañado y sin lavar, Ruby era hermosa.

—Oh, Joey. —Su voz era suave, casi tierna. Pero detrás de sus ojos oscuros no había nada. Eran dos agujeros negros que absorbían la luz, succionaban todo—. ¿Qué has hecho?

Los oficiales que la escoltaban la jalaron del brazo y la madre de Joey siguió caminando, la barbilla en alto, la cabeza erguida, consiguiendo de algún modo parecer magnífica a pesar de las circunstancias. Uno de los agentes le colocó una mano en la cabeza y Ruby se hundió en el asiento trasero del coche de policía con toda la elegancia posible.

Deborah Jackson, la trabajadora social asignada al caso, logró atrapar a Joey justo cuando las rodillas de la chica flaquearon. Unos brazos fuertes la rodearon mientras su cuerpo empezaba a temblar. Y no era porque Joey tuviera frío. Esa semana había una ola de

calor en Toronto, e incluso allí, junto al lago, a las once de la noche, hacía treinta grados con un índice de humedad de treinta y siete por ciento. Y, encima, el calor provocaba una sensación asquerosa. Esta parte del lago Ontario solía apestar en verano, y el calor retenía los olores de la mierda y la basura y la polución de las fábricas no muy lejanas.

La asistente social no era lo bastante fuerte para mantener sujeta a Joey. Cuando el coche de policía se alejó con su madre dentro, Joey se zafó de los brazos sudorosos de la mujer para perseguirlo descalza, gritando "mamá" todo el camino por la avenida Willow hasta que el coche, las luces y Ruby desaparecieron.

Los periódicos describirían la escena como desgarradora. Pero para los residentes que vivían en el número 42 de la avenida Willow, no fue algo sorprendente. Hacía tiempo que sabían que algo no andaba bien. Habían visto los magullones y la mirada hundida en los ojos de la chica cuando subía con ellos en el elevador. Habían oído los gritos y los ruidos de cosas que se estrellaban desde el interior del apartamento de Ruby a todas horas del día.

—Bueno, no todos los días —se oyó al señor Malinowski decir a la policía la noche de la detención de Ruby. Era el encargado del edificio, que vivía en el primer piso—. Quiero decir, ¿que si estaba flaca? Claro, pero muchas chicas son así a esa edad. ¿Si le vi alguna vez un magullón en la mejilla? Claro, pero es una niña. ¿Si le pregunté si estaba bien? Por supuesto que sí, y su madre dijo que se había caído de la bicicleta. ¿Qué iba a hacer? ¿Acusarla de mentir?

Excepto que Joey no tenía una bicicleta. Tampoco tenía un monopatín, ni patines, ni ninguna de las otras cosas que se suponía que habían causado las manchas moradas que de vez en cuando aparecían en distintos lugares de su cara y su cuerpo.

—Una vez la vi con un brazo vendado —recordó la señora Finch, que vivía al final del pasillo con su hijo adulto desempleado. Estaba ansiosa por hablar con la policía, ya que había sido ella quien finalmente los había llamado—. La chica parecía avergonzada, dijo que se había tropezado y caído, que era una torpe. Siempre supe que algo no estaba bien. Pero la verdad es que nunca vi a la madre haciendo nada, así que ¿qué podía hacer? Y además no era asunto mío. Bueno, admito que la mujer nunca me cayó bien. Era una mujerzuela, siempre con esas faldas cortas y

tacones altos, llena de tatuajes y con un novio diferente cada pocos meses. Pero la chica tiene ¿cuántos, doce? ¿Trece años? Si algo estaba pasando, debería haberlo dicho; de lo contrario, ¿cómo se supone que alguien iba a saberlo?

Pero lo sabían. Por supuesto que lo sabían.

El juicio por homicidio posterior acaparó todas las noticias. Charles Baxter, el presidente del importante banco donde trabajaba Ruby, había muerto por exanguinación como resultado de múltiples puñaladas. Dieciséis, para ser exactos, pero fue el corte en el cuello lo que en última instancia lo mató. Por temor a preguntarle a un adulto qué significaba "exanguinación", Joey lo buscó en el diccionario. Resultó ser una palabra muy elegante e interesante para algo que solo significaba "pérdida de sangre".

La belleza de su madre no hizo más que alimentar la publicidad. El largo y lustroso cabello negro de Ruby Reyes y su seductora sonrisa eran el centro de todos los artículos, de todos los informativos de televisión. Hasta le pusieron un apodo: la Reina del Hielo. Tenía treinta y cinco años en el momento de su detención, pero podría haber pasado por diez años más joven.

—Si no te tuviera, podría decir que tengo veinticinco años —solía decir Ruby a su hija—. Odio que te parezcas a mí.

Joey nunca dudó de que ella era lo peor que le había pasado a su madre. Del mismo modo en que su madre era lo peor que le había pasado a ella.

Tras la condena de Ruby, Joey fue enviada a vivir con sus tíos en Maple Sound, un pequeño pueblo a dos horas al norte de Toronto. Se suponía que las cosas mejorarían. Flora y Miguel Escario tenían tres hijos pequeños y aceptaron recibir a su sobrina cuando la asistente social les dejó claro que eran ellos o un hogar adoptivo temporal. Joey se mudó unos días después del arresto de su madre. Por fin tendría una familia de verdad. Era una oportunidad para empezar de nuevo.

Excepto que no lo fue, porque los chicos de la escuela sabían muy bien quién era Ruby Reyes, lo que significaba que sabían muy bien quién era Joey Reyes. Lo sabían porque sus padres leían los periódicos y veían las noticias, al igual que los profesores. La chica nueva era la hija de la Reina del Hielo, y la Reina del Hielo era una inmigrante recién llegada, una puta y una cazafortunas que había

asesinado a alguien. La historia era horripilante y apasionante, y muy divertida para comentar, de modo que generó murmuraciones y chismes y especulaciones hasta que los fragmentos de verdad se tergiversaron y se convirtieron en rumores más interesantes que acabaron siendo mentiras absolutas. No había forma de escapar de eso, de su madre, de la historia de su madre.

Después de terminar el bachillerato a los dieciocho años, Joey se trasladó a Toronto. Dos años después, murió en su casa, sola, en un incendio. Fue un final trágico para una vida trágica, y en todos los años que Drew ha trabajado como periodista, se prometió a sí mismo que nunca escribiría sobre Ruby, por Joey. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de ser objetivo.

Pero ya no es periodista. El periódico para el que escribía cerró hace tres años, lo que obligó a Drew a cambiar de rumbo si quería seguir pagando su hipoteca. Ahora crea pódcast y *Cosas que hacemos a oscuras* tiene un promedio de tres millones de oyentes cada temporada. La gente lo escucha por sus opiniones. Y, cuando se trata de presentar a Ruby Reyes como una víctima de algo, Drew tiene muchas cosas que decir. A los sesenta años, la Reina del Hielo ha obtenido una segunda oportunidad en la vida, mientras que la hija de la que abusó durante años murió a los veinte…

Drew no solo está enfadado.

Está furioso como la puta madre.

CAPÍTULO 11

Hay un solo lugar para aparcar en la calle frente a Junior's y Drew lo aprovecha.

No solía estar tan concurrido, pero han cambiado muchas cosas en el viejo barrio desde la última vez que vivió allí, hace veinte años. La tienda de videos en la que trabajaban él y Joey ya no existe. La panadería portuguesa también ha desaparecido. Pero Junior's sigue allí, y también el Golden Cherry, justo al lado.

Cierra el coche y contempla el emblemático cartel de neón y la fachada ennegrecida del antiguo club de *striptease*. Drew solo ha ido una vez al Cherry, para una despedida de soltero a la que no quería asistir, de una boda que nunca se celebró. El Golden Cherry era popular en esos días, pero cuando la industria de los clubes de *striptease* empezó a decaer alrededor de diez años atrás, el antiguo "club de caballeros" se convirtió en una discoteca de lujo. El propietario se asoció con alguien, pero mantuvo el nombre original. Salvo por una capa de pintura nueva, el lugar no se ve muy diferente.

Pero Junior's sí. El mejor restaurante jamaicano en esta parte de la ciudad, famoso por su pollo adobado, su cabra al curry y su rabo de buey, es tres veces más grande de lo que solía ser. Hubo un tiempo en el que Drew comía allí al menos dos veces por semana, pero ya casi no viene a este barrio si no es por necesidad. De hecho, sería más justo decir que lo evita.

Todo aquí le recuerda a Joey.

Abre la puerta y unas campanillas anuncian su entrada. Atrás quedaron los días en los que el local era poco más que un cuchitril con tres mesas y una ventanilla de comida para llevar muy concurrida. El restaurante, que se ha ampliado para ocupar la

panadería de al lado, es más grande y más luminoso, con pintura amarilla nueva, sillas de vinilo verde y mesas negras brillantes. Hay televisores Samsung montados en cada esquina del comedor, y en la pared junto a la puerta, se destaca una fotografía enmarcada gigante de un Junior sonriente junto a Usain Bolt. Pero aunque todos estos cambios son buenos, Drew se da cuenta de que los precios han subido. Las emblemáticas hamburguesas de ternera que antes costaban 99 centavos, ahora cuestan la friolera de 2,50 dólares cada una.

Se acerca al mostrador y pide una de todas maneras; luego se sienta a una mesa para esperar a su invitado. Mientras saborea la hamburguesa, que sabe exactamente como la recuerda, mira el televisor más cercano. Tres comentaristas de CNN están discutiendo sobre algo que acaba de decir el presidente de los Estados Unidos, y aunque a Drew no le interesa mucho la política estadounidense, le llama la atención la noticia que aparece en la franja inferior de la pantalla.

> **Paris Peralta, acusada de homicidio en primer grado, heredará 46 millones de dólares del patrimonio de su difunto esposo.**

Cuarenta y seis millones. Mierda. Así que entonces la esposa tal vez lo hizo. Drew nunca ha prestado mucha atención a las vicisitudes de los famosos, pero el asesinato de Jimmy Peralta es interesante. Acaba de ver *Jimmy Peralta vive* en Quan no hace mucho, y está deseando que estrenen el segundo especial. Para morirse de risa, aunque el título del primer programa es ahora irónico y triste.

—Ver para creer —exclama una voz alegre.

Drew aparta la vista del televisor para descubrir a una mujer de pie, a unos metros, con una gran sonrisa en la cara. Tarda unos segundos en ubicarla, pero cuando lo hace, se queda con la boca abierta.

—¿Charisse? —Se incorpora, tratando de reconocer a esta bonita mujer en su recuerdo de la desgarbada estudiante de bachillerato cuyo padre la obligaba a servir mesas allí—. ¿Eres tú?

—Drew Malcolm —responde Charisse, con la cadera ladeada—. ¿Qué haces de nuevo en este rincón del mundo?

—Estoy esperando a alguien para almorzar —explica Drew—. Mírate. Has crecido.

"Y estás estupenda", piensa, pero quedaría muy raro decir algo así, aunque Charisse debe de tener ya más de treinta años. Atrás quedaron las extremidades flacas y la ortodoncia. Esta mujer tiene curvas y un brillo en los ojos.

—De acuerdo, hazme un resumen de cinco segundos —lo alienta Charisse—. ¿Casado?

¿Hijos? ¿Casa? ¿Trabajo?

—Nunca me casé. Una hija, Sasha, de diecinueve años, que acaba de terminar su segundo año en Western. Tengo un apartamento en Liberty Village; fui periodista de investigación durante quince años para el *Toronto After Dark* y ahora hago un pódcast de crímenes reales desde mi estudio.

—¿El *Toronto After Dark*? —Parece impresionada—. Recuerdo ese periódico. Salía todos los sábados, ¿no?

—Hasta que cerró, sí.

—Uh, lo siento. Bueno, mi turno. —Charisse se aclara la garganta—. Casada durante diez años, ahora divorciada, pero seguimos siendo buenos amigos. Un hijo increíble, Dante, de ocho años. Acabo de comprar una casa a tres cuadras de aquí y ahora dirijo este lugar.

—Vaya… ¿Junior se jubiló por fin?

La sonrisa de ella se desvanece.

—No, papá murió. Hace cuatro años. Cáncer de próstata que se le extendió a los huesos.

—Cuánto lo siento —dice Drew, y de verdad lo siente—. Junior era un buen hombre. Tenía un corazón de oro y era el mejor cocinero de este lado de Toronto.

—Amén —responde Charisse. Levanta una ceja y le echa una ojeada—. Entonces, ¿qué? ¿Estás esperando a tu cita de Tinder?

—Muy graciosa. Reunión de trabajo, para el pódcast.

Ella parece complacida por la respuesta.

—En ese caso, los dos almuerzos corren por mi cuenta.

Drew se ríe.

—Gracias, pero no.

—Ya está decidido. —Charisse agita los dedos—. Fitzroy está atrás cocinando, y será mejor que lo saludes antes de irte.

Drew sonríe mientras ella se aleja y luego se vuelve a sentar, maravillado por lo mucho que han cambiado las cosas. El barrio, el restaurante, Charisse. Puede que ahora sea adulta, pero en la cabeza de Drew, la hija de Junior siempre tendrá doce años.

Al igual que Joey siempre tendrá veinte.

En cuanto la mujer entra deprisa al restaurante, Drew la reconoce por su foto de LinkedIn, aunque en la foto parecía mucho menos estresada. Se presentan y ella pide disculpas por la tardanza. Con un ademán de la mano, él le quita importancia y la invita a sentarse mientras se acerca al mostrador para pedir la comida. Fiel a la palabra de Charisse, la cajera rechaza el dinero.

Cuando vuelve a la mesa, la doctora Deborah Jackson está más tranquila. Su chaqueta color coral está colgada en el respaldo de la silla y su bolso abarrotado está en el suelo a sus pies. Sonríe con calidez, y le hace recordar a Drew a su madre antes de que empezara con todos sus problemas de salud.

—Eres guapo —señala mientras lo evalúa—. Podrías haberlo mencionado en tu correo electrónico. Habría llegado a tiempo y me habría puesto algo más bonito.

Drew casi deja caer la bandeja y ella se ríe. Eso rompe la tensión, y él agradece los esfuerzos de ella por hacer las cosas un poco más leves para los dos. Ambos saben que esta no será una conversación fácil.

—Le agradezco que se reúna conmigo, doctora Jackson —comienza mientras se sienta frente a ella.

—Deborah, por favor. —Ella toma el tenedor—. Admito que tuve dudas mientras venía hacia aquí. Dejé mi trabajo como asistente social un mes después de la muerte de Joelle. No poder levantarme de la cama me hizo darme cuenta de que tal vez no era una profesión para mí. Así que retomé los estudios y ahora me dedico a la enseñanza. Si no me hubieras dicho que Ruby Reyes va a salir en libertad condicional, no sé si me hubiera atrevido a hablar de Joelle. Me parece indignante que su madre sea liberada y que haya utilizado el #MeToo para conseguirlo. Es ofensivo para las verdaderas víctimas. Me alegro de que hagas el pódcast.

Drew se siente aliviado de que estén en sintonía.

—¿Cuánto tiempo trabajaste con Joey?

—Desde la noche en que arrestaron a su madre hasta el día en

que cumplió los dieciocho. Algo más de cuatro años. Pero nos mantuvimos en contacto durante un tiempo después de que cumplió la mayoría de edad.

—¿No es raro trabajar con alguien durante tanto tiempo?

—Sí. Cuando cumplen la mayoría de edad y dejan el sistema, la mayoría de los niños que han estado en hogares adoptivos ya han pasado por varios asistentes sociales, pero como Joey fue colocada con familiares, pude quedarme con ella. Técnicamente, estaba en cuidado familiar, pero no hay mucha diferencia.

Toma un bocado del plato que ha pedido, rabo de buey, y mastica con lentitud.

—Esto está muy bueno.

Drew pidió además una guarnición de plátanos fritos y empuja el plato hacia ella.

—Joey y yo solíamos venir aquí todo el tiempo. Nuestra casa quedaba bastante cerca.

—¿La que se quemó?

Drew asiente con la cabeza.

—Solo he estado aquí una vez —dice Deborah y observa a su alrededor—. Fue la última vez que la vi. Me contó que había dejado la tienda de videos, pero no mencionó que estaba bailando en el club de *striptease* de al lado.

—A mí tampoco me lo dijo nunca —admite Drew—. Me enteré de la peor forma.

Entablan una conversación trivial mientras almuerzan. Quince minutos después, un camarero recoge los platos y Fitzroy, el sobrino de Junior, sale de la cocina con un delantal blanco manchado para saludarlos. Los dos hombres se dan un fuerte apretón de manos y ambos coinciden en que ha pasado mucho tiempo y en que el otro todavía se ve bien para su edad. Fitz ha cocinado aquí desde que Drew tiene uso de razón, y promete enviarles café y pastel de coco a la mesa, por cuenta de la casa, si Drew promete volver más seguido. Deborah observa el intercambio con aire pensativo y una sonrisita en el rostro.

—Ahora entiendo por qué le caías tan bien a Joelle —comenta cuando vuelven a estar solos—. Me habló mucho de ti la última vez que la vi; me contó que tú y tu novia acababan de mudarse a Vancouver. Estaba triste por eso. Dijo que eras su mejor amigo.

Las palabras duelen.

—Y ella la mía.

—Pero tú eras más que una amistad para ella —precisa Deborah —. Ella te quería, Drew. Y cuando digo que te quería, me refiero a que te amaba. Se habría casado, tenido hijos y envejecido contigo, así es cómo te amaba. No era un enamoramiento. Joelle no era capaz de un capricho ni de nada superficial.

El corazón de Drew da un vuelco.

—Nunca me dijo nada.

—Bueno, tú tenías una relación seria. —Deborah da un mordisco al pastel de coco—. Ella nunca habría interferido. Lo único que quería era no parecerse a su madre.

No podía tener más razón en eso.

—¿Cuándo te enteraste de que estaba bailando en el Cherry?

—No hasta después de su muerte. —Deborah se limpia la boca con una servilleta—. Tengo un amigo que trabaja para la policía. Me llamó cuando llegó el informe y fue un golpe muy duro. No había querido perder el contacto con ella. Sabía que aún me necesitaba; lo sentí cuando nos despedimos la última vez. —Aparta la mirada—. Siento que le he fallado.

—Al menos no la avergonzaste por ser una *stripper* menos de dos horas antes de morir —comenta Drew—. Cuando me enteré de que estaba bailando, no me lo tomé bien. Le dije algunas cosas muy horribles.

—Lo siento. —Deborah le roza la mano—. Entonces, dime, ¿qué es lo que necesitas de mí?

—El expediente de Joey —responde Drew—. Sé que ya no eres asistente social, pero algo me dice que podrías haber guardado notas. Ella me contó algunas cosas, pero quiero saber más sobre su infancia.

—¿Y qué vas a hacer con eso? ¿Lo vas a contar en tu pódcast?

—Tal vez en parte. —Drew se frota la cara—. La idea de que Ruby salga y reinicie su vida me enferma. Aun cuando la gente la perdone porque el hombre que asesinó resultó ser un rufián, Ruby fue una madre horrible. Quiero que eso sea lo que la gente vea cuando la mire.

Deborah se queda callada un momento. Luego mete la mano en su bolso y extrae un gran sobre de papel manila. El instinto de Drew

no le ha fallado; Deborah guardaba una copia del expediente de Joey. También saca seis cuadernos de espiral con tapas coloridas y bonitas y los apila encima del sobre.

—¿Sus diarios? —Drew toma el cuaderno de arriba y lo observa con asombro. Los diarios de Joey fueron lo primero que llevó a Ruby Reyes a ser acusada de homicidio—. ¿Cómo los conseguiste? Deberían seguir archivados como evidencia.

—Estaban archivados —comienza Deborah—, pero después de que Joelle murió, me pareció mal dejarlos ahí. Le pedí a mi amigo que los sacara de la evidencia.

—Es mi culpa que esté muerta —suelta él de pronto.

—Si eso es cierto, entonces, también es mi culpa. —Deborah le toca un lado de la cara en un gesto maternal, lleno de compasión y comprensión. Drew puede ver su dolor reflejado en los ojos de ella —. No hubo nada que pudieras haber hecho.

Drew aprecia su amabilidad, pero está equivocada. Hubo mucho que Drew podría haber hecho. Podría haber sido más amable con Joey. Podría haberse quedado con ella. Todavía puede recordar cada palabra de su última conversación, y si hubiera sabido que iba a ser la última, habría cerrado su puta boca y la habría besado.

Porque unos noventa minutos después, Joey murió.

CAPÍTULO 12

Las cinco primeras temporadas de *Cosas que hacemos a oscuras* de Drew trataban sobre extraños, personas con las que no tenía ningún vínculo emocional y a las que nunca conocería. La nueva temporada, en cambio, tratará sobre alguien a quien odia. No sobre alguien que no le gusta, ni a quien rechaza, sino alguien a quien literalmente detesta.

No mucha gente sabe que Ruby Reyes no fue arrestada originalmente por homicidio, sino por maltrato de menores. La audiencia tuvo lugar en un tribunal de familia a puerta cerrada justo antes del juicio por homicidio, y las transcripciones correspondientes están selladas. Drew ha presentado una solicitud para verlas, y aunque una solicitud como esta suele ser negada, Joey está muerta ahora. La solicitud está pendiente.

Ya ha esbozado un borrador de la sexta temporada, pero no empezará a grabar ningún episodio hasta que termine con toda la investigación y las entrevistas. A pesar de que el tema es muy personal para él, los pódcast sobre crímenes reales no dejan de ser una forma de contar historias que requieren un arco narrativo fuerte si se quiere mantener la atención de la gente. Lo lógico era empezar con Deborah Jackson, y se alegra de haberlo hecho, porque le cuesta imaginar que cualquier cosa que lea en esas transcripciones selladas será más dolorosa que leer los diarios de Joey. Y los leerá, para preparar su conversación con Ruby Reyes, que está reservando para el final. Mientras tanto, lee el archivo que los servicios de protección al menor guardaban sobre Joey.

Ningún niño debería tener que pasar por lo que ella pasó con su madre.

Ruby Reyes ya ha concedido varias entrevistas a diversas

publicaciones y está bastante claro que no se va a callar en un futuro cercano. Entre otras cosas, la Reina del Hielo siempre ha sido una adicta a llamar la atención, y si hubiera podido interpretarse a sí misma en la película sobre ella que se hizo para la televisión, Drew apuesta a que lo habría hecho. *La amante del banquero* mala desde todo punto de vista, pero el crimen en el que se basaba cautivó al público desde el principio.

Drew estaba en el bachillerato cuando leyó por primera vez sobre el asesinato de Charles Baxter, y tenía que reconocer que quedó atrapado desde el primer artículo. En un principio, su madre se preocupó por la obsesión de su hijo de quince años por un crimen brutal, pero cuando él le dijo que pensaba estudiar periodismo algún día, le empezó a guardar los artículos de los periódicos para que los leyera después de clase.

A diferencia de la audiencia del tribunal de familia, el juicio por homicidio fue objeto de una amplia cobertura informativa y los detalles de los testimonios diarios se relataban en casi todos los medios de comunicación canadienses. Los dibujantes eran los únicos con ingreso permitido a la sala, pero los periódicos estaban encantados de publicar imágenes a todo color de Ruby Reyes sentada en la mesa de la defensa. En algunos de los bocetos, se veía hermosa. En otros, parecía cruel. Era ambas cosas.

La tarde en la que Joey tenía que testificar para la fiscalía, la sala del tribunal se cerró por completo. Joey era menor de edad, por lo que los medios de comunicación tenían prohibido publicar su nombre o cualquier detalle que la identificara. Aun así, se filtraron cosas, y los medios estadounidenses estaban felices de proporcionar cualquier detalle que los canadienses no pudieran mencionar. En los Estados Unidos no existía ninguna prohibición de publicación, y el tío de Drew en Búfalo se encargó de juntar todos los artículos de Ruby que encontraba y enviárselos por correo a su sobrino.

El asesinato de Charles Baxter fue, en una palabra, macabro.

La foto que usaron los periódicos mostraba a un hombre que parecía tenerlo todo. Todavía bastante atractivo y en forma para sus cincuenta y seis años, Baxter se veía exactamente como uno esperaría que se viera un presidente de banco rico. En el momento de su muerte, llevaba treinta años casado con su novia del bachillerato, Suzanne, y tenían un hijo y una hija que estaban en la

universidad.

A menudo se mostraban fotos de Ruby y de su amante lado a lado para resaltar el marcado contraste entre ellos. Baxter era canoso y mayor; Ruby era espléndida y veintiún años más joven. Él era blanco y de clase alta; ella era una inmigrante de Filipinas. Él vivía en una casa de cinco habitaciones en The Kingsway; ella criaba a su hija en un apartamento miserable en Willow Park. Él era el presidente de la empresa; ella era una representante de servicio al cliente, una categoría tan inferior que costaba creer que él supiera su nombre.

Para avivar aún más el interés, los medios se complacían en publicar la fotografía de Suzanne Baxter de pie junto a la amante de su esposo en la fiesta anual del banco. Canadian Global organizaba todos los años una lujosa cena de etiqueta en el hotel Royal York, que incluía champán, solomillo y una orquesta de ocho músicos. Siempre había un fotógrafo profesional para captar los recuerdos del evento, y en todas las fotos en las que aparecía Ruby, lucía despampanante. Con su metro setenta de estatura, alta para ser filipina, el diminuto vestido dorado sin tirantes dejaba ver por completo sus largas piernas. Sus pestañas eran espesas, sus labios eran rojos, y su largo y lustroso cabello negro caía en ondas perfectas sobre los hombros desnudos.

Suzanne Baxter, en comparación, tenía la misma edad que su esposo, no superaba el metro sesenta y llevaba su pelo rubio rizado. Para la fiesta, lucía un vestido rojo largo con una chaqueta roja de lentejuelas. La elección del vestuario era poco favorecedora. La chaqueta era demasiado corta y el vestido demasiado ajustado resaltaba la redondez de su estómago.

Había sido muy fácil convertir a Ruby en la villana. Esto fue mucho antes del #MeToo y nadie pareció culpar a Charles Baxter por la aventura. Ruby era la otra mujer, una seductora, una destructora de hogares que había tentado a un hombre felizmente casado y lo había alejado de su esposa y su familia. Era obvio que estaba obsesionada y era muy manipuladora. Era Glenn Close en *Atracción fatal*; era Sharon Stone en *Bajos instintos*. No hubo otras versiones. Después de la condena, se publicaron comentarios de Suzanne: “Ojalá nunca se hubiera cruzado en nuestra vida”, como si su esposo hubiera estado por completo indefenso, como si la

aventura —que por cierto duró dos años— hubiera ocurrido sin su consentimiento.

Drew recordó la historia durante mucho tiempo después de terminar el bachillerato, mucho después de que Ruby fuera condenada. Por eso, unos años más tarde, se quedó helado cuando Joey Reyes llamó a su puerta.

En ese entonces, él y su novia Simone alquilaban un apartamento en el sótano de una casa de un hombre que pasaba la mitad del año en la India y dejaba a su hijo de veinte años a cargo de la administración de la propiedad. El hijo no aparecía nunca; estaba más interesado en su Camaro y en su novia italiana mayor que él —que sus padres no aprobaban— que en las necesidades de los inquilinos. Nunca respondió las llamadas cuando le comunicaron que el horno había dejado de funcionar ni cuando el congelador no enfriaba lo suficiente para evitar que se derritiera el helado. Cuando una familia de mapaches se instaló en la chimenea, Drew y Simone tuvieron que pagar de su bolsillo un servicio profesional de "remoción de mapaches". El tipo que se presentó se dio cuenta de que la chimenea estaba llena de grietas y basura acumuladas, lo que la hacía muy peligrosa. Les advirtió que, hasta que no la limpiaran y repararan, no debían encenderla nunca.

El lugar era un tugurio, con linóleo autoadhesivo, sin presión de agua y con techos manchados. Pero había que pagar los préstamos universitarios y las deudas de las tarjetas de crédito, así que era lo único que podían permitirse. Al final, hartos de llevar dos meses de retraso en todas las cuentas, Drew puso un anuncio en el periódico local que decía: "Se busca compañero de piso".

La última persona que esperaba que respondiera al anuncio era Joey Reyes.

Era la sombra de una persona, oculta debajo de ropa holgada y con el pelo largo que llevaba como una manta de seguridad. Le costaba mantener el contacto visual y su voz suave no llegaba muy lejos. Pero, a pesar de las apariencias, estaba decidida.

—Todavía no tengo trabajo —explicó, de pie frente a Drew y Simone en la pequeña cocina con el suelo en damero blanco y negro. A su lado, Drew sintió que su novia hundía los hombros—. Acabo de llegar a Toronto esta mañana y he venido aquí directamente desde la Union Station. Pero tengo dinero en efectivo

y puedo pagar seis meses de alquiler por adelantado.

Simone se animó de nuevo.

—¿Seis meses? ¿Por adelantado? Eso te daría tiempo suficiente para resolver tu situación laboral. ¿Verdad, Drew?

No estaba seguro. Simone, que nunca leía el periódico y que, aunque lo hiciera, habría tenido cero interés en leer sobre crímenes, no había reconocido a la tímida persona en su cocina. Nadie lo haría, ya que su nombre y su foto nunca se habían publicado.

Pero Drew sabía muy bien quién era. Había sido bastante fácil averiguarlo cuando estaba en el bachillerato. La escuela Willow Park quedaba a solo cinco minutos a pie del edificio de Ruby. No había sido difícil conseguir un ejemplar del anuario, que incluía la foto de una bonita chica de octavo curso llamada Joelle Reyes, quien, a los trece años, ya se parecía mucho a su madre.

Con casi diecinueve años, era el vivo retrato de Ruby. Drew estaba nervioso. Una cosa era conocer a la hija de la Reina del Hielo. Y otra cosa totalmente distinta era dejar que se mudara con ellos.

Sintió el codo de Simone en las costillas. Sabía que necesitaban el dinero y que solo una persona con un nivel de exigencia bajísimo estaría dispuesta a pagar un alquiler para vivir allí. No pedían mucho, pero con seis meses de adelanto se pondrían al día con todas las cuentas y los pagos atrasados de la tarjeta de crédito.

—Bienvenida a casa —dijo Drew a Joey—. A propósito, en realidad no se nos permite tener una tercera persona viviendo aquí. Así que, si alguien te pregunta, solo estás de visita. ¿Te parece?

—No hay problema —aceptó ella—. Estoy acostumbrada a fingir que no existo.

Joey se mudó esa tarde. O, mejor dicho, simplemente se quedó. Todo lo que poseía en el mundo estaba en la bolsa de lona y la mochila que llevaba consigo. Su habitación, que técnicamente era un estudio, era del tamaño de una estampilla de correo. Parecía fascinada de verdad.

—Hace años que no duermo sola en una habitación —comentó.

A la semana siguiente, mientras Joey todavía bregaba por encontrar un trabajo, Drew la recomendó para que lo reemplazara en el local de videos que había al final de la calle. Había conseguido una pasantía remunerada en el *Toronto Tribune* y empezaba en dos

semanas.

—Gustav despidió al último chico porque un cliente lo sorprendió viendo porno en el televisor del local —le contó—. Mientras no hagas eso, estarás bien. Es un trabajo muy fácil. La tienda se llena solo los fines de semana, así que durante la semana puedes hacer tareas, ver películas, lo que sea. Gustav es genial.

—Llevaré un libro —dijo Joey.

Drew miró el libro de bolsillo sobre la cama de ella.

—¿Qué estás leyendo?

—*El largo camino a casa*, de Danielle Steel. Es sobre una chica cuya madre la maltrata.

Sus miradas se cruzaron. Él esperó a ver si ella mencionaba algo sobre Ruby, pero Joey desvió la mirada. Pasarían meses antes de que se sintiera lo bastante cómoda como para contarle algo, e incluso entonces solo le relataría fragmentos de su vida.

—Odiaba Maple Sound —le confesó un par de meses después en Junior's—. El peor pueblo del mundo. Mis tíos nunca me quisieron allí, y el sentimiento era mutuo. Y mi abuela es una imbécil.

Drew, que había sido el niño mimado de sus dos abuelas, no podía ni imaginarse eso.

—¿O sea que nunca volverás a visitarlos?

—Créeme. —Esbozó una sonrisa extraña—. Por la forma en que me fui, te aseguro que no querrán volver a verme.

Las conversaciones sobre su madre no surgirían hasta después de otros tres meses.

—Sabes quién es mi madre, ¿verdad? —le preguntó Joey una noche, de improviso. Simone estaba trabajando en The Keg en ese entonces, así que Drew y Joey estaban solos, viendo una película que ella había llevado de la tienda de videos—. Vi la forma en que me miraste cuando aparecí por primera vez.

Drew puso la película en pausa. Era la primera vez que ella mencionaba a Ruby.

—Te pareces a ella.

—Odio parecerme a ella.

—Era hermosa.

Joey se quedó mirando la imagen congelada en el televisor durante unos segundos.

—Era fuera de lo común, sin duda.

—¿La visitaste alguna vez en la cárcel?

—Solo una vez, justo antes de que empezara el juicio.

Se tocó el collar y se llevó el colgante a los labios como si fuera a besarlo. Lo hacía a menudo cuando pensaba en el pasado. El colgante era un rubí rodeado por un halo de brillantes pequeños, y no podía ser casualidad que la piedra central fuera la misma que el nombre de su madre. Drew intuyó que había una historia allí.

—¿Viste esa foto de la fiesta de Navidad? —preguntó Joey—. ¿Esa en la que estaba de pie junto a Suzanne Baxter? Salió en todos los periódicos.

Drew la recordaba perfectamente.

—A mi madre le encantaba esa foto —continuó—. De hecho, la pegó en el refrigerador. Le daba placer que la esposa de Charles pareciera un hipopótamo con un vestido rojo, son sus palabras, no las mías, y estaba muy segura de que él iba a dejarla. Pero pensaba lo mismo con respecto a todos los hombres con los que se acostaba.

—¿Cuántos estaban casados? —preguntó Drew.

—Todos. —Joey desvió la mirada—. Mi padre también.

Drew tenía mil preguntas más. Pero debía ir con cuidado. No quería que ella se cerrara.

—Una vez le pregunté si amaba a Charles —agregó—. Y se rio. Me respondió: “No, cariño. No lo amo. Pero me gusta. Y, créeme, eso es mejor”.

Volvió a llevarse el colgante a los labios. Cuando quedó claro que no iba a decir nada más, Drew reanudó la película.

Un par de meses después, él le preguntó por el colgante. Joey respondió que era un regalo de cumpleaños y no dijo nada más.

Ahora, cuando por fin abre el primer diario de Joey en la primera página, Drew entiende de inmediato por qué ella no dio más detalles. Mientras se pierde en las palabras —de haber seguido viva, podría haberse convertido en escritora algún día—, se da cuenta de que su instinto en cuanto a que había una historia detrás del colgante no le había fallado.

Algunas personas llevan sus sentimientos a flor de piel. Joey llevaba su trauma alrededor del cuello.

CAPÍTULO 13

La noche en la que a Joey le regalaron el collar, cumplía doce años.

Estaba sentada en la pequeña mesa del comedor frente a Charles y a su madre; Joey y Ruby llevaban vestidos rojos iguales con faldas acampanadas. Joey se sentía incómoda. Era demasiado grande para que la vistieran como una versión en miniatura de Ruby, pero los vestidos habían sido un regalo de Charles y habría sido una grosería no ponérselo.

Charles también había pagado la pizza, el vino, el pastel y el regalo de cumpleaños sin abrir que estaba sobre la mesa frente a ella. La pequeña caja estaba envuelta en papel plateado grueso y atada con un moño de terciopelo negro, y Joey sabía que lo que había adentro sería lo más bonito que jamás tendría. Se volvió hacia su madre, pidiéndole permiso en silencio.

"Por favor, deja que me lo quede. Ni siquiera sé lo que hay ahí dentro, pero lo quiero. Por favor, mamá".

Ruby dio una calada a su Marlboro y exhaló una larga bocanada de humo por entre los labios rojos.

—Anda, cariño. —Sonaba magnánima, a pesar de que el regalo no era de ella—. Ábrelo.

Joey ya había abierto el obsequio de su madre y, para su sorpresa, era un regalo bien pensado. Cuando habían estado en la librería del centro comercial un mes antes, Joey se había paseado por la sección de papelería y había estado admirando los bolígrafos de lujo, los papeles perfumados y los cuadernos con bellas cubiertas. Los que Ruby le compraba para el colegio eran endebles, con páginas finas que se rompían si el lápiz estaba demasiado afilado. Esos cuadernos, en cambio, eran lujosos, con encuadernación dorada en espiral. Venían en paquetes de seis y las

cubiertas tenían todas diseños diferentes: mariposas, pájaros, arcoíris, flores, corazones, unicornios.

Sabía que no debía pedirlos —"¿Crees que el dinero cae de los árboles?"—, pero era obvio que su madre había regresado a comprarlos. Quizá Ruby había derrochado para impresionar a Charles, su actual novio, que también era su jefe en el banco. Y, aunque así fuera, ¿a quién le importaba? Joey chilló al ver los cuadernos y abrazó a su madre.

—¡Gracias, mamá! —exclamó, lo que alegró a Ruby, porque Charles estaba mirando.

Con un esfuerzo por no parecer demasiado entusiasmada, tomó el regalo envuelto en el papel plateado y desató el lazo. Con cuidado de no romper el papel (lo guardaría, por supuesto), desenvolvió una caja de terciopelo azul. En el interior, sobre un pequeño cojín de satén, había una cadena de oro delgada con un colgante de brillantes y un rubí. Su madre tenía uno igual y ahora Charles le había comprado uno a ella también. Con los ojos muy abiertos, lo retiró con suavidad.

—No te preocupes, cariño, no se va a romper —comentó Charles riendo—. Es oro de dieciocho quilates. Es resistente.

Joey lo levantó para que captara la luz, asombrada de que algo tan hermoso —y tan caro— fuera suyo. Un rubí de verdad, rodeado de brillantes de verdad, engarzado en oro de verdad.

—Un collar precioso para una joven preciosa. —Los ojos de Charles brillaban y su sonrisa era ancha—. Ven aquí, cariño. Te lo pondré.

Otra mirada a su madre, pero esta vez el corazón de Joey dio un vuelco. Ruby estaba sonriendo, pero no era una sonrisa agradable. Ruby estaba esbozando esa sonrisa, la que ocultaba lo que en verdad sentía. Charles no había estado con ellas el tiempo suficiente para conocer esa sonrisa, y aunque hubiera sido así, no se habría dado cuenta, porque no estaba mirando a Ruby. Toda su atención estaba centrada en Joey, y lo único que Ruby no toleraría era que alguien enfocara en otra persona la atención que debería prestarle a ella. Incluida, y sobre todo, su hija.

Los ojos de su madre destellaron de celos. Fue algo rápido —apenas un parpadeo y ya no estaba ahí— pero Joey lo captó. El humo del Marlboro se arremolinaba alrededor de la cara de Ruby.

El extremo del cigarrillo tenía ahora un centímetro de ceniza, y si no la depositaba pronto en el cenicero, le caería en el regazo. Pero su madre no se movió; la gélida sonrisa estaba pegada a su cara como una máscara de payaso.

Charles era ajeno a toda la comunicación tácita.

—Vamos, cariño. Veamos cómo te queda.

Joey estaba jodida, tanto si iba con él como si no. Caminó con lentitud alrededor de la mesa hasta donde Charles estaba sentado. Él le apartó el cabello del hombro y la pelusa gris de su antebrazo le rozó la línea de la mandíbula mientras le sujetaba la cadena alrededor del cuello. Estaban lo bastante cerca para que Joey respirara su colonia. Olía a perfume costoso.

Charles la giró y la miró con intensidad: contempló su garganta, y luego el colgante, y luego su pecho. Estiró la mano y le acomodó el cabello para que volviera a caerle alrededor de los hombros.

—Espectacular —expresó—. Eres una chica hermosa. En unos años más, tu madre no podrá competir contigo. —Le guiñó un ojo. Pero no a Ruby, sino a ella.

La sonrisa de su madre vaciló, pero se mantuvo.

A la mañana siguiente, Joey se despertó en un apartamento silencioso. Cuando salió de su habitación, su madre estaba sentada en la mesa del comedor, todavía en camisón, con el pelo revuelto y mirando por la ventana hacia el parque al otro lado de la calle. Estaba fumando otro cigarrillo. Si Charles había pasado la noche allí, ya se había ido; sus zapatos no estaban junto a la puerta.

—Así que crees que puedes coquetear con mi novio, ¿verdad? —Ruby apartó la vista de la ventana y miró a su hija—. Putita.

—¿Qué? —dijo Joey, todavía medio dormida.

Fue solo una palabra, y en todo caso, una palabra sin importancia. Pero, en el momento en el que salió de su boca, supo que era un error. Se había atrevido a hablar, y eso fue todo lo que Ruby necesitó. Se levantó de la silla y, antes de que Joey pudiera reaccionar, le hundió el cigarrillo encendido en el cuello justo por encima de la clavícula, a un centímetro de la cadena de su nuevo colgante. Joey gritó; el calor del Marlboro era abrasador e intenso. Entonces, Ruby le escupió en la cara y la saliva tibia y con olor a tabaco salpicó los ojos y las mejillas de Joey.

—Mamá, por favor… —comenzó, pero antes de que pudiera

terminar, su madre le dio una bofetada en la cara con el revés de la mano.

Luego Ruby la golpeó de nuevo, y otra vez, y otra vez, hasta que, por fin, por suerte, todo se volvió negro.

Cuando Joey volvió en sí —¿un minuto después?, ¿diez minutos?—, estaba tendida cerca del sofá de la sala de estar, con el cigarrillo a escasos centímetros de su cara en el suelo de parqué rayado. Alguien estaba llamando a la puerta, y a juzgar por el volumen y el ritmo, llevaba un rato haciéndolo.

Su vista se le aclaró un poco y observó cómo Ruby se dirigía a la puerta y la abría de un golpe.

Era la señora Finch, la vecina del final del pasillo. De pie en el vano de la puerta, Ruby tapaba a medias el cuerpo de la otra mujer, pero la bata verde pálido y las pantuflas al tono eran fáciles de reconocer. Iba a tirar la basura; llevaba una bolsa blanca llena en una mano.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente Ruby a la mujer—. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que si alguien no abre la puerta después de cinco minutos tal vez no tenga ganas de hacerlo?

El tono de Ruby era agresivo y, desde su perspectiva en el suelo, Joey vio que las pantuflas de la señora Finch retrocedían un paso.

—Es que… oí…

—¿Oíste qué?

La vecina retrocedió otro paso, pero no antes de mirar más allá de Ruby y ver a Joey tendida en el suelo. Ambas se miraron un instante, y aunque Joey podría haber intentado hacer una señal para pedir ayuda, no lo hizo.

Nunca funcionaba. Nadie ayudaba nunca. Solo empeoraba las cosas.

En cambio, trató de sonreír, de transmitirle a la señora Finch que estaba bien, que solo había sido un accidente tonto, nada grave. Si hubiera podido pronunciar esas palabras, lo habría hecho, pero su cerebro estaba demasiado confuso para formar una frase coherente. Al menos esta vez no se le había cortado la respiración. Aunque ahora sabía que un puñetazo en el estómago podía desencadenar un espasmo en el diafragma que era espantoso pero no la mataría (“No seas ridícula, eres una dramática de mierda”), quedarse sin respirar unos segundos le daba la sensación de que se

podía morir.

—¿Está bien tu hija? —preguntó de pronto la señora Finch.

El cuerpo de Ruby se puso rígido, y aunque Joey no podía verle la cara, podía imaginarla. Cuando Ruby respondió, su voz era fría.

—Está bien. Se tropezó.

La vecina retrocedió otro paso y ahora Joey no podía ver a la mujer en absoluto.

—No… no se ve bien —oyó balbucear a la señora Finch desde el pasillo—. Deberías ayudarla.

—¿Me estás diciendo cómo criar a mi hija, Finch? —La voz de Ruby se convirtió en un gruñido suave.

No era una buena señal. La señora Finch tenía que irse. Ya mismo.

—Solo… trata de no hacer tanto ruido, por favor —murmuró la vecina. Sonó como una débil imitación de alguien que intentaba sonar autoritaria. Pero no sonaba autoritaria. Sonaba nerviosa y asustada—. Los gritos se oían desde el pasillo.

—Era la televisión —respondió Ruby—. Y te sugiero que te ocupes de tus malditos asuntos. ¿Cuántos gatos tienen el fracasado de tu hijo y tú en el apartamento, Finch? ¿Tres? ¿O cuatro? Por lo que recuerdo, cuando firmé el contrato de alquiler, solo se permitía una mascota. Sería una pena que los desalojaran.

Silencio.

—¿Ves? —Ruby sonaba más cordial ahora, casi alegre; su voz había recuperado su volumen habitual—. ¿No es molesto que la gente se entrometa en lo que haces dentro de tu propia casa?

La puerta se cerró de un golpe. Y entonces Ruby se volteó, se llevó las manos a las caderas y miró a su hija.

Joey se obligó a sentarse. Despacio, se apoyó contra el sofá, aferrándose el estómago. Le dolía como si hubiera hecho mil abdominales. La cabeza le latía con fuerza y sentía que se le estaban hinchando los labios.

Ruby se acuclilló y le tomó la barbilla para mirarla a los ojos.

—¿Algo roto?

Joey negó con la cabeza.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—No. —La palabra brotó como un chillido.

—Esa es mi hija. —Ruby le dio una palmadita en el hombro, uno

de los pocos lugares del cuerpo de Joey que no le dolía—. No nos peleemos más, ¿de acuerdo? Estoy agotada. Charles fue una bestia anoche.

"Sí. Lo fue".

—Debes de tener hambre. Calentaré la pizza que sobró.

Su madre la incorporó. Besó la parte superior de la cabeza de Joey y luego arrugó la nariz.

—Hueles a colonia. Ve a ducharte.

CAPÍTULO 14

Drew ha leído cinco de los seis diarios y no está seguro de cuánto de las palabras de Joey incluirá en el pódcast. Hay una línea muy fina entre hablar de la horrorosa madre que fue Ruby y exponer el dolor personal de Joey para que todo el mundo lo vea. Tal vez no sea posible hacer una cosa sin la otra, pero, en última instancia, siente que es su deber para con ella contar la verdad lo mejor que pueda.

De nuevo en su antiguo barrio, observa el exterior pintado de negro del Golden Cherry, donde solía estar el cartel de neón rosa de "Chicas - Chicas - Chicas". Lo único que han conservado son las cerezas de neón doradas, que hacen alusión al nombre del lugar, sobre las mismas puertas de latón ordinarias, pero es suficiente para dar un indicio de la historia del local. Drew podría haber pasado por allí después de su almuerzo con Deborah Jackson el otro día, pero no estaba preparado entonces.

Tampoco sabe si está listo ahora. Pero, si quiere averiguar algo sobre el último año de la vida de Joey, que fue el año que él estuvo en Vancouver, es probable que el antiguo club de *striptease* sea el mejor lugar para empezar. Había llamado más temprano, y la persona que atendió el teléfono le dijo que pasara antes de que abriera el club.

Jala de la puerta y esta se abre con facilidad. Sus ojos tardan un momento en adaptarse a la penumbra repentina, pero cuando lo hacen, puede ver bastante bien. Hay apliques de luz en todas las paredes y las luces colgantes sobre la barra están encendidas.

—¿Hola? —grita—. ¿Hay alguien aquí?

Sin cuerpos que llenen el espacio, su voz resuena. La sala es enorme. El nivel principal, que solía estar lleno de mesas y sillas, es

ahora una gran pista de baile vacía. Sin embargo, hay recuerdos del antiguo Cherry por todas partes. El viejo cartel del exterior que decía "Club de caballeros" ha sido reubicado encima de la barra, que se extiende a lo largo de la pared lateral. El escenario original ha sido convertido en un área vip elevada con mesas y sofás, pero los tres postes de *striptease* están donde estaban siempre. En la pared detrás del escenario, un cartel de neón reza "Salón del champán". Y, al otro lado de la pista de baile, justo encima de la pantalla de proyección de dos pisos de altura, está el cartel original de "Chicas - Chicas - Chicas". Todo está apagado y la pantalla de proyección, en blanco, pero Drew se imagina lo genial que debe de verse todo cuando la discoteca esté funcionando a pleno.

Los recuerdos lo invaden.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta una voz de mujer.

Drew mira a su alrededor para tratar de determinar la dirección de donde proviene la voz y descubre a una mujer rubia con un traje de pantalón rojo que lo observa desde el segundo nivel.

—Los pedidos se entregan por la puerta de atrás —aclara—. Tienes que tocar el timbre. Mi socio volverá pronto.

Drew capta la tensión en su voz. Se ve que no se había dado cuenta de que las puertas delanteras no estaban con llave.

—No vengo a entregar nada —responde—. Llamé antes, quería hablar con alguien que pudiera haber trabajado aquí cuando esto era un club de *striptease*.

—¿Y tú quién eres? —pregunta ella.

—Soy periodista. Estoy trabajando en una historia sobre una amiga mía que solía bailar aquí en 1998.

—No te muevas de ahí —dice la mujer, y desaparece.

Diez segundos después, la ve bajar la escalera de caracol, con una mano en la barandilla y un par de zapatos de tacón rojos en la otra. Cuando llega al pie de la escalera, se pone los zapatos, se encamina directamente a la barra y pulsa un interruptor. Los carteles de neón en todo el club se iluminan con un estallido de colores brillantes y se enciende la pantalla gigante del proyector. Un video artístico en blanco y negro comienza a reproducirse en cámara lenta, en el que se ve a *strippers* haciendo lo que mejor saben hacer: desnudarse.

El efecto es asombroso. Quienquiera que haya transformado este

lugar hizo un trabajo excepcional para que el Cherry funcione como una discoteca sin perder la impronta de un club de *striptease*.

—Esto es increíble. —Drew no puede ocultar su asombro—. ¿Soy demasiado viejo para venir de fiesta aquí?

—Le estás preguntando a la chica equivocada —responde la mujer de rojo.

Permanece detrás de la barra, con la postura erguida. Es obvio que está sola, y él se da cuenta de que la está poniendo nerviosa. "Eres un hombre", solía recordarle su madre a Drew cuando era un jovencito. "Sé consciente de cómo te presentas ante las mujeres y mantén la distancia a menos que te inviten. Piensa en cómo se sentirían tus hermanas".

Drew se queda donde está, cerca de la entrada.

—Recuerdo a todas las chicas que trabajaron para mí —añade la mujer—. ¿Cómo se llamaba tu amiga?

—Joelle Reyes —dice Drew—. Pero le decían Joey.

—No me suena el nombre. —La mujer frunce el ceño—. ¿Dijiste en el noventa y ocho? ¿Tienes una foto?

—No.

Pocos días antes, Drew se había dado cuenta de que no tenía ni una sola foto de Joey. En algún lugar de su armario de depósito hay una antigua cámara digital con la batería agotada hace mucho tiempo y es posible que tenga una foto de ella de aquellos días. Pero lo duda. Joey odiaba que le tomaran fotos.

—Era medio filipina, de algo más de un metro sesenta y cinco de altura, y tenía cabello largo y negro.

La mujer sonríe.

—Tuve dos chicas así en esa época. Una se hacía llamar Betty Savage. Y la otra se llamaba Ruby.

Drew no está seguro de haber oído bien.

—¿Su nombre de *stripper* era *Ruby*?

La mujer frunce el entrecejo de nuevo.

—Su nombre *artístico* era Ruby.

Por Dios. ¿Joey había usado el nombre de su madre para bailar allí? Un psicólogo de los que salen en la televisión se haría una fiesta con eso si lo supiera.

—Ella fue la que murió en el incendio, ¿verdad? —pregunta la mujer.

Drew asiente con la cabeza.

—Yo era su compañero de piso. Y su mejor amigo.

—Acércate para que pueda verte mejor.

Al acercarse a la barra, puede ver que ella no es tan joven como creyó en un principio. Había supuesto que tendría unos cincuenta años, pero de cerca parece tener unos sesenta y cinco, cabello platinado, delgada pero pechugona, y con piel pecosa que ha visto demasiado sol. Drew deja una tarjeta comercial sobre el mostrador y le da un momento para que la lea.

La mujer extiende un brazo para sostener la tarjeta a la distancia y luego entrecierra los ojos para tratar de leer la letra pequeña. Tiene las uñas y los labios pintados del mismo rojo intenso que su traje.

—Drew Malcolm del… pódcast *Cosas que hacemos a oscuras*. Suena siniestro.

Drew le tiende su mano.

—Lamento si la asusté, señora. La puerta principal estaba sin llave.

—Dos cosas. —Su apretón es tan firme como el tono de su voz —. Una, hemos tenido problemas con la cerradura, que no cierra bien, así que no es tu culpa. Y dos, nunca me llames señora. Hiere mis sentimientos.

—Entonces, me disculpo también por eso. —Drew sonríe—. ¿Cómo puedo llamarla?

—Puedes llamarme como lo hace todo el mundo. —Le devuelve la sonrisa—. Cherry.

—¿Cherry? —Drew está encantado—. ¿Como Cherry del Golden Cherry?

—La única e inigualable —contesta ella—. Y si estás aquí para hablar de Ruby, vamos a necesitar un trago. Toma asiento. Te prepararé el mejor Old Fashioned que hayas probado jamás.

Cherry coloca dos vasos de cóctel sobre la barra mientras Drew se sienta en un taburete. Observa cómo ella deja caer un terrón de azúcar en cada uno, luego añade un chorrito de angostura y un poco de agua. A continuación, remueve el azúcar hasta que se disuelve y luego añade cubitos de hielo, una generosa cantidad de *whisky* de centeno y dos cerezas al marrasquino por vaso. Parece mucho trabajo para un trago. Pero Cherry no ha terminado.

Toma una naranja del refrigerador que está detrás de ella y pela con destreza una delgada tira de la cáscara. Con un encendedor, quema la cáscara durante unos cinco segundos mientras la aprieta, lo que crea una llama bastante decente. Luego frota la cáscara quemada alrededor del borde del vaso y la deja caer dentro. Desliza el trago hacia Drew. El aroma es de otro mundo, un caramelo cítrico y ahumado.

—Pruébalo —lo invita—. Y luego dime que es el mejor cóctel Old Fashioned que has tomado.

Drew bebe un trago.

—Es el mejor cóctel que he tomado.

Cherry levanta su vaso.

—Por Ruby.

"Carajo, no".

—Por Joey.

Brindan y beben.

En algún lugar cercano, un teléfono vibra. Drew se palpa el bolsillo, pero no es el suyo. Observa cómo Cherry introduce la mano en su amplio escote y extrae un pequeño iPhone dorado.

—Sí, sé lo que estás pensando —comenta Cherry al ver la expresión de él—. Se supone que no debo guardar mi móvil en el sujetador porque podría causarme cáncer, bla, bla, bla. Pero, créeme, cariño, hay tanta silicona aquí dentro que no queda espacio para que crezca nada más.

Drew se ríe. No era lo que estaba pensando. Para nada.

—Tengo un problema con un pedido. —Cherry frunce el ceño hacia la pantalla—. Podría llevarme unos minutos. ¿Te molesta esperar?

Drew levanta su vaso de nuevo.

—En absoluto, estoy muy cómodo.

Pero no lo está. En realidad, no.

Todo en el Cherry le recuerda a Joey. Porque antes solo había estado allí una vez, la noche en que Joey murió: la víspera de Año Nuevo, en las horas previas a que 1998 se convirtiera en 1999.

También fue la noche de su estúpida despedida de soltero. Casi dos décadas después, sigue siendo la peor noche de su vida. Nada, ni antes ni después, se le puede comparar siquiera.

Drew no habría elegido casarse el día de Año Nuevo, pero no

hay muchas opciones cuando se trata de una boda apresurada. De regreso a Toronto después de un año en Vancouver, había declarado de manera explícita que no quería una despedida de soltero, pero sus amigos lo habían sorprendido con una, de todas maneras. Reservaron una mesa vip en el Golden Cherry, que resultó ser una forma horrible de descubrir que Joey era una *stripper*.

Si hubiera sido cualquier otra amiga, habría servido como material para una comedia, una divertida historia de despedida de soltero que se contaría una y otra vez durante años. Pero era Joey. Allí estaba ella, una de las cincuenta chicas que trabajaban en el Cherry en la víspera de Año Nuevo, con sus tacones altos y su collar, y nada más. No había nada de divertido en eso y, cuando Drew la vio, tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no arrancarla del regazo de su amigo y sacarla de allí.

Pero no lo hizo. Había fingido no conocerla, y ella había hecho lo mismo. Y era bastante cierto. Porque la Joey que él conocía era tímida y modesta, una joven que se encogía si la gente la miraba demasiado tiempo. Esta Joey era una desconocida, segura de sí misma y seductora, con pestañas postizas, labios rojos y un tatuaje nuevo en el muslo.

Era una mariposa. Un símbolo de transformación. ¿De eso se trataba?

Tal vez sabría la respuesta si él y Simone no hubieran perdido el contacto con ella poco después de mudarse a la Costa Oeste el año anterior. O una forma más precisa de decirlo sería que Drew simplemente había dejado de devolverle las llamadas. Cuando regresó a Toronto para las vacaciones y la boda, le pareció incómodo llamarla. Habían pasado demasiadas cosas desde que había dejado Toronto para irse a Vancouver.

Habían pasado demasiadas cosas desde que la había dejado a ella.

Cuando terminó la cuenta regresiva para 1999, Drew se excusó diciendo que necesitaba dormir bien y se despidió de sus amigos, que se dirigían a una discoteca del centro para cerrar la noche. Era mentira. No había forma de que pudiera dormir. No hasta que hablara con Joey. Después de que lo dejaron en casa de su madre, tomó prestado el coche de su hermana y volvió al Cherry. Pasó por Junior's, compró un bocadillo y se quedó sentado esperando dentro

del coche en el aparcamiento detrás de ambos locales.

Alrededor de las dos de la madrugada, las bailarinas empezaron a salir por la puerta trasera después de la última ronda. Todas se veían cansadas. Drew se bajó del coche, sabiendo que Joey no reconocería el Sunfire de su hermana, y se quedó temblando en el aire helado. Debió de parecer un poco sospechoso, porque uno de los guardias de seguridad, gigantesco como un gorila, salió del club y le preguntó por qué estaba merodeando tan cerca de la entrada del personal. Incluso ahora, Drew puede recordar el aspecto del tipo. Solía ver lucha libre profesional en ese entonces, y el gorila era igualito a La Roca.

—Estoy esperando a alguien —respondió, tratando de no mostrarse tan frío como se sentía—. Es un aparcamiento público, hermano.

—¿Ella quiere verte? —preguntó el tipo.

—Es amiga mía. Ya la vi dentro.

—¿Ella quiere verte? —repitió el hombre.

—Supongo que lo averiguaremos.

A La Roca no le gustó su respuesta, pero a Drew no le importó, porque tampoco le gustaba La Roca.

Unos minutos más tarde, Joey salió por la puerta trasera, enfundada en su chaqueta de invierno gigante y sus botas de nieve. Se había quitado las pestañas postizas y el maquillaje, y parecía absolutamente exhausta. Cuando vio a Drew, se quedó helada.

Sus ojos se movieron entre Drew y el gorila, y era obvio que había esperado ver solo a La Roca. ¿Planeaba irse a su casa con él? ¿Estaba saliendo con este tipo? Drew sintió una punzada de inseguridad. Porque, a pesar de su metro noventa, el gorila lo superaba por cinco centímetros de altura y tal vez unos veinte kilos de músculo, y eso lo hacía sentirse… pequeño. No le gustaba, no estaba acostumbrado y, básicamente, era una mierda.

—Ey —exclamó Joey con vacilación.

Ninguno de los dos hombres respondió, porque ninguno de los dos estaba seguro de a quién se dirigía.

La mirada de Joey se posó por fin en Drew.

—Todavía estás aquí.

—¿Puedes decirle a este tipo que soy tu amigo? —pidió Drew. Las palabras sonaron más hostiles de lo que pretendía y vio que el

gorila crispaba la mandíbula—. Parece creer que te estoy acosando.

—Está bien, Chaz —dijo Joey—. Lo conozco.

—¿Necesitas unos minutos o.? —La voz del gorila se fue apagando. Sonaba molesto, pero Drew detectó algo más debajo de ella. Consternación. Dolor.

—Puedo llevarte a casa —ofreció Drew a Joey, y, cuando ella no respondió enseguida, añadió—: Vivíamos juntos, así que creo que conozco el camino. —Fue ruin, pero no pudo resistirse a hacer el comentario.

—¿Te parece bien, Joey? —preguntó el gorila, y estaba claro que no se iba a ir hasta que lo oyera de boca de ella. Joey asintió, y la cara del hombre más grande se endureció—. Genial. Feliz Año Nuevo.

—Para ti también, Chaz. —Pareció que quería decirle algo más, tal vez tranquilizarlo de alguna manera… odiaba herir los sentimientos de la gente… pero La Roca ya estaba dentro de su coche.

Solos bajo las luces brillantes del aparcamiento, Drew y Joey se miraron con fijeza.

—¿Qué haces todavía aquí, Drew? —volvió a preguntar ella.

Él se acercó al Sunfire y abrió la puerta.

—Entra en el coche, Joey.

El tono de voz erizó la piel de Joey.

—Por favor. —A Drew le castañeteaban los dientes—. Me había olvidado del puto frío que hace aquí.

* * *

No hablaron durante la primera mitad del trayecto, que no fue larga, ya que la casa quedaba a solo quince minutos de distancia. Pero la radio no estaba encendida. Había demasiado silencio. Ninguno de los dos parecía saber cómo empezar.

—¿Cómo está Simone? —preguntó ella por fin.

—Está bien.

—¿Cuándo volviste a la ciudad?

—En Nochebuena —respondió Drew—. Me alojo en casa de mi madre.

Eso le dolió. Podía sentirlo. Llevaba allí una semana ya y no la

había llamado.

—Así que esa fue tu despedida de soltero —precisó Joey.

—Sí.

—Te vas a casar mañana.

—Sí.

—Mi invitación debió de perderse en el correo —señaló ella—. Aunque sería extraño, ya que tú y yo vivíamos juntos.

Se lo merecía.

—¿Dónde es la boda?

—En el Old Mill.

Joey se hundió en el asiento. Drew podía imaginar lo que estaba pensando. El Old Mill era bonito. El tipo de lugar que uno elegiría si quisiera algo tradicional y un poco elegante.

—Hubo una cancelación de última hora —agregó, como si eso sirviera de algo—. Lo pagan sus padres.

—Y, sin embargo, aquí estás. —Joey miró el tablero—. A las… dos y media de la madrugada. ¿Tus amigos no se fueron después de la medianoche? ¿Qué has estado haciendo durante las últimas dos horas?

—Pensando.

—¿En…?

—En ti —contestó, tajante—. Fue… muy duro verte.

Pasó un minuto completo antes de que Joey volviera a hablar.

—Lamento haberte estropeado la noche —dijo—. Tú has estropeado la mía.

—Nos das demasiada importancia a los dos.

—Simone debe de estar emocionada por lo de mañana —susurró ella—. Hace tiempo que no hablamos, supongo que es la razón por la que no estoy invitada.

—Si te hace sentir mejor, Simone tampoco está invitada. Por lo visto, es de mala educación invitar a tu exnovia a tu boda.

Joey se quedó con la boca abierta. De hecho, oyó el sonido de sus labios al separarse y el pequeño jadeo. Drew no había querido ser tan dramático, pero no había una buena manera de decírselo. Había estado evitando esta conversación durante meses.

—Simone y yo no hemos hablado en casi un año —agregó—. Rompimos poco después de llegar a Vancouver.

Joey giró todo su cuerpo para mirarlo, una maniobra bastante

difícil teniendo en cuenta que la chaqueta que llevaba puesta pesaba probablemente más de cuatro kilos.

—Me… estás… jodiendo.

—Que me muera aquí mismo si no es así.

—No entiendo.

—Conoció a otro chef en el restaurante —explicó Drew, e incluso decirlo ahora en voz alta suena raro—. Se estuvieron viendo durante un mes antes de que me diera cuenta.

—¿Simone te engañó?

—Las personas cambian. —La miró—. ¿Verdad?

Joey se giró hacia el frente de nuevo y Drew le dio un momento para asimilarlo. Entendía que era mucha información, y la reacción de ella le recordó la noche en que Simone y él habían tomado la decisión de mudarse. A Simone le habían ofrecido un trabajo en un restaurante de cinco estrellas en Vancouver y él había sido admitido en la Universidad de British Columbia para cursar un posgrado. Era un buen plan, la decisión correcta y un paso inteligente hacia el futuro. El único desafío —para él, al menos— era cómo decírselo a Joey. No era ningún secreto que se había encariñado con ellos, y aunque Simone creía que Joey estaría bien, Drew no estaba tan seguro.

Pensaron que una buena cena podría suavizar el impacto. Simone, que se había graduado con honores en la escuela de gastronomía, preparó un enorme festín para los tres, que no fue poca cosa considerando la horrible cocina que tenían en el apartamento del sótano. Pollo asado, puré de papas al ajo, verduras salteadas, pan de masa madre horneado. Incluso hizo tarta de manzana de postre, la favorita de Joey.

La habían atiborrado antes de romperle el corazón.

—¿Cómo te enteraste de que había conocido a alguien? —preguntó Joey.

—Empezó a salir con la gente del trabajo por las noches y llegaba cada vez más tarde a casa. Buscaba pelea y nunca quería tener sexo… —Drew se interrumpió y se aclaró la garganta—. Lo intuí. Una noche esperé en el aparcamiento del restaurante. La vi salir con un tipo. Los seguí hasta un apartamento. Simone salió tres horas después.

—¿Te quedaste sentado en el aparcamiento del tipo todo el

tiempo?

—Hacía cuatro años que estábamos juntos. Tenía que estar seguro. —Giró a la izquierda en la calle Acorn. Ya casi habían llegado—. Ella me vio y se paralizó. Y, entonces, me di cuenta de que no había nada que decir, porque su cara lo decía todo. Simone se volvió y entró de nuevo en el edificio. Cuando llegué a casa, había un mensaje en el teléfono. Todo lo que me decía era: "Lo siento".

—Ay, Drew. —Joey parecía angustiada de verdad—. Sabes que yo quería a Simone, pero fue una mierda lo que te hizo. ¿Por eso dejaron de llamarme?

—No puedo hablar por ella —respondió él—. Yo no sabía cómo decírtelo. Necesitaba un tiempo para hacer el duelo. Un par de meses después, conocí a Kirsten. Supuse que solo sería una relación para ayudarme a superarlo, pero.

No terminó la frase. Ya habían llegado. Y si él hubiera sabido cómo iba a terminar la noche, habría dicho y hecho todo de manera diferente.

CAPÍTULO 15

Cherry ha vuelto, con su chaqueta roja desabrochada. La camisa blanca de encaje que lleva debajo es escotada. Y pensar que allí, en algún lugar, está su móvil. Drew trata de no mirar y se ríe.

—Ay, cariño, mira sin miedo —dice Cherry—. No me las compré para esconderlas. Me gané la vida durante veinte años con las miradas de los hombres.

—¿Eras bailarina?

—Como dirían algunos, soy un "clásico" de este lugar. Me casé con mi mejor cliente. —Guiña un ojo—. Luego él compró el club y lo rebautizó con mi nombre. Cuando murió, me hice cargo de él. Tuvimos una buena racha hasta hace unos diez años. Me asocié con alguien y decidimos convertirlo en una discoteca.

—Solo estuve aquí una vez —explica Drew—. Cuando mi amiga bailaba aquí.

—Ruby era una chica dulce —recuerda Cherry—. Siempre puntual, jamás una queja. Era popular entre los clientes. Ganaba mucho dinero, más que la mayoría.

Drew necesita un poco de alcohol antes de poder hacer la siguiente pregunta. Toma un largo trago de su cóctel.

—¿El baile era lo único que las chicas hacían por dinero?

Cherry entrecierra los ojos.

—Estoy tratando de entender por qué trabajaba aquí —añade Drew—. Joey era una persona muy tímida. Parecía… como algo impropio de ella.

—No había ningún misterio. —Cherry agita una mano bien cuidada—. Estaba aquí por la misma razón que todas las demás. Era un trabajo, un trabajo en el que podías ganar muy bien si estabas dispuesta a hacer lo que tenías que hacer. Y era un trabajo. Intenta

bailar toda la noche con tacones de doce centímetros.

Drew no podía imaginar bailar con tacones de dos centímetros.

—Era como cualquier trabajo, ¿sabes? Había noches en que lo odiabas y otras en que lo pasabas de puta madre. —Cherry se ríe—. No era una gran bailarina, eso sí. Tuvimos que trabajar en ese sentido. Lo que la hacía especial era la forma en que te miraba. Podía mirar a un hombre a los ojos y hacerlo sentir que era la única persona en la habitación. Creaba una sensación de verdadera intimidad. Déjame decirte algo: puedo enseñarle a bailar a una chica, pero no puedo enseñarle a hacer eso.

Drew asiente, pero la persona que acaba de describir no encaja con la Joey que él conoció.

—Lo sentí mucho al enterarme de que había muerto —prosigue Cherry—. Fue un fin de semana complicado. Solo tenía dos bailarinas asiáticas en ese entonces y las perdí a las dos casi al mismo tiempo. No es políticamente correcto decir esto ahora, pero había una verdadera demanda de chicas como Ruby. No eran tan comunes. De hecho, yo tenía la teoría de que. —Se interrumpe y termina su trago—. No importa, era una tontería.

—Me encantan las teorías tontas. —Drew apoya el vaso—. Cuéntame.

La dueña saca una cereza de su vaso vacío y se la mete en la boca.

—Ruby y la otra bailarina filipina, Betty Savage, se hicieron muy amigas. Cuando Ruby empezó a trabajar, Betty la tomó bajo su tutela: la ayudó a mejorar su forma de bailar y le enseñó cómo manejarse en el salón. Pero, a diferencia de Ruby, Betty era difícil. Siempre llegaba tarde, se salteaba los turnos; estuve a punto de despedirla muchas veces, pero la demanda de bailarinas asiáticas era muy alta. Sin embargo, Betty era problemática. Yo sospechaba que vendía drogas a las otras chicas. Su novio era miembro de una de esas pandillas vietnamitas.

—¿De cuál? —pregunta Drew, con un interés aún mayor. Había escrito una serie sobre pandillas callejeras asiáticas para *Toronto After Dark*; de hecho, había ganado un premio por ella. Las conocía todas.

—Ahora no me acuerdo. —Cherry menea la cabeza—. De todas maneras, el tema de las drogas… no me gustaba, pero ¿qué podía

hacer? Muchas de las chicas no podían trabajar toda la noche sin tomar algo y mientras no estuvieran drogándose aquí. Yo tenía un negocio que atender.

Sus ojos bucean en los de Drew en busca de alguna señal de reproche. No encuentra ninguna, no porque él esté de acuerdo, sino porque necesita que ella siga hablando.

—Así que la noche que Ruby murió, alguien creyó ver al novio de Betty merodeando —continua Cherry—. Betty no se había presentado a trabajar otra vez, y esa noche alguien saqueó los armarios del camerino. No se llevaron nada, pero las cosas de todo el mundo estaban por el suelo, como si quien había entrado buscara algo en concreto.

Drew espera.

—El novio de Betty tenía una reputación terrible. —Cherry duda —. Me pregunto si tal vez les hizo algo a las dos. Me refiero al incendio.

—¿Recuerdas el nombre del novio?

Ella niega con la cabeza.

—Nunca lo conocí. Pero oía cosas sobre él. Ponía nerviosas a algunas de las chicas.

La mente de Drew trabaja horas extras para procesar lo que acaba de oír. El incendio que había matado a Joey había empezado en la chimenea, y, en ese entonces, el inspector de incendios había confirmado que se había tratado de un accidente. Fuera quien fuese ese novio pandillero, no habría tenido nada que ver.

Pero Cherry acababa de decir "a las dos", dando a entender que a Betty también le había pasado algo.

—El mismo fin de semana que Ruby murió, Betty desapareció —añade Cherry—. Y, por lo que sé, nadie la volvió a ver.

Drew empieza a sentir un hormigueo en la espalda, algo que no le ocurría desde hace mucho tiempo. Durante los años en los que escribía para *Toronto After Dark*, solía experimentar ese hormigueo cada vez que descubría algo, cada vez que una historia que estaba investigando tomaba una dirección inesperada.

—¿Quieres ver algunas fotos viejas? —sugiere ella—. Solía tomar fotos de las chicas cuando estaban descansando. Estoy segura de que tengo un par de Ruby en uno de los álbumes arriba en mi oficina.

¿De verdad le estaba preguntando si quería ver fotos de Joey? Sí, por supuesto.

Suena un timbre y luego alguien llama a la puerta trasera. Cherry consulta su reloj.

—Ese es mi pedido —dice—. Anda, sube. Ya has estado aquí antes, ¿verdad?

—Solo una vez.

Ella sonríe.

—Mi oficina está en el antiguo Salón del Champán.

Cuando Drew llega al segundo piso, advierte que la zona vip original del club de *striptease* ahora está ocupada por mesas de billar y sillones. Las cabinas para los bailes eróticos privados que se alineaban a lo largo de la pared han sido sustituidas por sofás largos, y hay una puerta donde solía estar la cortina de terciopelo que conducía al Salón del Champán.

Drew aún recuerda el aspecto de Joey aquella noche, la forma en que se había girado para mirarlo por última vez antes de desaparecer detrás de la cortina con su amigo Jake. No parecía asustada. No parecía reticente. Parecía… resignada.

Más tarde esa noche, mientras estaban sentados en el coche de su hermana en el sendero de entrada de la casa de Joey, quiso preguntarle qué había pasado con Jake en el Salón del Champán. Pero Drew sabía que no habría una buena respuesta a su pregunta. O bien ella se negaría a decírselo, lo que provocaría que su imaginación inventara todo tipo de hipótesis, o bien se lo *diría* y, entonces, él lo *sabría*.

Debieron de estar allí sentados durante cinco minutos, sin que ninguno de los dos hablara ni hiciera ademán de bajarse del coche.

—¿Cómo están Beavis y Butthead? —preguntó él por fin, porque necesitaba decir algo para romper el silencio. Beavis y Butthead eran los apodos que les habían puesto a los inquilinos del piso de arriba, dos hermanos gemelos que fumaban marihuana toda la noche.

—Se fueron a New Brunswick de vacaciones a visitar a sus padres —respondió Joey—. Me dejaron un porro debajo de la puerta con una nota en la que me pedían si podía sacarles la basura.

—¿Ya te lo fumaste?

—Sabes que no lo haré.

Drew miró el deteriorado exterior de la vieja casa de estilo Tudor con los ladrillos sucios, los desagües rotos y el porche delantero hundido. Sabía que el interior estaba todavía peor, con la planta principal apenas un poco menos espantosa que el apartamento del sótano.

—La casa sigue hecha mierda, por lo que veo.

—¿Esperabas algo diferente?

—No fue una crítica. Echo de menos vivir aquí. —Clavó la vista hacia adelante—. Echo de menos vivir aquí contigo.

Oyó la brusca inhalación de ella.

Drew se giró.

—Mira, siento no haberte contado lo de Simone. Es que cada vez que pensaba en llamarte sabía que tendría que contarte que habíamos roto, y sabía que acabaría siendo una conversación más profunda. Y no estaba preparado para tenerla.

—No pasa nada —respondió ella, pero era evidente que no era así—. Cuéntame sobre Kristen.

—Kirsten. —Dio un golpecito sobre el volante mientras trataba de pensar en la mejor manera de explicarlo—. Estamos cursando el mismo programa de posgrado. Creo que te gustaría. Cuando terminemos los estudios, el plan es volver a vivir aquí, así que quizá podamos juntarnos los tres…

Su voz se desvaneció. Porque sabía que lo que estaba diciendo era una estupidez.

Joey no querría conocer a Kirsten. Jamás.

—Entiendo por qué Simone nunca me llamó —dijo Joey—. No querría contarme lo que hizo. Los amigos eligen bandos después de una separación, ¿no? Ella sabía que yo te elegiría a ti.

Drew soltó un suspiro; se sentía peor que nunca.

—Pero ¿por qué tanta prisa con Kirsten? —preguntó en voz baja.

Esta vez, no se molestó en corregirla. Miró por la ventana.

—Está embarazada.

Hubo un largo silencio. Después de un minuto completo, él le echó un vistazo, pero Joey seguía mirando por la ventana. Cuando intentó tomarle la mano, ella lo presintió y apartó el brazo.

—Hace un momento creí que no podía estar más impresionada —admitió—. Pero los golpes no paran.

—Joe y…

Ahora fue ella quien se volvió y extendió una mano para tocarle la mejilla. Sus ojos recorrieron el rostro de Drew, como si tratara de memorizar los ángulos de sus pómulos, la línea de su mandíbula, sus ojos, sus labios, su cabello. A él no le gustaba la forma en la que lo miraba, como si supiera que esta sería la última vez que se verían.

—Vas a casarte —susurró Joey—. Vas a tener un bebé. Estás comenzando una vida nueva, que no me incluye.

—Joey… —repitió él, pero ella dejó caer su mano.

—Me alegro por ti, Drew. Serás un gran esposo. Y un mejor padre.

Sus palabras sonaban huecas, como si solo estuviera diciendo lo que se suponía que debía decir, las cosas que diría la gente educada.

—¿La amas? —le preguntó.

No podía mentirle. No ahora.

—La amo lo suficiente —respondió—. Crecí sin un padre. No quiero eso para mi hija.

Ella asintió y abrió la puerta. Una intensa punzada de frío castigó el rostro de Drew. Antes de que ella pudiera sacar la pierna afuera, él se le cruzó por delante y cerró la puerta.

—Todavía quedan cosas por hablar —agregó.

Joey se reclinó y Drew advirtió que se estaba clavando las uñas de la mano izquierda en la delicada piel de la muñeca derecha. Se formó una mancha de sangre y él le tomó la muñeca para que se detuviera. Joey se apartó de un tirón.

—Ya sé lo que vas a preguntar. Bailar paga las facturas, ¿sabes? —Lo miró con ojos brillantes de furia—. Es un trabajo. Es legal. Hasta tengo una licencia para hacerlo.

—Pero ¿por qué? —Drew ni siquiera podía fingir que entendía —. Por el amor de Dios, Joey. Tienes solo veinte años. Eres inteligente. Podrías ser lo que quisieras.

—Siempre has dicho eso, pero no es cierto. —Se le quebraba la voz y su respiración se había acelerado—. Sé que tu familia no tenía mucho dinero y que tu padre murió cuando eras pequeño, pero tu madre y tus hermanas te dieron estabilidad. Te querían, te protegían y te apoyaban. Y, durante mucho tiempo, también tuviste a Simone. Y ahora tienes a Kristen.

—Kirsten —dijo.

—Tú y Simone eran todo lo que yo tenía. Y de pronto se fueron. Después de que se marcharon, tuve que salir a buscar otro trabajo. No podía pagar el alquiler yo sola.

—¿Por qué no hablaste con Gustav? —preguntó Drew. El dueño de la tienda de videos era un buen tipo—. Estoy seguro de que te habría dado más horas…

—Ya conoces a Gustav. "El negocio de las películas es un negocio de fin de semana, Joey" —pronunció, haciendo una imitación pasable del acento austríaco de Gustav—. Bueno, resulta que el baile también lo es. No podía hacer las dos cosas. Y con el baile se gana mucho más.

—Excepto que no siempre se trata de bailar, ¿verdad? —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerse.

—Vete a la mierda, Drew —exclamó con una mirada fulminante —. Ustedes me abandonaron. Tú sabías que yo no podía pagar ese agujero de mierda por mí misma. Así que no te atrevas a juzgarme por hacer lo que tenía que hacer.

—¿Y qué era, quitarte la ropa para un puñado de hijos de puta asquerosos? —La voz de Drew estaba unos pocos decibeles por debajo de un grito—. ¿Frotarte encima de ellos hasta que acaban? Búscate un puto compañero de piso, Joey. Eso tiene mucha más lógica que prostituirse.

Joey lo abofeteó, y en el instante en que la palma golpeó su mejilla, él supo que se lo merecía. La bofetada fue inesperadamente dolorosa. Lo había golpeado con fuerza.

—Algunos de esos hijos de puta asquerosos de esta noche eran tus amigos —replicó ella—. Y si de verdad crees que soy una puta, entonces, no tiene sentido seguir hablando.

Drew se frotó la mejilla, que le escocía muchísimo.

—¿Así que te desnudarás para cualquier otra persona menos para mí?

—¿Perdón?

—¿No recuerdas aquella noche, una semana antes de mudarnos, cuando Simone estaba trabajando…?

—Por supuesto que me acuerdo de esa noche —saltó ella—. Y sabes muy bien por qué me detuve. Esto no se trata de ti; eres un imbécil, egoísta y arrogante.

Puede que odies mi trabajo, pero tu opinión ya no me importa.

Me dejaste. Te fuiste.

Ambos respiraban con dificultad, las ventanas se empañaban a su alrededor.

—No puedo creer que me hayas abofeteado —dijo por fin.

—Sí, bueno —dijo ella y abrió de nuevo la puerta del coche. Esta vez, Drew no intentó detenerla. “De tal palo, tal astilla. Que tengas una buena vida, idiota”.

La puerta se cerró con un golpe. Drew la observó entrar en la casa por la puerta lateral que conducía directamente al sótano. Cuando la puerta se cerró tras ella, y él supo que estaba a salvo adentro, retrocedió para salir por el sendero de entrada.

No miró hacia atrás.

CAPÍTULO 16

Aquella conversación, que resultaría ser la última entre ellos, no fue en absoluto como Drew había planeado.

Después de la discusión, se pasó una hora conduciendo en círculos para intentar aclarar su mente. Sabía que se había portado como un cretino con Joey y que le debía una disculpa, pero también sabía que no sonaría sincera hasta que se calmara. Tenía una madre, dos hermanas, una exnovia y ahora una prometida, y había aprendido por las malas que a las mujeres no les gustaba que les gritaran "¡Lo siento!". Lo único que escuchaban era el tono, no las palabras.

A las cuatro de la madrugada decidió volver. Para cuando llegó a la calle Acorn, dos camiones de bomberos, una ambulancia y dos coches de policía bloqueaban el camino. Parecía que en la hora y media que había transcurrido desde que se había marchado, se había producido un incendio. Redujo la velocidad y bajó la ventanilla para ver mejor. No había llamas por ninguna parte. Ni siquiera estaba seguro de cuál era la casa involucrada.

Pero el olor a humo era inconfundible.

Muchos de los vecinos estaban fuera, algunos con botas y chaquetas sobre los pijamas y otros todavía con los trajes de fiesta de Año Nuevo. De pie en sus jardines, hablaban en voz baja entre ellos y meneaban la cabeza con incredulidad. La mitad de la calle estaba bloqueada, así que Drew aparcó el coche lo más cerca posible de donde se desarrollaba la acción y se bajó, observando todos los rostros en busca de alguna señal de Joey. No se la veía por ninguna parte.

El primer nudo de miedo contrajo su estómago.

Se acercó a la casa, su antigua casa, la casa de Joey. La puerta

lateral que conducía al apartamento en el sótano estaba abierta, y un bombero con el equipo completo estaba de pie al otro lado del vano.

Un segundo nudo de miedo apretó su corazón.

—Drew —exclamó alguien, y Drew se giró—. Hola, hermano, no sabía que habías vuelto a la ciudad.

—Rick. —Era un alivio ver a alguien conocido. Su antiguo vecino era unos años mayor, tenía una esposa y un hijo pequeño y vivía tres casas más allá—. ¿Qué carajo pasó? Huele a humo, pero la casa parece estar bien.

—El fuego fue en el sótano —respondió Rick—. La alarma debió de haber estado sonando durante un buen rato antes de que alguno de los vecinos la oyera, porque los inquilinos de arriba están fuera de la ciudad. Los bomberos llegaron enseguida, pero…

"El fuego fue en el sótano".

Un tercer nudo de miedo le ciñó la garganta.

—¿Pero qué? —Drew forzó las palabras, con la voz estrangulada.

Rick parpadeó y miró a su alrededor, como si no pudiera creer que fuera él quien tuviera que decírselo y esperara que alguien más apareciera por arte de magia para hacerse cargo de la conversación.

—Lo siento mucho, amigo —dijo por fin—. Joey… dicen que Joey no sobrevivió.

Su antiguo vecino había dicho palabras reales y Drew las había escuchado. Pero encadenadas en ese orden, esas palabras no tenían ningún sentido.

—¿Qué quieres decir con que Joey no sobrevivió?

Rick cambió su peso del pie derecho al izquierdo con evidente incomodidad.

—Oí a uno de los bomberos decir que fue la chimenea. No sé bien cómo ocurrió, pero creen que empezó ahí. No me había dado cuenta de que esa casa todavía tenía una chimenea de leña en el sótano. Cuando renovamos nuestra casa el año pasado, tuvimos que tapar la nuestra porque la empresa constructora nos dijo que el código de edificación no la permitía. No pudieron sacar a Joey a tiempo.

Drew se quedó mirándolo, esperando el final del chiste. No llegó.

—Pero si acabo de estar aquí —dijo, y su voz sonó extraña a sus propios oídos, casi como si no fuese él quien hablara—. Acabo de estar *aquí* y ella estaba bien, ella estaba… ella.

Vio salir al bombero de la entrada al sótano y, unos segundos después, apareció un paramédico. Sujetaba el extremo de una camilla y avanzaba despacio hacia atrás mientras maniobraba para salir por la puerta lateral. Drew vio emerger un bulto con forma de cuerpo. Estaba cubierto por una lona de plástico amarilla.

Salió disparado hacia allí.

—Ey —exclamó un policía y se interpuso en su camino—. Señor, esto es un…

—Vivo aquí —respondió de manera instintiva, sin poder apartar la vista de la lona amarilla.

—¿Tiene identificación?

Drew le mostró su licencia de conducir. Nunca se había molestado en actualizarla cuando se mudó a Vancouver, así que todavía tenía registrada esta dirección.

—Es mi… es mi novia —agregó—. Necesito verla.

El agente lo dejó pasar.

Drew siguió caminando hasta alcanzar a los paramédicos, que se preparaban para subir la camilla a la parte trasera de la ambulancia. Sin pensarlo, se acercó al borde de la lona, pero uno de ellos lo detuvo.

—Está muy quemada —le advirtió—. De verdad no creo.

Drew levantó la lona unos centímetros, sin darse cuenta de que estaba descubriendo la parte superior. Vislumbró cabello quemado y una cara que… no era una cara. La piel parecía en carne viva y carbonizada, una mezcla horrible de rosa, blanco y negro, y el olor que se desprendía no se parecía a nada que hubiera olido antes. Antes de soltar la lona y retroceder de un salto, distinguió el colgante. El colgante de Joey, el que había tenido desde que era una niña, el regalo de cumpleaños de Charles Baxter. Todavía estaba alrededor de su cuello, intacto, y aunque la cadena de oro estaba ennegrecida, el rubí seguía siendo rojo.

Se le revolvió el estómago y alcanzó a retroceder unos centímetros más antes de vomitar sobre un banco de nieve.

En ese momento, se le acercó una agente de policía, una mujer alta de pelo castaño rizado. Los demás oficiales parecían acatar sus

indicaciones, por lo que supuso que debía de ser la encargada de la escena. Le dio a Drew un momento para que su estómago se asentara y levantó un dedo hacia los dos paramédicos para que no cargaran aún el cuerpo en la ambulancia. Cuando Drew por fin se enderezó, la mujer policía se presentó.

—Soy la oficial McKinley. ¿Ha dicho que vive aquí? —Tenía acento británico y hablaba con amabilidad, aunque la autoridad en su voz era indudable.

—Sí, viví aquí —explicó él—. Con Joey. Necesito saber si es ella. Joelle Reyes. —El solo hecho de pronunciar su nombre le dio ganas de vomitar de nuevo—. Por favor.

La oficial de policía lo miró con fijeza.

—El cuerpo está muy.

—Por favor —repitió. Solía ser más elocuente que esto, pero era lo único que se le ocurría decir.

—Puedo mostrarle una parte del cuerpo que no esté tan afectada. —El tono de la oficial era gentil—. Pero, primero, ¿puede decirme si tiene algún tatuaje?

—No, ninguno —replicó Drew en forma automática.

Y entonces se acordó. Joey sí tenía un tatuaje, que él acababa de ver en el Golden Cherry. Dios mío, ¿había sido solo unas horas atrás?

—Espere —advirtió—. Sí, tiene un tatuaje. Una mariposa. En el muslo.

—Veamos —contestó la oficial y caminaron hacia la ambulancia. La mujer encendió su linterna y levantó la lona, esta vez en la parte central. Drew respiró hondo.

Y allí estaba, en un punto donde la piel no estaba tan quemada. Una mariposa, en pleno vuelo, con los colores aún vibrantes a pesar de que la piel circundante era de un rojo intenso.

—Es ella —musitó—. Es Joey.

Se arrodilló en la acera helada; su aliento despedía ráfagas de vapor blanco en el aire helado y con olor a humo.

Joey estaba muerta. Y la culpa sería siempre de Drew. Porque la había abandonado.

Otra vez.

* * *

Si Cherry se da cuenta de que Drew parece emocionado cuando ella entra a su oficina, no dice nada.

Tiene toda una hilera de álbumes de fotos alineados cuidadosamente en la estantería detrás de su escritorio, y deja correr una larga uña roja por los lomos hasta llegar a un álbum rosado y descolorido etiquetado como "1998". Lo saca de la estantería y toma sus gafas de lectura. Mientras pasa las páginas, sonríe ante algunos recuerdos hasta que encuentra lo que está buscando. Gira el álbum hacia Drew.

—Ahí está tu chica.

Drew examina la foto detrás de la lámina de plástico protectora. Ver la cara de Joey después de todo este tiempo es surrealista. Pero esta no es la chica que recuerda, la que usaba *jeans* y camisetas holgadas todos los días. Esta es Joey vestida como Ruby, su madre, con las pestañas postizas, el labial rojo y un vestido dorado muy corto que deja ver el tatuaje en su muslo. Está relajada en el camerino, leyendo un libro con los pies sobre la mesa del tocador y los zapatos con tacones de aguja en el suelo junto a su silla.

Drew se estremece. A pesar de parecerse a Ruby, la foto captaba a la perfección la esencia de Joey. Dondequiera que fuera, siempre tenía la nariz metida en algún libro.

—Tal vez haya otra foto de ella en alguna parte —comenta Cherry—. Puedes mirar si quieres.

Drew pasa las páginas con lentitud y observa foto tras foto de mujeres en diversas etapas de desnudez. Por fin, en la última página, descubre una de Joey con otras dos bailarinas: las tres están posando como Los Ángeles de Charlie. Joey lleva su vestido dorado y la joven negra del centro tiene un vestido plateado —si es que eso puede considerarse ropa— que parece estar todo hecho de hilos. La mujer de la derecha debe de ser la otra bailarina filipina, Betty Savage. Lleva un *qipao* chino tradicional de color verde y aunque la falda termina a media pierna, el vestido es extremadamente ajustado, con una gran abertura en un lado.

—Betty nunca tuvo problemas para satisfacer los fetiches asiáticos de los clientes. Para Halloween se vestía de *geisha*. —Cherry está mirando la foto al revés—. Hoy en día no se puede hacer ese tipo de cosas, pero en los años noventa, en un club de *striptease*… Ganaba mucho dinero con eso.

Drew se queda mirando la foto.

—¿Joey también lo hacía?

—Diría que sí, pero era menos evidente —explica Cherry—. Ruby era consciente de lo que la diferenciaba de las otras chicas y lo aprovechaba bien. Esas dos se parecían mucho, ¿no crees?

Por lo general, Drew se habría molestado por un comentario así. El hecho de que fueran las únicas dos bailarinas asiáticas del club —y ambas filipinas— no significaba que se parecieran. Pero, al mirar con más detenimiento, debe admitir que Cherry tiene razón. Joey era un poco más alta y Betty tenía una estructura más pequeña, pero sus narices y la forma de sus rostros poseían una redondez similar, y sus cabellos eran del mismo color y longitud. Podrían haber pasado por hermanas.

En la oscuridad, podrían incluso parecer gemelas.

Drew siente otro hormigueo en la columna vertebral.

—¿Cuál era el verdadero nombre de Betty? —pregunta, con la garganta seca.

—No me acuerdo.

—¿Qué más puedes decirme sobre su novio?

Cherry menea la cabeza.

—Lo único que sé es que su banda estuvo en todos los informativos de aquel entonces por tirotear una discoteca en el barrio chino.

—Los Hermanos de Sangre. —Drew exhala.

Recuerda bien la historia. Se creía que el tiroteo en la discoteca había sido parte de una guerra territorial entre los Hermanos de Sangre, una banda vietnamita, y la Gran Banda del Círculo, una banda china rival. Tres personas murieron esa noche. Drew tiene docenas de archivos viejos en la computadora de su casa sobre la serie que escribió acerca de las bandas callejeras asiáticas, y podría averiguar el nombre del novio de Betty a partir de la investigación que ya ha hecho.

Levanta la esquina de la lámina protectora.

—¿Te importa si tomo fotos con mi teléfono?

—Llévatelas —dice Cherry—. Me doy cuenta de que ella significaba mucho para ti.

El crujido resuena en la silenciosa oficina cuando Drew despega el plástico y separa con cuidado las fotos de la superficie adhesiva.

El hormigueo no ha cesado. Joey y Betty, tan similares en apariencia. Una muerta, la otra desaparecida, en el mismo maldito fin de semana. Y el novio de Betty, involucrado con los Hermanos de Sangre en el momento en que la banda estaba en su pico de violencia y más hambrienta de poder que nunca, que había sido visto rondando el club en la víspera de Año Nuevo. Y luego, unas horas más tarde, Joey estaba muerta, en un incendio que había sido declarado como un accidente… pero que podría no haberlo sido. Después de todo, los incendios son una buena manera de destruir pruebas.

¿Y si la muerte de Joey no había sido un accidente? ¿Y si había sido un asesinato?

Betty Savage quizá lo sabría. Pero no puede hablar con ella porque está desaparecida. ¿O no?

Drew menea la cabeza ligeramente. ¿Quién es ahora el de la teoría tonta?

—¿Qué pasa? —pregunta Cherry al notar el movimiento.

—Nada. —Fuerza una sonrisa y le devuelve el álbum—. Ya que estoy aquí, ¿hay alguna posibilidad de que tengas guardados archivos viejos del personal? Me gustaría rastrear a esta Betty. Ya que mencionaste que ella y Joey eran buenas amigas, me pregunto si podría darme alguna información sobre el último año de la vida de Joey.

—Solía guardar archivos de todas las chicas con fotocopias de sus licencias de actuación para tenerlas a mano en caso de alguna inspección fortuita —explica Cherry—. Pero se destruyeron hace años. Podrías intentar contactarte con el ayuntamiento. Los bailarines no pueden trabajar legalmente sin una licencia, pero sin el nombre real de Betty, tendrías que revisarlas una por una. Había muchas más bailarinas en 1998.

—Gracias por el dato y por tu tiempo. Solo me preguntaba si… —Drew vacila. Cherry ha sido de gran ayuda y no quiere ofenderla —. ¿Por qué no le planteaste tu teoría a la policía en ese momento? Sobre que el novio de Betty podría haberles hecho algo a ella y a Joey.

Cherry deja escapar una risa amarga.

—¿Qué policía? Nadie vino a preguntarme nada sobre ninguna de las dos. ¿Y qué iba a hacer yo? ¿Ir a la comisaría más cercana y

exponer mis sospechas de que un miembro de una pandilla vietnamita había matado a una de ellas, o a las dos?

Lo último que necesitaba era una diana en mi espalda.

Drew asiente. Por supuesto que tiene sentido. La dueña del club es una mujer astuta, de una gran inteligencia callejera.

—¿Mi consejo? —Cherry vuelve a poner el álbum de fotos en la estantería—. No busques a Betty. Era una chica problemática.

CAPÍTULO 17

Por supuesto que va a buscar a Betty.

Ha pasado mucho tiempo desde que Drew investigó algo y, maldita sea, había olvidado lo bien que le hace sentir perseguir una historia. Cuanto más piensa en ello, más se le antoja una posibilidad real de que el incendio del sótano no fuera un accidente. Después de todo, Joey sabía que la chimenea no funcionaba bien, porque él y Simone se lo habían advertido cuando ella fue a vivir allí. Ninguno la había encendido nunca, ni una sola vez.

¿Pero acaso Betty sabía lo de la chimenea? Si las chicas eran buenas amigas y Betty pasaba tiempo con Joey en el apartamento, podría ser que lo supiera. A Drew nunca lo convenció la idea de que Joey hubiera encendido el fuego esa noche. Pero ¿y si no había sido ella quien lo había hecho? ¿Y si hubiera sido alguien cercano a ella? ¿Alguien con un novio que le suministraba drogas que ella vendía a las otras chicas del club?

Matar a alguien es un buen motivo para "desaparecer".

De vuelta en su apartamento, Drew llama a la oficina de licencias del ayuntamiento de Toronto y explica la situación. Lo transfieren al departamento de archivos, donde vuelve a explicar todo, solo para que lo hagan esperar durante veinte minutos antes de que la llamada se corte. A continuación, envía un correo electrónico. Treinta minutos más tarde, recibe la respuesta de una administrativa de la oficina de licencias que le dice que no puede dar información a menos que la solicite el titular o un oficial de la justicia. Drew revisa sus contactos y llama a tres agentes de policía que conoce personalmente. Nadie responde, así que deja mensajes de voz.

El periodismo de investigación no es tan *sexy* como se muestra

en televisión.

Se devana los sesos, introduce en Google las palabras: “casa incendio Toronto calle Acorn 1 de enero de 1999” y obtiene como resultado dos artículos que mencionan el incendio en su antigua casa.

En el primer artículo, el inspector de bomberos explicaba que el incendio en el sótano había sido provocado por la chimenea, cuyo conducto no se había limpiado ni mantenido durante más de una década y, por tanto, contenía una acumulación de creosota, un material altamente combustible parecido al alquitrán. El fuego en el hogar había encendido la creosota en el conducto, que estaba lleno de grietas, lo que había permitido que el fuego se extendiera a la pared. En cuestión de minutos, el resto del pequeño apartamento del sótano se había consumido, sin dar tiempo a que la ocupante, que probablemente estaba dormida a esa hora de la noche, pudiera escapar.

“Nunca estará de más recalcar la importancia del mantenimiento regular de las chimeneas”, había declarado el inspector de incendios. “Por desgracia, he visto esta situación demasiadas veces”.

El segundo artículo decía más o menos lo mismo, solo que su titular era más espectacular: “La hija de Ruby Reyes muere en un incendio en su casa en la víspera de Año Nuevo”. Era obvio que había sido escrito para suscitar interés. No solo mencionaba que Joelle Reyes, de veinte años, había estado trabajando como bailarina de *striptease* en el Club de Caballeros Golden Cherry, sino que también dedicaba un párrafo a resumir el delito cometido por su madre, lo que significaba que el periodista había conseguido establecer la conexión entre Joey y Ruby. El artículo terminaba con una breve cita de la agente de policía Hannah McKinley, quien confirmaba que no existían sospechas de un acto criminal.

Drew recuerda a McKinley. Fue muy amable con él aquella noche. Busca su nombre en Google y se entera de que ahora es una sargento detective de homicidios. Un par de clics más y obtiene la dirección de correo electrónico del departamento de homicidios. Escribe con rapidez, le explica quién es y le recuerda cómo se conocieron. Una hora después, McKinley lo llama por teléfono. Había olvidado que tenía acento británico hasta que escuchó su voz.

—Esto fue hace mucho tiempo, así que tendré que refrescar mi

memoria. Deme un segundo —dice la sargento McKinley. Drew la oye teclear y supone que está en su escritorio en la comisaría—. Bien, ahora lo recuerdo. Incendio en una casa en la víspera de Año Nuevo, una mujer fallecida, Joelle Reyes, hija de Ruby Reyes. La víctima fue identificada por… Drew Malcom. Ah, claro, es usted.

—Sí, soy yo —afirma—. ¿Puede decirme si se tomaron fotos en el lugar?

—Seguro que sí, al menos la compañía de seguros debió hacerlo —señala ella—. Supongo que al día siguiente.

—¿Y fotos de la persona fallecida? —Una imagen del rostro quemado de Joey pasa por la mente de Drew—. ¿Habría fotos de eso?

—¿Tomadas en el lugar? Por supuesto que no. Los bomberos habrían dado prioridad a retirarla de allí lo antes posible.

Drew lo intenta de nuevo.

—¿Y la morgue? Deberían tener fotos, ¿verdad?

—Es posible, pero no creo que quiera verlas, y eso suponiendo que se hayan tomado y se hayan archivado de manera correcta, e incluso que se puedan localizar después de todos estos años. Pero, por lo que recuerdo, ya estaba muerta cuando la retiraron. —McKinley hace una pausa—. ¿Por qué quiere ver fotos? Si no estoy equivocada, el cuerpo de su amiga estaba muy quemado.

—No todo. —Drew se aclara la garganta—. Había una parte de la pierna donde su tatuaje era todavía visible.

—Ah, cierto. Así es como pudo identificarla. Eso y… —Una pausa. Debe de estar leyendo—. El colgante. Apunté que llevaba un colgante de oro con brillantes y un rubí.

Drew asiente, aunque ella no puede verlo.

—¿Alguna vez se confirmó la causa real de la muerte?

—Suele ser por inhalación de humo, pero parece que este incendio arrasó el sótano con bastante rapidez —indica McKinley. Otra pausa—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Está diciendo que ahora, después de diecinueve años, tiene preguntas sobre cómo murió?

El acento de la mujer le entorpece la capacidad de interpretar su tono. Drew no puede distinguir si está interesada o molesta y empieza a sentirse un poco estúpido por hacer estas preguntas a una policía experimentada después de tantos años de lo ocurrido. Sin embargo, ¿qué tiene que perder, salvo un poco de dignidad?

—Lo que digo es que ahora no estoy seguro —admite—. Sé que parece una locura después de todo este tiempo, pero ¿y si ya estaba muerta y el incendio fue solo una pantalla?

—¿A qué viene todo esto?

—Ruby Reyes, la madre de Joey, salió en libertad condicional. Estoy haciendo una serie de pódcast sobre ella y la relación con su hija y tratando de llenar algunos de los huecos en la vida de Joey. Acabo de enterarme de que, en ese entonces, Joey tenía vínculos con gente turbia, cosa que yo no sabía en ese momento.

Silencio por parte de McKinley. Drew solo puede imaginar lo que debe de estar pasando por su cabeza. Es probable que piense que es una locura, porque en realidad lo es. Además, es una posibilidad remota, sin pruebas, solo una corazonada. Bueno, ni siquiera una corazonada. Un hormigueo.

—¿Hola? —Drew está conteniendo la respiración—. ¿Sigue ahí?

—Estoy buscando si se hizo una autopsia al cuerpo. No, no hubo autopsia. Pensé que valía la pena verificarlo.

Se siente aliviado de que la sargento no haya colgado.

—¿Y dice por qué no se hizo?

—Porque la muerte no fue catalogada como sospechosa. Joelle fue encontrada tendida en el sofá frente a la chimenea, que es donde se inició el incendio. Es el único punto de origen. La teoría es que se quedó dormida y, en algún momento posterior, el conducto se prendió fuego. Parece bastante claro y simple cómo ocurrió todo, siempre y cuando se mantenga la presunción de que nadie la quería muerta. —La sargento vuelve a hacer una pausa—. ¿Ahora usted piensa que alguien la quería muerta?

—Hoy más temprano fui al club de *striptease* donde trabajaba Joey y la dueña me contó que era muy amiga de otra bailarina que se hacía llamar Betty Savage. Betty vendía drogas en el club, que le suministraba su novio, miembro de una banda. La noche en que Joey murió, lo vieron merodeando por el club, aunque Betty no estaba allí esa noche.

A Drew se le ocurre algo entonces, y si existe un límite al que puede llegar una teoría tonta, esto podría ponerlo a prueba.

—Joey y Betty se parecían mucho —añade—. Las dos eran filipinas. Sé que puede parecer exagerado, pero.

—Continúe —lo alienta McKinley—. Ha llegado muy lejos.

—¿Y si el novio mató a Joey por error? ¿Y provocó el incendio para encubrirlo?

—Bueno, ¿y dónde está Betty ahora?

—Desaparecida. Desapareció el fin de semana que Joey murió.

—Bueno, eso sí es interesante. —Una pausa—. Entonces, supongo que tiene que encontrar a Betty y preguntarle qué sabe de esa noche.

Drew exhala. Así que la sargento no piensa que sea estúpido. Eso es algo, al menos.

—El problema es que no sé su verdadero nombre. Se hacía llamar Betty Savage en el local. Envié una solicitud al ayuntamiento para verificar su licencia de actuación, pero la mujer que respondió a mi correo electrónico no me puede dar ninguna información a menos que sea un oficial de la justicia.

—Maldición, se ha estado moviendo —exclama McKinley—. ¿A quién le envió el correo electrónico? ¿Hay alguna posibilidad de que me envíe una foto de Joelle y de esta Betty?

Drew pone la llamada en altavoz y utiliza su móvil para tomar fotos de las fotos que le dio Cherry y luego se las envía a la sargento. Cinco segundos después, escucha el sonido de notificación de la computadora de ella.

—Es cierto, se parecen bastante —conviene McKinley—. Carajo, ahora estoy intrigada. Revisaré los informes de personas desaparecidas en esa época. ¿Puede decirme algo sobre el novio?

—Formaba parte de una banda vietnamita llamada Hermanos de Sangre. No sé su nombre.

"Pero podría averiguarlo".

—De acuerdo, me pondré en contacto con usted. No es que no tenga otras diez cosas que podría estar haciendo, pero ha conseguido preocuparme. —McKinley suspira—. Le enviaré un mensaje cuando sepa algo.

—Entiendo que esto es una locura total —admite Drew—. Y supongo que ni siquiera cambiará nada, porque estoy noventa y nueve por ciento seguro de que el incendio fue un accidente.

—Pero antes estaba cien por ciento seguro —replica McKinley—. Ese uno por ciento puede comerte vivo. Créame, conozco esa sensación.

Drew agradece su comprensión, porque en serio necesita saber.

Sin embargo, descubrir la verdad podría no hacerlo sentir mejor. Se ha estado diciendo a sí mismo que está haciendo este pódcast por Joey, para contar su historia y exponer a Ruby por lo que ella es. Pero en el fondo, en las grietas de su alma donde acumula todos los pensamientos dolorosos a los que no se puede enfrentar, sabe que lo hace para intentar aliviar su propia culpa. Por haberla abandonado.

Joey también tenía su propia cuota de culpa. Aunque pareciera increíble, se culpaba de que su madre hubiera sido acusada del asesinato de Charles. Después de que su vecino hubiera llamado a la policía y Ruby había sido por fin arrestada por maltrato de menores, Joey había permitido que la asistente social leyera sus diarios, donde había escrito sobre la noche en que Charles había muerto.

—Querías que tu asistente social lo supiera, ¿no? —le había preguntado Drew. Estaban sentados en la mesa junto a la ventana de Junior's—. Darle tus diarios fue tu forma de decírselo, sin tener que decírselo realmente.

—No sé si lo pensé de esa manera —había respondido Joey—. Aunque suene estúpido, nunca quise que Ruby fuera a la cárcel. Lo único que quería era no vivir más con ella. Pero, al final, fue la última en reír. Vivir con mis tíos no mejoró mi vida. Era la misma mierda con otro nombre. Y muchas veces deseé haberme quedado con el diablo que conocía.

Joey casi nunca hablaba de sus años en Maple Sound.

Drew abre el último diario y comienza a leer.

CAPÍTULO 18

Tras la detención de su madre, Joey pasó dos noches en un albergue temporal con una docena de otros niños. Durmió en una litera inferior, debajo de una niña que hablaba (lloraba) en sueños. Cuando la asistente social volvió a buscarla, Joey se sintió aliviada. Lo único que quería era ver a su madre y asegurarse de que estaba bien (no estaba enfadada con ella).

Pero no iban a ver a Ruby. Iban de regreso al apartamento de Willow Park para que Joey recogiera sus cosas.

La asistente social ("puedes llamarme Deb") le explicó durante el trayecto que, debido a la acusación de maltrato infantil, Joey tendría que permanecer separada de su madre durante un tiempo. Mientras tanto, su tía Flora y su tío Miguel en Maple Sound habían aceptado recibirla en su casa. Joey se sorprendió. No podía imaginarse qué estrategia (brujería) había utilizado la asistente social con tita Flora y tito Micky, pero debió de ser un auténtico truco mágico para que la hermana de su madre —y su mayor enemiga— acogiera a la única hija de Ruby.

El apartamento parecía más pequeño y deteriorado de lo que había sido unos días antes. O tal vez Joey lo veía ahora a través de los ojos de la asistente social, quien observaba a su alrededor con enorme compasión mientras advertía los platos rotos, los marcos de fotos rajados y la lámpara destrozada en el suelo.

—Tómate tu tiempo —dijo Deborah—. Sé que esto debe de ser difícil.

Joey sacó la vieja maleta de Ruby del armario y empezó a llenarla con la poca ropa que tenía. También tomó algunas cosas de su madre. El secador de pelo. El costoso cepillo Mason Pearson que Ruby había comprado después de conseguir su primer trabajo en

Canadá. El lápiz labial Rojo Rusia de Mac que la caracterizaba.

Deborah le prestó una segunda maleta, que Joey llenó con los libros de su madre hasta que ya no entraron más. Danielle Steel, Judith Krantz y Sidney Sheldon eran los autores favoritos de Ruby, ya que todos ellos escribían sagas escandalosas e impactantes, llenas de dramatismo, corazones rotos y angustia. Joey también leía esas novelas, y comentarlas con su madre era lo que más feliz la hacía. Era lo único que podían hacer juntas y que nunca tenía un resultado negativo.

Todo lo demás en el apartamento, le explicó Deborah, se quedaría ahí hasta finales del mes siguiente, cuando volvería a ponerse en alquiler.

—Pero ¿dónde irá mi madre después del juicio? —preguntó Joey.

Deborah le tocó el hombro.

—Puede que pase mucho tiempo antes de que vuelva a casa, cariño.

En todos los lugares en los que ella y Ruby habían vivido, Joey había aprendido a encontrar un escondite secreto, un sitio en el que podía guardar cosas que su madre no encontraría. Una de esas cosas era el colgante de Charles. Ruby había vendido el suyo en un arrebato cuando Charles la había dejado (por tercera vez), y Joey, ya familiarizada con esa actitud, le había dicho a su madre que había perdido el suyo en el parque. Excepto que no era cierto. Lo había escondido para que Ruby no lo vendiera también.

—¿Qué es eso? —preguntó Deborah cuando Joey lo rescató de debajo de una tabla floja del suelo cerca del radiador. No parecía sorprendida de que Joey tuviera un escondite secreto. Tampoco se refería al colgante. Estaba mirando el montón de pequeños y bonitos cuadernos que también estaban allí.

—Son mis diarios —respondió Joey—. Creo que los voy a dejar aquí.

—Eso sería una pena. ¿Sobre qué escribes?

Joey se encogió de hombros.

—Sobre todo, supongo. —Los tomó en su mano—. ¿Por qué? ¿Quieres leerlos?

—¿Te gustaría que los leyera?

Joey se encogió de hombros otra vez.

La asistente social no hizo ningún movimiento para tomarlos y permaneció sentada en el borde de la cama. En esa posición, Joey no pudo evitar notar que el cuerpo de Deborah tenía forma de patata. Ruby, que siempre criticaba los cuerpos de otras mujeres, habría dicho que era gorda. Pero cuando Deborah la había abrazado hacía dos noches, después del arresto, su cuerpo suave y seguro, y sus pliegues mullidos habían resultado cálidos y reconfortantes para Joey. Era una almohada con forma humana: todo lo contrario a Ruby.

—Me gustaría leerlos —aseguró Deborah—. Me ayudaría a conocerte más, para poder ayudarte lo mejor posible. Pero tú tienes que estar de acuerdo, Joelle.

—Como quieras. Me da igual.

Los diarios estaban ahora en el asiento trasero.

Un aromatizante de ambiente con forma de fresa colgaba del espejo retrovisor del Honda Accord de Deborah. Era afelpado, como una pegatina grande de esas que tenías que rascar para que liberaran su aroma, y aunque no tenía perfume a fresas, hacía que el coche oliera bien. El coche de Ruby siempre olía a cigarrillo.

—¿Estás bien, Joelle? —Deborah se volvió hacia ella y la luz del sol se reflejó en su piel oscura, lisa y sin poros—. Pronto pararemos para cargar gasolina, por si necesitas ir al baño.

Si por estar bien Deborah se refería a que no estaba herida ni físicamente enferma, entonces, sí, Joey estaba bien. Clavó la vista en el frente, consciente de los rizos negros de Deborah que se movían al ritmo de la recopilación de canciones en el reproductor de casetes. La asistente social parecía demasiado mayor para Young MC, pero se sabía toda la letra de "Bust a Move". "Está vestida de amarillo, dice hola…".

Deborah se giró de nuevo hacia ella, esperando una respuesta. Por fin, Joey se encogió de hombros. Sabía que los adultos odiaban que los niños hicieran eso, pero no Deborah, que parecía entender que a veces no había palabras. A veces la respuesta era encogerse de hombros.

—¿Cuándo me dejarán ver a mi mamá? —Joey miró por la ventanilla del lado del pasajero, donde podía ver su reflejo. Parecía translúcida, como un fantasma ("Ojalá fuera un fantasma"").

Deborah tardó unos segundos en contestar.

—Ojalá lo supiera, cariño. Pero apuesto a que tus tíos están ansiosos por verte.

La asistente social lo dijo con tanta amabilidad que, aunque Joey sabía que la realidad era exactamente lo contrario, no se atrevió a contradecirla. Había estado en Maple Sound solo una vez, unos años antes. La visita había sido un desastre. Fue el día en que conoció a su abuela (su *lola*) por primera vez.

También fue el día en que se dio cuenta de que su mala madre también tenía una mala madre.

En la gasolinera, Joey esperó en el coche mientras la asistente social entraba a pagar. Llevaban una hora del viaje de dos horas hasta Maple Sound, y este parecía transcurrir a la velocidad de la luz. Con cada kilómetro, el corazón de Joey se hacía más pesado. Tenía la sensación de que este viaje en coche era la línea divisoria entre el antes y el después. Una vez que llegara a la casa de sus tíos, cruzaría hacia el después y ya no habría vuelta atrás.

Deborah regresó, se dejó caer en el asiento del conductor y le entregó una bolsa de plástico. Dentro había varios paquetes de Skittles.

—Sé que tu tía tiene tres hijos, pero esos caramelos son tuyos, Joelle, y no tienes que compartirlos con nadie. —El tono de Deborah era serio mientras arrancaba el coche—. Siempre que te sientas sola, cómete un par de Skittles. Piensa en ellos como si yo te diera un abrazo. Para cuando los hayas terminado, volveré a visitarte. Y te traeré más.

Joey se quedó mirando la bolsa. Un adulto acababa de hacerle un regalo, y ni siquiera era su cumpleaños. Es verdad, solo eran Skittles, pero era el mejor regalo que había recibido en toda su vida. Porque era a cambio de… absolutamente nada.

—Gracias. —Se obligó a no llorar.

Una hora después, llegaron a Maple Sound. La familia entera estaba afuera en el porche cuando Deborah detuvo el coche. La casa de dos pisos se alzaba en la cima de una colina y, aunque tenía bonitas vistas del lago Hurón, era mucho más pequeña y remota de lo que Joey recordaba.

—Esto es muy bonito. —Deborah sonó sorprendida mientras apagaba el motor. Bajó la ventanilla—. ¿Hueles eso? Es aire fresco. ¿Y eso que veo allí es un estanque? Qué lindo. Escucha… se pueden

oír las ranas.

En un principio, Joey no entendió por qué Deborah se interrumpió con tanta brusquedad, pero luego se dio cuenta de que era por ella. Estaba llorando, maldita sea, y ni siquiera sabía que era así hasta que vio la expresión en el rostro de Deborah. Se frotó las mejillas, avergonzada por haber sido sorprendida sintiendo algo y furiosa consigo misma por demostrarlo.

Tita Flora apareció cerca de la puerta del conductor con una gran sonrisa. Tampoco se veía como Joey la recordaba. Tenía el pelo corto y más claro, de un tono castaño poco natural. Sus tres hijos —Jason, Tyson y Carson— permanecían en el porche, peleándose entre sí detrás de tito Micky, quien parecía ajeno a la caótica energía de sus hijos. Su tío también había cambiado. Casi no le quedaba pelo en la cabeza y estaba más delgado; los músculos fibrosos de sus brazos y piernas prácticamente habían desaparecido por los años de inactividad. Su barriga, en cambio, sobresalía con firmeza por encima de los holgados pantalones verdes de baloncesto. Un cigarrillo apagado colgaba de su boca y sostenía un encendedor en la mano.

Su abuela era la única que no había cambiado. El cabello de *lola* Celia estaba teñido del mismo color negro azulado que antes, y, al igual que la última vez, llevaba pantalones de deporte y una sudadera, aunque era verano. Levantó una mano huesuda en dirección al coche. Joey sabía que su apariencia frágil era solo una ilusión. Dentro de ese cuerpo pequeño y envejecido, había una mujer a la que no se le escapaba nada y cuya lengua era tan afilada como una navaja de afeitar.

Después de todo, Ruby lo había heredado de alguien.

Se hicieron las presentaciones y tita Flora plantó un beso mecánico en la frente de Joey antes de saludar a Deborah con una sonrisa demasiado amplia que mostraba todos los dientes. Su *lola* saludó en inglés, y sus ojos de escarabajo recorrieron el cuerpo de su nieta de arriba abajo mientras extendía la mano con la palma hacia abajo. Joey la tomó y se inclinó, presionando con suavidad el dorso de la mano de *lola* Celia contra su frente.

Cuando había conocido a su *lola* unos años antes, Joey no había sabido qué significaba *mano*. Su abuela había arremetido contra Ruby en un furioso cebuano, al parecer por no haber enseñado a su

joven hija a saludar a sus mayores con respeto. La única palabra que Joey había entendido de aquella embestida verbal era "puta". *Lola* Celia se lo había gritado a Ruby, no una, sino dos veces. Más tarde, en el viaje de vuelta a Toronto, Ruby había estado inusualmente callada. "Tienes una mala madre porque yo también tuve una mala madre", le había dicho a Joey con voz resignada antes de encender la radio.

Tita Flora le dio un codazo a su esposo. Tito Micky se metió el cigarrillo apagado en el bolsillo y tomó las maletas. Todos entraron.

—Mick, enséñale a Joey dónde está su habitación —dijo su tía. A Joey le comentó—: Tu *lola* hizo adobo para la cena. Sé que es tu favorito.

"Favorito" sonó como *pa-for-ito*. El acento filipino de su tía no se había suavizado mucho con los años. En cambio, el acento de Ruby casi había desaparecido, porque su madre se había empeñado en perderlo. De vez en cuando reaparecía cuando le hablaba (gritaba) a Joey, pero con otras personas (novios) casi sonaba canadiense (lo que, para Ruby, significaba "blanca").

—Vaya, son pesadas —se quejó tito Micky mientras arrastraba las dos maletas hacia la escalera. "Pesadas" sonó como *piisadas*—. ¿Qué tienes aquí? ¿Un cadáver?

La broma fue de mal gusto y Deborah parpadeó. Tita Flora se dirigió a su esposo con aspereza en su dialecto filipino y el hombre hundió los hombros. Joey captó solo una palabra. *Buang*. Significaba "estúpido".

Siguió a su tío por las escaleras y dentro del dormitorio al final del pasillo. Joey miró a su alrededor consternada. Aunque la ventana tenía vista al estanque, la habitación no era mejor que el lugar para dormir en el hogar adoptivo. Las literas estaban arrimadas a una de las paredes y había un delgado colchón de una plaza en el suelo, cerca de la puerta. Estaba cubierto por una sábana de algodón rosa tan nueva que aún tenía las arrugas del empaquetado.

—Compartirás la habitación de los mayores.

Tito Micky resollaba un poco; los años de cigarrillos y alcohol no lo habían preparado para ningún tipo de trabajo pesado. Curiosamente, su lesión en la espalda —la razón por la que cobraba la pensión por discapacidad— parecía estar bien.

—Fue todo tan rápido que no tuvimos tiempo de comprar una cama.

—No hay problema —respondió Joey.

Tita Flora apareció en la puerta del dormitorio con Deborah, que frunció el ceño.

—Esto es solo temporal —explicó su tía—. Nuestro hijo menor duerme con mi madre porque todavía necesita ayuda para ir el baño. Pero, dentro de unos meses, Carson podrá dormir con sus hermanos aquí y podremos trasladar la cama de Joey a la habitación de la *lola*.

—¿Qué cama? —El tono de Deborah era contundente—. Todo lo que veo es un colchón, y Joelle necesitará una cama adecuada para no dormir a diez centímetros del suelo. Cuando hablamos por teléfono, me aseguraron que su habitación estaría lista.

—Ya la pedimos. —Tita Flora miró a su esposo—. A Sears. ¿Verdad, Mick?

Tito Micky tardó un segundo en entender.

—Sí, llegará pronto. —Era pésimo mintiendo—. Están… eh… están atrasados con la entrega.

En-tri-ga.

—Entonces, Deborah. —Tita Flora volvió sonreír con todos los dientes—. ¿Cuándo podemos esperar el primer pago?

La asistente social le había explicado a Joey que sus tíos tenían derecho a recibir pagos mensuales del Gobierno por el cuidado de un familiar, parecidos a los pagos que recibían los hogares adoptivos. Joey no preguntó cuánto cobrarían, pero sabía que el dinero era la única razón por la que tita Flora había aceptado este acuerdo.

—En unas tres semanas. —La voz de Deborah adoptó un tono apagado que Joey no había oído antes—. Que es más o menos cuando regresaré aquí para comprobar cómo van las cosas.

La advertencia era obvia, pero su tía se limitó a asentir con la cabeza y guio a Deborah de regreso al pasillo para que examinara el resto de la planta superior.

Joey se acercó a la ventana de la habitación que compartiría con sus primos, de ocho y seis años. Deborah tenía razón. Esto era bonito. Tal vez todo estaría bien. Tenía que estarlo, porque no había opción para que no fuera así. Era esto o un hogar adoptivo, en

especial si (“cuando”) condenaran a su madre.

Sintió una mano que le rozaba la parte baja de la espalda y se sobresaltó.

Tito Micky se había unido a ella junto a la ventana y la palma de su mano presionaba con suavidad la hendidura justo encima de su coxis. Olía a tabaco y a *whisky*. Joey se apartó unos centímetros, lo suficiente para que la mano cayera, y él la miró con una sonrisa inocente.

—No puedo creer lo que has crecido, Joelle. —“Creer” sonó como *crii-er*. Tal vez algún día ella dejaría de oír su acento, pero por ahora, sonaba extraño, y obvio—. *Sus*. Estás muy bonita.

Joey se estremeció al escuchar a su tío pronunciar su nombre de pila. Cuando Deborah la llamaba Joelle, sonaba adulto, respetuoso. Pero cuando tito Micky lo decía, dando el mismo peso a cada sílaba de su nombre como si fueran dos nombres distintos (*Jo-Elle*), se le erizaba la piel.

—Sabes que tu tita Flora no te quería aquí porque tu mamá hizo algo muy malo. —Tito Micky hablaba en voz baja, con complicidad, como si compartieran un precioso secreto solo entre ellos dos—. Pero le dije que eres de la familia. Esta es tu casa, ¿sabes? Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedírsela a tu tito Micky.

Su tío se acercó hasta que sus hombros se tocaron. Su mano estaba de nuevo en la base de su espalda y Joey podía sentir su dedo moviéndose en círculos lentos y perezosos. Tito Micky ya no miraba por la ventana: la miraba a ella. Suspiró, y su aliento cargado de *whisky* acarició la mejilla de Joey.

—*Sus* —suspiró. En realidad no era una palabra, sino más bien una sílaba que significaba “Jesús” en la jerga filipina—. Tan bonita, Joelle.

Se acercó más y le susurró al oído.

—Eres idéntica a tu madre.

CAPÍTULO 19

En las profundidades de su atiborrado armario de depósito, en algún lugar entre el árbol de Navidad artificial y el ukelele abandonado de su hija, Drew encuentra por fin la caja que está buscando. Está llena de cuadernos, blocs de notas, recortes de periódicos, fotografías, discos duros y tarjetas de memoria. En esencia, todo el trabajo que hizo durante los quince años como periodista de investigación para *Toronto After Dark*.

Drew había perseguido todo tipo de historias para ese semanario de los sábados. Había descubierto que la mujer sin techo que ganaba treinta mil al año con la limosna que recibía era, en realidad, una abuela con un coche y una casa en los suburbios. Había desenmascarado a un proxeneta de dieciocho años que había insistido en que nunca había tenido intención de involucrarse en el negocio del sexo, pero que por casualidad conocía a unas cuantas chicas del colegio que estaban dispuestas a acostarse con sus amigos a cambio de un dinero extra, por lo que él cobraba una comisión por organizar las citas (“Como *El club de las niñeras*”, le había explicado a Drew con seriedad. “Solo que sin la niñera”).

Y, en el apogeo de su carrera, Drew había publicado una serie muy premiada sobre las bandas callejeras asiáticas que habían dominado el barrio chino en los años noventa, algunas de las cuales siguen operando hoy en día. Eso significa que todo lo que había que saber sobre ellas en aquella época estará en algún lugar de uno de estos viejos discos duros. Drew sigue su intuición y toma uno de ellos, lo inserta y comienza a buscar. Si no encuentra allí lo que está buscando, tiene siete más.

Si hubiera sido por él, se habría quedado en *Toronto After Dark* hasta jubilarse. Pero como todos los periódicos pequeños en los

últimos años, había seguido el camino de los dinosaurios. Había cerrado justo cuando Sasha estaba enviando solicitudes a las universidades, y aunque el fondo que él y Kirsten habían creado cuando ella nació alcanzaría para cubrir parte de la matrícula, el resto tendría que provenir de los padres de Kirsten, que ya habían hecho mucho. Drew había aceptado todos los trabajos temporales independientes que había podido encontrar, y las cosas habían empezado a mejorar cuando el artículo en línea que había escrito sobre Barry y Honey Sherman, la multimillonaria pareja asesinada, se había vuelto viral. Lo habían invitado a salir en la radio pública CBC para tratar ese asunto y la entrevista había tenido tanto éxito que lo habían convocado varias veces más para hablar sobre otros casos criminales.

Y así había nacido *Cosas que hacemos a oscuras*. En una época en la que parecía que todo el mundo y sus perros tenían un pódcast, nadie se había sorprendido más que Drew cuando su programa remontó vuelo.

Bingo. Hace clic en una carpeta y encuentra lo que está buscando. Las notas, las entrevistas y los borradores están todos allí, básicamente todo aquello en lo que trabajó cuando escribió su serie sobre las pandillas del barrio chino. En diez minutos, tiene el nombre de quien se creía que era un miembro de alto rango de los Hermanos de Sangre. El tipo, ya de mediana edad, vive en Oakville, un vecindario de gente adinerada al oeste de Toronto. Google Maps muestra su dirección como una gran casa frente a un lago en Lakeshore Road, a años luz del ruinoso apartamento en el barrio chino que solía compartir con sus padres y su hermano menor cuando habían llegado a Canadá desde Vietnam.

Hacen falta un par de llamadas, pero el encuentro está concertado. Después de una ducha y una afeitada rápidas, Drew se pone en camino para reunirse con el hombre de quien se rumoreaba que había importado narcóticos ilegales a Canadá por un valor de quinientos millones de dólares en los años noventa.

Y eso es solo lo que se sabe.

* * *

Cuanto más se adentra en Oakville, más grandes son las casas.

En un momento, se encuentra conduciendo frente a propiedades valoradas en millones de dólares. Por curiosidad, le pide a Siri que busque el precio de una casa en venta que parece un pequeño castillo en el sur de Francia. Siri le dice que el precio de venta es de 12.999.999 dólares. Mierda, ¿a quién le toman el pelo las inmobiliarias? Que redondeen en trece millones.

La casa de al lado no está en venta, pero es la que está buscando. Avanza por el sendero de entrada en forma de U. Aparca detrás de un Lamborghini y una Maserati y se queda maravillado mirando la mansión. Tres pisos de altura, fachada de estuco, garaje para cuatro coches, vistas perfectas al lago. Oficialmente, Tuan Tranh, conocido como Tony, es un fabricante de muebles que tiene una fábrica importante en Vietnam. Pero es probable que los sofás y los armazones de camas no sean lo único que se traslada en esos contenedores marítimos. Está claro que el negocio de las drogas ilegales es rentable.

Por costumbre, Drew cierra el coche con llave, aunque no puede imaginarse que alguien quiera robar su Audi de once años cuando podría llevarse un Lamborghini. Se acerca a la puerta principal de la mansión, toca el timbre y levanta la vista hacia la cámara de seguridad. Un momento después, la enorme puerta de caoba se abre. Un rostro pequeño y arrugado se asoma; los ojos oscuros se entrecierran al ver al hombre negro y alto de pie allí.

—¿Sí? —pregunta. La mujer no debe de medir más de un metro cuarenta y cinco. Lleva pantalones color caqui, una camiseta verde holgada y unas zapatillas con piel muy gastadas.

—Buenas tardes, señora —dice Drew—. Vengo a ver a Tony Tranh.

—¿Lo está esperando? —Suave acento vietnamita, tono sospechoso.

—Tenemos una reunión, sí. —Busca una tarjeta y se la ofrece—. Drew Malcolm.

—Espere aquí. —La mujer le arranca la tarjeta de los dedos y cierra la puerta. Drew oye el ruido de la llave.

Mientras espera, observa las casas de enfrente, al otro lado de Lakeshore Road. No dan al lago, y eso disminuye su valor de manera considerable, pero algunas son igual de grandes. En algún lugar del otro extremo de Oakville, más lejos del lago, los padres de

Simone viven en una pequeña casa adosada. Drew siempre les cayó bien al señor y la señora Bailey. Tal vez debería pasar a visitarlos, ponerse al día, averiguar si Simone se casó con el tipo con el que lo engañó, ya que no figura en las redes sociales.

No, ni loco.

La puerta se abre de nuevo.

—Pase —dice la mujer menuda, y Drew cruza la puerta.

Su apartamento de tres habitaciones podría caber en este vestíbulo. Los techos tienen tal vez más de cinco metros de altura y desde allí se alcanza a ver el fondo de la casa, cuyas paredes son todas de cristal. La vista del lago Ontario debería estar despejada, pero justo en el centro del vestíbulo hay una estatua de mármol de dos metros y medio de altura de una mujer voluptuosa y desnuda con cabello largo y ondulado y pezones del tamaño de uvas. La estatua es impresionante, de mal gusto y muy molesta.

La mujer pequeña espera con paciencia mientras él asimila todo, como si fuera normal que todos los que entran allí por primera vez se queden embobados con la casa, el lago y la estatua, lo que es probable que suceda, en ese orden.

—Sin zapatos. —La mujer baja la vista hacia los pies de Drew, a las Nike blancas y limpias. Con el dedo meñique, señala una gran cesta de mimbre junto a la puerta. Está llena de pantuflas. De todos los estilos, de todos los colores, todas en diferentes estados de uso —. ¿Desea unas?

—Estoy segura de que no —exclama una mujer alta y rubia que aparece por un rincón. Ella también lleva pantuflas, pero las suyas son peludas y de color azul brillante—. Y, aunque quisiera, no tenemos su número. *Cám o'n.*

La mujer mayor asiente y se retira.

—Lauren Tranh. —La rubia extiende una mano lánguida hacia Drew—. La esposa de Tony. Debes de ser Drew. Mi esposo está terminando una llamada en su oficina.

La señora Tranh es blanca, mide por lo menos un metro con setenta y cinco centímetros y es despampanante. Tiene un aire familiar. ¿Será exactriz o exmodelo? ¿Una estrella de un *reality*? Si llegara el día en el que el canal Bravo decidiera sumar a su franquicia "Las amas de casa reales de Oakville", Lauren Tranh sería una candidata perfecta.

Drew le estrecha la mano.

—¿Me quito el calzado?

—Sí, por favor.

Se lo quita y lo coloca junto a la puerta. Cuando se levanta y se da la vuelta, ella tiene una sonrisita en el rostro.

—¿Qué pasa? —Le devuelve la sonrisa.

—Es agradable tener a alguien en la casa más alto que yo —señala ella, divertida—. No sucede a menudo.

La mujer está de pie junto a la estatua de mármol y, de pronto, Drew se da cuenta de dónde la ha visto antes. El mismo pelo, los mismos labios, los mismos…

Traga con dificultad. La estatua desnuda es de ella. Cielos.

Es exactamente lo que ella quería que él viera y, satisfecha, lo guía ahora por el pasillo.

* * *

La oficina de Tranh queda en uno de los extremos de la parte trasera de la casa y, como todo lo demás, es enorme. Todavía está hablando por teléfono cuando Drew entra en la habitación, pero sonríe y hace un gesto para que su invitado tome asiento. Drew señala las estanterías que cubren toda la pared lateral y Tranh vuelve a asentir con la cabeza y articula "Adelante" en inglés antes de continuar su conversación en vietnamita.

Las estanterías empotradas son tan altas que requieren su propia escalera. La colección de Tranh es impresionante. Drew encuentra de todo, desde una primera edición de *Mujercitas* hasta una edición de tapa dura firmada de *El resplandor*. Aunque no envidia a Tranh por su casa, sus vistas al lago, sus coches o incluso su esposa, siente una punzada de celos por esta biblioteca.

Si Drew fuera el jefe de una banda violenta que matara gente e hiciera caer a los niños en la droga, también sería rico.

—¿Ves alguno que te guste?

Tony Tranh ha colgado el teléfono y está de pie a su lado. Se dan la mano, y aunque Tranh es casi treinta centímetros más bajo que Drew, no parece sentirse para nada intimidado. Es un hombre delgado y de unos cincuenta años, que lleva una camisa negra abotonada de excelente confección, pantalones de algodón de vestir

y unos mocasines de cuero Gucci sin talón. Drew se siente un poco patético con sus calcetines blancos baratos de Costco. Doce dólares por un paquete de ocho.

—Todos —responde con una sonrisa—. Su colección es impresionante, igual que su casa.

La respuesta complace a Tranh. Señala las sillas que dan a los ventanales y al lago, y ambos toman asiento.

—Me comentó mi asistente que haces un pódcast de crímenes reales. —Aunque nació en Saigón y no emigró a Canadá hasta los dieciséis años, Tranh habla sin ningún acento—. Escuché el primer episodio sobre los asesinatos de los multimillonarios. Fascinante. ¿Cuántos oyentes tienes?

—Unos tres millones por episodio.

—¿Y cuánto dinero deja eso?

Muy directo.

—No tanto como me gustaría —Drew mantiene un tono sereno —. Pero lo suficiente para comer y pagar mi hipoteca.

—Mmm —dice Tranh—. ¿Entonces es más bien un pasatiempo monetizado?

Drew se pone rígido, pero no responde. No es la primera vez que lo oye.

—Tienes un posgrado en periodismo, ¿verdad? ¿Y trabajaste en *Toronto After Dark* durante quince años hasta que cerró?

"Oh-oh".

—Sí, así es.

Tranh asiente.

—Hiciste una serie sobre las bandas del barrio chino. Fue interesante. Conocí a algunos de esos chicos cuando aún vivía en esa zona. Parecía que tenías mucha información interna. ¿Quién te la dio?

Drew sonríe.

—Nunca revelo mis fuentes.

—¿Y si te pago cien mil dólares? ¿En efectivo? ¿Ahora mismo?

Sorprendido, Drew se ríe. Esto sí que no le había pasado nunca.

—Es tentador. Pero, aun así, no puedo.

—Qué pena. —Los ojos de Tranh se fijan en los de Drew—. Me habría gustado saber quién hablaba contigo.

—¿Esta es su forma de confirmar que formaba parte de los

Hermanos de Sangre, una de las bandas sobre las que escribí?

Es el turno de Tranh de sonreír. Cuando lo hace, parece un adolescente.

—Los HS no eran una banda. Eran, más bien, ya sabes…, un pasatiempo monetizado.

Drew no puede evitar reír.

Alguien llama a la puerta de la oficina y la misma mujer menuda de antes trae una bandeja. Deja una tetera de té verde, dos tazas y un plato de galletas color café.

—Ella es mi madre —señala Tranh—. Hace las mejores galletas de canela y azúcar, una vieja receta familiar. Prueba una.

A Drew no le gustan las galletas y nunca ha sido muy goloso. Pero tanto la anciana como Tranh lo miran expectantes, así que toma una galleta y la muerde.

—Deliciosa —comenta, y habla en serio.

—*Cám o'n* —dice ella con una sonrisa, y se va.

Tranh sirve dos tazas de té y se reclina en su silla.

—Entonces, si entendí bien, estás aquí para hablarme de alguien que yo podría conocer, que salía con una mujer que era amiga de alguien que tú conocías. ¿Es así?

—Sé que suena vago.

—Muy.

—Una amiga muy cercana murió en un incendio en una casa hace mucho tiempo —explica Drew—. Se llamaba Joey. Se supone que el incendio fue accidental, pero hace poco me he enterado de algunas cosas que sugieren que podría no haber sido un accidente. Sin embargo, la mujer que podría saber más sobre lo que pasó lleva desaparecida casi veinte años. Y esta mujer que desapareció podría haber salido con alguien que usted conoce.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Era bailarina en el Golden Cherry, un club de *striptease*. Su nombre artístico era Betty Savage y su novio era alguien de los Hermanos de Sangre.

Si algo de esta información le recuerda algo a Tranh, no lo demuestra.

—¿Y qué necesitas que haga yo exactamente?

—Tengo la esperanza de que pueda decirme quién es él para que yo pueda averiguar quién es Betty Savage, encontrarla y hablar con

ella.

Una pequeña sonrisa.

—¿Tienes una foto de esta Betty Savage?

Drew toma su móvil. Toca sobre la foto que le envió más temprano a la sargento McKinley y la amplía para que aparezca solo Betty en la pantalla. Le entrega el teléfono a Tranh.

Tranh examina la imagen con detenimiento.

—Ah, sí. La recuerdo. Es Mae. No me acuerdo si alguna vez supe su apellido, pero la vi varias veces.

Bingo.

—¿Salía con alguien de los Hermanos de Sangre?

Tranh le devuelve el móvil.

—Era la novia de mi hermano.

Ah. Mierda.

Esto no es lo que Drew esperaba escuchar. Por supuesto que sabía del hermano menor de Tranh, Vinh —que se hacía llamar Vinny—, ya que se creía que había estado involucrado en el tiroteo de la discoteca en el barrio chino. Un año después, le dispararon y lo mataron, al parecer por un negocio de drogas que había salido mal.

Al pensar ahora en sus notas de investigación, se da cuenta de que eso no había ocurrido mucho después de que Betty —Mae— desapareciera. Debía de haber sido a menos de una semana del incendio. Y, aunque nunca se había probado, se había rumoreado que la bala había provenido de un miembro de su propia banda. Alguien había ordenado matar a Vinny. Y solo alguien de arriba podía hacer eso.

Alguien como su hermano, Tony Tranh. Que ahora está observando a Drew con ojos que parecen saber con exactitud lo que está pensando.

—Lo siento —dice Drew—. Tengo entendido que Vinny murió hace años. Si hubiera pensado que podría ser el novio de Betty, Mae, nunca habría venido. Le pido disculpas si le he traído un recuerdo doloroso.

—Gracias —responde Tranh—. Fue una pena que muriera tan joven. Tenía solo veintitrés años. Fue muy duro para nuestra madre.

Drew vacila, sin saber si debería hacer su siguiente pregunta.

—Adelante —lo alienta Tranh y bebe un poco de té—. Di lo que

tienes en mente.

—Betty… Mae desapareció alrededor de la víspera de Año Nuevo de 1998. Entiendo que ha pasado mucho tiempo, pero ¿tiene alguna idea de adónde pudo haber ido?

Tranh frunce el ceño.

—¿Por qué iba a saber algo? Era la novia de Vinny, no la mía.

—Al parecer, dejó de ir a trabajar. Y su novio, que ahora sé que es su hermano, se preocupó lo suficiente como para ir al club a buscarla. ¿Vinny nunca le mencionó nada de esto en aquel entonces? ¿Sobre la desaparición de su novia? Quiero decir, era algo… importante.

—Oh, sí, lo mencionó. De hecho, el asunto lo tenía bastante angustiado. Igual que a mí. —Tranh descruzó las piernas y las volvió a cruzar hacia el otro lado—. Pero luego lo mataron el 5 de enero de 1999. Si me dijo algo sobre su novia desaparecida, es probable que se me haya olvidado porque estaba ocupado consolando a nuestra madre y planeando su funeral.

—Lo siento —repite Drew.

Tranh bebe su té. Parece relajado por fuera, pero el instinto de Drew le dice que es todo lo contrario.

—Supongo que sabes que Vinny tenía fama de violento. Tuvimos una infancia difícil, pero salimos muy diferentes, para desgracia de nuestra madre.

Drew no se lo cree. La única diferencia entre Tony y Vinny Tranh era que el hermano mayor era más inteligente y tenía más dominio de sí mismo, lo cual, al final, lo volvía mucho más peligroso de lo que Vinny había sido.

—Por muy trágico que sea, a mi hermano lo mataron por estúpido. —Tranh parece más molesto que triste—. Era muy impulsivo. Igual que Mae. No me sorprendió que desapareciera. No tenía familia y Vinny me contó que se había criado en hogares adoptivos. No siempre la trataba bien, pero Mae era una chica problemática.

Era exactamente como Cherry la había descripto.

—¿En qué sentido? —pregunta Drew.

—Era una ladrona. —Los ojos de Tranh son fríos—. Nunca me gustó. Intuía que era problemática, y eso fue lo que resultó ser. Ella y Vinny tenían una relación muy apasionada, y no siempre en el

buen sentido. Eso hacía que él se volviera poco fiable, lo cual no era bueno para el negocio.

—¿Qué robó Mae?

—¿Acaso importa? —Tranh le ofrece una sonrisa fría—. No era de ella.

No es una gran respuesta. Hay algunas personas a las que Drew puede presionar, pero Tony Tranh no es una de ellas.

—Gracias, señor Tranh. —Drew deja su taza de té sobre la mesa y se levanta—. Le agradezco su tiempo.

—¿Esto es todo?

—Esto es todo.

Tranh lo acompaña a la puerta principal y se dan la mano de nuevo. Mientras Drew se pone el calzado, la madre de Tranh se precipita hacia él con un recipiente de plástico. Está lleno de galletas de canela.

—Llévelas a su casa —dice—. Para su familia.

—Le caes bien —afirma Tranh con una sonrisa—. Y deberías saber que a mi madre no le cae bien cualquiera. Odiaba a Mae.

Tony Tranh baja la voz. Habla tan bajo que Drew tiene que inclinarse un poco para oírlo.

—Si alguna vez la encuentras, avísale que me gustaría recuperar lo que me quitó.

CAPÍTULO 20

Drew opta por tomar Lakeshore Road para volver a Toronto desde Oakville, ya que a esta hora del día la autopista está bloqueada por el tráfico. Es un viaje lento pero tranquilo, que le da tiempo para ordenar sus pensamientos.

La navaja de Ockham: la explicación más sencilla suele ser la correcta.

Bueno, sí, solo sabe esto por la película *Contacto*, protagonizada por Jodie Foster. Era una de las favoritas de él y de Joey, y solían encontrar cualquier excusa para incluir la frase en una conversación. Simone se volvía loca.

Drew: No encuentro mi portamonedas. Creo que alguien me lo ha robado.

Joey: ¿Te fijaste en los Jeans que tenías puestos ayer?

Drew: ¡Lo encontré!

Joey: La explicación más sencilla suele ser la correcta.

Simone: Ay, Dios mío, ¿podrían cerrar la puta boca?

Gran parte de la gente a quien se considera "desaparecida" está muerta o no quiere ser encontrada. Si Mae todavía está viva, entonces, lo que sea que les haya robado a Vinny y a los Hermanos de Sangre —Drew supone que son drogas— es el motivo por el que nunca podrá regresar.

Sin embargo, sucede que no es tan fácil desaparecer. No es tan simple ir a un lugar nuevo, conseguir un trabajo, alquilar una casa y empezar de cero. Primero necesitarías un nuevo nombre, y eso requiere un documento de identidad nuevo, que lleva tiempo conseguir.

Tendrías que ceñirte con precisión a tu historia con cualquier persona nueva que conocieras. Y necesitarías dinero para empezar.

En efectivo. Mucho. Asumir una nueva identidad y construir una nueva vida lleva tiempo, voluntad y un talento excepcional para mentir.

La navaja de Ockham. La explicación más simple, la que tiene más sentido, es que Mae está muerta. Vinny la mató, y luego Vinny fue asesinado, porque eso es lo que hacen las bandas como la suya. Quien a hierro mata a hierro muere, y todo eso.

¿Pero Vinny también mató a Joey? La lógica indica que probablemente no. El incendio en el apartamento del sótano fue considerado un accidente hace muchos años, y nunca hubo nada en aquel entonces —ni lo hay ahora— que sugiera lo contrario.

Drew debe aceptar que tal vez él quiere que el incendio no haya sido un accidente para así tener a alguien a quien culpar por la muerte de Joey que no sea él.

Suspira en el silencio del coche. Habría sido bueno tener una conversación con Betty Savage, una de las pocas personas a las que Joey se permitió acercarse durante el último año de su vida, el año del que Drew no formó parte. Mae podría haberle contado mil cosas sobre Joey; por ejemplo, cómo decidió convertirse en *stripper* y por qué, de todos los nombres del mundo, eligió hacerse llamar Ruby.

Así era cómo Joey llamaba a su madre. Literalmente. Casi nunca se refería a ella como "mamá" o "madre". Drew aún recuerda haberle preguntado sobre eso, porque la conversación a la que dio lugar fue la última que mantuvieron mientras vivían juntos. Simone iba a aceptar el trabajo en Vancouver, tanto si Drew la acompañaba como si no, y él aún no lo había decidido.

—¿Por qué llamas a tu madre por su nombre de pila? —le había preguntado.

Estaban los dos solos en sus lugares habituales en el sofá, comiendo comida basura frente al televisor mientras Simone trabajaba el turno de la cena en The Keg. Estaban viendo *Showgirls*, quizá la peor película de la historia del cine, pero a él y a Joey les encantaba precisamente porque era pésima. Los dos solían competir para ver quién recordaba las peores frases.

Zack: Bonito vestido.

Nomi: Es un Versayce.

Al: Eres una puta stripper, ¿no lo entiendes?

Nomi: ¡Soy una BAILARINA!

—¿La llamo Ruby? —Joey pareció sorprendida y luego se quedó pensativa—. Sí, tienes razón, supongo que lo hago. Es raro, ¿verdad? Tú no piensas en tu madre como Brenda, ¿no?

—No, porque mi madre se llama Belinda —replicó Drew y ambos se rieron—. No sé si es raro. Después de todo lo que te hizo pasar, pensar en ella como Ruby en lugar de "mamá" tal vez te da cierta distancia emocional.

—La noche que la arrestaron, me preocupé —contó Joey—. Se puso como loca, arrancando fotos de las paredes, rompiendo platos, amenazando con saltar por el balcón. Desde que habían encontrado muerto a Charles, estaba hecha un desastre, muy paranoica, y yo tenía miedo de que se hiciera daño. Pero, cuando llegó la policía, me echaron un vistazo y la arrestaron en el acto, lo cual fue irónico porque esa noche solo me había golpeado un par de veces.

Solo. Esa noche.

—¿Tan mal te veías?

Se encogió de hombros.

—Labio ensangrentado, ojo morado… lo de siempre. Pero más tarde, en el hospital, me hicieron un examen más exhaustivo. Supongo que no les gustó lo que encontraron.

Por su expediente, Drew sabe ahora que el hospital había descubierto hematomas en las nalgas, la espalda y la parte interna de los muslos de Joey. Según las radiografías, se había roto las costillas dos veces en el pasado, además de la muñeca. Tenía quemaduras de cigarrillo en la parte superior de los brazos y una justo encima de la clavícula. Algunas de las lesiones eran recientes. Otras llevaban mucho tiempo ahí.

Y el hospital había descubierto otras cosas también.

—Si no le hubiera dado mis diarios a la asistente social, la policía nunca habría sabido lo que Ruby le hizo a Charles —agregó Joey—. Podría haberse salido con la suya.

Cuando la policía interrogó por primera vez a Ruby sobre el asesinato de Charles Baxter, Ruby tenía una coartada. Estaba con su hija, aseveró. Habían ido al cine ese sábado por la noche y podía demostrarlo porque Joey aún tenía las entradas en el bolsillo de los pantalones cortos que había usado.

Pero el diario de Joey contaba una historia diferente. No habían llegado al cine. Habían ido a casa de Charles, donde, en algún

momento de la noche, Ruby y Charles habían discutido y Ruby lo había apuñalado. Su vestido ensangrentado había sido encontrado en una bolsa de basura en el contenedor detrás del edificio, junto con el arma homicida. Perdón, las armas homicidas. Las dos. Ruby le había encargado a su hija de trece años que se deshiciera de las pruebas y Joey no había sabido en qué otro lugar ponerlas.

Durante el alegato inicial, el fiscal le había dicho al jurado que Charles Baxter había sido apuñalado múltiples veces con un cuchillo de cocina. Según los orificios de entrada aleatorios hallados en todo el torso —dieciséis en total—, la fiscalía había argumentado que las lesiones habían sido ocasionadas en un ataque de furia por una mujer de la misma altura de Ruby. De milagro, ninguna arteria importante había sido afectada. Más tarde, el médico forense había declarado que, si Ruby se hubiera detenido allí y si Baxter hubiera recibido tratamiento de emergencia, quizás habría sobrevivido. El cargo podría haber sido agresión agravada. Tal vez incluso defensa propia, si su abogado era hábil.

Pero no se había detenido allí. Mientras Charles yacía sangrando en el suelo de la habitación, Ruby había caminado por el pasillo hasta la habitación de Lexi Baxter. Había tomado uno de los patines de hielo de Lexi del armario y lo había llevado al dormitorio principal, donde había tomado asiento en la silla del rincón. Ruby se había puesto el patín, se lo había atado y luego había pisado con fuerza el cuello de su amante.

Bum. Homicidio en primer grado.

Charles Baxter había sido casi decapitado. Y era por eso que a Ruby Reyes la habían bautizado la Reina del Hielo.

—La gente siempre supuso que Ruby era fría —señaló Joey—. Pero era todo lo contrario. Tenía un temperamento ardiente. Podía dejarte en carne viva. —Acarició su colgante con aire distraído—. Pero a veces podía ser cálida. En sus días buenos, era un sol, y no había ningún otro lugar en el que yo quisiera estar.

—¿Aún la quieres? —preguntó Drew—. ¿Después de todo?

—Es mi madre —dijo Joey simplemente—. Todo lo que siento por ella es intenso y lo siento todo junto. Amor intenso, miedo intenso, odio intenso. Todo se arremolina como… no sé, como un helado napolitano derretido. Es imposible separar los sabores.

—Está bien sentir cosas diferentes a la vez.

Ella sonrió.

—Deberías ser psicólogo.

—Lo pensé —admitió Drew—. ¿Y tú? ¿Qué querías ser cuando fueras grande?

—Nunca pensé que sería grande.

Drew la besó entonces. No lo pensó, solo se indinó y la besó. Los labios de Joey estaban salados por las papas fritas que estaban comiendo, su aliento dulce por la Fanta de naranja que estaban bebiendo. Ella también lo besó, y fue bueno, y lindo, y él no podía recordar la última vez que había besado a alguien que le importara tanto. Quería a Simone, pero con Joey sentía algo en un nivel totalmente diferente. Era aterrador, y estaba mal, y era maravilloso, y correcto.

Le tomó la cara entre las manos y su lengua encontró la de ella, y ella se apretó contra él y lo acercó hacia sí. Los labios de Drew se movieron a la mejilla, y luego a la garganta, y de nuevo a los labios mientras su mano se introducía debajo de la camiseta y sus dedos acariciaban la piel desnuda. Joey emitió un pequeño sonido cuando la mano de él encontró su pecho, algo entre un gemido suave y un jadeo, y la otra mano se deslizó dentro de la cintura de su pantalón de deporte. Drew nunca había deseado tanto a nadie en su vida. La subió a su regazo y ella se sentó a horcajadas sobre él mientras él le levantaba el dobladillo de la camiseta.

Y, de pronto, Joey se apartó.

—No puedo —jadeó. Saltó de su regazo y cayó en el cojín del sofá junto a él. Cuando él intentó acercarse de nuevo, ella extendió el brazo para detenerlo—. No puedo. Solo me quieres porque crees que puedes arreglarme, Drew. Pero no puedes. No tengo arreglo.

—Eso no es cierto…

—Estoy rota —dijo Joey—. No soy buena para ti. No soy buena para nadie.

Como buen estúpido egoísta que era entonces, todo lo que Drew pudo escuchar fue que estaba siendo rechazado. Al día siguiente, cuando Simone le preguntó si había tomado su decisión, le dijo que se iría con ella a Vancouver.

Fue una decisión equivocada incluso antes de que Simone lo engañara.

* * *

El móvil de Drew suena y lo arranca de sus recuerdos. Es la sargento McKinley.

Pulsa aceptar, y la llamada se conecta a través del Bluetooth del coche.

—Hola, Drew Malcolm —dice McKinley—. ¿Es un buen momento?

—Es el momento perfecto —responde—. Iba a llamarla…

—Espera, déjeme a mí primero. —Suena emocionada, animada, y él puede oírla revolver papeles—. Le gustará saber que por fin averigüé el nombre completo de la amiga de Joelle. La oficina de licencias me envió por correo electrónico una lista de las cuatrocientas licencias de actuación que se emitieron en 1998. Déjeme decirle que no fue tarea fácil revisarlas, pero, con una estimación de su edad y restringiendo su domicilio a un radio de veinte kilómetros alrededor del Golden Cherry, resulta que hubo solo trece licencias emitidas ese año para artistas mujeres.

—En realidad, yo.

—Todavía no terminé. Así que las busqué a todas en nuestra base de datos y encontré una que se parece a nuestra Betty Savage. Su nombre es Mae Ocampo y resulta que tiene antecedentes. Los primeros arrestos son por hurto en tiendas e intoxicación pública en un concierto (ese suena muy injusto) y tuvo un arresto menor por drogas. Pero dos de las detenciones fueron por agresión. La primera se desestimó porque al parecer la otra chica fue quien empezó, pero en la última le rompió la nariz y el brazo a la otra chica. Estuvo tres meses en la cárcel, lo que significa que no solo su novio era violento. Mae también lo era.

—Me alegro de que.

—Aún no terminé. Su última dirección conocida fue un apartamento cerca de la universidad de Humber que compartía con dos compañeras. Las localicé y ambas confirmaron que la última vez que vieron a Mae fue un par de días antes de la víspera de Año Nuevo. No denunciaron su desaparición porque Mae solía desaparecer durante períodos enteros sin avisarles; la palabra que utilizaron fue “rara”. Así que ahora lo único que queda por hacer es localizarla. Está ahí afuera, en alguna parte; lo presiento.

McKinley se muestra tan entusiasmada que Drew no tiene valor para decirle que está un paso por delante de ella. Pero el hecho de que Mae haya cumplido condena por agresión es algo nuevo, y ni Cherry ni Tony Tranh lo habían mencionado. Es probable que Cherry no lo supiera. Y es probable que a Tranh no le importara.

Vuelve a sentir ese maldito hormigueo. ¿Y si fue Mae quien mató a Joey?

Se abofetea mentalmente. Basta. No más teorías tontas.

—Le agradezco mucho —responde por fin—. Pero, después de pensarlo bien, creo que tendríamos que olvidarnos del tema. No creo que debamos buscarla.

—Espere. ¿Qué? —McKinley parece estupefacta—. ¿Por qué no?

Drew elige las palabras con cuidado. No puede contarle a la sargento su teoría sobre que Vinny mató a Mae y que Tony Tranh mató a su propio hermano. Después de todo, McKinley es una detective de homicidios, y Drew no puede estar seguro de lo que podría hacer con esa información. Y como había dicho Cherry el otro día, lo último que necesitaba era una diana en su espalda.

—Sea lo que sea lo que pasó entonces, es probable que Mae no tuviera más remedio que huir —aventura—. Estaba involucrada con un tipo peligroso, que estaba metido con gente peligrosa. Dondequiera que esté ahora, creo que es mejor dejarla allí. Por su propia seguridad.

—Me pasé casi dos horas con esto. —McKinley no parece feliz.

—Lo siento —se disculpa Drew, y lo dice en serio—. No era mi intención arrastrarla conmigo a esta locura. La libertad condicional de Ruby Reyes me está haciendo perder la cabeza. Siento como si… —Hace una pausa, buscando las palabras—. Siento como si estuviera haciendo el duelo por Joey otra vez. Me cuesta mucho soltarla. Quizá cuando este pódcast haya terminado, podré por fin. —"Perdonarme a mí mismo", dice en su cabeza, pero no puede decirlo en voz alta, porque es demasiado difícil—. Podré seguir adelante —añade en cambio.

—Lo siento, amigo. —La voz de la detective está llena de compasión—. Entiendo que la liberación de Ruby Reyes le desencadene todo tipo de sentimientos. Una de las cosas que aprendí muy al principio es que si queremos que algo sea cierto con la suficiente intensidad, encontraremos todas las pruebas del mundo

de que lo es. Lo mismo si no queremos que algo sea cierto. Por todo lo que he leído, Ruby Reyes es un monstruo, y es una cagada que quede en libertad. Puede pasarse el resto de su vida intentando comprender por qué ella tiene una segunda oportunidad en la vida mientras su hija, su amiga, está muerta, pero tal vez nunca lo comprenda. Aprender a vivir con eso no significa que esté traicionando a Joelle.

Aunque está solo en su coche, Drew asiente.

—Así que le voy a dar un consejo que no me ha pedido —continúa McKinley—. Haga su pódcast. Dele voz a Joelle y despedace a la Reina del Hielo para que la gente nunca olvide quién es. Pero, además, sea amable consigo mismo. Sea cual sea la culpa a la que se aferra, perdónese a sí mismo y déjela ir. Estoy segura de que Joelle querría que siguiera adelante.

Drew no sabe si puede hacerlo.

—Un gran consejo. Gracias, señora.

—¿Señora? —repite McKinley con tono indignado—. Averigüé sobre usted y le llevo solo seis años, cabrón.

Drew jura que puede oír la sonrisa en la voz de ella antes de que se corte la llamada.

La sargento tiene razón y Drew lo sabe. En cierto modo, entiende que está tratando de compensar a Joey de alguna manera, como si corregir un error hoy fuera a compensar la madre que tuvo y la vida que llevó.

Los diarios de Joey se habían interrumpido cuando comenzó el juicio de su madre. Pero en las últimas anotaciones, que Joey había escrito con vívido detalle, estaba la voz de una chica que había aprendido a aceptar que su vida siempre sería una mierda porque nadie le había dicho nunca que se merecía algo mejor.

CAPÍTULO 21

Cuando Deborah Jackson se presentó en su segunda visita, Joey seguía durmiendo en un colchón en el suelo. La asistente social no estaba contenta y habló con firmeza a los tíos de Joey en la cocina mientras Joey se entretenía (escuchaba a escondidas) en la sala de estar.

—Se los haré fácil —oyó decir a Deborah—. Compraré la cama y les descontaré el importe del próximo pago. Pasé por una tienda de muebles muy bonita en el pueblo que hace entregas al día siguiente.

Tita Flora y tito Micky susurraron entre sí en cebuano y luego Joey oyó responder a su tía.

—Hay rebajas en Sears. Mick irá ahora y la comprará.

—Genial —contestó Deborah—. Me quedaré a ver qué trae. Mientras tanto, quisiera llevar a Joelle a almorzar.

Veinte minutos después, Joey estaba quitando los pepinillos de su cuarto de libra mientras estaban sentadas en el único McDonald's de Maple Sound.

—Me gustaría hablar contigo sobre la audiencia en el tribunal de familia la semana próxima —empezó Deborah—. La mayor parte de lo que el juez necesita saber se presentará a través de tu examen médico y el testimonio de otros testigos. No tienes que estar presente, pero quisiera pedirte permiso para leer algunos pasajes de tus diarios. ¿Te parece bien?

Joey se encogió de hombros.

—Sé que quieres mucho a tu madre, Joelle. —La voz de Deborah era suave—. Y sé que esto es doloroso y confuso. Me siento honrada de que me hayas confiado tus diarios, porque sé que la confianza no te resulta fácil. Pero, después de leerlos, me vi obligada a mantenerte a salvo. Tengo la sensación de que por eso dejaste que

me los llevara.

Joey podía sentir que su cara estaba a punto de desencajarse, así que se llenó la boca de papas fritas.

—Ahora, como ya sabes, el juicio por homicidio de tu madre no tiene nada que ver con la audiencia por maltrato infantil. —Deborah habla con amabilidad—. Tu madre ha solicitado un juicio rápido, así que el juez ha fijado una fecha para otoño.

—¿Tendré que testificar?

—Sí.

—¿Estará mi mamá ahí cuando lo haga?

—Sí. Y yo también. Pero estarás bien preparada. En las próximas semanas, tendrás que volver a Toronto para reunirte con la fiscal que lleva el caso de tu madre y repasar con ella todas las preguntas que te harán.

—¿Cómo sabré qué decir?

—Lo único que tienes que decir es la verdad —precisó Deborah —. Tu verdad. Ella solo te ayudará a practicar la mejor manera de decirla.

Permanecieron sentadas en silencio durante un momento mientras Joey bebía su batido de chocolate y reflexionaba sobre la diferencia entre *la verdad* y *tu verdad*. La verdad era que Ruby había apuñalado a Charles repetidas veces. Joey los había oído discutir porque ella estaba en el dormitorio de la hija de él al final del pasillo.

Pero la verdad de Joey era que se alegraba de que Charles estuviera muerto.

—Además, Joelle…, a tu madre le gustaría verte. —Deborah la miró de cerca—. Puedes decir que no. Depende por completo de ti.

—La veré. —Tan pronto como pronunció las palabras, sintió que su corazón se henchía de felicidad y luego se encogía de miedo—. Necesito hablar con ella. “Tengo que decirle que lo siento”.

—Lo arreglaré —dijo Deborah—. Oye, vi una pequeña librería muy linda en la calle principal. Cuando terminemos de almorzar, podemos pasar por ahí antes de volver.

La visita a la librería era justo lo que Joey necesitaba y, por primera vez desde que había llegado a Maple Sound, sintió una chispa de alegría. La tienda tenía una oferta de dos por diez dólares en libros de bolsillo y Deborah le dijo que eligiera lo que quisiera.

Joey eligió *It*, de Stephen King, y *Tiempo de matar*, de John Grisham. No había leído nada de ninguno de los dos autores, pero eran los libros más gruesos de la estantería y eso significaba horas de lectura y evasión.

Cuando regresaron a la casa, la cama nueva de Joey estaba arriba, ya armada. No era una verdadera mejora, ya que la cabecera y el armazón hacían que la habitación pareciera más pequeña de lo que ya era, pero Deborah parecía satisfecha.

Era hora de que la asistente social regresara a la ciudad y, al igual que la última vez, a Joey se le hizo un nudo en el estómago al pensar en despedirse. Mientras acompañaba a Deborah hasta el coche, se preguntó, y no por primera vez, cómo sería su vida si Deborah fuera su madre. La asistente social debía de vivir en una casa confortable, quizá con su esposo, que se llamaba… Ben. Y quizá Joey tendría una hermana y un hermano menores con los que jugar, cuyos nombres eran. Stephanie y Michael. Tal vez incluso hubiera un perro en la familia, uno de esos de aspecto regordete y ojos llorosos que se llamaba. Gracie. Habría risas. Calidez. Afecto. Se sentiría segura. Pertenecería.

"Desearía ser tu hija".

—¿En dónde estaba tu mente recién? —preguntó Deborah con suavidad cuando se detuvieron junto a su Honda.

"En casa, contigo".

—En ningún sitio —respondió Joey. Quería un abrazo con desesperación, pero no sabía cómo pedirlo.

La asistente social tomó la decisión por ella y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Esconde esto —le susurró y le colocó una bolsa de plástico en la mano. Dentro había cuatro paquetes de caramelos Starburst—. Guárdalos en un lugar especial.

Joey tenía un lugar especial, en el rincón trasero del armario que compartía con los chicos. Había usado una minisierra que había encontrado en el cobertizo de herramientas de tito Micky para levantar la alfombra y cortar la tabla del suelo. De momento, no había mucho adentro. Su provisión de caramelos. Su colgante. Y un cúter que también se había robado del cobertizo de su tío. Durante el día, el cúter permanecía en el escondite. Pero antes de acostarse cada noche, lo sacaba de debajo de la tabla del suelo y lo deslizaba

entre la pared y el colchón.

Ahora podía esconder el cúter entre el colchón y el armazón nuevo de la cama, donde podía alcanzarlo con rapidez si alguna vez tito Micky decidía entrar en el dormitorio en mitad de la noche.

Hasta ahora, lo único que hacía era permanecer en la puerta y observarla dormir.

En los días del final del verano que precedieron al juicio y al inicio de las clases, Joey empezó a darse cuenta de que su opinión sobre Maple Sound había estado en gran medida determinada por la opinión de su madre sobre Maple Sound. Aunque su tía y su abuela nunca se esforzaban por ser amables con ella, al menos la alimentaban.

Por primera vez en su vida, Joey no tenía hambre.

Siempre había comida. Nunca nadie se olvidaba de comprar comida. Todos los días había alguien en la casa para cocinar. Muy a menudo Joey se despertaba con los olores de *lola* Celia preparando el desayuno en la cocina. La longaniza se había convertido en su favorita, y su abuela freía las salchichas filipinas pequeñas y gruesas al menos dos veces por semana. Joey había engordado cuatro kilos y medio desde que había llegado a Maple Sound.

"*Mangaon na ta*", llamaba *lola* Celia cuando la comida estaba lista. "A comer". Lo decía tres veces al día.

Pero lo que Joey había ganado en comida lo había perdido en sueño.

Como su cama estaba justo junto a la puerta, podía adivinar quién venía por el pasillo por el sonido de los pasos. Si el paso era ligero, era *lola* Celia, que se levantaba siempre a las seis. Si era rápido y regular, era tita Flora, que se iba temprano o volvía tarde a la casa. Los pasos inconexos eran los de Carson cuando iba al baño.

Y el andar lento y cuidadoso era del tito Micky. Los pasos se detenían siempre en el vano de la puerta del dormitorio. Tito Micky abría la puerta solo unos centímetros, lo que producía un suave silbido cuando esta rozaba la alfombra.

Después de uno o dos minutos, la puerta se cerraba y los pasos se alejaban. Y, entonces, Joey tardaba mucho en dormirse.

Durante el día, había roces accidentales. El muslo de él que tocaba el de Joey cuando se sentaba en el sofá junto a ella. Su hombro que rozaba el de ella cuando se cruzaban en el pasillo.

Nunca era nada concreto, nada de lo que ella pudiera acusarlo, pero intentaba evitarlo todo lo posible.

Como tito Micky prefería quedarse en la casa la mayor parte del día, el mejor lugar para estar era el exterior. Y si necesitaba un descanso de los chicos, su única opción era pasar el tiempo junto al estanque, ya que sus primos tenían prohibido acercarse a él. Cada vez que lo hacían, tita Flora gritaba: "¡Aléjense de ahí, es resbaladizo y el agua es profunda en el centro!".

Una semana antes de que comenzara el juicio, Joey estaba sentada en una silla plegable al borde del estanque, inmersa en su nuevo libro de Stephen King, cuando oyó el ruido de agua. El sonido la arrancó de Derry, la ciudad ficticia del libro, y levantó la vista para ver a los dos chicos mayores sacando al más pequeño del agua. Alarmada, se levantó tan rápido que hizo caer su silla. Pero entonces vio que Carson ya estaba fuera del agua, y bien. Estaba empapado del cuello para abajo y se reía, mientras Tyson trataba de que se callara. Jason, el mayor, advirtió que Joey los estaba mirando. Se llevó un dedo a la boca. "Shhhh".

Joey asintió con la cabeza. Todos estarían en problemas si alguien hubiera visto esto, pero tita Flora estaba en el hospital, tito Micky había ido a la ciudad y *lola* Celia se había quedado dormida viendo sus telenovelas frente al televisor.

Excepto que su abuela no estaba dormida. La puerta principal se abrió con un golpe y la anciana salió. Les gritó a los chicos en cebuano, con una voz que era una mezcla de ira y miedo. Joey oyó decir a Jason:

—Le dijimos que no lo hiciera, pero estaba tratando de atrapar una rana.

—*Ha-in ma'sJoey?* —replicó su abuela.

Los tres niños señalaron al otro lado del estanque y *lola* Celia le hizo un gesto a Joey para que se acercara. Joey se preparó para la paliza verbal que estaba segura de que recibiría. Pero, por otra parte, ¿cuán malo podía ser si no podía entender la mayor parte de lo que decía su *lola*?

Pero *lola* Celia no le gritó. En cuanto Joey se acercó lo suficiente, su abuela se adelantó y le dio una bofetada en la cara tan fuerte y tan rápida que la hizo ver las estrellas.

—*Tanga* —exclamo la anciana.

Los chicos se quedaron sin aliento al ver la bofetada y oír el sonido que produjo. Los dos más pequeños se apretaron contra su hermano mayor, cuya boca de ocho años estaba abierta con espanto. Era obvio que nunca habían recibido una bofetada ni tampoco habían visto que alguien la recibiera. Cuando Joey se llevó la mano a la cara, con la mejilla que ya comenzaba a arderle por la pequeña mano de acero de *lola* Celia, en realidad sintió un poco de pena por sus primos, por haber tenido que ver lo que habían visto y porque estaban asustados.

—*Wa'y kapuslanan*. —El tono de *lola* Celia era más tranquilo ahora, como si estuviera afirmando un hecho indiscutible.

Joey había aprendido más palabras en cebuano desde que estaba allí, pero estas las conocía por haber vivido con su madre. *Tanga* significaba "idiota". *Wa'y kapuslanan* significaba "inútil".

"Yo también tuve una mala madre", le susurró la voz de Ruby al oído.

"Sí, mamá. La tuviste".

* * *

Dos días antes de que comenzara el juicio de su madre, tito Micky y tita Flora llevaron a Joey a Toronto y dejaron a los niños en la casa con *lola* Celia. Sus tíos habían planeado el viaje como si fueran unas minivacaciones. Hicieron planes de almuerzos y compras, y avisaron a sus amigos que estarían en la ciudad. El viaje pasó rápido, porque estaban de muy buen humor.

Joey era un manojo de nervios.

Después de registrarse en el hotel, sus tíos la llevaron a encontrarse con Deborah, quien luego acompañaría a Joey a visitar a su madre. Joey estaba ansiosa. No había visto a Ruby desde la noche del arresto, dos meses antes. Tita Flora no tenía ningún deseo de ver a su hermana. Cuando Joey le preguntó si quería ir, su tía respondió: "La próxima vez", como si de verdad hubiera una próxima vez, como si se tratara de una invitación a cenar y no de una visita a la cárcel.

Joey volvió a elegir McDonald's, pero Deborah no pidió una hamburguesa. Estaba tratando de perder unos kilos, explicó, así que eligió una ensalada, que comió como si fuera una obligación.

—Tuve una sensación extraña cuando hablamos la última vez —dijo mientras tragaba un bocado de lechuga—. ¿Va todo bien en casa de tus tíos?

La sombra de tito Micky a medianoche atravesó la mente de Joey, seguida del escozor de la bofetada de *lola* Celia.

—Todo muy bien.

—De acuerdo, te lo voy a preguntar. —Deborah clavó el tenedor en la ensalada y apoyó las manos en su regazo. Miró a Joey a los ojos—. ¿Alguna vez tu tío te ha hecho sentir incómoda, Joelle?

Joey bajó los ojos a su hamburguesa, tratando de pensar en qué podía decir para hacerle creer a Deborah que todo estaba bien, aunque no lo estuviera. "Adelante, díselo. ¿Crees que estarías mejor en un hogar adoptivo? Nadie recibe a los hijos de otras personas a menos que sean unos pervertidos".

—O sea, es un poco raro vivir con un hombre —respondió—. Los novios de mi mamá nunca vivían con nosotras.

—Entiendo. —Deborah asintió; parecía aliviada por su respuesta —. Dale tiempo.

Joey respiró hondo. La noche anterior había ensayado lo que estaba a punto de preguntar, cambiando las palabras en su cabeza hasta que sonaran bien.

—¿Puede un niño elegir con quién quiere vivir, Deborah?

—Bueno, eso depende. Si tuvieras otros familiares…

—No tengo otros familiares —replicó Joey—. Yo solo. Me preguntaba si recibirías a una chica como yo. Quiero decir… porque te pagarían por hacerlo, ¿no? No molestaría ni estorbaría, te lo prometo.

—Ay, cariño. —Deborah se estiró hacia adelante y le tomó los dedos—. Ojalá fuera tan sencillo. Soy una asistente social, no una madre adoptiva, y son dos cosas muy diferentes. Pero siempre estoy aquí para ayudarte, ¿de acuerdo? Si en algún momento crees que estarías más segura en otro lugar, quiero que me lo digas.

—Está bien. —Joey forzó una sonrisa—. De todas formas, era una idea tonta.

—No era una idea tonta. Me siento halagada. Cualquiera sería afortunado de tener a una niña como tú. —Deborah siguió comiendo la ensalada—. Por cierto, te ves muy bien. Saludable. Has crecido desde la última vez que te vi.

Lo que Deborah no dijo fue que a Joey le estaban creciendo las tetas. Era imposible que la asistente social no se diera cuenta. Parecía que todo el mundo se daba cuenta. En especial, tito Micky.

Joey había pensado siempre que sería estupendo cuando por fin tuviera tetas; su madre parecía más que enamorada de las suyas, y las trataba como un bien destinado a ser exhibido en todo momento. Pero a Joey le estaban creciendo, así que le dolían. Y se sentía cohibida. Había intentado pedirle a tita Flora que le comprara un sujetador, pero su tía se había reído.

—¿Para esas picaduras de mosquito? —había dicho—. Disfruta de ellas mientras son pequeñas. Cuando seas más grande, odiarás usar sujetador.

—¿Deborah? —susurró Joey—. ¿Crees que quizá la próxima vez, cuando vuelva para el juicio, podríamos ir a comprar un… un sujetador? —Sabía que su cara estaba roja; podía sentirlo.

La asistente social no se rio. En cambio, consultó su reloj.

—Si terminas esa hamburguesa en cinco minutos, podemos ir ahora. Y sé cuál es el sujetador perfecto porque le compré uno a mi hija la semana pasada. Pero a ti te compraremos dos. Uno para usar y otro para lavar.

Era la primera vez que mencionaba que tenía hijos, y fue como un puñetazo en el estómago. Deborah tenía una h ja.

Mientras Joey terminaba su hamburguesa, solo podía pensar en una ocasión en la que había sentido este tipo de celos. Estaba en el segundo curso y Nicole Bowie había llevado su Garfield al colegio. El gato de peluche tenía un pelaje naranja y negro perfecto, y unos ojos de plástico grandes que parecían aburridos y poco impresionados, igual que Garfield en los cómics. Nicole había dejado que Joey jugara con él durante cinco minutos en el recreo, y para cuando le había pedido que se lo devolviera, Joey estaba enamorada.

Nunca había deseado nada tanto como ese Garfield. Por fin, se lo pidió a su madre para Navidad, pero Ruby le dijo que ese año quizá no habría regalos.

—Los juguetes cuestan dinero —había dicho su madre—. El papel para envolver cuesta dinero. La cinta adhesiva cuesta dinero. La Navidad es cara, Joey.

Así que hizo la única otra cosa que podía hacer. Le escribió una

carta a Santa Claus.

Tres semanas después, Joey se despertó la mañana de Navidad y encontró una caja del tamaño de un gato debajo del árbol. Había otros pocos regalos, pero la etiqueta de este decía PARA JOEY, CON AMOR. SANTA. Chillando de emoción, arrancó el papel mientras Ruby sonreía todo el tiempo. Debajo del papel había una caja con un lado de plástico transparente, y el nombre en la parte superior decía CHESTERFIELD.

"¿Chesterfield?"

Joey lo sacó de la caja. Sin duda, era un gato de peluche, pero su pelaje no era naranja y negro, sino gris y castaño. Los ojos de plástico no eran blancos con enormes pupilas negras, sino verdes. Y en el centro de su barriga había un botón que decía APRIÉTAME. Cuando lo pulsó, una voz alegre dijo: "Hola, soy Chesterfield. ¿Cómo te llamas?".

Este no era Garfield. Era una imitación barata de un gato. Ni siquiera era de Santa Claus, porque la caja todavía tenía la etiqueta de liquidación de Zellers. Este gato tonto era tan impopular que la tienda había tenido que reducir el precio dos veces para deshacerse de él.

—¡No es Garfield! —gritó Joey, sin poder evitarlo—. ¡Y es estúpido!

La cara de su madre cambió. Joey se encogió, segura de que iba a recibir un puñetazo, o tres. Pero Ruby se limitó a ponerse de pie y se dirigió por el pasillo a su dormitorio, donde cerró la puerta. Un minuto después, Joey oyó los sollozos de su madre.

Ella nunca lloraba y el sonido la asustó más que pensar que Ruby iba a pegarle.

Veinte largos minutos después, su madre salió del dormitorio. El papel seguía en el suelo y todavía quedaban algunos regalos sin abrir debajo el árbol, incluido el pequeño obsequio que Joey había hecho para Ruby en la escuela. Joey estaba sentada en el mismo sitio, cerca del árbol, con Chesterfield en el regazo, como un modo de hacerle saber a su madre que lamentaba, y mucho, su arrebato.

Ruby pasó con tranquilidad por delante de ella, entró en la cocina y apareció unos segundos después con una bolsa de basura. Puso los regalos sin abrir dentro de ella y recogió el papel. Luego quitó el gato de peluche del regazo de Joey y salió del apartamento.

Unos segundos más tarde, Joey oyó el ruido de la puerta metálica mientras su madre arrojaba todo por el conducto de la basura.

—¿Mejor? —preguntó Ruby cuando volvió a entrar en el apartamento, con las manos vacías—. Por cierto, llevamos tres meses de retraso en el alquiler, así que nos iremos de aquí en la víspera de Año Nuevo. No sé adónde iremos, pero todo lo que no quepa en mi maleta se tirará a la basura.

Joey no podía hablar. Tenía solo siete años. ¿Qué podía decir?

Y ahora, sentada frente a Deborah, la persona más amable que conocía, se sentía igual que como con Nicole Bowie. Celosa. Resentida. Desesperada por una vida mejor, una vida diferente, aunque sabía que no era posible, porque no se merecía nada que fuera bueno. Deborah estaba allí solo porque era su trabajo. Sus tíos la habían recibido en su casa solo porque les pagaban.

No había nadie en la vida de Joey que estuviera allí simplemente porque quisiera.

La hija de Deborah era la persona más afortunada del mundo. Y si Joey hubiera podido matar a esa chica para intercambiar su lugar con ella, habría sopesado muy bien las opciones sobre la mejor manera de hacerlo.

CAPÍTULO 22

Drew terminó de leer el último diario de Joey la noche anterior y se ha pasado la mitad de las cinco horas del viaje hasta Sainte-Élisabeth preguntándose cómo habría sido su vida después de mudarse a Maple Sound. Si llevó algún diario durante sus cinco años allí, hacía tiempo que habían desaparecido. Y las únicas personas que podrían saber algo sobre la vida de Joey en el pequeño pueblo no quieren hablar. Tita Flora había rechazado su solicitud para una entrevista. De sus tres primos, solo el más joven había respondido al correo electrónico de Drew; Carson solo había dicho que era demasiado pequeño en aquel tiempo para acordarse de nada.

¿Y tito Micky? Muerto. Hacía cinco años. Enfisema.

Una vez que llega a la prisión, el procedimiento de registro de entrada es rápido. A lo largo de los años, ha entrevistado a reclusos en diferentes centros penitenciarios y conoce el protocolo. La oficial penitenciaria le pasa una bandeja para que coloque el móvil, el cinturón, el portamonedas y las llaves, y luego Drew permanece de pie con los brazos extendidos mientras la oficial lo palpa con rapidez.

—Eres el sexto visitante que recibe esta semana —le informa la oficial mientras lo hace pasar—. Le encanta hacer esperar a la gente, así que asegúrate de tomar una revista para matar el tiempo.

—Gracias por el dato —responde Drew—. *Merci*.

—*De rien*.

Es la primera vez que Drew visita la Institución Sainte-Élisabeth para Mujeres, y es injusto lo agradable que es. Como todos los centros penitenciarios, ofrece clases para obtener un diploma de Educación General, asesoramiento psicológico y talleres para padres

o madres, pero las reclusas aquí también pueden anotarse en yoga, taichí y meditación. Hay deportes organizados, noches de juegos, noches de cine e incluso un club de lectura. El lugar alberga a ciento quince mujeres, de las cuales solo cinco están en máxima seguridad. Ruby Reyes no es una de ellas. Al parecer, la madre de Joey es una reclusa modelo y, por lo tanto, puede moverse con la libertad que permite la seguridad media.

Esto no es una prisión. Esto es un puto retiro de bienestar.

El área de visitas es tan alegre que resulta irritante, y está un tercio llena. Drew escoge una mesa cerca de las máquinas expendedoras, donde compra un surtido de refrigerios demasiado caros. El estante de revistas es una decepción, en su mayoría repleto de tabloides y trivialidades sobre famosos, pero toma el último número de *People* con el difunto Jimmy Peralta en la portada. También elige un ejemplar viejo de *Maclean's*.

Casi ha terminado de hojear la revista de noticias canadiense cuando la puerta de la sala de visitas se abre con un zumbido. Una mujer alta, de cabello negro hasta los hombros, entra como si no tuviera la más mínima preocupación en el mundo. Es delgada, y su figura se pierde dentro del uniforme color lavanda de la prisión, pero camina como si llevara puesto el mismo vestido dorado que usó en la fiesta de Navidad hace veinticinco años.

Drew se pone de pie mientras la Reina del Hielo se acerca.

—Drew Malcolm —se presenta, y se dan un breve apretón de manos—. Gracias por reunirse conmigo, señora Reyes.

—Soy Ruby, por favor. —Lo mira de arriba abajo antes de tomar asiento y luego evalúa el surtido de refrigerios—. ¿Son para mí?

—Sírvase.

—Casi nunca recibo visitas. —Ruby abre la botella de agua Dasani—. De pronto, después de la aprobación de mi libertad condicional, ya he tenido seis. Aunque ninguno tan guapo como tú. ¿Dónde estabas hace veinticinco años?

—En el bachillerato —replica Drew. "Leyendo sobre ti en el periódico"—. Gracias, señora.

—¿Tratas de insultarme? He dicho que me llames Ruby. —Sonríe—. Me sorprende que alguien siga interesado en mi antigua historia, pero supongo que tengo que agradecerle a Lexi Baxter por eso.

Apenas tiene un rastro de acento filipino, y habría que estar muy atento para percibirlo. Sentada, su aspecto es tan discreto que no encaja con lo que Drew ha imaginado siempre. En su mente, Ruby Reyes es una presencia imponente, alguien peligroso, alguien a quien temer. La mujer que tiene ahora enfrente no parece ninguna de esas cosas. Es tan… ordinaria que resulta decepcionante.

Le molesta que se parezca a Joey.

Ruby se inclina hacia adelante, busca entre los refrigerios y se decide finalmente por una bolsa de papas fritas Lay's.

—Me encanta la sal. Entonces… Eres periodista. ¿De qué periódico? El tipo con el que me reuní ayer escribía para algo en línea. No me gustó.

—Soy periodista de investigación —precisa Drew—. Y ahora todo es en línea. Tengo un pódcast.

Ella mastica una papa frita.

—Ni siquiera estoy segura de saber qué es eso.

Él lo explica de forma breve.

—Me enfoco en una historia y suelo dividirla en seis u ocho episodios.

—¿Y la gente de verdad escucha eso?

—Unos tres millones, sí.

Ruby parece impresionada por la cantidad.

—¿Así que estás aquí para convertirme en el foco de tu próxima historia?

—En realidad, no, aunque admito que el giro #MeToo es interesante.

Ruby vuelve a sonreír.

—De todas las personas que pensé que dirían pestes de mí en la audiencia de libertad condicional, supuse que serían los hijos de Charles. Su hijo declaró cosas atroces ante la junta, pero resultó que Lexi estaba de mi lado.

—¿Y qué lado es ese? —Drew ya sabe la respuesta, pero quiere oírla de ella.

—El lado de la víctima, por supuesto. Charles era el presidente del banco. Yo era una humilde representante de atención al cliente. Ni siquiera debería haberse fijado en mí, pero era un depredador. Lo vi algunas veces en la cafetería cuando yo iba con mi hija. Tal vez por eso se fijó en mí como su objetivo.

“No es cierto. Tú lo elegiste a él como objetivo. Te aseguraste de estar en la cafetería Second Cup cada vez que él iba allí. Eso surgió en el juicio”.

Ruby suspira.

—En ese momento, era encantador.

—¿No le molestó que estuviera casado?

—Para nada. Su vida, su esposa, sus elecciones. —Come otra papa frita—. De todas maneras, hace un año, Lexi escribió sobre su padre en su blog de estilo de vida. Todavía no puedo creer que eso sea un trabajo de verdad: escribir sobre tu propia vida en internet. —Pone los ojos en blanco—. Me envió una copia impresa aquí a la prisión. Fue de lo más revelador. Resultó que su padre abusaba de ella, como hizo con Joey.

“Tú le pusiste a Joey delante”.

—En su carta, Lexi me dijo que me perdonaba y que una parte de ella se alegraba de que su padre estuviera muerto. Ahora está distanciada de su madre. Cuando Lexi hizo pública la historia el año pasado, Suzanne se alejó de ella.

Esa parte Drew no la sabía.

—Y luego, por supuesto, cuando ese blog se extendió por todas partes… y, oh, hay una palabra para eso, se volvió.

—Viral.

—Cuando el blog se volvió viral, una cantidad de mujeres que habían trabajado para Charles salieron a denunciarlo. Todas contaron unas historias terribles. Una incluso dijo que Charles la había violado en su oficina, después de que todos se habían ido a sus casas. Y así como así, Charles pasó de víctima a villano.

Ruby esconde su sonrisa detrás de un trago de agua.

—Es curioso cómo la narrativa puede cambiar con tanta rapidez —continúa—. Ya no es más el hombre bueno que fue acosado por una destructora de hogares obsesiva. Ahora es un pedófilo que abusó de su propia hija; el hombre poderoso que abusaba de las mujeres que trabajaban para él.

—Ambas cosas pueden ser ciertas —replica Drew—. Él pudo haber sido un depredador sexual y usted la psicópata que lo mató cuando él intentó terminar su aventura.

Ruby hace una pausa y se encoge de hombros.

—Como sea. Ya no hay nada que hacer. Charles está muerto.

—Porque usted lo mató.

Come otra papa frita.

—¿Cómo hizo para convencer a la junta de libertad condicional de que la dejaran salir? —pregunta.

—No lo hice —responde Ruby—. Fue Lexi. Vino a la audiencia y habló en mi favor. Admitió que, si bien el asesinato de su padre no estaba bien, entendía la rabia subyacente. Declaró que para ella su padre era un delincuente y que, si estuviera vivo, sin duda estaría en la cárcel. Dijo que yo merecía compasión y que veinticinco años entre rejas eran suficientes. Fue muy convincente.

Le dedica una ancha sonrisa.

—Fue todo muy dramático. Suzanne Baxter se levantó y llamó mentirosa a su hija. Luego Lexi acusó a su madre de ser cómplice. Y entonces, cuando Lexi se estaba marchando, Suzanne la *escupió*. ¿Te imaginas eso? Una madre horrible.

"Mira quién habla".

—¿Vas a incluir todo esto en tu pódcast? —pregunta Ruby—. Porque no me importaría repetirlo si alguna vez quieres grabarlo.

—Tal vez una parte —concede Drew—. Pero seamos sinceros. Ya se ha dicho bastante sobre usted.

Ruby frunce el ceño.

—¿Entonces, por qué estás aquí?

—Quiero hablar de su hija, Joey.

—Espera un minuto. —Ruby deja la bolsa de papas fritas y ladea la cabeza—. Ahora sé quién eres. Mi hermana me contó que después de que Joey se marchó de Maple Sound… y, por cierto, les robó todo el dinero, se mudó de nuevo a nuestro antiguo barrio y estaba viviendo con un tipo negro y su novia.

Drew levanta la mano.

—El tipo negro.

—¿Y se acostaban?

"Ah. Ahí la tienes". El primer vislumbre real de la Reina del Hielo. Es extrañamente satisfactorio, y Drew no puede evitar sonreír.

—¿Con mi novia? Sí.

—¿Y tú y Joey?

—Solo éramos muy buenos amigos.

—Amigos que tenían sexo.

—Nunca ocurrió.

—Pero tú querías.

—¿Por qué no iba a quererlo? Era hermosa.

Ruby se pone rígida.

—Así que debiste de estar muy triste cuando ella murió.

—Destrozado. —Drew le sostiene la mirada—. ¿Usted no?

—Por supuesto. —Aparta la mirada por un instante—. Ninguna madre quiere sobrevivir a su hijo.

"Por favor. Habrías tirado a Joey por la borda si ambas hubieran estado en una canoa que hiciera agua y solo una de las dos pudiera llegar a la orilla".

—Más allá de lo que pienses de mí, amaba a mi hija —afirma Ruby.

—Tenía una forma interesante de demostrarlo.

—Yo no era perfecta —exclama Ruby—. Pero ella tampoco lo era.

—Era una niña. No necesitaba serlo.

Ella lo evalúa.

—No importa lo que yo diga, ¿verdad? Siempre voy a ser la mala de tu historia.

—Usted es la mala de la historia de todos, señora.

Una pausa.

—¿Sabes cómo me enteré de que había muerto? Mi hermana me envió una tarjeta de condolencias con un recorte de un artículo sobre el incendio doblado en el interior. Flora fue siempre una perra sin corazón, incluso cuando éramos niñas. —Ruby vuelve a tomar las papas fritas y continúa comiendo—. ¿Es cierto que Joey estaba trabajando de *stripper*?

—Durante un año más o menos.

—¿Era buena?

—Era increíble —responde Drew, porque sabe que eso la molestará.

Le molesta, y el rostro de Ruby se ensombrece.

—¿Así que vas a sentarte aquí y decirme que no te estabas acostando con la *stripper* que vivía en tu apartamento?

—Para entonces ya no vivíamos juntos. —Drew se inclina hacia delante—. Y usted parece demasiado interesada en la vida sexual de su hija muerta, señora. ¿Por qué?

Ruby no responde.

—Usted maltrató a Joey durante toda su infancia. —Habla con voz monocorde, tratando de mantener las emociones bajo control—. No debería salir de la cárcel.

Los labios de Ruby se aprietan en una línea fina.

—La golpeaba, y qué. Nada de lo que le ocurrió a ella fue diferente de lo que me ocurrió a mí. La policía y los tribunales hicieron un gran escándalo por nada. Cuando yo era niña, era normal disciplinar a los hijos. Mi madre lo hacía con un cinturón. Ya conoces el dicho: la letra con sangre entra.

—¿Y qué hay de darles puñetazos? ¿Puntapiés? ¿Romperles los brazos? ¿Las costillas? ¿Quemarlos con cigarrillos? —Drew lucha por no perder la calma, pero no lo consigue muy bien—. ¿Qué hay de permitir a amigos pedófilos el acceso a un niño? ¿A su hija? ¿Es eso normal?

Los ojos de Ruby brillan, y ella empuja la bolsa de Lay's, ahora vacía, a un lado.

—Crees que la conocías, pero te equivocas. Era muy fácil odiarme en ese entonces y era muy fácil sentir pena por ella. Pero ¿qué hay de mí? ¿Tienes idea de lo difícil que era criar a una niña en Toronto como madre soltera con los ingresos de una trabajadora de servicio al cliente? ¿Sabes lo difícil que fue cuando me mudé a Canadá por primera vez? Eran los años setenta. Iba por la calle y la gente me gritaba china de mierda, ojos rasgados, chinita… Tuve que chupársela a un tipo para conseguir mi primer trabajo. No tienes ni idea de lo que es ser madre soltera, así que no te atrevas a juzgarme.

—Señora, mi madre se quedó sola con nosotros después de la muerte de mi padre, y para colmo era negra. Crio a sus tres hijos negros con un sueldo de maestra y, de alguna manera, se las arregló para no pegarnos nunca. Ni una sola vez. —Drew respira con dificultad—. ¿Un plus adicional? Todos seguimos vivos.

—Vete a la mierda.

—Usted primero.

—Mírate. Un hombre tan atractivo y enfadado. —La voz de Ruby se convierte en un ronroneo—. Tan comprometido con su superioridad moral. No puedo fingir que entiendo por qué. Conociste a Joey… ¿cuánto tiempo? ¿Un par de años? Ni siquiera te

acostabas con ella y, sin embargo, esto te molesta mucho. Pobrecito, te sientes tan culpable. No te debe de dejar dormir de noche.

—Es usted un ser humano monstruoso. —Drew no puede ocultar su desagrado—. La golpeaba. Sus novios abusaban de ella. Busqué su historial de citas en las transcripciones del juicio por homicidio. Tuvo dos novios antes de Charles Baxter que hoy figuran en el registro de delincuentes sexuales. Prostituyó a su hija y ahora ella está muerta. ¿No cree que todo eso fue culpa suya?

—Era más parecida a mí de lo que crees.

Se miran con fijeza. Drew se ha quedado sin nada que decir. En realidad, no es cierto. Solo que está harto de oírla mentir. Como si percibiera que él se está cansando de ella, Ruby sonríe.

—¿No vas a preguntarme cuáles son mis planes cuando salga? —Bebe un trago de agua—. Todos los demás lo han hecho.

Drew está a punto de gritarle que le importa una mierda lo que haga cuando salga. Pero, en realidad, sí le importa, porque la idea de que lleve algún tipo de vida normal le resulta ofensiva.

—¿Cuáles son sus planes para cuando salga dentro de dos días?

—Pasaré algún tiempo en Maple Sound con mi hermana —dice Ruby despreocupadamente, y está claro que es una respuesta preparada—. Sus hijos ya son grandes y ella está sola desde que murió su esposo. Me han comentado que Maple Sound se ha convertido en una especie de destino turístico, con muchas tiendas bonitas y cafeterías. Mi madre también vive allí. Será muy agradable pasar tiempo con la familia.

Drew no puede evitar resoplar.

—Puras mentiras.

Ante esto, Ruby echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Sabía que no te lo ibas a creer. Sin embargo, todos los demás lo hicieron. Estoy segura de que Joey te contó la pesadilla que es nuestra familia. En particular, mi madre.

—Bueno, de alguien tenía que heredarlo.

Ruby lo ignora.

—La verdadera respuesta, y siento que puedo ser honesta contigo, en vista de nuestra conexión personal, es que espero no estar demasiado tiempo en Maple Sound. ¿Yo, en ese pueblo de mierda, viviendo con dos de las peores perras que conozco? —Se estremece—. Como sea, mi plan es volver a Toronto y comprarme

una casita. Bien en el centro de todo, para poder disfrutar del pulso de la ciudad. Quizá me compre uno de esos coches eléctricos. No veo la hora de hacerlo.

—¿Con qué dinero? —A pesar de sí mismo, a Drew se le despierta la curiosidad—. ¿Cree que le pagarán por dar entrevistas? ¿O que algún editor le pagará por escribir un libro? Como asesina convicta, no puede beneficiarse de su delito.

—No, pero puedo beneficiarme del delito de otro. —La sonrisa de Ruby ilumina su rostro y se mueve en la silla, exaltada—. Me están pagando por guardar un secreto. Me muero por contárselo a alguien, pero eso es todo lo que puedo decir por ahora. Es curioso, sin embargo, cómo se me están dando las cosas. Por una vez.

Drew no le cree. Ruby es una mentirosa. Está en su ADN.

—¿Qué secreto podría saber usted que alguien le pagase por guardarlo?

La mujer no contesta, y la mente de Drew analiza todas las posibilidades. Secretos más dinero solo puede significar una cosa.

—¿Está chantajeando a alguien?

Ruby junta las manos y las apoya en la mesa.

—Prefiero pensar que estoy recibiendo una compensación por ocultar información que alguien no quiere que se haga pública.

—¿Me lo va a decir o no? —Drew espera cinco segundos y, cuando ella no responde, se pone de pie. No tiene ni idea del juego al que ella está jugando, pero esto ha terminado. Elige el paquete de Twizzlers de entre los refrigerios para el largo viaje a casa—. Le agradecería por su tiempo, pero lo único que ha tenido es tiempo.

Ruby señala con la cabeza el ejemplar de *People* que él no llegó a leer.

—Qué triste lo de Jimmy Peralta, ¿verdad? Aquí solíamos ver mucho *El Príncipe de Poughkeepsie*. Un caso fascinante. Asesinado por su quinta esposa, que era casi treinta años más joven que él. ¿Sabías que es filipina?

Drew no lo sabía, porque no presta atención a los matrimonios de los famosos.

—¿Una mujer filipina asesina a un tipo, blanco rico y mayor que ella? Me suena conocido.

—Deberías hacer tu próximo pódcast sobre eso. —Ruby se acomoda de nuevo en la silla; parece satisfecha de sí misma—.

Cuando termines conmigo, por supuesto.

Drew desliza los Twizzlers en su bolsillo trasero.

—Señora, ya he terminado con usted, y no se imagina cómo.

CAPÍTULO 23

Aunque Drew está agotado cuando regresa a Toronto —una hora con Ruby Reyes acabaría con cualquiera y ni hablar de las diez horas conduciendo—, se dirige a ver a su madre. Como Junior's queda de camino, se detiene por impulso a comprar comida para llevar y entabla una pequeña charla con Charisse mientras espera su pedido.

Quince minutos más tarde, llega a la residencia asistencial para adultos mayores Red Oak, donde Belinda Malcolm ha vivido los últimos dos años. Cuando entra en el apartamento, una de las enfermeras de planta se dispone a marcharse.

—Hola, Maya —la saluda Drew—. ¿Cómo estamos hoy?

—La presión arterial está un poco baja, pero la estamos vigilando. Me gustaría que comiera más. —La enfermera mira la bolsa de comida en la mano de Drew—. Oh, Junior's. Eso debería ayudar. Disfruten la cena.

—Vaya, que bueno verte —exclama su madre con calidez, cuando Drew cierra la puerta a sus espaldas. La mujer está sentada en una silla de ruedas y él se inclina para darle un beso en la mejilla —. ¿Eso que huelo es chivo al curri?

—Sí, señora, y también traje plátanos. Espero que tengas hambre.

Apoya la bolsa en la mesa y ordena la media docena de revistas que sus hermanas han dejado allí. Al igual que en la prisión, la mayoría son estupideces sobre famosos y un par de revistas de moda. Drew empieza a sacar la comida de la bolsa.

—Le gustas a Maya. —Su madre se acerca. Dice esto cada vez que Drew la visita—. Sabes que es soltera, ¿no?

Él se sienta frente a ella.

—Lo has mencionado.

—Es guapa. Y esos ojazos color café. Te he visto mirándole el trasero.

—Solo miro a las mujeres por encima del cuello.

—Acaba de comprarse su propio apartamento.

—Y tiene veintiocho años. Demasiado joven para mí.

Su madre lo mira de reojo.

—¿Cómo sabes qué edad tiene?

—La busqué en internet —admite Drew y ambos se echan a reír.

Su madre abre un envase de comida y empieza a comer. Traga el segundo bocado con más entusiasmo que el primero, y Drew advierte que ha perdido más peso. Fue atropellada por un conductor ebrio hace cuatro años, y, después de dos cirugías y varias complicaciones, ha quedado confinada a una silla de ruedas. Fue ella quien sugirió mudarse a una residencia. Como maestra jubilada, tiene una excelente pensión, así que la cuestión financiera no es un problema. Parece que le gusta estar allí. El personal es amable y hay muchas actividades. Incluso tiene un caballero amigo con el que sus hermanas la han visto reírse un par de veces, algo que Belinda se niega a reconocer.

—Hoy he tenido una bonita charla con mi nieta —le cuenta su madre.

—Sasha te llama más a ti que a mí.

—Yo no la interrogo sobre su vida amorosa.

—Es demasiado joven para tener una vida amorosa.

—Tú vivías con Simone cuando tenías su edad —responde Belinda con énfasis.

—Sí, y mira cómo resultó.

El televisor está emitiendo un episodio de *Amas de casas reales*. Drew no puede distinguir de qué ciudad se trata, pero todas las mujeres son rubias y están borrachas. Se estira para tomar el control remoto, pero su madre lo detiene.

—No cambies —le pide—. Me está gustando. Estas mujeres están locas. Todo ese dinero y, sin embargo, se pelean por las cosas más insignificantes.

Drew opta por guardarse su opinión sobre el *reality*. Al menos, no está viendo *The Bachelor*.

—¿Qué te pasa? —pregunta Belinda—. Pareces distraído.

—No, señora. Estoy aquí contigo.

—Las chicas y yo por fin terminamos de escuchar la quinta temporada de tu pódcast —dice su madre—. Me sorprendió oírte decir que tu próxima serie tratará sobre Ruby Reyes. Siempre dijiste que nunca hablarías de ello.

—Eso fue antes de que decidieran liberarla.

—He estado leyendo toda la polémica sobre su libertad condicional. —La mujer menea la cabeza—. Por la forma en que presentan el tema, Ruby queda como una víctima más de Charles Baxter, lo cual es muy insultante para sus verdaderas víctimas.

—Coincido cien por ciento contigo.

—Pero, al mismo tiempo, ¿quién puede saber lo que pasó de verdad? —reflexiona su madre—. Él era el presidente del banco. La relación de poder era obvia. Si Ruby hubiera querido decir que no, ¿habría podido hacerlo?

—No quiso decir que no porque fue ella quien lo persiguió.

Belinda lo mira con ojos cómplices.

—¿Quién es el que está hablando? ¿El periodista objetivo o el amigo muy parcial de Joey?

—Solo expongo los hechos. —Drew traga lo que tiene en la boca —. No me malinterpretes; siento mucha pena por todas las víctimas de Baxter, incluida su propia hija. Pero nunca estaré de acuerdo en que Ruby Reyes fuera una de ellas.

—Joey era una chica muy dulce. ¿Recuerdas aquella vez que tú y Simone la llevaron a casa para Acción de Gracias? Se sirvió una buena cantidad de la salsa de arándanos de Mónica, y tu hermana se había olvidado de ponerle azúcar. La pobre no tenía ni idea de que ese no era el gusto que debía tener.

—Igual comió todo. —El recuerdo hace sonreír a Drew—. No quiso ser grosera.

—¿Todavía tienes esos artículos de los periódicos de Búfalo que el tío Nate te enviaba por correo?

—Los tengo todos guardados. He vuelto a leerlos para preparar el pódcast. Mierda, es… —Drew se aclara la garganta. Su madre aborrece las malas palabras—. Ha sido alucinante leer lo diferente que es lo que se decía sobre Ruby en aquel entonces comparado con ahora.

—¿Sabes? Si tu padre y yo hubiéramos vivido en la época del

#MeToo, es probable que nunca me hubiera invitado a salir —sugiere Belinda—. Y tú y tus hermanas nunca hubieran existido.

Un silencio cómodo se instala entre ellos y Belinda vuelve a prestar atención al televisor.

Drew reflexiona sobre lo que acaba de decir su madre. Sus padres se habían conocido en el primer trabajo de Belinda: ella era la profesora de Ciencias Sociales y él era el director. Ella tenía veinticinco años; Carl Malcolm, treinta y nueve. Habían estado casados seis años, el tiempo suficiente para tener tres hijos, hasta que su padre murió de un ataque al corazón a los cuarenta y cinco años. Drew, el bebé de la familia, tenía solo dos.

Su madre se ríe a carcajadas mientras come, muy entretenida con las dos mujeres rubias que discuten en la televisión. Drew hojea la espantosa selección de revistas de sus hermanas antes de decidirse por el número de *People* sobre Jimmy Peralta que no pudo leer antes. Una versión mucho más joven del rostro del actor ocupa toda la cubierta, y el titular dice:

Jimmy Peralta, 1950-2018
Su vida,
sus amores,
su legado.

—Una pena, ¿no? —El programa de Belinda ha terminado y la mujer echa un vistazo a su hijo antes de pasar al canal CNN—. Me encantaba *El Príncipe de Poughkeepsie*.

Drew, que era más fan de *El Príncipe de Bel-Air*, solo recuerda haber visto un puñado de episodios de la comedia de Jimmy Peralta, que trataba sobre una panadería familiar en —¿dónde si no?— Poughkeepsie, Nueva York. La premisa era divertida, aunque demasiado inverosímil: el día en que le conceden el divorcio, un hombre tiene una aventura de una noche con una misteriosa mujer europea que conoce en el bar al que lo arrastran sus amigos. Seis meses después, ella se presenta en la panadería, embarazada. Resulta que es una verdadera princesa de un pequeño país (nunca se especifica cuál), que ha sido repudiada por toda su familia por haber quedado embarazada sin estar casada (grito ahogado) y, para colmo, de un norteamericano (¡Por Dios!). Sin otro sitio adonde ir, se casa con Jimmy (que también se llama Jimmy en la serie) para

quedarse en los Estados Unidos y empieza a trabajar en la panadería con la indiscreta y entrometida familia de él (no podían ser de otra manera). Las risas no paran.

Hojea el generoso artículo de seis páginas. Jimmy Peralta era bueno, no cabe duda, y el artículo le recuerda todas las películas en las que el cómico devenido en actor había participado. Había ganado trece premios Emmy y un Globo de Oro, y hasta había estado nominado al Oscar. Pero también tenía sus demonios. Cuatro divorcios, tres tratamientos de rehabilitación y dos sobredosis, la última de las cuales había estado a punto de matarlo.

Pero, entonces, a los sesenta años, una nueva página. La sobriedad. El retiro. El regreso definitivo a su ciudad natal, Seattle. Un nuevo matrimonio. Y luego, después de que una broma viral durante las elecciones lo colocara de nuevo en el radar de la gente, había firmado un acuerdo de treinta millones de dólares con Quan, un nuevo servicio de *streaming* comparable a Netflix y Hulu.

—Jacqui vio su especial de comedia y dijo que fue muy divertido —comenta Belinda, y Drew asiente con la cabeza—. Y pronto saldrá un segundo. ¿Sabías que su esposa va a heredar unos cuarenta y seis millones de dólares? Ah, ¿y sabías que es filipina?

Ruby Reyes lo había mencionado.

—Mira —agrega, y señala la pantalla del televisor, donde a una mujer con una camiseta de tirantes manchada de sangre, pantalones de deporte y pantuflas rosadas se la llevan esposada—. Tiene cara de culpable. Y es tan joven… Al menos, comparada con Jimmy Peralta.

Drew mira hacia la pantalla. Su corazón se detiene. Parpadea. Luego parpadea de nuevo.

Mierda. Ahí está ella. Betty Savage. En la televisión.

Es Mae.

Toma el control remoto y trata de pausar la imagen, pero enseguida recuerda que el televisor de su madre no tiene esa función.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, preocupada.

—Espera —dice Drew y toma su móvil—. Tengo que buscar algo en internet.

Si su espalda ha sentido hormigueos en los últimos días, ahora está vibrando mientras su mente regresa a la conversación previa

con Ruby. De alguna manera, la Reina del Hielo debe de haber descubierto que Mae Ocampo está viva y casada con una celebridad rica. Solo alguien así tendría el dinero para pagarle a Ruby lo suficiente para comprar una casa. Aquí, en Toronto, incluso una casa pequeña que necesite alguna renovación costaría más de un millón de dólares. Ruby debe de creer que Mae tuvo algo que ver con el incendio que mató a Joey. Y si está extorsionando a Mae, esta debe de saber que Ruby puede probarlo.

Cualquier madre normal con una hija muerta querría justicia. Pero es la Reina del Hielo. Lo que ella quiere es que le paguen.

Está buscando en Google "esposa de Jimmy Peralta" cuando de pronto la pantalla se pone negra. Tiene una llamada entrante. Mierda. Deja escapar un gruñido de frustración y está a punto de rechazarla para poder retomar su búsqueda en Google, cuando se da cuenta de que es Hannah McKinley la que llama. Pulsa el botón verde de aceptar.

—Hola, sargento. ¿Puedo…?

—Esto no llevará mucho tiempo, amigo —responde McKinley, interrumpiéndolo sin rodeos, como siempre—. Pasé por alto algo sobre Mae que quería contarle. Sé que dijo que ya no quería buscarla.

"Creo que la he encontrado".

—… pero había algo anotado en el informe del último arresto que me desconcertó. Sé que esto podría enviarlo de nuevo a esa locura de la que tanto le costó salir, pero ¿recuerda que a Mae la arrestaron por un delito menor relacionado con drogas? Bueno, fue durante su época de bailarina en el Golden Cherry, aunque no ocurrió en el club. La acusación no prosperó.

"Date prisa". Drew mantiene la mirada fija en el televisor, donde siguen hablando del asesinato de Jimmy Peralta.

—… pero el informe de la detención indica que tiene un tatuaje en el muslo. Revisé todos los informes anteriores y ninguno de ellos menciona el tatuaje, así que debía de ser nuevo. —McKinley se aclara la garganta—. Es de una mariposa y fue fotografiado cuando la ficharon. Se lo enviaré ahora en un mensaje. ¿Puede buscar la foto del tatuaje de Joelle? Creo que se parecen bastante.

En el televisor han pasado a los anuncios comerciales. Belinda observa ahora a su hijo con intriga.

—Espere —dice Drew—. Todavía tengo una foto en mi teléfono.

Pone a McKinley en altavoz y abre la aplicación de fotos para volver a ver las imágenes que tomó de las fotos que le dio Cherry. Selecciona la de Joey vestida de Ruby leyendo un libro en el camerino, con las piernas en alto, y amplía la imagen sobre el muslo.

—La mariposa mide unos diez por siete centímetros, y es azul, púrpura y rosa —describe—. Está como de perfil, como si estuviera volando.

McKinley exhala.

—Mire la foto que le acabo de enviar.

Tres segundos después, Drew recibe la foto en su aplicación de mensajes. La amplía. McKinley le ha enviado un primer plano del tatuaje de Mae. En efecto, es una mariposa. Azul, púrpura y rosa, de perfil, en pleno vuelo.

No es solo similar a la de Joey. Es idéntica.

—Diablos, tenían tatuajes iguales —exclama, más para sí mismo que para McKinley. De reojo puede ver el ceño fruncido de su madre por el uso de la palabrota.

¿Cómo no se dio cuenta antes? Pasa a la siguiente foto, donde Joey está de pie con Mae y otra bailarina. Mientras que el vestido de Joey es tan corto que muestra sus muslos, el de Mae es más largo, con una abertura en un solo lado. El tatuaje de Joey estaba en su muslo derecho. El de Mae estaría en el izquierdo.

—Cuando identificó a Joey, ¿recuerda en qué muslo tenía el tatuaje? —pregunta McKinley—. No lo tengo aquí en mis notas de la noche del incendio…

La detective de policía sigue hablando, pero Drew ya no puede oírla. El zumbido en su cabeza es demasiado fuerte. Su madre ha pasado a la última página del artículo en homenaje a Jimmy Peralta. Allí, en un recuadro abajo, hay una foto de la boda del comediante y su quinta esposa. Drew desliza la revista hacia él y la gira.

Jimmy Peralta lleva un esmoquin y su novia un vestido blanco sencillo. Están en la playa, tomados de la mano, y el pie de foto reza: “Paris Peralta lleva un vestido de novia de confección de Vera Wang, comprado en Nordstrom”.

Drew fija los ojos en Paris Peralta. Tiene el pelo negro recogido

con sencillez, con algunos mechones sueltos alrededor de la cara y una flor rosa clavada por encima de una oreja. Una Ruby Reyes más joven le devuelve la mirada, pero es una versión de Ruby sin los ángulos afilados y los bordes rígidos, sin la arrogancia y el cinismo y la excesiva certidumbre de merecerlo todo. Esta versión de Ruby es más plena, más suave, con una sonrisa más dulce y los ojos encendidos de amor y afecto genuinos por el hombre a su lado.

Se parece a Ruby, pero no es Ruby en absoluto.

Y tampoco es Mae. Mae no es la que desapareció hace diecinueve años y de alguna manera acabó casada con Jimmy Peralta.

Es Joey.

¿Qué carajo está pasando?

TERCERA PARTE

Esa noche en Toronto con sus suelos en damero blancos y negros.

The Tragically Hip

CAPÍTULO 24

Algunas madres envían tarjetas de cumpleaños con saludos cariñosos. La madre de Paris envía cartas extorsivas con amenazas.

Ruby Reyes es la única persona en el mundo que sabe que su hija no murió en el incendio de la casa de Toronto hace diecinueve años, y si Paris no le paga el dinero, el resto del mundo también lo sabrá. No importará cuál sea su explicación. Fingió su muerte y asumió una nueva identidad, y las cenizas en la urna con el nombre de Joey Reyes no son suyas. Y aquí está ahora, igual que Ruby, a punto de ser juzgada por la muerte de un hombre blanco rico y mayor que ella.

La ironía no se le escapa.

Está segura de que uno de estos días le llegará otra carta, sobre todo por el artículo acerca de Jimmy en el último número de *People*. Como no puede ir al CVS calle abajo para comprar la revista sin que la sigan y la fotografíen, le pidió al conserje del Hotel Emerald que lo hiciera por ella. Ni siquiera se habría enterado del homenaje si Henry no se lo hubiera dicho.

La revista eligió una foto del rostro de Jimmy de los años noventa para adornar la portada. Ojos azules rodeados de arrugas, bronceado de Los Ángeles, cabello aún oscuro, la típica sonrisa de sabelotodo. Fue tomada en la cúspide de su fama, durante la última temporada de *El Príncipe de Poughkeepsie*, que fue también cuando era más imbécil que nunca. Al menos, según el propio Jimmy.

"No hay ningún secreto mágico para reinventarse", le había confesado poco después de que se conocieran. "Eliges quién quieres ser y luego empiezas a actuar como tal. Solo se necesita tiempo. Y tener una parva de dinero tampoco viene mal".

Ella entendía el concepto de reinvención mejor de lo que él

creía.

El artículo de *People* no menciona a Paris hasta el final, y el breve párrafo da solo tres detalles: ella y Jimmy se habían conocido en una clase de yoga; se habían casado un año después en Hawái; ella ha sido acusada de su muerte.

Solo dos de estas tres cosas son correctas. Paris y Jimmy no se habían conocido en una clase de yoga; esa es la historia que habían acordado contarle a todo el mundo. Aunque no era del todo una mentira, tampoco era exactamente la verdad.

Ocean Breath acababa de mudarse a su nueva ubicación y Paris no reconoció a Jimmy Peralta cuando apareció por primera vez. Nadie lo reconoció. Bajo las luces tenues de la sala de yoga, parecía un aprendiz más que llegaba a clase, vestido con unos pantalones cortos holgados y una camiseta, una esterilla enrollada debajo del brazo y una gorra de béisbol de los Mariners bien calada.

A mitad de la clase, Paris se dio cuenta de que su nuevo alumno tenía problemas. La sala climatizada se mantiene a cuarenta y dos grados, y la clave para aguantar la hora de clase es la hidratación. La botella de agua de Jimmy estaba vacía. Con temor a que se desmayara, Paris se acercó a él para ver si estaba bien.

De cerca y cara a cara en la sala oscura, su corazón se detuvo cuando se dio cuenta de quién era. Y no porque fuera famoso. Era porque se habían conocido *antes*. En otra vida, cuando ella tenía veinte años y era bailarina en el Golden Cherry. Él estaba en Toronto rodando una película. Habían pasado un par de horas juntos y, después de eso, no se habían vuelto a ver nunca más.

Si Jimmy se acordaba, no lo demostró. Aceptó la botella de agua fresca que ella le ofreció y Paris lo ayudó con las posturas mientras se las arreglaba para evitar el contacto visual. Después de la clase, él le dio las gracias en el mostrador de la recepción, donde ella estaba junto a Henry, que por fin lo reconoció y empezó a comportarse como un verdadero fanático.

Después de un mes de clases, Jimmy la invitó a tomar un café. Ella no solía aceptar invitaciones de los hombres que asistían al centro, pero esta vez lo hizo. Caminaron una cuadra hasta el Green Bean, donde se sentaron en una mesa en un rincón. Él no se quitó la gorra de béisbol y se sentó de espaldas a la sala.

—Me he pasado el último mes tratando de recordar dónde te he

visto antes —murmuró él—. Ahora lo recuerdo. Toronto, ¿verdad? ¿El club de *striptease*? Creo que pasamos un rato juntos en el Salón del Champán.

Paris sintió que el calor brotaba en sus mejillas, una señal delatora. No podría haber mentido en ese momento, aunque hubiera querido.

—Ya no soy esa persona.

—Cuando la gente dice eso, lo hace en un sentido metafórico. Pero me doy cuenta de que lo tuyo es literal. Y, créeme, lo entiendo. Yo tampoco soy ya esa persona. —Los ojos de Jimmy eran intensos. Para ser un comediante, podía ser muy serio—. Yo también me he reinventado.

"No como yo".

—Me drogaba mucho en esa época —continuó Jimmy—. Hay fragmentos enteros de mi vida que casi no recuerdo. No sé por qué, pero me acuerdo de ti. Y si en ese entonces hice algo que te hizo sentir incómoda…, si alguna vez, ya sabes, te obligué a hacer algo que no querías hacer.

—No me obligaste. —Paris no quería que él terminara la frase porque no quería que lo dijera en voz alta—. Fuiste respetuoso. Y yo era mayor de edad.

—Apenas.

—Tenía veinte años —precisó ella—. Un año por encima de la edad legal para beber en Ontario. Y, si sirve de algo, estuve sobria todo el tiempo, aunque tú no. —Tomó su café, se dio cuenta de que le temblaban las manos y lo volvió a apoyar sobre la mesa—. Dejé esa vida atrás cuando me fui de Toronto. No estoy orgullosa de ella. De hecho, todo lo contrario.

Los vívidos ojos azules permanecían fijos en los de ella.

—Te puse incómoda.

—Ya se me va a pasar.

—Te entiendo más de lo que crees —aseveró Jimmy—. Puede que tengas una versión anterior de ti misma que no te guste. Yo tengo varias. Pero esta versión de mí, sentado aquí contigo, es una versión de mí mismo que en verdad me gusta. Y no quiero estropearlo todo y que me echen del centro. Eres la mejor instructora de yoga que he tenido.

—¿Cuántas has tenido? —preguntó ella, curiosa a pesar de sí

misma.

—Soy de Los Ángeles, nena. He tenido al menos dos docenas. Pero el peor de todos fue un sujeto llamado Rafael. El tipo siempre estaba sudado. No tenía ni un pelo en el cuerpo y siempre usaba esos pequeños pantalones rojos tipo *Baywatch*. En fin, un día me estaba ayudando a levantar la pierna, y me caí sobre él. Éramos como dos focas húmedas y saladas resbalándose una sobre la otra.

Paris se rio. Y no paró de reírse durante los siguientes sesenta minutos, hasta que llegó la hora de volver al centro de yoga.

Durante los meses siguientes, los cafés derivaron en almuerzos, que a su vez derivaron en cenas. Jimmy la llevó a un par de conciertos al aire libre en la bodega Chateau Ste. Michelle, donde vieron a Barenaked Ladies (una de las bandas favoritas de cuando ella era adolescente) y a Frankie Valli y The Four Seasons (Jimmy conocía personalmente a Frankie). Después del segundo concierto, ella lo besó. Le pareció lo más natural del mundo, a pesar de los veintinueve años de diferencia de edad.

—¿Crees que es demasiado viejo para mí? —le preguntó Paris a Henry a la mañana siguiente—. Sé sincero. ¿Te parece mal?

—Cariño, es Jimmy Peralta. —Henry puso los ojos en blanco—. El hecho de que te haga reír lo convierte en alguien que vale la pena, y retirado o no, todavía lo tiene.

—¿Qué tiene?

—Eso. Eso que lo hace especial. —Henry vio la confusión en el rostro de Paris y se rio—. Nunca te he visto tan feliz, P. No te sabotees a ti misma dándole demasiadas vueltas. Te mereces cosas buenas. Te mereces esto.

Era más fácil decirlo que ponerlo en práctica. Paris no estaba acostumbrada a las cosas buenas, a que las cosas fueran fáciles, a que la gente fuera amable. Cuando tenía trece años, Deborah le había dicho que algunas personas nacían para tener vidas difíciles y que su trabajo consistía en esforzarse por superarlas.

O, como ella misma había aprendido desde entonces, podías convertirte en otra persona.

Arroja la revista a la papelera de reciclaje. No la necesita, ella vivió con ese hombre. Y, de todas maneras, la foto que usó *People* está enmarcada sobre la repisa de la chimenea de su casa.

* * *

En los cinco días que ha estado en el Emerald, no ha sabido ni una palabra de su abogada. Suponiendo que Elsie todavía *sea* su abogada. Es Hazel quien llama para decirle a Paris que la policía ha terminado con su casa y que por fin puede volver.

El engreído gerente del hotel se alegra de que se vaya. Incluso llama a un servicio de coches, y un Lincoln sedán negro de lujo la espera en la misma entrada trasera por donde había entrado. El conductor echa un buen vistazo a la tobillera electrónica, pero, educadamente, no dice nada al respecto hasta que giran y toman por la calle de Paris, donde se topan con un enorme enjambre de gente con cámaras.

Por suerte, el sedán tiene los cristales polarizados. En cualquier caso, la multitud es aún más grande que la de la mañana de su detención. Al menos, ya han quitado la cinta amarilla de la escena del crimen que vio en las noticias. Desde fuera de la casa, nunca se adivinaría que había pasado algo. Paris no tiene ni idea de cómo estará el interior.

—Alguien debería decirles que la vista es hacia el otro lado —comenta el conductor, mirándola por el espejo retrovisor—. Bien. ¿Cómo le gustaría hacer esto? Supongo que no querrá que la fotografíen con esa tobillera puesta. Si quiere, puedo entrar por el garaje, siempre que haya una puerta que conecte con el interior de la casa.

Está claro que el hombre sabe muy bien quién es ella, pero si le molesta, no lo demuestra.

—Eso sería genial —responde Paris—. Puedo abrir el portón desde mi móvil.

El conductor detiene el coche en el sendero de entrada y permanece con el motor encendido mientras Paris pulsa su nuevo iPhone para conectarse al wifi de la casa. Se ha pasado los dos últimos días en el hotel intentando configurar su teléfono nuevo igual que el anterior, que todavía está en manos de la policía. Pero la aplicación no funciona. Ya ha iniciado sesión, pero el *hardware* de la casa parece estar desconectado. La policía debe de haber desactivado el sistema.

—No logro hacer funcionar la aplicación —se lamenta con

frustración—. Lo siento, pero ¿le importaría salir e introducir el código directamente en el teclado? Le prometo que le daré una generosa propina.

—¿Cuál es el código? —pregunta él, y se gira. Ella le dice el número de cuatro dígitos y él le guiña un ojo—. Lo habría hecho de todas maneras, pero tengo hijos, así que no rechazaré la propina.

En cuanto se baja, las cámaras destellan. Ella oye gritar su nombre. "¡Paris! ¡Paris! ¿Qué se siente estar en casa? ¿Mataste a Jimmy por el dinero?". El conductor marca el código con rapidez, y cuando vuelve a entrar en el coche, parece asustado.

—Guau. Ahora sé cómo se sienten esas Kardashian.

Es la segunda referencia que alguien hace a las Kardashian, y aunque a Paris no le gusta la comparación, está segura de que a ellas tampoco les gustaría.

Entran con el coche en el garaje, el conductor lo aparca entre el Cadillac de Jimmy y el Tesla de Paris y apaga el motor. Sin que nadie se lo pida, se baja y pulsa el botón de la pared. El portón del garaje se cierra con lentitud, dejando fuera el ruido, además de la luz del día. Paris exhala. El conductor la ayuda a llevar todo al interior de la casa. Como el hotel se ocupó de pagar el servicio del coche, Paris le da cien dólares a través de una aplicación de pago digital.

El hombre sonríe y le entrega su tarjeta.

—Llámeme si alguna vez necesita un chofer personal. Por cómo van las cosas, creo que lo va a necesitar.

Paris entra en la casa por la puerta del garaje. Saca solo la mano y pulsa el botón para abrir el garaje y permitirle salir. Cuando el portón se vuelve a cerrar, deja escapar un largo suspiro de alivio.

Ya está en casa.

Nada parece diferente, aunque el aire huele a lejía y a cítricos. Paris se sienta en su sitio habitual en la mesa de la cocina. Casi puede fingir que todo es normal. Cuando mira por la ventana hacia el jardín trasero, una parte de ella espera ver a Jimmy allí, acomodando las tomateras, quitando hojas de la piscina con la red, asando pollo en la parrilla.

Pero Jimmy no está aquí. Jimmy nunca volverá a estar allí.

Su antiguo radiocasete Sony sigue en el lugar de siempre sobre la encimera, y ella revisa la fila ordenada de cintas junto al aparato.

Su esposo tenía tres equipos de música portátiles de la misma época: uno aquí, otro en su oficina, y otro en baño del piso de arriba. Poco después de casarse, uno de ellos había dejado de funcionar, así que Paris había comprado uno nuevo con reproductor de CD en lugar de reproductor de casetes, Bluetooth y un conector auxiliar para MP3.

Unas semanas después, lo había descubierto en una de las estanterías del garaje, todavía en la caja. El viejo aparato portátil de Jimmy ya estaba funcionando de nuevo: Jimmy le había pedido a Zoe que encontrara un lugar donde repararlo.

"No te ofendas", le había dicho Jimmy a Paris. "He tenido estos equipos de música desde los años ochenta y les tengo cariño". Después de darle un beso en la frente, había agregado: "Además, la tecnología es una mierda, nena. Siempre es mejor lo antiguo".

Paris no se había sentido ofendida en absoluto. A Jimmy le gustaba lo que le gustaba, y ella no se había casado con él para cambiarlo.

Elige un casete al azar y lo inserta. Los botones están tan flojos que no le cuesta ningún esfuerzo presionar Reproducir. Sube el volumen al máximo. Cuando los primeros compases de *Free Bird*, de Lynyrd Skynyrd, brotan de los altavoces, es como si Jimmy estuviera allí de nuevo, bailando con ella en la cocina. "Si me voy de aquí mañana, ¿te acordarás de mí?".

Un sollozo de dolor le sube a la garganta, tan intenso que no puede tragarlo. Por una vez, no lo intenta. Los sollozos llegan tan rápido y con tanta fuerza que le hacen doler el estómago y retuercen su cuerpo hasta que siente que no puede respirar.

La última vez que lloró así, era una niña. Había buscado a su madre para que la consolara, pero Ruby se había quedado donde estaba, fumando un cigarrillo, mirando a su hija con asco, como si fuera una cucaracha que acababa de pisar. "¿Qué, vas a llorar? ¿En serio? ¿Quieres hacerme enfadar?".

Paris siente una mano en el hombro y salta. Levanta la vista y ve a la asistente de Jimmy —a la exasistente— de pie junto a ella.

—Está todo bien —la tranquiliza Zoe—. Está todo bien, Paris. Déjalo salir. Estoy aquí. No pasa nada.

CAPÍTULO 25

Zoe le ofrece una caja de pañuelos de papel y Paris toma un puñado para poder secarse los ojos y sonarse la nariz. Cómo mierda se atreve esta mujer a aparecerse por allí. En primer lugar, la llamó asesina. En segundo, está despedida.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta por fin cuando puede hablar bien—. ¿Te olvidaste de que ya no trabajas aquí? ¿Cómo entraste?

—Toqué el timbre, pero nadie respondió, y mi código todavía funciona. Vine solo a recoger unas cosas. —Zoe vacila—. ¿Podemos hablar?

—No.

Zoe toma asiento junto a ella en la mesa de la cocina.

—Lo siento mucho, mucho…

—No.

—Por favor, Paris. —El rostro de Zoe refleja una enorme angustia—. Sé que debería haber hablado contigo primero, pero ponte en mi lugar. Vi a Jimmy en la tina y a ti en el suelo, luego vi la navaja, había sangre por todas partes… era tan horrible, y me asusté, llamé al 911. Si me hubiera detenido a pensarlo, habría sabido que no podías haberle hecho daño. Sé que lo amabas. Sé que no te casaste con él por el dinero.

—Oh, mira, todavía estás aquí —dice Paris.

—Trabajé para Jimmy durante quince años. —Zoe se frota la cabeza y su cabello castaño rebota alrededor de ella—. De hecho, conocí a sus dos últimas esposas, y desde el principio, era obvio por qué estaban con él; no tenía nada que ver con el amor. A la última, creo que él ni siquiera le gustaba. Cuando te conocí, supuse que serías igual. Pero no lo eras. No lo eres. Eras más joven que él, sí, pero eres independiente. Tienes un trabajo. Tienes tu propio

negocio. Y podía ver la forma en que ustedes dos se miraban. Se amaban, pero también se gustaban mucho, mucho.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Paris, y se la seca.

—¿Por qué, entonces, tú y yo nunca nos hemos llevado bien?

—Porque no te caigo bien —asevera Zoe con franqueza—. Nunca te he caído bien.

Paris la mira con intensidad.

—Eso no es cierto.

—Pensabas que yo lo usaba, lo mismo que yo pensaba de ti. Me daba cuenta de que no podías entender por qué había seguido a Jimmy desde Los Ángeles hasta aquí, por qué me había quedado a trabajar para alguien que se había retirado. Pero Jimmy… me trataba como si yo fuera de su familia. A los dieciocho años me mudé a Los Ángeles para ser una cantautora. Era muy ingenua. A los tres meses, me quedé sin un centavo.

Zoe baja la mirada y sonríe.

—Pero, entonces, Jimmy me contrató. Al principio era solo una forma de pagar las cuentas, pero el trabajo estaba bien. Jimmy me daba tiempo libre para ir a ver conciertos. Me ayudó a pagar las sesiones en el estudio de grabación cuando grabé mi primer demo. No conociste a Jimmy en ese entonces; era básicamente un imbécil el noventa por ciento del tiempo. El otro diez por ciento era generoso y me apoyaba.

Paris ha oído muchas historias sobre el lado feo de Jimmy. Nunca lo había experimentado por sí misma, hasta hacía poco.

—Hace siete años, cuando tocó fondo, creí que no lograría salir. —La voz de Zoe se suaviza—. Estaba en un lugar muy oscuro y agredía a cualquiera que intentara ayudarlo. Era como si estuviera decidido a quemar todas las naves que tenía, y casi lo consigue. Lo dejaron solo. Su representante renunció, su agencia lo abandonó, hasta Elsie dejó de atender sus llamadas durante un tiempo. Nadie podía soportarlo más, y era entendible. Pero yo no me fui. Tenía miedo de dejarlo solo. Por fin, se rehabilitó, anunció su retiro y lo ayudé a mudarse de regreso aquí a Seattle. Y entonces… me quedé.

A Paris se le ocurre que es la primera vez que escucha la historia de Zoe. Estaba tan ocupada juzgándola que nunca se había molestado en intentar conocerla. Lo mismo que la gente solía hacer con ella. La idea la avergüenza.

—Cuando Jimmy te conoció, fue como si resucitara. —Zoe le dirige una sonrisita—. Y cuando empezó a contar chistes de nuevo, fue como si por fin se hubiera convertido en la versión de sí mismo que siempre había querido ser: sobrio y divertido. Cuando llamaron los de Quan, admito que yo quería que aceptara. Su material era tan bueno, tan relevante, que merecía ser compartido. Sin embargo, debí haber sabido que la presión de todo eso lo empujaría a consumir de nuevo. Fue culpa mía.

—¿O sea que lo sabías? —pregunta Paris, incrédula.

Zoe asiente con la cabeza y se hunde en la silla.

—¿Sabes cómo me enteré yo de que se estaba drogando de nuevo? —El tono de Paris es acalorado—. Cuando Elsie me contó lo que decía el informe de toxicología. ¿Por qué demonios no dijiste nada?

La cara de Zoe se desencaja.

—Lo vi consumir solo una vez, en el camerino, justo antes de su última aparición en la segunda presentación especial. Me prometió que era una excepción, solo una esnifada para poder soportar la siguiente hora. Me pidió que no te lo dijera. Y luego salió al escenario y se lució como nunca. Jamás había estado tan divertido como esa noche. Y nunca más lo vi consumir después de eso. —Desvía la mirada—. Aunque eso no significa que no lo hiciera.

Paris había estado allí esa noche, entre el público. Bajo los focos del escenario del Austin City Limits, Jimmy se había transformado, desplegando su genialidad para la comedia en todo su esplendor. No hay nada más emocionante que ver a una persona hacer lo que mejor sabe hacer, lo que hace mejor que nadie.

Pero los demonios acechaban bajo la superficie. Paris lo sabía, y estaba cada vez más preocupada. Los lapsos en la memoria eran cada vez más frecuentes, y sin importar lo que ella dijera, Jimmy se negaba a ir al médico. Cada vez que Paris mencionaba el tema, discutían.

—No he tenido oportunidad de contártelo, pero cuando estabas en la conferencia de yoga, Jimmy tuvo esa actuación benéfica —dice Zoe—. Llegó allí en buen estado, me aseguré de eso. Los chistes eran graciosos, pero su forma de hablar era rara y, al final, estropeó el remate. Después, estaba tan afligido que lo único que quería era irse a casa y practicar. No debí dejarlo solo, supongo, pero estaba

muy enfadado; me gritó por estupideces, que por qué no había comprado más casetes, que no era capaz de hacer mi puto trabajo…

Zoe se derrumba por completo, los sollozos le sacuden los hombros. Paris le acerca la caja de pañuelos de papel.

Entiende lo que es estar en el extremo receptor de la ira de Jimmy, la que proviene de alguien a quien le cuesta aceptar que podría tener una enfermedad para la que no hay cura, la misma enfermedad que había matado a su madre con una lentitud desgarradora, hasta reducirla al esqueleto de la mujer que solía ser. Al principio del matrimonio, Jimmy le había contado a Paris acerca del Alzheimer de su madre, y ella había visto el horror y la pena en sus ojos.

—No se lo desearía ni a mi peor enemigo —había dicho Jimmy —. Mierda, es algo muy cruel.

Es hora de decírselo a Zoe.

—Escúchame —empieza—. Jimmy tenía problemas de memoria. No había un diagnóstico oficial porque se negaba a ir al médico, pero yo noté señales tempranas de demencia. Como no quería echar a perder el contrato con Quan, me hizo prometerle que no se lo contaría a nadie. Pero, aunque no estuviera enfermo, Zoe, no eres responsable de que estuviera consumiendo. No era tu trabajo salvarle la vida.

Los ojos de Zoe vuelven a llenarse de lágrimas.

—Siento haberte despedido de la forma en que lo hice —continúa Paris en voz baja—. A decir verdad, ni siquiera estoy segura de que pueda despedirte. Tú trabajabas para él, no para mí.

—Trabajaba para Producciones Peralta. Que estoy bastante segura de que ahora te pertenece a ti. —Zoe respira profundo—. Paris. Te juro que no sabía nada de la herencia. Nunca pensé que Jimmy me dejaría nada. Ya me había pagado una bonificación cuando firmó con Quan y, para ser sincera, me sentí culpable por aceptarla. Fueron ellos los que vinieron a buscarlo, y yo colaboré para facilitar las conversaciones y encontrar un abogado especializado en espectáculos en Los Ángeles que nos ayudara con los contratos. Pero, aparte de eso, el resto fueron tareas normales de una asistente: programación, reservas de viajes, correos electrónicos. Me quedé helada cuando me enteré de lo que me había dejado.

—Te creo —responde Paris, y es verdad.

—¿Sabes algo de Elsie? —pregunta Zoe.

Paris niega con la cabeza.

—No desde que me dejó en el hotel. En este momento, ni siquiera estoy segura de tener una abogada.

—La última vez que supe de ella fue cuando me pidió que te consiguiera algunas cosas para tu estadía en el hotel. La llamé después, pero nunca me respondió. Tampoco le caigo bien a ella. —Zoe deja escapar una risita—. Pero puedo ayudarte a encontrar un abogado nuevo si quieres. Puedo hacer algunas llamadas.

—¿Lo harías? —pregunta Paris, aliviada—. Estaré feliz de volver a ponerte en la nómina.

Zoe agita una mano.

—No. Creo que es hora de seguir mi camino. Pero te ayudaré. Como amiga.

Intercambian sonrisas tímidas.

—Ey —exclama Paris—. Antes de que te vayas, ¿puedes revisar el sistema domótico? Creo que la aplicación no funciona en mi teléfono nuevo. Tal vez esté desconectada.

—En el mío tampoco funcionaba. —Zoe se pone de pie y frunce el ceño—. Puedo llamar a la compañía y pedirles que lo reconfiguren, pero técnicamente Jimmy es el administrador, así que tal vez no me hagan caso. —Mira alrededor de la cocina—. ¿Estás bien por ahora? Te llené el refrigerador; hay cosas para cocinar si quieres.

—Estoy bien —responde Paris—. Es que… no sé dónde voy a dormir esta noche. No sé si me atreveré a subir.

La imagen de Jimmy en una tina llena de su propia sangre atraviesa su mente.

—Llamé a un servicio de limpieza especializado en escenas del crimen —explica Zoe—. Limpiaron toda la casa esta mañana temprano, incluida la habitación de Jimmy. No quería que llegaras a casa y. —Se interrumpe—. No quería que te sintieras incómoda en tu propia casa.

Guiada por un impulso, Paris se inclina hacia delante para abrazar a la otra mujer. ¿Cómo ha podido juzgar tan mal a esta persona? Después de todo, Paris sabe muy bien qué se siente cuando la gente supone que eres algo que no eres. Para Paris, la

única manera de escapar de eso era convertirse en una persona nueva. Eso ahora no era una opción.

A diferencia de hace diecinueve años, no puede provocar un incendio y salir corriendo.

CAPÍTULO 26

Nunca fue su plan convertirse en Paris. Las cosas se dieron así.

La noche en la que fingió su muerte empezó como cualquier otra, con la diferencia de que estaba ansiosa por ir a trabajar. El Golden Cherry llevaba semanas publicitando su fiesta de Año Nuevo y la consumición mínima de cincuenta dólares incluía una bebida gratis y un brindis con champán a medianoche. Se esperaba que fuera una noche de mucho dinero para todas las chicas.

La primera vez que Joey había bailado en el Cherry, había estado a punto de vomitar. Hasta ese momento, se había pasado la vida haciendo todo lo posible por andar vestida y a cubierto de las miradas de los hombres extraños, y, de pronto, allí estaba, trabajando en el escenario principal con un vestido tan diminuto que bien podría haber estado desnuda. Por suerte, había aprendido rápido. Con el tiempo, todo se había convertido en algo normal, incluso agradable. En el club, tenía el control. Nadie podía tocarla sin su consentimiento y eso la hacía sentirse empoderada.

El truco, había descubierto, era no ser Joey. El truco era ser Ruby. Un año después, se había convertido en una de las que más dinero ganaba en el club. Aunque esperaba que su tiempo como *stripper* fuera corto, había descubierto que no tenía prisa por continuar su camino en otro lado. El dinero era demasiado adictivo.

Ya había una fila en la puerta del Cherry cuando Joey bajó del autobús para empezar su turno. Un hombre con una galera de lentejuelas que tenía un 1999 estampado en ella la vio y gritó "¡Feliz Año Nuevo, carajo!". Ella lo ignoró y caminó directamente hacia Junior's.

—Vaya, si es la filipina favorita de mis sueños —exclamó Fitzroy con una sonrisa cuando las campanillas de la puerta anunciaron su

entrada—. ¿Te hacen trabajar la víspera de Año Nuevo, Joey?

—Trabajaré hasta la hora de cierre, y no pienso hacerlo con el estómago vacío. —Se sabía el menú de memoria, así que hizo su pedido y le dio a Fitzroy un billete de diez. Él le devolvió cuatro monedas de un dólar y ella dejó caer una en el tarro de las propinas. Antes de ser bailarina, no se le habría ocurrido dar propina por un pedido de comida para llevar. Ahora que sus ingresos dependían exclusivamente de la generosidad de los clientes, daba propina a todo el mundo.

Las tres mesas del pequeño restaurante estaban ocupadas, así que salió para esperar su comida afuera. La fila frente al Cherry había crecido y vio que Chaz estaba trabajando en la puerta. Incluso desde esta distancia, parecía enorme. Para su tamaño —algo menos de dos metros, con bíceps como bolas de demolición—, Chaz era sorprendentemente tierno en la cama. Ayudaba el hecho de que la amaba. Joey lo sabía porque él se lo había dicho una vez, solo que cuando ella se había quedado callada, él no lo había vuelto a repetir. Se acostaban de forma ocasional, por supuesto; no era su novio, aunque ella sabía que a él le gustaría.

Chaz se estaba tomando su tiempo para verificar los documentos de identidad de un numeroso grupo de jóvenes de aspecto nervioso, estudiando cada licencia de conducir con una minilinterna. Casi siempre había algún menor de diecinueve años con una identificación falsa, pero todos pasaban. El siguiente grupo en la fila se adelantó y Joey vislumbró a alguien que le resultó conocido. El corazón le dio un vuelco. Alto, con las mismas trenzas en el cabello y la barba candado. Pero entonces él se giró, y ella pudo verle mejor la cara. No era Drew.

Por supuesto que no era él. Drew estaba en Vancouver, con Simone.

Había transcurrido solo un año desde que sus compañeros de piso se habían marchado a la costa oeste, pero parecía que había pasado toda una vida. La vida de club de *striptease* era así. Un año podía parecer diez, y te envejecía. Y si no te cuidabas, para cuando cumplías treinta, te convertías en una anciana. Sugar, una bailarina que Joey creía que tenía cuarenta años, resultó tener veintiocho. Veintiocho. Si Joey seguía bailando en el Cherry dentro de ocho años, se arrojaría al lago y se ahogaría.

La ventanilla de la comida para llevar se abrió.

—Dime, Joey, ¿cuál es tu propósito de Año Nuevo? —preguntó Fitzroy, y le entregó una bolsa de plástico blanca anudada en la parte superior.

Lo pensó un momento.

—Casarme con un viejo rico con un pie en la tumba y el otro en una cáscara de plátano.

Fitzroy soltó una sonora carcajada.

—Bueno, espero que lo conozcas esta noche. Cuídate, ¿sí? Feliz Año Nuevo, niña.

—Feliz Año Nuevo, Fitz.

—¡Eh, *geisha*! —la llamó un hombre en la fila mientras ella se dirigía al callejón que llevaba a la entrada trasera del Cherry. El tipo llevaba una corona de plástico dorada—. ¿Qué hay debajo de ese abrigo, muñequita china? Quiero que me des mucho amor.

Una cosa era que los clientes hicieran proposiciones a las chicas adentro del club, pero allí afuera, en la acera, antes de su turno, incumplía algún tipo de protocolo tácito. ¿Y dos estereotipos asiáticos en diez segundos? Tenía que ser un récord. No importaba. Mientras pagaran, sería la asiática que ellos quisieran que fuera. Dentro del club.

Eso se lo había enseñado Mae.

"¿A quién le importa si creen que eres china, o coreana, o lo que sea?", le había dicho Mae la noche en que se habían conocido. El hecho de que fueran las dos únicas bailarinas asiáticas del club —y encima las dos filipinas— y que ambas hubieran tenido infancias de mierda las había llevado a crear un vínculo inmediato. Mae había vivido en varios hogares adoptivos antes de huir a los quince años. "La mayoría de los tipos que vienen aquí no saben cuál es la diferencia, y aunque la sepan, no les importa. Tu trabajo no es enseñarles, es hacer dinero. Así que ve a ganarte tu dinero, perra".

Iba a ser una noche de mucho dinero, y la noche estaba en pañales.

Mientras se acercaba a la entrada del personal del club, Joey alcanzó a oír la música que vibraba desde el interior. Se suponía que siempre había un guardia apostado en la puerta trasera para evitar que los clientes se colaran, pero, en ese momento, estaba sin vigilancia. Joey jaló de la manga de la puerta y entró en un mundo

completamente diferente.

* * *

—Hola, chicas —saludó, y apoyó la bolsa de comida en un sitio libre de la larga mesa de tocador que se extendía por el centro del camerino. Dejó caer su mochila en el suelo y se encogió de hombros para quitarse la chaqueta—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Ya están en el escenario. —Dallas, una rubia platino de edad indeterminada y vestida de animadora de los *Cowboys*, se estaba colocando pestañas postizas dos sitios más allá en la mesa—. Esta noche vienen muchos grupos grandes. Dinero, dinero, dinero.

—No si son pajeros —replicó Candie desde el otro lado del tocador. Esta era la Candie nueva, con *ie*. La Candy anterior, con y, se había operado las tetas y se había ido a trabajar al Brass Rail en el centro. Clientela más rica, mejores propinas—. Y esperemos que no sean todos ratas. El jueves pasado apenas gané lo suficiente después de la comisión para pagarle a la niñera.

A Joey le había llevado un tiempo aprender la jerga del club. Un cliente que miraba el baile erótico que le hacían a otro cliente era un "pajero". Las "ratas" se pasaban la noche bebiendo y no pagaban por los bailes eróticos. La "comisión" era lo que las bailarinas debían pagar al club solo por trabajar allí.

Joey había hecho la cuenta. Para poder llevar una vida cómoda después de la comisión y la propina por noche para el DJ, los guardias y el resto del personal, tenía que ganar al menos seiscientos dólares por semana. Era caro ser una *stripper*.

Por fortuna, Joey ganaba mucho más que eso. En una noche normal, ganaba unas cinco veces más que el salario mínimo que cobraba en la tienda de videos. ¿En una buena noche? El doble. También era lucrativo ser una *stripper*.

—¿Una raya? —murmuró Dallas y le ofreció un frasquito de cocaína—. Me acabo de hacer de un buen *stock*.

—No, estoy bien. —Joey abrió su recipiente de poliestireno y el aroma celestial de pollo adobado brotó del interior—. Y esconde esa mierda hasta que todos se hayan ido. Cherry te matará.

—Ey, ¿qué es ese olor? —exclamó una voz. Joey levantó la vista; una bailarina llamada Savannah tenía los ojos clavados en su

comida mientras se rociaba perfume por todo el cuerpo—. No deberías comer eso aquí. Apesta.

—La que apesta eres tú. —La respuesta rápida fue de Destiny, quien se estaba frotando loción con purpurina casera en su piel morena. Joey llevaba la misma mezcla en su bolso, que era simplemente una crema Jergens sin perfume mezclada con purpurina dorada de la tienda de todo por un dólar. Bajo las luces del escenario, hacía brillar la piel. Los ojos de Destiny, que esta noche eran de un azul profundo, brillaban con intensidad—. Hueles como una puta de cinco dólares con ese perfume barato.

—Es de Liz Claiborne —replicó Savannah, ofendida. Se roció una vez más antes de volver a tapar el frasco de perfume.

Por supuesto, el Cherry no tenía un departamento de recursos humanos, así que las bailarinas habían creado su propia política de tolerancia cero para los comentarios ignorantes. Pero Joey estaba de buen humor, así que lo dejó pasar. Savannah había empezado hacía solo una semana, y la nueva pronto aprendería qué pasaría si le decía algo equivocado a la chica equivocada.

—Estas chicas nuevas son tan estúpidas —comentó Destiny cuando Savannah se fue—. Puede que ahora esté fresca como una flor con sus tetas de diecinueve años, pero dentro de un año, será una cocainómana intentando ahorrar para operárselas. —Tocó el hombro de Dallas mientras salía—. No te ofendas, chica.

Allí en el Cherry, todos se referían a ellas como “chicas”. Hasta Dallas, que podía tener entre treinta y cinco y cincuenta años, era una chica. Y Destiny tenía razón. El trabajo te cambiaba. Tenía que hacerlo, o no durarías. Ninguna de las que trabajaban allí había escrito “stripper” como objetivo profesional cuando habían llenado el cuestionario de orientación vocacional en el bachillerato. Aunque todas procedían de entornos diferentes, era una verdad universal que nadie allí había esperado acabar como bailarina en el Golden Cherry.

El Cherry era el lugar donde caías cuando la vida no iba como la habías planeado. No tenía por qué ser algo malo. Pero no era algo bueno.

Uno de los guardias asomó la cabeza en el camerino.

—Hola, Betty.

—Desaparece, Rory —saltó Dallas—. No se permiten hombres.

—Solo necesito a Betty un segundo —explicó el tipo—. Oye, Betty. Betty.

Joey se volvió hacia él, con la boca llena de pollo.

—Lo siento, te equivocaste de *stripper* asiática.

—Mierda —exclamó Rory con desánimo cuando le vio la cara—. ¿Sabes si Betty viene esta noche?

—No lo sé. Mi telepatía filipina no está funcionando en este momento.

A su lado, Dallas resopló. Cuando Rory se marchó, Joey se volvió hacia ella con una sonrisa, pero vio que la otra bailarina no se estaba riendo. Era solo una línea de cocaína que le subía por la nariz.

—Bien, ¿de dónde sacaste eso? —Joey miró hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie cerca—. Sabes que no puedes usar esa mierda dentro del club. Cherry te despedirá.

—Se la compré a Betty. —La bailarina se acomodó los pechos dentro de su blusa corta azul. Era tan delgada que los implantes mamarios hacían que sus pechos parecieran pernos (incluso Dallas los llamaba así), pero a ella le funcionaba. En el escenario, cuando se desataba la blusa y le saltaban hacia afuera, recibía una fuerte ovación—. Pero este lote está cortado con demasiada mierda. Dos esnifadas y casi no siento nada. Y eso que, por lo general, Betty consigue de la buena.

Joey suspiró y terminó su cena. Había intentado muchas veces convencer a Mae de que no vendiera, pero ganaba más dinero con eso que bailando. Las dos tenían personalidades opuestas —Joey era la calma y Mae la tormenta— y era imposible decirle a Mae lo que tenía que hacer. Aun así, se compensaban mutuamente y su amistad era real. Unos meses antes, guiadas por un antojo, se habían hecho el mismo tatuaje de una mariposa, lo que hacía que la gente del club las confundiera aún más. Todo el mundo las encontraba parecidas, aunque Mae y Joey no lo veían así.

En el último tiempo, sin embargo, que la confundieran con Mae había pasado a ser un problema. Su novio formaba parte de los Hermanos de Sangre y Mae era ahora la principal traficante del club. Podía conseguir cualquier cosa que le pidieran. La cocaína era la más solicitada, ya que mantenía a las bailarinas en movimiento

toda la noche.

La primera vez que Joey conoció a Vinh —que se hacía llamar Vinny— fue cuando pasó a recoger a Mae una noche después del trabajo. Le sorprendió lo diminuto que era, un metro sesenta y cinco como mucho, con un cuerpo delgaducho que bailaba dentro de unos *jeans* y una sudadera tres tallas más grandes. Parecía un adolescente que se pasaba el día jugando a la Nintendo; nada que ver con el gánster que tenía fama de ser. La voz de Mae fluctuaba entre el orgullo y el miedo cada vez que le contaba a Joey las cosas violentas y locas que Vinny le había hecho a la gente que los hacía enfadar a él y a la banda. Y, al parecer, su hermano mayor, un miembro de alto rango de los HS, era todavía peor.

En varias ocasiones, Mae había llegado al trabajo con magullones, y una vez, incluso con un esguince en la muñeca. Cuando Joey expresó su preocupación, su amiga le quitó importancia. "Yo también le pegué", había dicho Mae. "Para esto se inventó el maquillaje corporal". Por mucho que Joey insistiera en que Mae rompiera con Vinny, su amiga tenía que decidirlo por sí misma. Y a Joey le preocupaba que, si no lo decidía con la rapidez suficiente, él la mataría.

Sin embargo, Vinny era siempre educado. "Me alegro de verte, Joey", le decía, y él y Mae se ofrecían a llevarla en su Civic tuneado las noches en las que Chaz no la acompañaba a su casa.

—Chicas —llamó una voz autoritaria desde la puerta del camerino.

A su lado, Dallas dio un salto y el frasco de cocaína desapareció en la palma de su mano. Joey no tuvo que levantar la vista para saber que era Cherry.

—Hola, Cherry. —Joey estaba aplicando una fina línea de pegamento a las pestañas postizas—. Estaré lista a tiempo.

—Sube al vip en cuanto termines, ¿de acuerdo? —Cherry le hablaba a Joey, pero sus ojos estaban enfocados en Dallas—. El grupo de ocho de la despedida de soltero solicitó a la chica asiática *sexy* que vieron fuera. Como Betty no ha aparecido, debes de ser tú.

Joey levantó la cabeza y agitó la tira de pestañas en su mano para que el pegamento se volviera pegajoso y fuera más fácil colocársela.

—¿Una despedida de soltero? ¿En la víspera de Año Nuevo?

—La boda es el día de Año Nuevo, mañana por la tarde. —Cherry se encogió de hombros—. No parecen muy gastadores, pero intentan serlo. Preguntaron por el Salón del Champán.

"¿El Salón del Champán?". Joey intercambió una mirada con Dallas. Una chica podía ganar mil dólares, como mínimo, en dos horas en el Salón del Champán.

—¿No necesitan una animadora rubia? —intervino Dallas, esperanzada.

—No. —Cherry dirigió su atención a Joey por completo—. Dime. ¿Sabes algo de Betty? Este es el segundo día consecutivo que no aparece. No quiero despedirla hasta saber que está bien.

—Ay, Cherry, no la despidas —dijo Dallas—. Sé que no puedes contar con ella, pero los clientes la adoran.

—¿Estaba hablando contigo? —exclamó la dueña.

—Hace un par de días que no hablo con ella —admitió Joey—. Pero tiene compañeras de habitación que la cuidarían si estuviera enferma. Puedo pasar a verla mañana.

La mirada de Cherry se dirigió de nuevo a la bailarina de más edad.

—Dallas, más vale que eso que tienes en la nariz sea polvo facial. Termina de prepararte y mueve el culo.

—No es solo mi culo lo que han venido a ver —replicó Dallas con astucia, pero se limpió la nariz y se levantó para guardar sus cosas en su armario. Antes de salir del camerino, agregó—: De verdad, chica, no sé cómo haces este trabajo sin meterte algo.

"Es fácil", pensó Joey. Terminó de maquillarse, se puso el vestido dorado y los tacones de aguja. Se estudió a sí misma en el espejo de cuerpo entero. Ruby le devolvió la mirada.

"Solo finjo ser mi madre".

CAPÍTULO 27

Paris no se da cuenta de que se ha quedado dormida en el sofá hasta que el timbre la despierta. Tarda unos segundos en recordar dónde está —¿en su casa?, ¿en la cárcel?, ¿en Toronto?—, pero entonces oye los gritos de los fotógrafos en la calle y se acuerda. En Seattle. Jimmy está muerto. Ella está acusada de homicidio. No tiene abogado.

El timbre suena de nuevo, seguido de lo que parece un puntapié. Sea quien sea, es persistente. Paris vuelve a probar la aplicación domótica en su móvil, pero la cámara en la puerta, junto con el resto, sigue sin funcionar. Se acerca a la puerta principal, mira por la mirilla, a la antigua usanza, y se prepara para que un periodista o un *paparazzi* la sorprenda con una cámara en la cara. Es Elsie.

Abre la puerta y se aparta enseguida cuando la mujer se abre paso. Detrás de ella, las cámaras destellan y se escuchan preguntas a gritos. Elsie lleva en las manos una caja de cartón, encima de la cual está su maletín, encima del cual hay una bolsa de comida de Taco Time. Una botella de vino sobresale de una bolsa que cuelga de su hombro.

—Buitres —exclama mientras cierra la puerta con el pie—. Ponle llave, rápido.

Paris cierra la puerta con llave y toma la bolsa de comida y el maletín antes de que puedan resbalarse.

Elsie deja la caja de cartón en el suelo.

—Esto estaba en la puerta. La correspondencia de Jimmy. La oficina de correos debe de haberla reenviado aquí.

Paris la mira con fijeza.

—Hola a ti también.

—Primero comamos, después hablaremos. —Elsie arranca la

bolsa de comida y su maletín de las manos de Paris y se dirige a la cocina—. Traje vino.

Paris observa la caja con la correspondencia de los fans de Jimmy, que parece tan insignificante en el suelo del vestíbulo. No le cabe duda de que contendrá otra carta de chantaje de Ruby. Su madre ya debe de saber que Jimmy está muerto, lo que significa que sabe lo de la herencia y que su hija ha sido acusada de homicidio en primer grado.

"La manzana no cae lejos del árbol, ¿verdad, mamá?".

* * *

Elsie y ella se sientan en la cocina y comen. La abogada se sirve un segundo vaso de vino antes de que Paris haya llegado a la mitad del primero. Recién cuando terminan los tacos, Paris se da cuenta de que Elsie está llorando, aunque no es un aullido angustioso que atraviesa el cuerpo, como el que había experimentado ella cuando llegó a su casa. El llanto de Elsie es como una lluvia constante que durará un rato.

Pero el dolor es el dolor, se exprese como se exprese.

—¿Te contó Jimmy alguna vez sobre nuestra fiesta de graduación? —La voz de Elsie está cargada de emoción.

—Lo único que me contó es que fueron novios en el bachillerato. —Paris le entrega una servilleta—. Supuse que habían ido juntos a la fiesta de graduación.

—En realidad, no fue así. —Elsie se enjuga las lágrimas—. La semana anterior tuvimos una gran pelea y rompimos. Alguien me había contado que lo habían visto coqueteando con Maggie Ryerson. Era una animadora de tetas grandes; ya conoces el tipo. Él lo negó, pero yo no le creí. Así que me dejó. Estaba devastada.

Paris se reclina en la silla y escucha.

—Pero no pensaba perderme la fiesta de graduación —continúa Elsie—. Así que le pedí a un chico llamado Fred, que sabía que estaba enamorado de mí, que me llevara. Cuando llegamos al gimnasio, ¿a quién veo? A Jimmy, con Maggie Ryerson.

Paris menea la cabeza.

—Bueno, eso fue una canallada.

—Me las arreglé para ignorarlo, traté de pasarlo bien. Pero, más

tarde, lo encontré merodeando en el vestíbulo. Maggie lo había plantado y él la había encontrado en el aparcamiento besándose con Angelo DeLuca, un chico al que los padres de ella odiaban. Maggie había utilizado a Jimmy como pantalla para poder estar con Angelo en el baile de graduación sin que sus padres se enteraran. Se lo merecía, pero no pude evitar sentir pena por él. Nos fuimos juntos de la fiesta y terminamos comiendo hamburguesas y bebiendo batidos en Dick's. Luego vinimos aquí, a Kerry Park, y nos sentamos a mirar las luces de la ciudad.

—¿Y Fred?

—Supongo que eso me convierte en una canalla también. —Elsie desvía la mirada—. Kerry Park siempre fue nuestro lugar favorito. Íbamos allí a hablar, a hacer planes, a soñar. Esa noche hacía frío y Jimmy me puso la chaqueta de su esmoquin sobre los hombros. De color azul, a tono con mi vestido, pero nos quedamos sin la foto de la fiesta de graduación. —Sonríe, con los ojos distantes—. Me preguntó si quería volver con él. Por supuesto, le dije que sí.

Paris siente una pequeña punzada de celos. No porque Elsie fuera la exnovia de Jimmy, que ya lo sabía, sino porque tenía con él algo que Paris nunca había tenido: historia. Había conocido a su esposo apenas hacía tres años. Elsie conocía a Jimmy desde hacía cinco décadas. Tenían cincuenta años de amistad, de risas, historias y bromas privadas que solo dos personas que han compartido tanto tiempo juntas pueden tener. Elsie había visto a Jimmy en todas sus encarnaciones, había estado junto a él en todos sus altibajos. Paris había sido la esposa de Jimmy, pero Elsie bien podría haber sido su alma gemela.

La pérdida… debe de ser insoportable. Paris había estado tan ocupada pensando en sí misma que no se había detenido a pensar en cómo debía de estar afectando a Elsie, que había querido tanto a su mejor amigo que había salido en defensa de su esposa cuando tenía todo el derecho del mundo de echarla a los lobos.

—Pero ahí no se acaba la historia —prosigue Elsie con una sonrisa triste—. El día después de la graduación, Jimmy me llamó y me dijo que iba a pasar por mi casa. Quería “hablar”. —Curva los dedos y dibuja comillas en el aire—. Y yo pensé: “Llegó el momento. Me va a proponer matrimonio”. En esa época, era bastante común casarse después de terminar el bachillerato. Así que

lo esperé en el porche, con un vestido bonito y el pelo rizado: estaba lista. Me habían aceptado para entrar en Brown en el otoño y pensaba que, si nos casábamos, Jimmy podría venir conmigo a Rhode Island, ya que no tenía planeado ir a la universidad.

—Entonces, él llega en la vieja camioneta de su padre y veo que la parte trasera está cargada con sus pertenencias. Sale del coche, se acerca a mí y me dice: "Me voy a Los Ángeles, nena". Así sin más. Al principio, entendí mal y le pregunté cuándo iba a volver. Dijo que no iba a volver. Había venido a despedirse. "La próxima vez que me veas, estaré en *The Tonight Show*", añadió. El muy hijo de puta me rompió el corazón.

—Ay, Elsie —se lamenta Paris.

—¿Y puedes creerlo? Diez años más tarde, allí estaba, improvisando con Johnny Carson, tal y como había dicho que sucedería. El muy hijo de puta. —Una risita—. Sí, Jimmy podía ser un verdadero imbécil. Tenía esa visión con respecto a cómo quería que fuera su vida, y si algo se interponía en su camino, podía ser muy cruel. Era sumamente egocéntrico, por eso ninguno de sus matrimonios duró y todas sus exesposas lo odiaban. Y por eso a veces yo también lo odiaba. Pero no puedo echarle la culpa de todo. Yo resolvía sus problemas porque quería. Viajaba adondequiera que me necesitara para arreglar sus desastres, me disculpaba en su nombre. Sabía que había momentos en los que me utilizaba para rellenar un hueco, algo que hacer mientras trabajaba para la siguiente gran cosa que no me incluiría.

Elsie se vuelve otra vez hacia la ventana.

—Y, entonces, algo cambió. Tocó fondo. Se desintoxicó. Anunció que se retiraba y volvió a vivir aquí. Y las cosas esta vez eran diferentes. Él era diferente. Estaba más tranquilo. Arrepentido. Sensible. Iba a terapia y estaba esforzándose de verdad. Empezamos a acercarnos de nuevo… mucho. Pensé que tal vez, por fin. —Mira directamente a Paris, que capta el significado, alto y claro—. Pero, entonces, te conoció a ti.

Paris no sabe qué decir. Desde luego, no sabía nada de esto, porque Jimmy nunca se lo había contado. Desde el día en que habían tomado un café después de la clase de yoga, tres años atrás, Jimmy se había empeñado tanto en perseguirla que ella nunca se había planteado la posibilidad de que alguien más estuviera siendo

atropellado en el proceso. Esto explicaba en gran parte la forma en la que Elsie la había tratado cuando se habían conocido.

Lo explicaba todo, en realidad, y Paris se hundió en la silla.

—Me alegra que sus últimos años fueran felices. Hasta el final, al menos. Te amaba de verdad. —Elsie palmea la mano de Paris—. Como sea, esa fue mi larga introducción para decirte que ya no puedo ser tu abogada.

Paris levanta la cabeza.

—Espera. ¿Qué?

—No te asustes, he hecho algunas llamadas. —Elsie termina su vino—. Un abogado llamado Sonny Everly vendrá mañana a las once. Es un excelente penalista con veinte años de experiencia en juicios.

—De acuerdo —conviene Paris con lentitud—. Lo entiendo. Fuiste leal a Jimmy al ayudarme, pero es obvio que si crees que existe la más mínima posibilidad de que yo lo haya hecho…

—No es por eso. —Elsie deja su vaso y la mira a los ojos—. La razón por la que le pedí a Sonny que interviniera es porque estoy demasiado fuera de práctica. No manejé la audiencia de lectura de cargos tan bien como debería haberlo hecho. El testamento nuevo me tomó de sorpresa y eso ocurrió porque estoy demasiado involucrada en la situación. Es lo primero que habría verificado cualquier abogado, pero a mí ni siquiera se me ocurrió que Jimmy buscaría otro abogado para redactar un testamento nuevo. Se me pasó por alto, lo que significa que debería mantenerme lejos de los casos penales. Estarás en excelentes manos con Sonny.

—¿Sonny me habría conseguido una fianza más baja?

—Es probable que no, pero.

—Entonces, hiciste tu trabajo, Elsie —le asegura Paris—. Y te lo agradezco. Pero no estoy segura de que pueda pagarlo. Ya utilicé casi todo para la fianza y nunca lo voy a recuperar. —Observa el círculo de brillantes rosados en su mano izquierda—. Supongo que podría vender mi anillo de bodas. Y también el Tesla, ya que puedo usar el coche de Jimmy.

—Yo le voy a pagar a Sonny —responde Elsie—. Me lo devolverás cuando te absuelvan. Una advertencia oportuna, sin embargo: el tipo es un verdadero cabrón. Pero eso es lo que necesitas. Necesitas a alguien que no tenga miedo de meterse en el

fango y resolver las cosas a puñetazos, y parece que yo he olvidado cómo hacer eso fuera de los litigios.

—Gracias —dice Paris—. Si tú confías en él, yo confiaré en él.

—También llamé al abogado que redactó el último testamento de Jimmy y le pedí una copia. Su bufete tiene una reputación impecable. El testamento es válido.

—Eso es una mala noticia para mí. —Paris se hunde más en la silla—. Todo ese dinero me hace parecer más culpable que el carajo. ¿Y de qué sirve ser rica si voy a pasar el resto de mi vida en una celda de tres por tres?

—Dime algo —dice Elsie—. ¿Recuerdas que en el tribunal Salazar insinuó que el consumo de drogas de Jimmy podría haber sido algo aislado? Tengo que preguntarte si Jimmy se estaba drogando de nuevo.

Paris suspira.

—Zoe me acaba de contar que lo sorprendió una vez durante una grabación del segundo programa especial. Jimmy le prometió que sería la única vez, para sobrellevar esa última parte de la presentación. Zoe nunca me lo contó porque él le pidió que no lo hiciera, y, por supuesto, ella era leal a Jimmy. —Baja la mirada—. Me avergüenza admitir que nunca me di cuenta.

—Que no te avergüence. Jimmy tenía décadas de experiencia en ocultar su adicción. —Elsie frunce el ceño—. ¿Cuándo hablaste con Zoe?

—Ayer. Vino y se disculpó por no haberme dado el beneficio de la duda. Me sorprendió; es una persona muy dulce cuando no se pone molesta.

—No le creo. —La voz de Elsie es firme—. Estaba demasiado apegada a Jimmy. ¿Qué jefe le deja a una asistente cinco millones de dólares en su testamento? Estoy empezando a preguntarme si ella fue la razón por la que Jimmy lo cambió. Piénsalo: Zoe pasaba más tiempo con él que cualquiera de nosotras. ¿Cómo es posible que no se diera cuenta de sus lapsus de memoria? En lo personal, creo que ella sabía que algo andaba mal y lo encubrió.

Paris considera esto por un minuto. La relación entre Zoe y Jimmy *era* un poco intensa. Su asistente sabía mejor que la mayoría lo mucho que él había luchado contra su adicción y sus problemas de salud mental. Incluso consumir una vez era peligroso, y, si de

verdad se preocupaba por su jefe, lo mejor que podría haber hecho era hablar.

Una sensación de malestar invade a Paris. ¿La habría embaucado Zoe ayer?

Elsie introduce extrae del maletín un documento impreso con al menos dos docenas de páginas. Lo hojea y se detiene en un párrafo resaltado. Señala la página con una uña pintada de color coral.

—Lee esto.

Es el testamento de Jimmy. Paris lee con atención el párrafo que establece que Zoe Moffatt heredará cinco millones de dólares.

—Bueno —le dice a Elsie—. Eso ya lo sabíamos.

Elsie vuelve a pasar las páginas hasta llegar a otro párrafo resaltado.

—Ahora lee esto.

Parece ser la sección del testamento en la que se detallan las participaciones empresariales de Jimmy, y gran parte de ella está redactada en una jerga legal que a Paris le cuesta descifrar. Tiene que leerla tres veces antes de entenderla, y cuando por fin lo hace, se queda con la boca abierta.

Zoe Moffatt heredará el veinte por ciento de todas las ganancias de Jimmy derivadas del contrato con Quan.

—El fiscal montó un gran espectáculo cuando le contó a la sala cuánto dinero recibirías como esposa de Jimmy —precisa Elsie—. Pero nunca mencionó nada sobre lo que Zoe recibiría además de sus cinco millones. Salazar sabía que eso enturbiaría las aguas y no quería decir nada que alejara el protagonismo de ti, la principal sospechosa.

La abogada se inclina hacia delante.

—Todo el mundo sabe que el acuerdo con Quan valía treinta millones. El veinte por ciento de eso es…

—Seis millones. —Paris sigue escudriñando el párrafo—. Y Zoe habría recibido otro veinte por ciento por el tercer especial, si lo hubiera habido. Pero, incluso sin él, se embolsará once millones de dólares.

Eso era un montón de dinero para alguien que, según sus propias palabras, no había hecho demasiado porque había sido Quan quien había buscado a Jimmy, y se había limitado a hacer las “tareas normales de una asistente”.

—¿Qué le dejaba Jimmy en el testamento original? —pregunta Paris con voz débil mientras se esfuerza por procesar todo.

—Ni un centavo. —La expresión de Elsie es sombría—. Mira, no estoy diciendo que ella lo mató, porque no creo que nadie lo haya hecho. Al igual que tú, creo que Jimmy se suicidó. Pero Zoe es la que se aseguró de que te arrestaran. Hacerte parecer culpable de homicidio es una forma eficaz de distraer a la gente para que no sospeche que tal vez fue ella quien consiguió que Jimmy cambiara el testamento.

—Pero se disculpó —exclama Paris con asombro—. Parecía arrepentida en serio.

Se queda reflexionando durante un momento, cuestionando cada segundo de su conversación con Zoe del día anterior.

—¿Y ahora qué? —aventura por fin.

—Ahora vas a descansar un poco —responde Elsie con vivacidad —. Volveré por la mañana para tu reunión con Sonny.

—Pensé que ya no eras mi abogada.

—No lo soy. —La mujer mayor se pone de pie y Paris la sigue hasta la puerta principal—. Estaré aquí para asesorarte. Como amiga. Y, como tu amiga, voy a recordarte que debes ser completamente honesta con Sonny acerca de todo, lo más transparente posible.

Hay otra ronda de *flashes* cuando Elsie sale de la casa. Paris cierra la puerta y se apoya contra ella.

¿Transparente? ¿Cuándo ha sido ella transparente en su vida?

* * *

La carta más reciente de Ruby no está escrita en papel color lavanda ni fue enviada desde Sainte-Élisabeth, Quebec. Esta llega en un sobre blanco simple, y la dirección del remitente es en Maple Sound, Ontario, lo que significa una cosa.

Ruby Reyes es, oficialmente, una mujer libre.

Querida Paris:

Mis más sentidas condolencias por tu pérdida reciente y mis más sinceras felicitaciones por tu nuevo patrimonio. A la luz de las recientes circunstancias, creo que diez millones sería

ahora la cantidad apropiada. Mis datos bancarios están incluidos más adelante.

Te alegrará saber que por fin encontré tu urna. Había supuesto que tu tita Flora la habría colocado en un lugar de honor, pero parece que no tiene los más gratos recuerdos de ti. En cualquier caso, cuando reciba el dinero, esparciré tus cenizas en el lago con mucho cariño para que puedas descansar en paz para siempre.

Por cierto, ¿mataste a tu esposo? Puedes decírmelo. Guardaré tu secreto. Estoy encantada de guardar todos tus secretos, siempre y cuando se me recompense de forma adecuada.

Saludos cordiales,

Ruby

P. D. Cada noche, cuando oigo croar a las ranas en el estanque, me imagino prendiendo fuego a todo el lugar. Tú eres la experta. ¿Cuál es la mejor manera de hacerlo?

Ruby tiene razón en algo. Paris es buena prendiendo fuego.

Esta vez, lleva la carta a la cocina y enciende la hornalla de gas. Acerca la esquina del papel a la llama azul y mira cómo se enciende: el fuego devora las palabras de su madre en segundos.

La primera vez había pedido un millón. Luego fueron tres millones. Ahora son diez. Diez millones de dólares. Ridículo, pero en realidad no lo es. Ruby no tiene nada que perder con pedirlos. Y Paris tiene todo que perder si no descubre qué hacer con esto, y pronto.

Justo antes de que la carta le chamusque los dedos, la deja caer en el fregadero, donde arde hasta que lo único que queda son pequeños trozos de papel quemado.

Si se hubiera dado más tiempo para pensar en eso hace diecinueve años, podría haber manejado a Mae de otra manera, haber ideado un plan diferente, haber elegido un camino distinto.

Pero, a veces, la única manera de empezar de nuevo es reducir todo a cenizas.

CAPÍTULO 28

—Joey.

Nadie en el Cherry la llamaba por su verdadero nombre, y la música estaba tan alta que creyó haber escuchado mal. Aparte de Cherry, Chaz y Mae, la mayoría de la gente allí ni siquiera conocía su verdadero nombre.

—Joey —repitió la voz, y el sonido flotó en la oscuridad del pasillo—. Aquí, Joey.

Esta vez la oyó sin ninguna duda, y cuando se giró, vio al novio de Mae apoyado en la pared cerca del camerino. Joey acababa de terminar su rutina en el escenario y necesitaba ir al baño de nuevo antes de subir al vip para atender a la despedida de soltero. Oportunidades del Salón del Champán, noche de mucho dinero.

—Vinny —dijo, sorprendida—. No puedes estar aquí atrás. Es solo para el personal.

—Shhhh. Me colé, no le digas a nadie. —Vinny esbozó una sonrisa infantil.

Joey se acercó para poder escucharlo mejor y, una vez más, se asombró de lo difícil que era equipararlo con el gánster que sabía que era. Es que era tan pequeño… Con sus tacones de quince centímetros, Joey lo miraba desde arriba.

—Estoy buscando a mi chica —explicó Vinny—. Me asomé al camerino, pero no la vi. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

—No se presentó a trabajar esta noche —respondió Joey—. Cherry no está muy contenta. ¿Tampoco sabes dónde está?

—Estuve llamándola y le dejé mensajes, pero no me respondió. Estoy empezando a preguntarme si tal vez me dejó y se olvidó de avisarme. —Vinny volvió a sonreír, lo que pareció fuera de lugar, teniendo en cuenta lo que acababa de decir—. ¿Sabes si está viendo

a alguien más?

—Por supuesto que no —aseguró Joey enseguida. La sonrisa de él la estaba poniendo nerviosa—. Ella te quiere, Vinny. Pero ahora me has dejado preocupada. ¿Te parece que llamemos a alguien?

—¿A quién? —preguntó él—. Sabes que no tiene familia.

La mano de él le rozó el brazo y ella tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no apartarse. Su sonrisa no solo la incomodaba, sino que empezaba a asustarla. Conocía esa sonrisa; la había visto demasiadas veces.

Era la sonrisa que esbozaban los monstruos cuando fingían no ser monstruos.

—Quizá puedas ayudarme, Joey —continuó—. Hace unos días le di algo a Mae para que lo guardara y ahora lo necesito de vuelta. Digamos que esta misma noche. ¿Se te ocurre algún lugar en el que pueda haberlo escondido?

—Lo siento, no tengo ni idea. —Joey miró a su alrededor con la esperanza de que alguien conocido anduviera cerca, pero estaban solos en el oscuro pasillo—. Eh… tengo que volver al trabajo o Cherry se enfadará.

—Por supuesto. Lamento molestarte en una noche tan movida. —Vinny se volteó, pero antes de que ella pudiera exhalar, volvió a girarse, como si se le acabara de ocurrir algo—. Ey. Sé que dijiste que no está viendo a nadie más, pero tú no me mentirías, ¿verdad, Joey? No me gusta que la gente me mienta. Sé que ustedes dos hablan.

Esa sonrisa de nuevo. Ella hizo su mejor esfuerzo para sonreír también.

—Te lo prometo, Vinny. Mae nunca te engañaría. Sé lo mucho que te ama.

Pero la verdad era que Joey no lo sabía. Como la mayoría de las chicas de su edad, Mae se deshacía en halagos hacia su novio o se quejaba de él. La diferencia era que Vinny era capaz de una violencia extrema. Joey no lo había entendido del todo hasta este momento. Cada parte de su cuerpo estaba en alerta máxima. Esta conversación tenía que terminar, y rápido.

—¿Sabes qué? Tal vez deberíamos llamar a alguien —sugirió—. A la policía, quizá. Podríamos hacer una denuncia de desaparición.

Al oír la palabra “policía”, Vinny dio un paso atrás.

—No, no creo que tengamos que ir tan lejos. Solo dile que me llame, ¿de acuerdo? Necesito que me devuelva lo que le di. Ella sabrá a lo que me refiero. —Su sonrisa no flaqueó—. Feliz Año Nuevo, Joey. Si alguna vez quieres ganar dinero de verdad, avísame y te ayudaré.

Una ráfaga de aire frío barrió el pasillo cuando Vinny salió por la puerta trasera, que seguía sin vigilancia. Joey se apoyó contra la pared para tranquilizarse. Le temblaba todo el cuerpo. Había un teléfono público en el camerino; tenía que llamar a Mae y avisarle que su novio la estaba buscando. Lo que fuera que Mae tuviera que le pertenecía a Vinny, tenía que devolvérselo. Ya mismo.

Entró en el camerino y se detuvo en seco.

Todas las puertas de los armarios estaban abiertas y los contenidos esparcidos por el suelo. Habían forzado las cerraduras.

La intuición no le había fallado. Joey había aprendido hacía mucho tiempo que cuando su sentido arácnido se despertaba, los villanos andaban cerca.

* * *

Después de dejarle a Mae un mensaje en el contestador automático de su casa y otro en su móvil, Joey se dirigió al piso de arriba, tratando de mentalizarse. Un pedido vip era un asunto importante.

El Golden Cherry tenía tres secciones, lo que esencialmente significaba que había tres niveles de precios. La mayoría de los clientes del Cherry pasaban las noches en la planta baja, donde veían los espectáculos en el escenario y disfrutaban de la atención de las chicas que trabajaban en la sala. Allí era donde la mayoría de las bailarinas eran asignadas en una noche cualquiera y su objetivo era atraer a los clientes para que compraran un baile erótico. No se permitía la desnudez total en la planta baja, así que si un cliente quería un baile en su mesa, la bailarina se detenía antes de quitarse la tanga. Si el cliente quería ver lo que había debajo de la tanga, tenía que ir a una zona designada en el fondo de la sala. Los bailes eróticos costaban diez dólares por canción, y se alentaban las propinas. Nada en el Cherry era gratis, y las reglas estaban expuestas en todas partes:

PROHIBIDO TOMAR FOTOS O GRABAR VIDEOS
PROHIBIDO TOCAR A LAS BAILARINAS
MÍNIMO DE DOS BEBIDAS POR HORA

Las reglas eran diferentes en la sala vip, que quedaba en la planta superior del club. La consumición mínima de cincuenta dólares iba directamente a la cuenta del bar y las bebidas y el servicio eran mejores. Los bailes eróticos se hacían en cabinas semiprivadas situadas a lo largo de la pared lateral y se permitían las caricias, pero solo por parte de la bailarina, solo por encima de la ropa y solo si ella se prestaba a hacerlo. Se esperaba que los clientes dieran propinas. Cuanto más pagaba el cliente, más tiempo se podía quedar y más podía ver.

En el fondo de la sala vip, se destacaba una cortina de terciopelo con un cartel de neón púrpura que rezaba "Salón del Champán". Un guardia custodiaba el lugar en todo momento, y por doscientos cincuenta dólares, se atravesaba la cortina y se entraba en una sala ovalada con escenario propio y un caño justo en el centro. Una docena de cabinas privadas se alineaban en el perímetro, cada una con un sofá y una cortina que se cerraba completamente. En el Salón del Champán no había reglas y todo lo que ocurría en una cabina del Champán era una negociación entre la bailarina y su cliente. No era raro que una chica ganara de dos a cinco mil por noche allí. Pero, para ganar tanto, había que estar dispuesta a hacer cosas… extra.

Al principio, Joey se había horrorizado al enterarse de las cosas que ocurrían detrás de las cortinas de terciopelo. Pero cuanto más tiempo trabajaba en el Cherry, menos importante le parecía todo. No tenías que hacer nada que no quisieras, y si alguna vez te sentías incómoda —o cambiabas de opinión—, un botón rojo en la cabina te permitía llamar al gorila que estaba fuera.

Ayudaba tomar unos tragos antes con el cliente. Algunas chicas, como Dallas y Mae, se drogaban. Joey no necesitaba alcohol y nunca se drogaba.

Todo lo que necesitaba era ser Ruby.

Su primera vez en una cabina del Champán había sido con un señor mayor.

—Te pagaré cien si me dejas tocarte donde yo quiera —le había propuesto el sujeto.

—De acuerdo —había accedido ella.

—Te daré doscientos si tú me tocas a mí donde yo quiera —había ofrecido él tres canciones más tarde.

—Lo siento, no.

—Trescientos.

Ella había negado con la cabeza.

—Quinientos.

Quinientos dólares. Joey tenía que pagar el alquiler. Comida. Internet. El teléfono. El pase de autobús. Ropa. Y un escondite lleno de efectivo al que añadía dinero todas las noches cuando llegaba a casa del trabajo. Su vida no sería así para siempre. Su vida era así solo por ahora. Y cuanto más ganara, más rápido podría llegar adonde fuera que estuviera su destino.

Había dicho que sí, y había cerrado los ojos, dejando que Ruby se hiciera cargo. Ruby siempre sabía qué hacer. Para cuando el cliente había llevado la mano de ella adonde él quería, la mente de Joey ya estaba en otro lugar. Estaba en la cima del monte Everest. En una colina cubierta de hierba, mirando las estrellas. Estaba en la playa, en un día caluroso, con la arena entre los dedos de los pies y el sol en la cara, en algún lugar donde la querían, en algún lugar donde estaba segura, en algún lugar donde era libre.

Aquella noche había ganado mil dólares con ese único cliente. Se había sorprendido de lo fácil que había sido. Porque a oscuras, no importaba.

A oscuras, no sucedía.

* * *

Joey vio al tipo con la estúpida corona dorada un segundo antes de que él la viera a ella, y cuando sus ojos se encontraron, él la saludó con la mano. Sí, el mismo idiota de afuera. Con una sonrisa falsa en la cara, Joey se acercó a la mesa. Contó siete de ellos, no mucho mayores que ella, tal vez de unos veinticinco años como máximo. Le habían dicho que serían ocho, así que faltaba uno.

El tipo de la corona dorada debía de ser el que se casaba, de modo que Joey centró su atención en él.

—Salve, rey —exclamó, y los jóvenes de la mesa se rieron.

—Sabía que eras preciosa debajo de ese gran abrigo, muñequita

china. —La voz fuerte de Corona Dorada se elevó con facilidad por encima de la música mientras sus ojos se deleitaban con su cuerpo. Se dio una palmadita en los muslos—. Ven, siéntate en mi regazo.

—No se va a sentar encima de ti así como así, amigo —señaló el que estaba a su lado mientras ponía los ojos en blanco—. Tienes que pagarle primero.

Joey le dio un golpecito a la corona.

—Me han contado que mañana es tu gran día —dijo.

—Diablos, no —respondió el joven con una sonrisa—. El invitado de honor fue a hacer una llamada telefónica. ¿Cómo te llamas, muñequita china?

—Me llamo Ruby —dijo Joey—. Y, por un buen precio, te dejaré pulir mi gema.

Esto provocó varias carcajadas. Era una frase muy estúpida, pero nunca fallaba.

—Soy Jake —dijo el muchacho, y luego procedió a presentar a los demás alrededor de la mesa. Era absolutamente innecesario, no solo porque a ella no le importaba, sino porque jamás se acordaría. Para cuando Jake regresó al punto de partida, Joey ya había olvidado su nombre.

Fleur, una de las camareras de la sala vip, llevó una bandeja de chupitos.

—¿Pidieron diez? —preguntó uno del grupo. Sus ojos vidriosos observaron mientras Fleur los dejaba sobre la mesa; hablaba con dificultad y arrastraba las palabras—. Pero si somos solo ocho. —"Si somos sooolo oyo".

—Eso es porque estos dos son para las damas.

Jack —¿o era Jake?— entregó a Joey y a Fleur sus respectivos chupitos y luego miró alrededor de la mesa con una sonrisa.

—Fondo blanco, hijos de puta.

Joey intercambió una mirada con Fleur, quien se encogió de hombros y se tomó el suyo de un trago como si nada. Joey hizo lo mismo, y el líquido le quemó la parte posterior de la garganta. El *whisky* le daba asco. El sabor y el olor le recordaban a tito Micky.

Pero esos eran los recuerdos de Joey, y Joey no estaba allí aquella noche.

Se inclinó sobre Jack —o Jake—, con los pechos casi descubiertos a la altura de la cara del joven.

—¿Qué tal un baile privado mientras esperamos a tu amigo? —susurró.

—No tan rápido, nena —contestó él con una sonrisa—. Primero quiero ver la mercadería.

Extrajo su portamonedas y, con un gran alarde, sacó un billete de veinte. En todos los grupos había un tipo que quería presumir delante de sus amigotes. Joey tomó el billete de veinte y enarcó una ceja.

—Por esto ni siquiera me quito el vestido, cariño.

Todos en la mesa se rieron mientras Joey le sostenía la mirada. Era un desafío tácito, y todos lo sabían.

Jake reemplazó el billete de veinte por uno de cincuenta.

—¿Y qué harías por esto?

Ella le sonrió justo cuando la canción cambió. Empezó a sonar *Kiss*, de Prince, lo cual era perfecto, porque no solo tenía el tempo adecuado, sino que apenas duraba tres minutos y medio.

"Que empiece la función".

Sin dejar de mirar a Jack, o a Jake, empezó a mover su cuerpo. Sabía que no era la mejor bailarina —Cherry se lo había dicho durante su audición—, pero se había esforzado mucho por mejorar durante el último año. En cualquier caso, no importaba demasiado. Había mujeres desnudas por todo el club y cualquiera de ellas se movía muy bien. Lo que te volvía especial, lo que hacía que el cliente quisiera más, era cómo lo hacías *sentir*.

Y esa era la especialidad de Ruby.

Los gritos y vítores fueron fuertes al principio, pero se fueron desvaneciendo a medida que Ruby tomaba el control. La mente de Joey empezó a divagar. Se recordó que volvería a tratar de contactarse con Mae durante el descanso, siempre que tuviera un descanso esta noche. Cherry se había enterado del robo en los armarios, pero no había querido llamar a la policía para no asustar a los clientes en una noche de recaudación abultada. Sintió la mano de Jack, o Jake, en su muslo y la apartó con aire distraído. "Buen intento, imbécil. No por cincuenta dólares".

Se quitó el vestido y colocó la tela dorada alrededor de su cuello como si fuera una bufanda mientras los jóvenes gritaban. A continuación, se quitó el sujetador y lo arrojó sobre la mesa; tres de los chicos se lanzaron enseguida a tomarlo. Luego recogió el último

chupito de *whisky*, el que estaba destinado al chico que se iba a casar al día siguiente y que ni siquiera estaba allí. Lo vertió sobre sus pechos y frotó el líquido en los pezones desnudos.

—Dios mío —oyó decir a alguien—. Qué calentura.

Joey miró a los ojos a Jack, o a Jake, y se deslizó la lengua por el contorno del labio superior. Jake tenía las pupilas muy dilatadas, parecían uvas pasas, lo que le recordó a Joey que tenía que comprar comida. Entonces, se quitó la tanga y quedó completamente desnuda, excepto por el collar y los tacones. Podía ver la erección de Jack, o de Jake, que se tensaba contra la entrepierna de sus *jeans*, y giró de espaldas para no tener que mirarla. Con lentitud —porque todo tenía que hacerse con lentitud— se inclinó hacia adelante hasta que su cabello tocó el suelo y pudo tomarse de los tobillos. Suspiró con placer cuando el colgante de su collar le golpeó la barbilla; era un excelente estiramiento de los isquiotibiales. Por sugerencia de Cherry, había empezado a practicar yoga para mejorar su fuerza y flexibilidad, y era increíble la cantidad de movimientos de *striptease* que en realidad eran movimientos de yoga. En este preciso momento, estaba practicando una *prasarita padottanasana*, o flexión hacia adelante de piernas separadas, excepto que estaba desnuda y con el culo en la cara de alguien.

Detrás de ella, podía sentir las manos de Jack, o Jake, tocando suavemente su trasero, pero esta vez decidió permitirlo, ya que la canción de Prince estaba a punto de terminar. Cuanto más excitado estuviera, más querría ir al privado. Comenzó a incorporarse con un movimiento ondulante, involucrando tanto las piernas como los abdominales para mantener la sensualidad. Hacer esta maniobra sobre una colchoneta en la clase de yoga era de por sí bastante difícil, y ni hablar sobre el suelo duro, con un chupito de *whisky* encima y tacones de aguja.

En cuanto se enderezó del todo, lo vio.

Salía del pasillo donde estaban los baños, tan alto y delgado como siempre, con el mismo andar familiar y el móvil Nokia azul en una mano. A pesar de la poca luz, Joey se dio cuenta de que lucía diferente. Ya no tenía trenzas ni barba de candado; ahora iba bien afeitado y con un sencillo corte de pelo rebajado. El pelo más corto marcaba aún más las facciones de su rostro. Las gafas también eran

nuevas, rectangulares y estilosas.

No había la más mínima duda: era Drew.

Su primer instinto fue correr, esconderse o arrojarse debajo de la mesa, cualquier cosa para que él no la viera. Pero sus pies no se adelantaron, la cabeza no se movió y las manos no cubrieron su cara. Lo único que pudo hacer fue quedarse allí, desnuda, con los pechos todavía mojados por el *whisky*, completamente paralizada.

Y entonces él la vio.

El reconocimiento impactó en el rostro de Drew y su mirada se deslizó de los ojos de ella a los pechos, la entrepierna, el tatuaje nuevo en el muslo que veía por primera vez, para luego volver a subir. El reconocimiento se convirtió en estupor y el estupor se transformó en confusión. Si en ese instante se hubiera abierto un agujero en el suelo, Joey se habría arrojado dentro de él con mucho gusto. Porque cualquier cosa era mejor que la forma en la que Drew la estaba mirando en ese momento.

La estaba viendo, y no había adónde ir, ni forma de retroceder.

La música estaba demasiado fuerte para que ella pudiera oírlo pronunciar su nombre, pero sus labios formaron la palabra "Joey" y eso fue suficiente para traerla de regreso. Así como así, Ruby desapareció, y allí estaba Joey, desnuda en un club de *striptease* y abrumada por una vergüenza dolorosa e insoportable. Se sentía como en uno de esos sueños de ansiedad en los que una creía estar vestida y de pronto se daba cuenta de que estaba desnuda en medio de una habitación llena de gente.

Excepto que esto estaba sucediendo de verdad, mierda, y no había despertar posible. Joey había creado su propia pesadilla.

Un par de amigos de Drew le hablaron y le indicaron que se sentara. Alguien le sirvió una cerveza de una de las muchas jarras que había sobre la mesa. Por fin tomó asiento, pero apartó la cerveza. Otra persona le dio un golpe en el hombro, agitó un billete de veinte y señaló a Joey. Drew negó enfáticamente con la cabeza. No, no quería un baile erótico. O quizá, para ser más exacto, no quería un baile erótico de ella.

Jack, o Jake, rodeó la cintura de Joey por detrás en un abrazo demasiado apretado. Cualquier otra noche, Joey no lo habría tolerado, pero mientras miraba al otro lado de la mesa a la persona que más amaba en el mundo, no estaba segura de que sus rodillas

no fueran a aflojarse. Se sentía mareada. Con náuseas. Le zumbaban los oídos. Le dolía el estómago.

—Vamos al Salón del Champán, nena —le susurró Jack, o Jake, al oído. Joey podía sentirlo presionando contra ella—. Necesito estar a solas contigo.

Ella abrió la boca para decir que no, porque estaba claro que no podía hacerlo, no podía ir con uno de los amigos de Drew al maldito Salón del Champán mientras Drew no le quitaba los putos ojos de encima, pero no le salieron las palabras.

En cambio, asintió con la cabeza, atontada, y Jack, o Jake, la alejó del grupo en dirección a la sala con las cortinas y las cabinas de terciopelo, donde doscientos cincuenta era apenas el precio inicial para una botella de champán y mucho más. Mientras Jack, o Jake, rebuscaba en su portamonedas para pagarle al guardia, Joey echó una última mirada hacia atrás. Estableció un breve contacto visual con Drew antes de que este se quitara las gafas y desviara la mirada.

Comprendía lo que estaba sucediendo. Pero no quería verlo.

CAPÍTULO 29

En retrospectiva, Paris no cree que Drew tuviera la intención de avergonzarla cuando la llevó a su casa esa noche. Estaba sorprendido, incómodo y molesto, y aunque no expresó muy bien ninguno de esos sentimientos, eran comprensibles.

A diferencia de lo que estaba sucediendo ahora.

El nuevo abogado de Paris tiene más de cuarenta y cinco años, la cabeza afeitada, el cuello de un bulldog y unos bíceps del tamaño de balones de fútbol que parecen a punto de reventar las mangas de su camiseta Lacoste entallada. Paris se había quedado un poco boquiabierta cuando Elsie los había presentado; no había esperado que Sonny Everly fuera semejante pedazo de hombre.

Pero entonces habló.

Los tres están sentados en la mesa de la cocina, bebiendo el café que había preparado Paris y comiendo las donas que había llevado Elsie.

—Anda, Paris. Dime la verdad… ¿por qué te casaste con él? —lanza Sonny. No está contento con las dos primeras respuestas de ella—. Ningún jurado va a creer que amabas de verdad a ese tipo. Era casi treinta años mayor que tú, con un historial de adicción, y casi todo el mundo lo consideraba un idiota. Para cuando lo conociste, ya era oficialmente una sombra de lo que había sido. El jurado tiene que entender la relación para poder sentir empatía por ti.

—Estaba retirado cuando nos conocimos, y no conozco esa versión de Jimmy que acabas de describir. —Paris tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Es consciente de que eso la hace parecer a la defensiva, pero por el momento, no le importa.

—Un carajo. Viste un seguro de vida y lo tomaste. O tienes

problemas sin resolver con tu papito. Tal vez percibiste que estaba perdiendo la cabeza y pensaste que no tendrías que esperar mucho tiempo para convencerlo de que destruyera el acuerdo prenupcial.

—Vete a la mierda —replica Paris con tono furioso.

Se vuelve hacia Elsie. La mujer no tiene precisamente una personalidad amable, pero comparada con Sonny, parece la directora de un crucero. Elsie se encoge de hombros con ligereza. "Te avisé".

—Nada de eso —agrega—. Empezamos como amigos y nos hicimos más cercanos. Nos gustábamos y nos respetábamos.

—¿Tenían sexo?

Paris se ruboriza. Vuelve a mirar a Elsie, que ahora se está quitando una pelusa invisible de la blusa. Una cosa era responder esta pregunta a, por ejemplo, Henry, que siempre estaba interesado en las actividades de alcoba de otras personas y quería saber todos los detalles. Pero Paris no se imagina discutiendo el tema con un hombre que acaba de conocer y una mujer que tal vez se había acostado con Jimmy más veces que ella.

—Teníamos una vida sexual normal —responde.

—¿Necesitaba él alguna ayuda farmacéutica para funcionar?

—¿Qué importancia puede tener eso? —exclama ella—. ¿Qué tiene que ver con que esté muerto?

—Tiene todo que ver. —Sonny se inclina hacia delante y la mira a los ojos—. Todo lo que tenga que ver con tu matrimonio muy anormal y efímero es pertinente. El fiscal va a desmenuzar tu vida y encontrará todas las formas en las que tu relación no era perfecta, y te va a pintar como una zorra infeliz y cazafortunas que asesinó a su anciano esposo por el dinero. Cuanto más me cuentes ahora, más me podré preparar para eso.

—Jimmy no era un anciano. Y yo no lo maté. Haz la próxima puta pregunta.

Sonny suspira y se vuelve hacia Elsie.

—¿No le hablaste sobre esto?

Elsie menea la cabeza.

—Nunca llegamos tan lejos.

Sonny se reclina en la silla, estira los brazos hacia arriba y entrelaza los dedos detrás de la nuca. Paris había leído una vez que esa era una postura de poder, algo que la gente —los hombres, por

lo general— hace de manera inconsciente para demostrar su dominio sobre las personas a su alrededor.

—No importa si lo mataste, Paris —precisa Sonny y, por primera vez desde que llegó, no suena del todo desagradable—. A los efectos de tu juicio, me importa un carajo si lo hiciste o no. Eso queda entre tú y tu Dios. Lo que importa es qué historia le podemos vender a un jurado para sembrar la duda razonable de que tú no lo hiciste. En el juicio, lo que importa es lo que el fiscal puede probar, y la carga de la prueba recae en él. Nico Salazar va a elaborar la narrativa más plausible para describirle al jurado por qué y cómo asesinaste a tu esposo.

—Y el trabajo de Sonny es refutar esa historia —interviene Elsie —. Señalará los agujeros, desacreditará a los testigos, tomará todas las pruebas que tenga la fiscalía y demostrará cómo se pueden interpretar de tres maneras diferentes. Pero si además tiene su propia narrativa sobre lo que pasó para venderle al jurado, mejor todavía.

—Entonces, ¿por qué no me dicen cuál creen que debe ser la historia? —Paris habla con los dientes apretados—. Mejor aún, díganme qué mierda quieren que diga y lo diré. Porque está claro que no basta con que les diga la verdad.

—Ahora lo estás entendiendo. —Sonny sonríe, exhibiendo una hilera de dientes muy blancos. Es una sonrisa de tiburón, si la hubiera—. Eso no significa que mintamos. Pero tenemos que empaquetar la verdad de forma que sea fácil de creer para el jurado.

—Entiendo —dice Paris—. Quieres reinterpretar la información para poder contar una historia totalmente diferente de lo que pasó.

—Bingo —exclama Sonny—. Sabía que eras más inteligente de lo que parecías.

“Vaya, cuánto músculo y condescendencia machista en un mismo imbécil”.

Sonny extrae varias carpetas de su maletín y las desliza hacia Paris.

—Necesito que mires con atención todo esto.

—¿Qué son?

—Informes policiales, hallazgos médicos, análisis forenses, fotos de la autopsia y de la escena del crimen —explica Sonny—. Todo lo

que el fiscal está usando para armar su caso contra ti.

—No quiero ver las fotos —afirma Paris.

—Qué pena. —Sonny hace crujir sus nudillos—. Es tu vida la que estamos tratando de salvar, y si quieres ayudarte, entonces, necesitas ver todo lo que Nico Salazar ve. Tienes que estar preparada. —Da un golpecito sobre la carpeta de arriba—. Empieza por esta.

Paris mira a Elsie.

—¿Tengo que hacerlo?

La otra mujer asiente.

—No te preocupes. Ya lo has visto en la vida real. Estas fotos te van a parecer mucho más… frías. Ya las revisé.

En este momento, Paris está molesta con los dos. Respira hondo y abre la carpeta.

Una cosa es ver a Jimmy en la tina durante un minuto o dos antes de golpearse la cabeza y desmayarse. Otra cosa es ver una fotografía iluminada del cadáver de su esposo en una tina llena de sangre y agua, en alta definición, desde múltiples ángulos, algunas en primer plano.

Aunque, como dijo Elsie, no es tan impactante como había esperado. Paris no había visto la herida donde la navaja de afeitar lo había cortado. La laceración en el muslo de Jimmy es pequeña, recta y limpia. Es una locura pensar que toda la esencia de su vida se escurrió por ese pequeño espacio. Y, a pesar de la mirada vacía, su rostro parece tranquilo en la foto, que no es como ella lo recuerda. Le ayuda mucho saber que murió en paz.

A diferencia de Charles.

A diferencia de Mae.

Mira todas las fotografías. Los investigadores de la escena del crimen fotografiaron absolutamente todo en el baño: las paredes, las toallas, hasta el contenido del tocador.

—Detente ahí —le pide Sonny cuando ella llega a una imagen del interior de una de las gavetas del tocador—. Explícame esto.

Paris observa la foto, sin estar segura de lo que el abogado le está pidiendo. Es obvio lo que son. Jimmy guardaba su pequeña colección de navajas de afeitar en la gaveta, y la imagen muestra tres de ellas alineadas cuidadosamente en sus estuches, encima de un paño de microfibra. Al otro lado de la mesa, Elsie parece

inquieta, como si supiera exactamente a dónde quiere llegar Sonny con esto.

—¿Por qué están las navajas de afeitar en el baño? —la interpela Sonny—. Según su historia médica, Jimmy tenía un temblor benigno en la mano derecha. Y, según tú, presentaba síntomas de demencia temprana. Entonces, ¿por qué, precisamente, estaban estas navajas muy afiladas, y sin duda mortales, en su gaveta?

—Nunca… nunca lo pensé. —Paris mira a uno y luego al otro—. Quiero decir, tenemos cuchillos en la cocina, un hacha en el cobertizo, una sierra en el garaje, una desbrozadora.

—Pero ninguna de esas cosas es para pasártela por la garganta —interrumpe Sonny—. ¿No te preocupaba que se olvidara de que ya no debía afeitarse con una navaja?

Paris empieza a entender lo que intenta plantear su abogado y se hunde en la silla. De hecho, eso era exactamente lo que había ocurrido la mañana en la que ella se había ido a Vancouver, y había derivado en una gran discusión. Ella había supuesto que Jimmy estaba siendo imprudente y testarudo, y que había roto su promesa de usar la afeitadora eléctrica que ella le había comprado. Jimmy había arremetido contra ella, furioso, diciendo que no quería que le dijeran lo que podía o no podía hacer. La había acusado de tratarlo como a un niño.

Pero ahora, mirando hacia atrás, se daba cuenta de que eso no era lo que lo había enfadado. Jimmy llevaba un año usando su afeitadora eléctrica sin protestar. Esa mañana, sin embargo, se había olvidado de cómo se suponía que tenía que afeitarse. Y la ira era siempre su reacción cuando se daba cuenta de que había olvidado algo. El enfado era su forma de ocultar el miedo que le producía estar perdiendo la memoria.

Paris había malinterpretado la situación por completo.

—El fiscal querrá saber por qué dejaste esas navajas de afeitar al alcance de la mano si de verdad pensabas que la pérdida de memoria de Jimmy se estaba convirtiendo en un problema. —Sonny la mira con intensidad—. Te hace parecer… indiferente. Y eso encaja con la imagen que Salazar intenta crear de ti, que Jimmy no te importaba en absoluto.

—Por supuesto que me importaba. —Paris se vuelve hacia Elsie con impotencia y luego otra vez hacia Sonny—. Pero no puedo

refutar lo que dices. No tengo ninguna excusa. Se me pasó por alto. "Tenía otras cosas en la cabeza".

—Se nos pasó por alto a todos —admite Elsie con firmeza y le aprieta el brazo—. Pero ¿qué importa eso si ella tiene una coartada? No olvidemos que si logramos probar que Paris no estaba cerca de la casa en el momento en que Jimmy murió, nada de esto será relevante.

Sonny se queda mirando a Paris un poco más y por fin desplaza su mirada hacia Elsie.

—¿Qué pasa con la patrulla fronteriza que quedó en enviarnos las imágenes con la hora de cuando ella cruzó de nuevo al país?

—Tuvieron problemas técnicos esa noche —explica Elsie—. El sistema colapsó y perdieron una hora de información sobre el cruce de la frontera. En este momento, no hay forma de saber si podrán recuperarla. La persona con la que hablé sugirió que ya había ocurrido antes. Nunca es importante hasta que… lo es.

—¿Y el oficial en el puesto no se acuerda de ella?

—Había dos oficiales cuando llegué —interviene Paris—. Estaban hablando entre ellos, tratando de arreglar el sistema.

—O sea, que todo lo que tenemos es tu palabra de que cruzaste a eso de… —Sonny consulta el informe policial que tiene adelante —. A medianoche, lo que significa que llegaste a tu casa alrededor de las dos.

—Había una fila en la frontera cuando llegué —precisa Paris—. Tardé una media hora en cruzar.

—De acuerdo. Entonces, llegaste a tu casa a las dos y media. Jimmy había tenido un evento benéfico esa noche en el Grand Hyatt, del que se retiró a eso de las nueve y llegó a tu casa, digamos, a las nueve y media. El forense estima que Jimmy murió en algún momento entre esa hora y la medianoche, pero Salazar se asegurará de que el jurado sepa que eso es una aproximación. —Sonny levanta la cabeza—. Tienes un sistema inteligente para la casa, ¿verdad? ¿Una aplicación que puede abrir y cerrar la puerta del garaje, activar la alarma de seguridad, ajustar la calefacción y el aire acondicionado, ver quién está en la puerta principal?

—Sí, hace todo eso —conviene Paris—. Pero en estos últimos días no funciona. Creo que hay que reconfigurarlo. Se suponía que Zoe se encargaría de eso.

—¿Y ese fin de semana funcionaba bien?

—No lo sé con certeza. Sí sé que la alarma no estaba puesta cuando llegué a casa, pero Jimmy no solía molestarse en activarla. Eso, o se olvidaba. Ambas cosas son igualmente probables.

—Tengo el mismo sistema en casa —interviene Elsie—. No es difícil de desactivar. Jimmy podría haberlo hecho por error.

—Déjame ver tu móvil —dice Sonny a Paris.

Ella lo desbloquea y se lo entrega. Parece un juguete en las manos enormes de Sonny, que toca la pantalla y a continuación frunce el ceño.

—¿Qué pasó con todos los informes de uso?

—No tengo ni idea —responde Paris—. Quizá se borraron cuando el sistema se desconectó.

—¿Dónde se almacenan los datos?

—¿Qué quieres decir con "almacenar"?

Sonny suspira.

—La aplicación hace un seguimiento del uso, ¿sí? Luego los informes se almacenan, se archivan, en otro lugar, como iCloud o Dropbox, para que no ocupen espacio en tu teléfono. ¿Dónde archiva los datos la aplicación?

—No sé —responde Paris—. Como dije, Zoe fue la que configuró todo.

—Ya has dicho ese nombre dos veces. Zoe Moffatt es la asistente de Jimmy, ¿verdad? —Sonny sostiene en alto el móvil de Paris—. ¿De quién es esta dirección de correo electrónico?

—De Jimmy —contesta Paris—. Pero Zoe tiene acceso porque ella fue quien le configuró esa dirección.

—¿Sabías que tú no eres la administradora de la cuenta? —pregunta Sonny—. Solo Jimmy lo era. O sea, en realidad, Zoe. Esto significa que ella puede borrar lo que quiera. Tú solo eres un usuario. No podrías desactivar tu propio sistema aunque quisieras.

Paris mira a Elsie y luego a Sonny de nuevo.

—¿O sea, que Zoe entró con los datos de acceso de Jimmy y borró los informes y los datos almacenados?

—Bingo.

Es la segunda vez que dice esa palabra. Paris contiene un gesto de exasperación.

—Pero ¿por qué Zoe haría algo así? —pregunta Elsie con el

entrecejo fruncido—. ¿Para incriminar a Paris?

—Bueno, esa es la pregunta de los cuarenta y seis millones de dólares. Se suponía que estarías en Vancouver todo el fin de semana, ¿verdad? —pregunta Sonny a Paris, y ella asiente con la cabeza—. Jimmy murió el sábado por la noche. Más allá de la causa de su muerte, nadie esperaba que estuvieras de vuelta en el país hasta el domingo por la tarde. La única razón que tendría Zoe para borrar los datos es para ocultar algo relacionado con *ella misma*. De lo contrario, no tiene sentido.

—Zoe trajo a Jimmy a casa después del evento de beneficencia —señala Paris—. Y, según ella, se fue directo a su casa después. Debió de irse alrededor de las nueve y media, tal vez nueve y cuarenta y cinco.

—Eso está dentro del rango de tiempo —afirma Sonny—. La policía tiene fotos de las cámaras de seguridad con su coche aparcado en la calle cerca de esa hora, pero podría haberlo traído a casa, haberlo apuñalado y haberse marchado.

—¿En serio vamos a sugerirle al jurado que Zoe mató a Jimmy? —Los ojos de Paris van de un abogado a otro—. ¿Aunque estemos bastante seguros de que no lo hizo?

—Es ella o tú —sentenció Sonny, y se encogió de hombros—. Si Zoe pudo haberlo hecho, entonces, habrá duda razonable en tu caso. Después de eso, dependería de Salazar armar un caso contra ella.

El abogado se reclina y evalúa a las dos mujeres.

—Pero déjenme preguntarles lo siguiente. ¿Por qué están las dos tan seguras de que fue un suicidio? ¿Por qué ninguna de las dos está dispuesta a considerar que tal vez alguien sí lo mató?

Es una pregunta lógica. Lo mejor que Paris puede responder es que tiene la sensación de que Jimmy se quitó la vida. Estaba lidiando con muchas cosas. La presión de la actuación. La pérdida de memoria. La recaída en las drogas. Y una esposa que pasó por alto todas las señales porque estaba concentrada en sus propios malditos problemas.

—Porque lo conocíamos —desliza Elsie en voz baja, respondiendo por ambas—. Es como que… encaja.

Paris solo atina a asentir con la cabeza.

—Bueno, sigamos —sugiere Sonny—. Hablemos de Vancouver.

Hay algunas lagunas durante tu tiempo allí que tenemos que llenar.

El corazón de Paris se acelera.

—¿Qué lagunas? Guardé todos los comprobantes y se los di a la detective Zucaritas.

Elsie resopla. Sonny parece desconcertado, pero ninguna de las dos mujeres ofrece una explicación.

—Cuéntame todo en detalle. —Sonny cierra la carpeta con las fotos de la escena del crimen y abre otra—. Acá puedo ver tu inscripción para la… ¿Convención y Exposición Internacional de Yoga? ¿De verdad existe algo así? ¿Qué haces? ¿Vas a mesas redondas que discuten diferentes variaciones de la postura del niño?

Paris no se molesta en responder.

—Bien, aquí tengo una copia del registro en el hotel, con tu firma, el jueves. Y aquí hay una copia del servicio de aparcamiento que confirma que tu coche estuvo en el garaje del hotel durante tres días y nunca se movió de allí. Puedo ver que te inscribiste en el evento, recibiste tu credencial de participante y cenaste en el hotel esa noche, y también el sábado, porque cargaste las dos cenas en la cuenta de tu habitación.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que nadie te vio durante todo el viernes —puntualiza Sonny—. Ninguno de los organizadores de la convención recuerda haberte visto en ningún momento de ese día. No presentaste ningún otro comprobante de comida.

—Comí fuera del hotel y pagué en efectivo —responde Paris—. Es mejor que usar las tarjetas de crédito porque la tasa de cambio es siempre alta.

—Y uno de los empleados del hotel cree haberte visto tomar un taxi el viernes por la mañana temprano. Te reconoció como la esposa de Jimmy Peralta porque, al parecer, se había corrido la voz de que ibas a asistir a la convención. La compañía de taxis confirmó que hubo un viaje desde el hotel Pan Pacific a la hora que el empleado dice haberte visto. El destino solicitado fue el aeropuerto. En ese momento, el taxista no te reconoció como la esposa de un famoso comediante, pero cuando se le pidió que describiera a su pasajero después del hecho, te describió a ti. ¿Por qué fuiste al aeropuerto, Paris?

—No fui al aeropuerto, Sonny. —Paris habla con tono

monocorde, sin demasiada rapidez ni demasiada lentitud, y sin demasiada emoción, y no añade nada más. Cuando se miente, ofrecer demasiada información es una señal delatora—. No sé quién era, pero no era yo.

—Eso es fácil de averiguar —comenta Elsie en dirección a Sonny —. ¿Hay imágenes de las cámaras de seguridad del hotel de esa entrada específica? ¿O una imagen del interior del taxi con la hora impresa? Al parecer, hubo mil ochocientos asistentes registrados ese fin de semana. Que no hayan visto a Paris no es lo mismo que no la recuerden.

—Parece que crees que volé a algún sitio —sugiere Paris a su abogado—. Puedes verificar esa información en el aeropuerto, ¿no?

—Esa parte es complicada. —Sonny parece disfrutar de este entrenamiento previo al combate y Paris empieza a darse cuenta de que tal vez lo ayuda a agudizar su enfoque—. El personal del hotel se mostró dispuesto a cooperar, pero el gerente general se niega a entregar las grabaciones de las cámaras de seguridad sin una orden judicial. Lo mismo sucede con el aeropuerto. Para conseguir una orden, necesitamos la cooperación de la policía de Vancouver. Y, como no eres una terrorista, ni una fugitiva, ni una asesina en serie responsable de una ola de homicidios, no es probable que eso ocurra pronto. No eres una prioridad en Canadá.

Por dentro, Paris se afloja con alivio, alegrándose en silencio de la absoluta falta de interés de su país de origen por ayudar. Por fuera, dice:

—Tengo curiosidad. ¿Adónde crees que fui?

Sonny se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero tengo la sensación de que eres el tipo de mujer con muchos secretos.

“Bingo”.

CAPÍTULO 30

La verdad es que Paris sí fue a Vancouver. Pero no se quedó allí. El empleado del hotel que la vio subirse a un taxi el viernes por la mañana estaba en lo cierto.

El día que Zoe publicó la foto de su boda, Paris empezó a entrar en pánico. Sentía que era cuestión de tiempo antes que alguien de su antigua vida empezara a hacer preguntas sobre por qué la nueva esposa de Jimmy Peralta se parecía tanto a una *stripper* muerta de Toronto. Paris no tenía un plan para manejar esto, aparte de negarlo. No había pruebas, y no era tan raro encontrar a gente muy parecida entre sí. Parecerse a otra persona no era un delito. Si alguien preguntaba, ella simplemente lo negaría, lo negaría y lo negaría.

Hasta que llegó la primera carta de Ruby, Paris no sabía que las cenizas que se suponía que pertenecían a Joey Reyes estaban en una urna en algún lugar de la casa de su tía en Maple Sound. Nunca se le había ocurrido que el cuerpo sería cremado y enviado a sus familiares; no había pensado para nada en el cuerpo después de haberlo quemado. Y no fue hasta que buscó en Google que se enteró de que las cenizas podían someterse a pruebas de ADN.

La mejor defensa era un buen ataque, así que Paris se puso a trabajar. Empezó por crear una nueva cuenta de correo electrónico con un nombre falso, lo que le permitió crear una cuenta falsa de Facebook que decía que era una enfermera jubilada que había trabajado en el Hospital General de Toronto, en el que tita Flora había trabajado antes de que la familia se trasladara a Maple Sound. Envió solicitudes de amistad a todas las enfermeras que pudo encontrar que habían trabajado allí y luego envió una solicitud a su tía. Tita Flora aceptó enseguida, quizá porque tenían muchos

amigos en común.

Vamos, carajo. Ahora Paris tenía una forma de rastrear lo que hacía la familia. Y lo primero que vio en la página de su tía fue que tito Micky había muerto. Había una foto de tita Flora depositando flores en su tumba en el quinto aniversario de la muerte, en el cementerio detrás de la iglesia católica de Santa Inés en Maple Sound. Parecía un lugar bonito y tranquilo.

Paris no sabía qué sentir al respecto.

Pasarían otros dos meses antes de que se presentara una oportunidad, y cuando ocurrió, fue por Carson. Su primo menor, el niño que solía seguirla a todas partes, tenía ya casi treinta años y se iba a casar. Toda la familia —menos su difunto tío, por supuesto— asistiría a la boda en Niagara-on-Lake, a tres horas de Maple Sound. Estarían fuera todo el fin de semana, también *lola* Celia, que seguía viva a los ochenta y ocho años. ¿Por qué siempre los más malos eran los que vivían más tiempo?

Esto significaba que la casa de Maple Sound estaría vacía.

El plan era sencillo: lo único que tenía que hacer Paris era entrar en la casa, localizar la urna, cambiar las cenizas y largarse de allí. Cuando la familia volviera de la boda, nunca sabrían que alguien había estado allí.

Siguiente: la coartada. Esto era fácil. La convención de yoga en Vancouver era el mismo fin de semana de junio, lo que le proporcionaba el motivo perfecto para cruzar la frontera. Paris se inscribió por internet y reservó una habitación con cancelación de última hora en el hotel de la convención, de jueves a domingo.

Mientras acechaba a tita Flora en Facebook, Paris también pasó mucho tiempo en tablones de anuncios anónimos buscando a alguien con un tipo de experiencia específica. Por fin, obtuvo la dirección de correo electrónico de un tipo llamado Stuart. Lo contactó a través de otra dirección de correo electrónico falsa. El sujeto le dijo que le costaría diez mil dólares y que tardaría dos semanas. Paris retiró la mitad del monto en efectivo de su cuenta de ahorro y, más tarde ese mismo día, condujo hasta Tacoma.

Stuart resultó ser un joven de diecinueve años cubierto de polvo de Cheetos que había abandonado la universidad. Vivía en casa de sus padres, que trabajaban durante el día. Guio a Paris a su dormitorio en la planta superior, donde ella permaneció de pie

frente a una pared blanca mientras él le sacaba unas cuantas fotos del rostro con su iPhone. Paris le pagó cinco mil dólares y él le dijo que esperara su correo electrónico.

—Te conozco —le dijo él cuando ella se estaba marchando—. Eres la esposa de ese viejo. El comediante. ¿Para qué necesitas un documento de identidad canadiense falso?

—No me conoces —respondió Paris—. Y si te lo digo, tendré que matarte.

Trece días después, un correo electrónico de Stuart le comunicó que su nueva licencia de conducir canadiense, su tarjeta de crédito y su teléfono desechable estaban listos. Noventa minutos después, estaba en Tacoma, donde le pagó el resto del dinero.

—El límite de esa Visa es de mil dólares. —Stuart le entregó su documento de identidad—. Así que no te vuelvas loca. Está activada y lista para usar. La fecha de nacimiento en la licencia de conducir es el pin de la tarjeta. Así es más fácil recordarlo.

Paris examinó el documento de identidad. Estaba su foto, pero el nombre que figuraba era Victoria Bautista, perfecto para ella.

—Gracias —dijo—. Y si alguien te pregunta alguna vez…

—Nunca estuviste aquí —Stuart puso los ojos en blanco—. Este es mi negocio, cariño. Si te delato, tú me delatarás a mí, y eso no beneficia a nadie.

—Eres inteligente —señaló Paris—. Pero eres demasiado joven para este tipo de trabajo.

Ten cuidado, ¿sí?

—Si alguna vez necesitas un pasaporte, son cincuenta mil. —Stuart sonrió—. Tarda tres meses, así que planifícalo con anticipación. Tienes mi correo electrónico.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella, y lo haría.

El fin de semana siguiente, dejó su iPhone en la mesita de noche y emprendió el viaje de tres horas hacia el norte hasta Vancouver. En la frontera, contuvo la respiración mientras un funcionario del Servicio de Fronteras de Canadá verificaba su pasaporte de Paris Peralta, que, como siempre, estaba en orden.

Llegó al hotel Pan Pacific a última hora de la tarde y solicitó el servicio de aparcamiento. En el mostrador de recepción, llenó el formulario de ingreso en el hotel y pidió que le cambiaran dinero estadounidense por canadiense. Desde allí, bajó directamente al

piso donde se celebraba la convención, se inscribió y se colocó la credencial de asistente. Cenó en uno de los restaurantes del hotel y cargó la cena en la cuenta de su habitación.

Antes de acostarse, colocó el cartel de "NO MOLESTAR" en la puerta, llamó a la recepción para solicitar total privacidad para el fin de semana —no iba a necesitar servicio de limpieza ni de cortesía nocturna— y luego dio vueltas en la cama el resto de la noche.

A primera hora de la mañana siguiente, guardó el pasaporte y la licencia de conducir a nombre de Paris Peralta en la caja fuerte de la habitación del hotel y tomó un taxi al aeropuerto. No quería utilizar la tarjeta de crédito que le había comprado a Stuart hasta que no fuera necesario, así que pagó el viaje en efectivo. Dos horas más tarde, en el aeropuerto de Vancouver, "Victoria Bautista" embarcó en un vuelo nacional con destino a Toronto, para lo cual utilizó solo su licencia de conducir. Aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Pearson a las ocho de la noche del viernes y usó su flamante Visa para alquilar un coche económico en Enterprise.

Llegó a la casa de su tía en Maple Sound justo antes de la medianoche. Condujo hasta la mitad de la larga colina, apagó las luces y recorrió el resto del camino a oscuras. Antes de llegar a la cima, se detuvo y maniobró para darle la vuelta al coche, de modo que quedara orientado hacia abajo en caso de que tuviera que huir con rapidez. Dejó la llave en el contacto y la puerta del conductor ligeramente entreabierta, y tomó la pequeña mochila que había llevado consigo.

Tenía dieciocho años cuando se había marchado de Maple Sound, y no se había molestado en despedirse. El día después de su graduación del bachillerato —a la que no había asistido— había vaciado el tarro de café que tenían sobre el refrigerador, donde tita Flora escondía de tito Micky el dinero que necesitaba para comprar comida. Luego había robado las ganancias del juego que tito Micky escondía de tita Flora en el fondo de su caja de pesca en el cobertizo de las herramientas. Por último, había tomado el rollo de billetes que *lola* Celia guardaba en un calcetín en el fondo de la gaveta de la ropa interior, dinero que la anciana estaba ahorrando para pagar su vuelo anual a Filipinas. Todo eso, combinado con el dinero en efectivo que había robado poco a poco durante cinco años

y que había guardado en su escondite, sumaba doce mil dólares. La indemnización por cinco años de cuidar niños, cocinar, limpiar, lavar la ropa… y tito Micky.

Lo único que no tocó fueron las alcancías de los niños.

Permaneció de pie a oscuras contemplando la casa iluminada por la luna sobre el lago. Todas las luces estaban apagadas. Desde algún lugar cercano, un búho ululó, y se oía el sonido de pequeños animales que hacían crujir los arbustos.

Nunca pensó que volvería a ver este lugar.

Un viejo Nissan Altima estaba aparcado en el lateral de la casa donde solía estar la furgoneta con paneles de madera de tito Micky; su tía y su abuela habrían necesitado un solo coche para ir a la boda. El estanque se veía igual, también el columpio en el árbol y el cobertizo de las herramientas. Pero el porche color café ahora era blanco, y arbustos de hortensias se alineaban todo a lo largo de la fachada de la casa. Daba igual. Tita Flora podía embellecer este lugar todo lo que quisiera, pero nunca lograría cubrir del todo la fealdad que habitaba el interior.

Paris buscó la vieja llave de la casa en su bolsillo y la aferró con fuerza mientras se dirigía a la puerta principal. Después de todos estos años, nunca se había molestado en deshacerse de ella. Tal vez la había guardado como un recuerdo de lo que había vivido. O quizás había presentido que algún día podría volver a necesitarla.

Ese día había llegado.

En cuanto puso un pie en el porche, se encendió una luz brillante. Se paralizó, con el corazón acelerado y los oídos atentos al sonido de pasos procedentes del interior. Cuando no oyó nada, se dio cuenta de que el reflector sobre la puerta se activaba con el movimiento; al cabo de diez segundos, se apagó. Era lógico que por fin hubieran instalado uno, y ahora que estaba advertida, se movió con rapidez hacia la puerta cuando este se encendió de nuevo. Por suerte, la vieja llave se deslizó con facilidad en la cerradura. Entró en la casa tan rápida y silenciosamente como pudo, y luego se quedó quieta. Cuando el reflector se apagó de nuevo, respiró y buscó la linterna en su mochila.

En realidad, no había necesidad de ser tan sigilosa. No había nadie. La propiedad tenía una superficie total de una hectárea y media y era imposible ver la casa desde la carretera principal. Pero

era mejor prevenir que curar.

Habían cambiado los suelos y un sofá esquinero nuevo color *beige* ocupaba el lugar del viejo sillón de flores, aunque la vieja mecedora de *lola* Celia seguía en su lugar habitual junto a la ventana. Un Samsung de sesenta pulgadas había sustituido el viejo televisor de tubo, pero, por lo demás, todo parecía igual. Hasta olía igual, una combinación de cigarrillos rancios, comida filipina y el ligero olor a agua estancada que se colaba del estanque.

Y entonces, como siempre, las ranas junto al estanque empezaron a croar al unísono: la banda sonora perfecta de la vida que había vivido allí y de las cosas que habían ocurrido a oscuras.

Tenía que encontrar la urna y largarse lo antes posible.

* * *

No estaba en la repisa de la chimenea junto a las fotos familiares enmarcadas, ni en ninguna de las vitrinas, ni en ningún armario de la cocina o del comedor. Incluso revisó el baño y el armario de los abrigos. Dondequiera que estuviera la urna, no estaba en ningún lugar de la planta principal, lo que le dejaba dos opciones: subir o salir.

Era difícil imaginar que una urna con restos humanos estuviera guardada en uno de los dormitorios. Era más probable que estuviera en el cobertizo de tito Micky. Pero también era posible que la familia hubiera esparcido las cenizas hacía diecinueve años y que Ruby hubiera fingido tener algo que en realidad no tenía para poder presionar a su hija.

La luz activada por el movimiento volvió a encenderse cuando Paris salió de la casa, pero para cuando llegó al cobertizo de las herramientas, ya se había apagado. Tito Micky nunca cerraba el cobertizo con llave, y, a pesar de todos sus defectos, siempre había mantenido el pequeño espacio bastante organizado. Pasó el haz de su linterna por encima de las herramientas, las latas viejas de pintura, las mantas mohosas, las sillas plegables baratas y la máquina de cortar césped más nueva. Incluso miró dentro de la vieja caja de pesca de su tío.

Ni cenizas, ni urna. Mierda. Tenía que estar en algún lugar en la planta superior de la casa. Suponiendo que aún existiera. Salió del

cobertizo y se detuvo. Algo no estaba bien. Se preguntó qué era. Un momento después, se dio cuenta.

Había demasiado silencio. Las ranas habían dejado de croar.

Paris apagó la linterna. Guiada por un instinto, levantó la vista hacia la planta superior de la casa, hacia la ventana de su antiguo dormitorio. ¿Había alguien allí? Parpadeó. No, no podía haber nadie. Todos estaban en la boda, a tres horas de distancia.

¿O no?

Algo se movió en la ventana y Paris se paralizó. Al principio pensó que estaba viendo cosas, pero entonces una forma parecida a una persona se acercó a la ventana. Apareció un rostro, borroso desde la distancia, pero inconfundible. Sus miradas se cruzaron.

Tito Micky.

En dos minutos estaba de vuelta en el coche alquilado, con las axilas sudadas y el corazón que le latía en los oídos. Arrancó el coche y no encendió las luces hasta que llegó a la carretera. Sus ojos se volvían hacia el espejo retrovisor cada dos segundos en busca de alguna señal de que alguien la estuviera siguiendo. Pisó el acelerador y vio cómo la aguja del cuentakilómetros subía de cien a ciento veinte y luego a ciento sesenta por hora, treinta por encima del límite de velocidad.

Hasta que dejó atrás Maple Sound no recordó que tito Micky había muerto.

Había visto un fantasma, y ese fantasma estaba ahora con ella en el coche; le susurraba al oído, con el aliento acre y caliente sobre el cuello. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, como si le hubieran volcado un cubo de arañas diminutas sobre la cabeza y estas se movieran ahora debajo de su ropa, en busca de grietas para explorar. Los recuerdos se estaban apoderando de ella, y eran vívidos y terribles.

"*Sus*. Eres igual a tu madre".

CAPÍTULO 31

Aunque a Joey nunca le había gustado parecerse a Ruby, su madre lo había odiado aún más. La mejor parte de la noche de Joey era cuando, por fin, se despojaba del rostro del Ruby. Cuando Cherry le daba el visto bueno para marcharse, lo primero que hacía era quitarse las pestañas postizas y ponerse crema hidratante en la piel.

Las otras chicas en el camerino parecían tan cansadas como ella, y todas intercambiaron abrazos y deseos de "Feliz Año Nuevo" mientras se iban marchando a sus casas una por una. Joey tenía cuatro mil dólares en la mochila que no tenía cuando había llegado, y eso convertía oficialmente esa noche en su mejor noche en el Cherry. Lo único que quería era subirse al coche de Chaz e irse a su casa. Esperaba que él entendiera que no lo invitara a entrar y, con un poco de suerte, se despertaría la primera mañana de 1999 pensando que todo había sido un mal sueño.

Pero, al parecer, la pesadilla aún no había terminado. Cuando por fin salió por la puerta trasera al frío aire nocturno, la primera persona que vio fue a Drew. De pie junto a Chaz.

Ninguno de los dos parecía contento.

Después de una charla incómoda, Joey se despidió de Chaz y permitió que Drew la llevara a su casa. Debería de haber sido una oportunidad para que hablaran de verdad, pero la conversación no había ido bien. En el sendero de entrada, todavía aturdida por la noticia de que Drew estaba esperando un bebé y se iba a casar, Joey lo había abofeteado. La mano le había escocido al entrar en contacto con la mejilla, un indicio cierto de que si le había dolido a ella, a él debía de haberle dolido más. Joey había abofeteado solo a otra persona en toda su vida y le avergonzaba admitir que la sensación de ahora era tan buena como la de entonces.

Y, como la primera vez, se arrepintió de inmediato.

Esperó detrás de la puerta de su apartamento hasta que lo oyó alejarse, luego se sentó en las escaleras y lloró. Lo único peor que la idea de que Drew se casara con Simone era que Drew se casara con otra persona. Y lo único peor que *eso* era que esperaran un bebé.

Kirsten. Una chica con ese nombre tenía que ser alta. Atlética. Extrovertida. Tal vez muy alegre, con un centenar de amigos como ella. Y, como se habían conocido en la escuela de posgrado, estaba claro que era inteligente y que llegaría lejos, una chica del mismo nivel que Drew.

Joey nunca había odiado tanto a alguien a quien no conocía.

Enjugándose las lágrimas, bajó las escaleras mientras se iba quitando la ropa. No se molestó en encender ninguna luz mientras atravesaba el apartamento a oscuras en dirección al baño. Ya no tenía miedo a la oscuridad. No había nada que la oscuridad pudiera hacerle que ya no le hubiera hecho.

Cuando llegó al baño, estaba desnuda. Abrió el grifo de la tina y evitó su reflejo en el espejo mientras encendía las tres velas de vainilla que tenía alrededor del lavabo, todas derretidas en distintas proporciones. El parpadeo era relajante, y, cuando la tina estuvo llena, se sumergió en el agua tibia.

Joey estaba segura de que no le habría importado que Drew se casara con Simone, pero esta otra persona, esta Kirsten, era una… intrusa. Alguien que se estaba metiendo en algo que no le incumbía. Joey no sabía nada de Kirsten, pero ya le molestaba todo sobre ella.

Incluso el bebé, lo que la convertía en una persona horrible, pero no podía evitarlo. El bebé uniría a Drew y a Kirsten para siempre.

“Siempre podrás contar conmigo”, le había susurrado Drew al oído mientras se despedían en la entrada de su casa el día que él y Simone se habían mudado. Un año después, resultó ser una mentira. Porque eso es lo que hacen los hombres. Mienten para conseguir lo que quieren. Y, una vez que lo consiguen, te descartan, como una camisa con una mancha que no sale, aunque la camisa sea nueva y ellos sean la mancha.

Se apretó las rodillas contra el pecho y tanteó su muñeca con una uña. Y empezó a hundirla. Más. Y más. Se sentía tan sucia. Todo lo que odiaba de sí misma había estado escrito en el rostro de

Drew. Era repugnante. Indigna. Estúpida.

Todas las cosas que Ruby siempre le decía que era.

* * *

Cuando el agua de la tina se enfrió, Joey extrajo el tapón y tomó su bata de baño.

Volvió a atravesar el oscuro apartamento hasta su dormitorio y solo entonces encendió la luz.

Se quedó helada, observando la escena.

Todas las gavetas estaban abiertas. También las puertas de los armarios. El pequeño escritorio en el rincón había sido registrado. El suelo estaba cubierto con su ropa, maquillaje y libros. Al igual que en el camerino del club, alguien había estado allí, buscando algo.

Vinny.

Por supuesto, tenía sentido que buscara a Mae allí. Joey no había podido localizar a su amiga, y, después de ver a Drew en el club, se había olvidado por completo del asunto. Mae pasaba tiempo allí, no mucho, pero sí suficiente para saber qué comida había en cada armario y en qué gaveta guardaba Joey su pijama. De vez en cuando, si estaban viendo una película y era demasiado tarde para volver a su casa, Mae tomaba prestado algo para dormir y pasaba la noche en el sofá.

Vinny lo sabría. Por eso había ido aquí.

Pero ¿cómo había entrado? La puerta estaba cerrada con llave cuando Joey había llegado. Mierda. La llave de repuesto. Mae conocía el escondite: en la base de la farola que estaba encima de la puerta lateral. Debió de contárselo a Vinny en algún momento.

¿Estaría todavía allí?

No, no podía ser. Si todavía estaba en el apartamento, esperándola, la habría sorprendido cuando ella estaba en la tina, desnuda y vulnerable.

Entonces, se le ocurrió algo. Vinny podría no haber encontrado lo que buscaba, pero ¿habría encontrado su dinero?

Se precipitó hacia la gaveta de su mesita de noche, que estaba abierta y con todo el contenido revuelto. No guardaba nada interesante allí —esmaltes de uñas, dos libros de bolsillo a medio

leer que no le habían interesado, una caja abierta de preservativos que había traído Chaz, un ejemplar de *Cosmopolitan*—, pero lo que le importaba era lo que escondía debajo de la gaveta.

De rodillas en el suelo, vació la mesita de noche con rapidez y arrojó todo sobre la cama. Luego jaló de la gaveta hacia afuera todo lo posible. Apoyó las palmas de las manos en el fondo, las deslizó hacia la parte posterior de la mesita y presionó hacia abajo con fuerza en cada esquina. El falso fondo se levantó. Joey contuvo la respiración, lo retiró y miró adentro.

Tardó unos segundos en procesar lo que estaba viendo.

Su pequeña caja resistente al fuego seguía allí. La extrajo y la abrió, suspirando con alivio al ver que sus ahorros en efectivo —algo más de cuarenta mil dólares que había ahorrado de las propinas durante el último año— estaban intactos. Pero eso no era lo que la tenía desconcertada.

Eran los cinco fajos gruesos de billetes que también había dentro de la gaveta, cada uno de ellos asegurado con una goma elástica. Parecían ser de billetes de cien dólares. Joey no podía ni imaginar cuánto era, pero no pensaba contarlo. Junto al dinero había un ladrillo de lo que parecía cocaína, envuelto en plástico. O tal vez era heroína. ¿Cómo diablos iba a saberlo?

Lo que sí sabía era que nada de esto era suyo. Tenía que ser lo que Vinny estaba buscando. Le había dado a su novia drogas y dinero en efectivo para que se los guardara y, por razones que Joey no podía comprender, Mae había decidido esconderlos allí. Joey nunca había revelado su escondite a nadie, pero en algún momento, en alguna de sus visitas, Mae debió de espiarla mientras ella guardaba las propinas de la noche.

Y si su novio no recuperaba lo que buscaba, la iba a matar. Tenía que localizar a Mae y convencerla de que se lo devolviera.

Joey levantó el teléfono inalámbrico y marcó el número de su amiga. En su oído, la línea comenzó a sonar. Tres segundos después, oyó un ruido procedente de algún lugar fuera del dormitorio y alzó la cabeza.

¿Se habría encendido solo el televisor? No, no era eso. ¿Una radio? El único equipo de música que tenía estaba allí, en su habitación, y estaba apagado. Se acercó a la puerta, con el oído aguzado, y por fin se dio cuenta de lo que estaba oyendo.

Era un tono de llamada. Las notas iniciales metálicas de Para Elisa sonaban en algún lugar del oscuro apartamento. Joey estaba llamando al móvil de Mae, y, por alguna razón, el móvil de Mae estaba allí.

Con el auricular en la mano, Joey siguió el sonido a través de la cocina, encendiendo las luces a medida que avanzaba, con los ojos bien abiertos en busca de cualquier señal del Nokia rojo de Mae. Justo al llegar a la sala de estar, el tono de llamada se detuvo. En su mano, pudo oír su voz, distante y débil, a través del receptor. "Soy Mae. Ya sabes lo que tienes que hacer después del pitido". Joey encendió las luces de la sala. Y, entonces, dejó caer el inalámbrico y dio un salto hacia atrás tan grande que su trasero golpeó la estantería a sus espaldas.

Sangre por todas partes.

Una chica muerta en el sofá.

Joey cerró los ojos. Contó hasta tres. Los abrió de nuevo. La escena no había cambiado. Allí, tendida en el sofá, con la cabeza apoyada en un cojín, la pierna derecha colgando del borde y el brazo izquierdo extendido por encima de la cabeza, había una chica con los pantalones de deporte rotos y el torso al descubierto.

Mae.

Al menos, Joey creía que era Mae. La camiseta estaba cortada de arriba abajo y se abría como una blusa desabrochada para dejar al descubierto los cortes y tajos en el estómago y en los pechos, algunos largos, otros cortos, algunos superficiales, otros profundos.

Y su cara… oh Dios, oh Jesús, su cara. Tenía tantos cortes que, incluso a dos metros de distancia, Joey podía ver los huesos. El que le había hecho esto no solo había querido matarla. Había querido profanarla. Esto había sido obra de un sociópata, alguien llevado por una rabia profunda, sin control de sus impulsos y con una propensión a la violencia.

Como Vinny.

Como Ruby.

Joey parpadeó y vio a Charles Baxter. Luego parpadeó de nuevo y vio a Mae. Un grito se le agolpó en la garganta, pero antes de que pudiera materializarse, Mae gimió.

Joey abrió la boca e inhaló tan fuerte que el aire le raspó la garganta. La puta madre. Mae estaba viva. Salió de su estupor y

corrió hacia el sofá.

—Mae —exclamó y se inclinó sobre su amiga—. Estoy aquí, Mae. ¿Puedes oírme? Soy Joey.

Mae emitió un sonido. Era húmedo y gorgoteante.

—Mae, voy a llamar al 911, ¿de acuerdo? Vamos a llevarte a un hospital. —Miró con desesperación a su alrededor en busca del teléfono que se le había caído. Lo descubrió cerca de la estantería, pero se había partido por la mitad al golpear contra el duro cemento debajo del suelo de linóleo. Lo tomó de todas maneras y pulsó los botones, pero no tenía tono. Mierda.

El otro inalámbrico estaba en el lado opuesto de la habitación, sobre la mesa auxiliar, más cerca de la cabeza de Mae. Se dirigió hacia él, pero en cuanto lo tomó se dio cuenta enseguida de que había quedado mal colocado en el cargador. El teléfono estaba sin batería. Mierda. Esto no podía estar pasando.

Mae volvió a gemir.

—Aguanta, Mae —la alentó, y comenzó a buscar frenéticamente el móvil de su amiga. Lo había oído sonar; estaba allí en alguna parte.

Divisó el bolso de Mae en el suelo, detrás de la mesa auxiliar, con el contenido desparramado por el suelo. En medio del desorden, vio el Nokia rojo, lo recogió y pulsó el botón para hacer una llamada. No ocurrió nada. Chequeó la pantalla. No tenía señal.

—¡Sótano de mierda! —gritó, y resistió el impulso de lanzar el teléfono a través de la sala. Antes tenía señal, porque había sonado, la puta madre. Agitó el móvil en al aire para ver si podía captar señal en otra parte de la sala. Luego trató de llamar al 911 de todas maneras, pero después de marcar, hubo solo silencio. Volvió a mirar la pantalla. El teléfono se había quedado sin batería.

—Esto no puede estar pasando, carajo —dijo entre sollozos.

En el sofá, Mae volvió a gemir.

Los inquilinos del piso de arriba tenían teléfono, por supuesto, pero entonces se acordó de que se habían ido de vacaciones y ella no tenía llave de esa parte de la casa. Esto era una mierda total. Tendría que dejar a Mae allí e ir a buscar ayuda. Eran las tres de la madrugada. Tendría que golpear las puertas de los vecinos hasta que alguien se despertara.

—Aguanta, Mae, ¿sí? —le dijo, y se ajustó la bata alrededor del

cuerpo—. Tengo que ir a buscar un teléfono. Vuelvo enseguida.

Mae dijo algo indescifrable. Y, luego, con gran dificultad, agregó:

—No. Joey… no. No.

Joey regresó junto a su amiga y se arrodilló; la sangre en el suelo se aplastó contra sus rodillas desnudas. Era espantoso estar tan cerca, ver el daño que Vinny había causado al rostro y al pecho de Mae. Si se había propuesto destruir algo hermoso, lo había logrado. De no ser por sus ojos, Mae estaría irreconocible. Joey le tomó la mano y se la apretó. Estaba flácida y alarmantemente fría.

—Tengo que ir a buscar ayuda, Mae.

Los ojos de Mae estaban vidriosos, pero se concentraron en el rostro de Joey.

—No —repitió—. No… no te vayas.

—Mae, tengo que conseguir un teléfono —insistió Joey mientras hacía un esfuerzo para no llorar y poder hablar—. Será solo un minuto. Te prometo que volveré enseguida. Solo tienes que aguantar.

—No —dijo Mae—. Quédate… conmigo. Por favor, Joey. Por favor.

Joey observó cómo su amiga inhalaba, y luego exhalaba. Y, entonces, con los ojos aún abiertos, Mae murió.

CAPÍTULO 32

La decisión de quemar el cuerpo de Mae le llevó tres segundos.

Un segundo para cerrarle los ojos.

Otro segundo para recordar que todos los teléfonos en el apartamento estaban sin batería.

Y un último segundo para darse cuenta de que era hora de marcharse.

Durante el último año, Joey se había dicho a sí misma que cuando le llegara el momento de empezar de nuevo en otro lugar, lo sabría. Estaba segura de que habría un momento en el que lo tendría muy claro, y allí estaba. No era como lo había imaginado, pero eso no importaba ahora, ¿verdad? Vinny había asesinado a su novia en el apartamento de Joey mientras buscaba algo que aún no había encontrado, y hacer algo tan horrible y jodidamente temerario significaba que no estaba siendo inteligente, ni lógico. Estaba segura de que volvería. Tal vez para deshacerse del cuerpo de Mae. Tal vez para matar también a Joey. En cualquier caso, ella no quería estar allí cuando volviera.

Llamar a la policía no era una opción. ¿Y después qué? ¿Arrestarían a Vinny? Aun cuando lo enviaran a la cárcel, ella sería la chica que habría testificado contra los Hermanos de Sangre, y, por todo lo que había oído sobre ellos, más le convenía estar muerta.

Si ese era su destino, prefería arriesgarse y huir.

Era una locura pensar en lo rápido que se podía tomar una decisión que cambiara tu vida cuando te veías obligada a tomarla. Ya lo había hecho una vez, con su madre. Se había sentido igual entonces que ahora. Devastada, aterrada… y furiosa.

Se vistió con rapidez: se quitó la bata ensangrentada y se puso

unos *jeans* y una sudadera. Tomó su bolso de lona y se apresuró a empacar; se llevaría solo cosas que nadie notaría que habían desaparecido. Todo lo demás, incluido su bolso de mano y los documentos de identidad, quedaría atrás. De lo contrario, esto no funcionaría.

Vació su caja de seguridad y guardó en su mochila el dinero en efectivo, las drogas y los fajos de billetes de cien dólares. Se dirigió a la cocina, tomó una bolsa de basura y volvió a la sala para recoger el bolso de Mae. Todo lo que Mae había llevado consigo —todas las cosas que había en el suelo, incluido su móvil— fue a parar a la bolsa de basura, de la que Joey se desharía en algún lugar lejos de allí. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no se le había escapado nada y luego colocó todo en lo alto de las escaleras. Se puso la chaqueta y las botas.

Una vez que encendiera el fuego, no habría tiempo para ponerse el abrigo y calzarse.

Drew siempre había dicho que la chimenea no estaba en condiciones, que estaba llena de grietas y de mugre peligrosa. Antes de que él y Simone se fueran a Vancouver, le había advertido a Joey: "Nunca, jamás, prendas fuego ahí, a menos que quieras quemar la casa".

Joey iba a quemar la casa.

No había leña, pero eso no era un problema. Sabía, de su época en Maple Sound, que sus libros arderían muy bien. Una por una, vació las estanterías y arrojó todos los libros de bolsillo en la chimenea hasta formar un montón del tamaño aproximado de unos cuantos troncos. No necesitaba que el fuego dentro de la chimenea durara; solo necesitaba que prendiera. Luego desparramó más libros por el suelo hasta que quedaron esparcidos por la sala de estar como si fueran nenúfares. Se recordó a sí misma que era solo papel. Podía reemplazarlos. Ya lo había hecho antes.

En el baño, abrió el botiquín y sacó un frasco de quitaesmalte que había comprado en la tienda de artículos de belleza hacía un par de meses. Era ciento por ciento acetona y estaba casi lleno. La acetona es inflamable; eso mismo decía en el frasco. La letra pequeña en la parte posterior también decía que el quitaesmalte no debía usarse nunca cerca de una llama viva, como una llama piloto o cualquier objeto que echara chispas, porque los vapores podrían

causar una ignición.

No era tanto el líquido. Eran los gases.

Tomó las cerillas que usaba para las velas y se las guardó en el bolsillo, luego extrajo una toalla de mano del pequeño toallero junto al lavabo y salió del baño. Abrió el quitaesmalte y lo colocó en el suelo cerca de Mae. El olor de la acetona era inconfundible, pero estaba lejos de ser suficiente para cubrir el olor a sangre.

Quedaba solo una cosa por hacer.

Con cuidado, Joey retiró el anillo del ombligo de Mae. También le quitó los pendientes, el reloj y el brazalete. Luego se llevó los brazos detrás del cuello y se desabrochó el colgante.

Miró por última vez el rubí rodeado de brillantes. Tal vez esta era la razón por la que lo había conservado todos estos años. Tal vez por esto se sentía obligada a usarlo cuando podría haberlo vendido o tirado fácilmente. Tal vez, en algún punto, sabía que lo que la había roto sería también lo que la salvaría, lo que le permitiría escapar de esta vida tan llena de violencia, trauma y muerte.

Se inclinó y colocó la cadena alrededor del cuello de Mae. No fue fácil. La sangre le hacía resbalar los dedos. Después de abrochar el colgante, se limpió las manos con la toalla y la arrojó a la chimenea.

—Creo que estarías de acuerdo con esto —susurró—. Gracias por ser mi amiga, Mae.

Oyó un ruido leve y se sobresaltó. No era nada, un crujido de la casa, pero todos los ruidos parecían anunciar que era Vinny que regresaba.

Era hora de irse.

De pie junto a la chimenea, respiró profundo, encendió una cerilla y la arrojó encima de los libros. Lo hizo una y otra vez, hasta que el fuego empezó a crecer con lentitud. Entonces, se apartó y esperó.

No había forma de saber si esto funcionaría. Pero si funcionaba, y el apartamento del sótano se prendía fuego, entonces, todo el mundo creería que Joey había muerto quemada. Vinny no lo cuestionaría. ¿Por qué lo haría? El fuego destruiría todas las pruebas de que había asesinado a Mae, de que había estado allí. Por muy asqueroso que fuera, Joey le estaba haciendo un favor.

Se daría a Mae por desaparecida. Nadie la buscaría. Y si por alguna razón descubrían que el cuerpo en el incendio era el de Mae, entonces, sabrían que era Joey la que estaba desaparecida. Aparte de los Hermanos de Sangre, nadie la buscaría tampoco. Ese era el riesgo que tendría que correr.

El fuego comenzó a cobrar fuerza. Y cuando vio que el frasco de acetona se encendía de pronto y las llamas salían disparadas y alcanzaban el sofá, y luego a Mae, Joey huyó deprisa.

A las tres y media de la madrugada, el tranvía iba medio lleno, lo que habría sido inusual en cualquier otra noche del año.

—Feliz Año Nuevo —exclamó un tipo borracho sentado frente a ella. Estaba bebiendo algo de una bolsa de papel color café y la miraba con ojos empañados e inyectados en sangre.

—Feliz Año Nuevo. —Joey se llevó una mano a la garganta y sus dedos buscaron el colgante, pero ya no estaba allí.

Diez minutos más tarde, jaló del cordón encima de su cabeza. El conductor se detuvo para dejarla bajar, y ella descendió del tranvía con su bolsa de lona y su mochila llena de dinero y de drogas, y salió al frío polar. Quizá lo único bueno que se podía decir de los inviernos en Toronto era que el lago no apestaba. Era una locura pensar que cuando era pequeña se bañaba en una playa no muy lejos de allí: ella y Ruby usaban trajes de baño a tono y Joey envidiaba las curvas de su madre, que hacían que los padres la miraran con anhelo y las madres con desprecio.

Ahora estaba en lo que se conocía como “la avenida de los moteles”, y empezó a caminar. Como era un día feriado, todos los moteles por los que pasaba tenían el cartel de COMPLETO encendido, hasta que por fin llegó a uno que quizá tuviera una habitación disponible.

MOTEL ARCOÍRIS
TELEVISIÓN SATELITAL / JACUZZI / DESAYUNO INCLUIDO

En el vestíbulo hacía calor cuando entró, y todo el lugar olía a marihuana. El recepcionista fumado apenas le dirigió la palabra mientras le deslizaba un formulario por el mostrador para que completara. The Tragically Hip sonaba en su reproductor de CD, y años después, la canción “Bobcaygeon” le recordaría siempre la noche en que había muerto Mae. No, no había sido solo Mae.

Joelle Reyes también había muerto.

—Perdí mi documento de identidad —explicó Joey, y le devolvió el formulario, en blanco, junto con cuatro billetes de cincuenta dólares gastados—. También perdí la tarjeta de crédito.

—No hay problema. —El sujeto ni se inmutó mientras deslizaba el dinero en su bolsillo—. Pero tendrás que pagar por adelantado. ¿Cuántas noches?

—Pongamos una semana.

El hombre calculó el total y ella le pagó en efectivo. Luego le entregó la llave de la habitación. Como en la mayoría de estos moteles viejos, era un llavero con una llave de bronce de verdad. El arcoíris de plástico estaba tan desgastado que los colores se habían desvanecido.

—No incluye servicio de limpieza —precisó el recepcionista, lo que le indicó que toda la transacción era en negro.

A Joey le pareció bien.

—¿Está limpia? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Depende de lo que entiendas por limpia.

* * *

La habitación tenía un cubrecama con los colores del arcoíris, cortinas a tono y era muy ordinaria. Pero las sábanas olían a jabón, el baño a lejía, y el televisor funcionaba bien.

Joey hizo una llamada telefónica; calculaba que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que él siguiera despierto a las cuatro de la madrugada. Lo estaba y, aunque se sorprendió al saber de ella, aceptó ir al hotel. Joey estaba saliendo de la tina cuando oyó un suave golpe. Observó por la mirilla y abrió la puerta.

La habitación pareció más pequeña en el instante en que el grandullón puso un pie en ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Chaz mientras observaba a su alrededor—. ¿El tipo ese está durmiendo en tu casa?

Se refería a Drew, por supuesto.

—No —respondió Joey—. Se marchó. No volveré a verlo.

Tan pronto como pronunció las palabras, sintió que una mano imaginaria envolvía su corazón y lo estrujaba.

Se sentó en la cama. Chaz se sentó a su lado y se inclinó para besarla. Ella le puso una mano en el pecho.

—Lo siento, no puedo.

—Pensé que venía aquí para…

—Me voy de Toronto —anunció ella—. Y necesito tu ayuda para conseguir un nuevo documento de identidad y para deshacerme de esto.

Buscó su mochila, la abrió y le mostró lo que había adentro.

—Cielo santo —dejó escapar Chaz—. ¿De dónde carajo sacaste eso?

—Es mejor que no lo sepas. —Extrajo el ladrillo de polvo blanco y lo colocó en la cama entre ellos—. No sé cuánto vale, pero estoy segura de que mucho. Y te lo daré a cambio de una licencia de conducir, un certificado de nacimiento y, si es posible, un pasaporte.

Chaz se quedó mirando la droga y luego se volvió hacia ella.

—¿Qué has hecho, Joey? —murmuró.

—Pronto te enterarás —respondió ella—. Pero eres la única persona en la que puedo confiar. No puedo quedarme aquí, Chaz. Sé que tienes un primo que está metido en algo clandestino. Si puedes conseguir que venda esto, podrán repartirse el dinero entre los dos. Todo lo que necesito es un documento de identidad. Tengo que salir del país.

—¿Hablas en serio? —Chaz la miraba como si hubiera perdido la puta cabeza—. ¿Quieres que llame a Reggie?

—Tienes razón, te estoy pidiendo demasiado. Fue una estupidez. Lo tiraré por el retrete.

Tomó el ladrillo y se puso de pie, pero antes de que pudiera llegar al baño, Chaz exclamó:

—Espera. Dámelo. Veré lo que puedo hacer.

Luego suspiró y se frotó la cara.

—Joder, Joey. Solo lo hago porque eres tú.

* * *

Tres días después, Chaz estaba de vuelta en el motel; había conseguido lo que ella le había pedido. No parecía contento.

—Todos en el Cherry están de luto por ti. Van a celebrar un

funeral este fin de semana.

—Lo siento —dijo ella—. De verdad lo siento. —Vaciló—. ¿No vas a preguntarme quién murió en el incendio?

Chaz negó con la cabeza y se sentó de nuevo en la cama. El colchón se hundió bajo su peso.

—Cuanto menos sepa, mejor.

—¿No me vas a preguntar si la maté?

—Si lo hiciste, tendrías tus razones, y eso no cambiaría lo que siento por ti —murmuró—. Pero sé que no lo hiciste.

Ella se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Podría ir contigo, ¿sabes? —agregó Chaz—. No tienes que hacer esto sola.

—No puedes venir adonde yo voy. —Joey apoyó la cabeza en su brazo—. Pero no sabes cuánto me alegro de haberte conocido.

Él evitó mirarla mientras le entregaba los documentos de identidad nuevos. El nombre que figuraba tanto en la licencia de conducir como en la partida de nacimiento era Paris Aquino.

Joey frunció el ceño. ¿Paris? Aquino estaba bien, pero había esperado un nombre de pila más mundano.

—No se parece para nada a mí.

—Se parece lo suficiente. —Chaz se encogió de hombros—. Tendrás que arreglarte con eso. ¿Sabes lo difícil que fue conseguir una licencia y un certificado de nacimiento de una chica filipina que tuviera una edad y altura parecidas a las tuyas?

Joey estudió los datos de la licencia. La edad era casi la misma, habían nacido el mismo año con solo dos meses de diferencia.

—Nadie creerá que soy yo. Se nota en la cara que es más gorda que yo.

—Por eso funcionará —aseguró Chaz—. Mira la fecha… la licencia de conducir venció hace un mes. Cuando vayas a renovarla, lleva tu certificado de nacimiento. Si te preguntan, diles que has perdido peso. Te tomarán una foto nueva. Y después, cuando tengas la licencia nueva, podrás solicitar el pasaporte.

Joey se acordó de cuando tita Flora había tenido que sacar un pasaporte nuevo. Su tía había tenido que tomarse dos fotos y el médico de cabecera firmó al reverso de ambas para confirmar su identidad.

—¿Pero no necesitaré que alguien verifique que soy yo? ¿Y

cómo sé que esta tal Paris no tenía ya un pasaporte?

—Esto conlleva riesgos, Joey. —Chaz le entregó un papel con un nombre y un número de teléfono—. Este tipo es un amigo de Reggie que trabaja en la oficina de pasaportes. Está esperando una llamada tuya, pero sabe que tu nombre es Paris. Avísale qué día y a qué hora vas a pasar y se asegurará de ser él quien te atienda.

Se quedó mirando su nueva identidad. Paris. No encajaba para nada con ella. Pero, como había dicho Chaz, tendría que hacerlo funcionar.

—Gracias.

—No me agradezcas —respondió él—. Has pagado demasiado por esto. El valor en la calle de esa coca es de unos cien mil dólares. Una identidad falsa te habría costado un par de miles como mucho.

Ambos se pusieron de pie. Joey se acercó y le apoyó la cara contra el pecho para permitirse el consuelo de sus brazos alrededor de ella por última vez. El corazón de Chaz latía con fuerza. Pero su apariencia no lo delató.

Chaz la besó en lo alto de la cabeza.

—Estuve a punto de decir que nos veríamos un día de estos, pero no será así, ¿verdad?

—No —contestó ella con voz apagada.

—Cuídate, Joey. —La sostuvo un momento más y luego se marchó.

Una hora más tarde, Joey pasó por la recepción para dejar la llave. El mismo empleado estaba allí, y así como no le había pedido que firmara nada cuando se había registrado, tampoco había nada que hacer ahora que se estaba yendo. “Bobcaygeon”, de los Hip, estaba sonando de nuevo.

—Buena suerte —le deseó.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para huir de lo que sea que estés dejando atrás.

“No para huir de lo que estoy dejando atrás”, pensó ella mientras tomaba un taxi fuera del motel. “Para correr hacia lo que me espera adelante”. Ahora era Paris.

CUARTA PARTE

No creas que no he pasado por el mismo aprieto.

Lauryn Hill

CAPÍTULO 33

Paris se está acostumbrando poco a poco a la forma de hablar agresiva de su abogado, pero la mejor cualidad de Sonny Everly es que le dice solo la verdad. Elsie tenía razón en cuanto a que el hombre es un verdadero cabrón, pero al menos el cabrón está de su lado.

El juicio no tiene fecha todavía y, según Sonny, podría pasar un año o más.

—En un caso de tan alto perfil, la fiscalía no tiene prisa —explica mientras guarda sus cosas en el maletín—. No pueden permitirse ser descuidados.

—¿No podemos pedir un juicio rápido? —pregunta Joey mientras lo acompaña a la puerta—. No quiero estar un año en el limbo.

—¿Así que quieres ir más rápido a la cárcel? —aventura Sonny —. No deberías querer un juicio rápido, no en tu situación. Puede pasar cualquier cosa, y nosotros tampoco podemos permitirnos ningún descuido. Mientras tanto, retoma tu trabajo. Invita a tus amigos. Medita. Arréglate las uñas. Haz lo que sea que hacen las mujeres como tú.

—¿Las mujeres como yo? Cada vez que pienso que podrías caerme bien, Sonny, me recuerdas por qué no es así.

El abogado sonríe.

—Me amarás cuando seas libre. Confía en mí, ¿de acuerdo? No nací ayer.

Paris tampoco.

En cuanto abre la puerta, uno de los fotógrafos que merodean por la casa grita una pregunta.

—¡Ey, Sonny! ¿Qué se siente representar a la mujer que mató al

Príncipe de Poughkeepsie?

—¿No tienen nada mejor que hacer, pendejos? —oye replicar a su abogado mientras se sube a su BMW—. Váyanse a la mierda.

Para ser justos, los fotógrafos podrían no tener nada mejor que hacer. Paris se siente identificada. No se había dado cuenta de los pocos amigos que tenía hasta que ocurrió todo esto. La mayor parte de su círculo social, si es que siquiera puede llamarlo así, había sido el círculo social de Jimmy, y salvo Elsie, ninguno de ellos se había acercado.

Hasta Henry está manteniendo la distancia ahora que ha quedado a cargo del centro de yoga. Paris había intentado volver a Ocean Breath para dar su clase de Hatha a las seis de la mañana, pero una multitud de curiosos había estado esperando frente a la puerta principal toda la mañana. Esto había asustado a los clientes y molestado a los otros instructores.

Los fotógrafos la seguían a todas partes.

—Lo siento, cariño, pero como socio tuyo, tengo que decirte que le haces mal al negocio —le advirtió Henry.

Paris nunca ha estado sin trabajar desde que terminó el bachillerato y no está acostumbrada a pasarse el día sentada. De momento, los libros y la televisión son sus únicos compañeros. Curiosamente, no está demasiado preocupada por Ruby. En realidad, el hecho de que Paris esté acusada de la muerte de Jimmy le resulta útil en lo que respecta a su madre, ya que si la condenan, no tendrá dinero para pagar el chantaje. A Ruby le conviene que Paris sea absuelta. Por mucho que su madre pudiera disfrutar de arruinarle la vida exponiendo la verdad sobre Mae, en última instancia, Ruby se preocupa más por sí misma. Y si hay alguna esperanza de conseguir el dinero, Ruby esperará.

Tiene la impresión de que ya ha visto todo lo que hay en Netflix, Hulu y Prime, así que cambia a Quan con la idea de encontrar algo diferente para distraerse. En la categoría "Programas de televisión que elegimos para ti", ve *El Príncipe de Poughkeepsie* y sonríe. Tienen las diez temporadas, lo que era parte del acuerdo que Jimmy había hecho con ellos. Sigue desplazándose y se detiene cuando ve que han añadido un programa nuevo.

Excepto que no es nuevo. Al igual que sus equivalentes *Dateline* y *20/20, Asesinos* lleva mucho tiempo en el aire. Se emitía cuando

ella estaba en el bachillerato y es obvio que los asesinos no escasean porque siguen haciendo episodios nuevos. Cada entrega de una hora de duración es una recreación dramatizada de un caso de homicidio de la vida real y Quan está ofreciendo ocho temporadas del programa, que tiene treinta años.

Paris ha visto *Asesinos* una sola vez. Seguro que no tienen el episodio de Ruby Reyes.

La noche que se emitió por primera vez, los chicos ya estaban en la cama. Tita Flora había cambiado su turno en el hospital para poder verlo. Tito Micky hizo palomitas de maíz. Incluso *lola* Celia, que solía estar en su habitación a las nueve, se había quedado levantada y estaba instalada en su mecedora cuando empezó a sonar el tema musical cursi que señalaba el inicio del programa.

Joey estaba sentada en el suelo de la sala de estar con la espalda apoyada contra la pared. Cuando el narrador anunció el episodio con su voz siniestra y de cadencia lenta y dramática, sonó absolutamente surrealista.

"Esta noche… *Asesinos* presenta… 'Ruby Reyes… La Reina del Hielo'".

Desde el principio, su tía y su abuela no aprobaron a la actriz seleccionada para interpretar a la Reina del Hielo.

—Es demasiado bonita para ser Ruby —se quejó tita Flora, por lo menos tres veces—. No es realista.

—*Ni Filipina siya* —refunfuñó *lola* Celia, por lo menos cuatro veces. "Ni siquiera es filipina".

Joey estaba tan absorta en el programa que escuchó solo a medias los comentarios sarcásticos. Coincidía con su abuela en que *Asesinos* podría al menos haber buscado una actriz filipina. Pero su tía se equivocaba completamente. Aunque la mujer que interpretaba a Ruby era muy bonita, carecía del carisma natural y la sensualidad que poseía la verdadera Ruby. En el mejor de los casos, era una versión de dibujos animados de la Reina del Hielo, y, en opinión de Joey, su madre era mucho más hermosa.

Tito Micky disfrutó mucho del episodio. Pasó las palomitas de maíz como si *Asesinos* fuera un entretenimiento, como si Ruby no fuera de la familia y su hija no estuviera sentada en la misma sala de estar, mortificada por ver a su madre representada en la televisión frente a los ojos del mundo. Los chicos de su escuela

habían empezado a olvidar quién era la madre de Joey, y ahora este estúpido programa de televisión se lo recordaría de nuevo.

Mientras miraban, a Joey le sorprendió que, a pesar de la sobreactuación dramática y la voz tan fatídicamente cómica del narrador, *Asesinos* realmente presentaba muchos detalles sobre Ruby y Charles Baxter. Era cierto que se habían conocido en la cafetería Second Cup cerca del banco, un "encuentro fortuito" que no había tenido nada de fortuito. Y que Ruby había dado el primer paso. Y que Charles le había prometido que iba a dejar a su mujer por ella. Y también era cierto que Ruby había pasado por la casa de él sin avisar la noche del asesinato después de que Charles decidiese terminar la relación por tercera o cuarta vez.

Donde *Asesinos* se equivocaba era en la relación entre Ruby y su hija. Para mantener en secreto la identidad de la hija de Ruby, la serie había cambiado el nombre de Joey por el de Jessie. En la escena en la que Jessie se encuentra con Ruby en la cárcel justo antes del juicio, la visita se presenta como afectuosa.

En realidad, había sido cualquier cosa menos eso.

* * *

Hacía casi dos meses que Joey no veía a su madre y se sorprendió al ver que Ruby había envejecido.

Ella y Deborah estaban sentadas en una mesa de la sala de visitas cuando un guardia de la prisión (oficial penitenciario) hizo entrar a Ruby. El mono naranja le quedaba enorme. Llevaba el pelo grasiento y recogido. Tenía arrugas en la frente que antes no estaban allí. Parecía haber envejecido diez años.

Joey tuvo ganas de llorar. Ella era quien lo había provocado; ella era la razón por la que su madre estaba allí, con aspecto de criminal. Todo esto era culpa suya.

—Está todo bien —le susurró Deborah, como si percibiera su angustia—. Puedes hacerlo.

Cuando Ruby llegó a la mesa, vio la expresión de Joey y resopló.

—Parece que toda la grasa que perdí yo la ganaste tú. Al menos, por fin tengo el peso que siempre quise.

—Te ves bien, mamá —comentó Joey con voz tímida, pero su madre ya había perdido el interés.

—¿Quién es? —Ruby observó a Deborah con una ceja levantada y la escrutó de pies a cabeza.

Deborah se presentó, pero no le ofreció la mano. Les habían dicho en el ingreso que no estaba permitido el contacto físico, salvo un breve abrazo al principio y al final de la visita.

—Así que tú eres la que está cuidando a mi chica —añadió Ruby.

—Hago lo que puedo, pero Joelle sabe cuidar de sí misma bastante bien. —Deborah señaló una mesa a corta distancia—. Me voy a sentar allí, Joelle, ¿de acuerdo? Tómate tu tiempo.

—¿Y bien? —preguntó Ruby a Joey cuando la asistente social se alejó—. Abrázame ya, Joelle.

Joey abrazó a su madre con fuerza. Podía sentir todos los huesos de su espalda.

Ruby se apartó para examinarla.

—Mírate. Estás un poco regordeta.

Se sentaron una frente a la otra. La sala de visitas estaba medio llena, y había novios y esposos y un par de bebés ruidosos. A Joey le dolía pensar que su madre llevaba allí más de siete semanas y que nadie más que su abogado había ido a visitarla hasta ahora.

—¿Qué tal la escuela? —preguntó Ruby.

"Los niños no me hablan".

—Bien.

—¿Cómo está tita Flora?

—Bien.

—Habla más alto, no te oigo.

—Está bien —dijo Joey, más fuerte—. No la veo mucho. Se pasa el día trabajando.

—¿Ha estado haciendo comentarios desagradables sobre mí? —La mirada de Ruby estaba clavada en el rostro de Joey—. Apuesto a que no puede cerrar la boca. Creída de mierda.

—No ha dicho nada sobre ti. —Era una mentira necesaria. Su madre no querría saber las cosas que su hermana había dicho—. Ni una palabra.

—Oh. —Los hombros de Ruby se relajaron. Era difícil saber si estaba aliviada o decepcionada—. ¿Y qué me dices de Maple Sound? ¿Te gusta estar ahí?

—No.

—¿Y tu tito Micky? —Su madre bajó un poco la voz—. ¿Te molesta?

Joey la miró a los ojos.

—La verdad es que no.

Se quedaron en silencio por un momento. Joey miró a Deborah, que tenía una revista abierta que no estaba leyendo en la mesa frente a ella. Sonrió a la asistente social para hacerle saber que todo estaba bien. Deborah también le sonrió.

—No me gusta esa mujer —sentenció su madre con los ojos entrecerrados mientras seguía la mirada de su hija—. No me gusta la forma en que me mira. Me juzga. ¿Qué le has dicho?

—Nada. "Y cierra la boca. Deborah es perfecta".

—Acerca tu silla —le pidió Ruby y Joey adelantó la silla unos centímetros. Su madre se inclinó hacia delante—. Escucha, quiero hablar contigo sobre el juicio. Sabes que tienes que declarar, ¿verdad? La fiscalía te considera una testigo.

Ella asiente.

—Necesito que seas inteligente, Joey —continuó Ruby—. No hay nada que yo pueda hacer sobre las cosas que escribiste en tus diarios, porque ahora son pruebas y todo el mundo ya los ha leído. Estuve enfadada durante un tiempo, pero entiendo que estuvieras molesta cuando escribiste esas cosas. Ya no estoy enfadada, ¿sabes?

"Por supuesto que no estás enfadada. Estás rabiosa".

—La verdad es que nos jodiste a las dos, pero todavía puedes arreglarlo. Tienes que arreglarlo. Por mí y por nosotras. Lo entiendes, ¿verdad, cariño?

—¿Cómo puedo arreglarlo? —preguntó Joey.

Ruby intentó tomarle las manos, pero se detuvo cuando la oficial penitenciaria que estaba cerca meneó la cabeza. Joey bajó la vista. Las uñas de su madre, que solía llevar largas y pintadas de rojo, estaban sin pintar, mordidas y en carne viva.

—Cuando testifiques —empezó Ruby—, necesito que dejes muy claro que Charles te estaba… lastimando. Dijiste muchas cosas en tus diarios, pero lo único que no escribiste fue lo que Charles te hacía.

"Porque no podía escribir sobre eso. Escribir sobre eso me hace revivirlo. Escribirlo en mi diario significa que sucedió de verdad".

Joey fijó la mirada en su madre.

—¿Lo sabías, mamá? —susurró—. ¿Sabías lo que me estaba haciendo Charles?

—Ay, basta. —Ruby agitó una mano—. No lo sabía, ¿de acuerdo? No recuerdo que me dijeras nada sobre eso. ¿Cómo voy a saber algo si no me lo dices?

"Porque me echarías la culpa si lo hiciera".

—No supe nada con certeza hasta esa noche. —Ruby hablaba en serio, como si estuviera diciéndole esto a alguien que no la conocía —. Me quedé helada.

—No sé si puedo hablar de eso —admitió Joey—. En voz alta, quiero decir. En el juicio.

—Pero él te estaba lastimando. —Su madre ladeó la cabeza—. ¿Por qué no querrías contarle a todo el mundo que te estaba lastimando?

"Porque no solo me lastimaba, sino que me violaba. Y no puedo decir eso en voz alta sin sentir que me están violando de nuevo".

—Cariño, si le cuentas al jurado lo de Charles, me ayudarás, ¿entiendes? —El rostro de su madre estaba a centímetros del suyo y su voz tenía el volumen de un susurro—. Porque, entonces, el jurado entenderá por qué hice lo que hice. Soy tu madre y lo hice para protegerte. Es muy importante para mi defensa. Si no les cuentas lo de Charles, iré a prisión para siempre. Y, entonces, ¿qué pasará contigo? Quedarás atrapada en Maple Sound…, eso es lo que pasará. Tal vez, si demuestro buena conducta y sigo uno de esos programas de mierda, tenga que cumplir una condena de solo seis meses por maltrato de menores. Seis meses, Joey, y luego estaríamos juntas de nuevo. ¿No quieres que salga?

"No lo sé".

—Cariño, por favor —insistió Ruby—. Tienes que hacerlo, ¿de acuerdo? Tienes que contar todas las cosas malas que Charles te estaba haciendo. No te guardes nada. Cuéntalo todo.

"Así que ahora quieres que todo el mundo lo oiga, ahora que es útil para ti".

—Sabes que no fue el único, mamá —susurró.

Ruby suspiró.

—Estás furiosa conmigo. De acuerdo. Lo siento, ¿sí? Lo siento. Tuve algunos novios malos. Pero podemos hablar de eso cuando salga. Por ahora, tenemos que estar enfocadas. Solo en Charles, ¿de

acuerdo? Tienes que hablarles específicamente sobre Charles. Prométemelo, Joey; si no se lo cuentas, moriré en prisión. Y te garantizo que no podrás vivir con eso.

Esa parte tal vez fuera cierta.

Joey amaba a su madre. La quería en serio. Había llegado a comprender que había hecho lo mejor posible, teniendo en cuenta quién era su propia madre. La madre de Joey también tenía una mala madre.

—Joey. —Ruby la miró—. Si me quieres, harás esto por mí. Es lo menos que puedes hacer.

Joey tomó su decisión.

—De acuerdo, mamá —respondió—. Lo diré.

Su madre dejó escapar una larga exhalación.

—Esa es mi niña —exclamó, y una sonrisa triunfante apareció en su rostro—. Sé que lo harás muy bien en el estrado. Unas lágrimas tampoco vendrían mal. Hay que convencerlos, ¿sabes?

—Está bien —dijo Joey—. Te quiero.

"Dime que tú también. Por favor. Solo dilo una vez".

Ruby se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo creeré cuando hagas esto por mí.

Amor condicional, el único tipo de amor que su madre conocía.

* * *

Paris por fin encuentra el episodio de Ruby en *Asesinos*. Es el 12, en la temporada 7. A pesar de que el sentido común le dice que verlo no le proporcionará la distracción que busca, pulsa *Play* y se acomoda en el sofá.

Ruby no debe de haber visto este episodio, ni tampoco la terrible película hecha para televisión sobre ella, llamada *La amante del banquero*, que se emitió un año después. Pero debe de saber de ambos, y no hay duda de que los odiaría. En el evangelio según Ruby Reyes, el pecado más grave no es el asesinato. Es ventilar los trapos sucios.

La primera vez que Joey aprendió esta lección tenía seis años. Ella y Ruby acababan de salir de una reunión con la maestra de primero de Joey, que estaba preocupada porque se quedaba dormida en clase. Cuando la señora Stirling le preguntó por qué

estaba tan cansada, Joey le respondió que el novio de su madre se había quedado a dormir y que los dos habían hecho ruido toda la noche.

Después de la reunión, Ruby cerró la puerta del coche con fuerza y se alejó a toda velocidad de la escuela. Cuando se detuvieron en un semáforo en rojo, se estiró y pellizcó el brazo de Joey. El dolor fue repentino y agudo, y Joey chilló.

—Nunca, jamás, hables de nuestra vida —masculló su madre—. Lo que ocurre en casa es entre tú y yo, ¿entiendes?

—Pero la señora Stirling me preguntó —replicó Joey—. Y se supone que debemos decir la verdad.

Ruby la pellizcó una y otra vez, hasta que Joey empezó a llorar.

—La verdad es lo que yo te diga que es verdad —le advirtió su madre—. Me has avergonzado. No vuelvas a hacerlo.

Desde muy joven, la noción de verdad había sido siempre un concepto fluido para Joey. Se podía tomar una historia verdadera, omitir algunos detalles claves aquí y allá, restar importancia a ciertos hechos mientras se destacaban otros, y terminar con una narración del todo diferente. ¿Seguía siendo verdad la historia? Sí. Era solo una expresión diferente de la verdad, diseñada para contar la historia de una manera determinada con el fin de obtener una reacción específica.

No solo los hombres malos hacían esto. Los buenos también.

La mañana siguiente al encuentro con su madre en la cárcel, Deborah llevó a Joey a reunirse con la fiscal para preparar su testimonio. Madeline Duffy (“mis amigos me llaman Duffy”) era una señora agradable, como había dicho Deborah, pero un poco persistente. Hizo que Joey repasara los hechos de la noche de la muerte de Charles una docena de veces, que los revisara una y otra vez, modificando las preguntas para obtener las respuestas que deseaba. Luego ajustó las respuestas de Joey hasta que todo estuvo expresado de la manera exacta que ella necesitaba para lograr el máximo impacto.

—Bien, lo último —dijo Duffy. Joey no solía sentirse cómoda pensando en un adulto solo por su apellido, pero estaba tan cansada que ya no le preocupaba—. Sé que ha sido un día largo y estoy segura de que Deb está lista para irse.

—Los tíos de Joelle vendrán a recogerla en cualquier momento

—explicó Deborah—. Quieren salir antes de que el tráfico se complique.

—No hay problema. —Duffy le sonrió a Joey—. Ya casi hemos terminado.

Deborah palmeó el hombro de Joey.

—Voy a salir a hacer una llamada telefónica, cariño. Me quedaré afuera para recibir a tus tíos cuando lleguen.

"Por favor, no te vayas sin despedirte".

Deborah se inclinó y le habló al oído.

—No te preocupes, nunca me iría sin despedirme. Eres una de mis personas favoritas.

"Te amo, Deborah".

Cuando se quedaron solas, Duffy se quitó los zapatos de tacón y se apoyó en el escritorio.

—Bien, Joelle. Cuando te haga la siguiente pregunta, quiero que pienses en todos los hombres casados con los que se relacionó tu madre y en cómo terminó cada una de esas relaciones.

—Todas terminaron mal.

—Así es —convino Duffy—. Y al menos dos de los novios de tu madre que conocemos eran pedófilos.

No era una pregunta, así que Joey no respondió.

—El jurado querrá saber cuál era el estado mental de tu madre la noche que mató a Charles Baxter. Así que cuando yo te pregunte "¿Por qué crees que lo hizo?", tendrás que dar una respuesta. Eso se enmarcará como una opinión, así que esta es tu oportunidad de decir lo que de verdad piensas, ¿de acuerdo? Así que, dime, ¿por qué crees que lo hizo?

Joey lo había pensado mucho, y la respuesta era difícil de articular. Su madre había apuñalado a Charles porque estaba furiosa y no había podido controlar su comportamiento. No había actuado como una madre protectora. ¿Cuándo lo había sido?

La verdad era que, la noche que había apuñalado a Charles, Ruby estaba celosa. Y Joey se preguntó: "¿Si los roles estuvieran invertidos, qué diría Ruby?".

Y eso fue lo que le dijo a Duffy.

CAPÍTULO 34

Cuando comenzó el juicio de Ruby en Toronto, tito Micky empezó a llevar un libro de recortes en Maple Sound de todos los artículos de periódicos sobre el tema. Se suscribió a los tres principales periódicos de Toronto, y el libro de recortes estaba siempre sobre la encimera de la cocina. Joey nunca lo miraba. En cambio, pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio, leyendo.

Tanto Deborah como la fiscal le habían asegurado que su nombre no aparecería en ningún sitio porque era menor de edad, pero eso no era demasiado consuelo. Todos los que conocían a Ruby sabían que tenía una hija. Ruby siempre había llevado a Joey como un accesorio que exhibía cuando buscaba empatía o admiración por ser madre soltera y que descartaba cuando decidía que era un obstáculo para algo que ella quería lograr.

Dos días antes de tener que prestar declaración, Joey era un manojo de nervios. Había hablado con Madeline Duffy por teléfono dos veces después de la reunión inicial, y aunque se sentía preparada, le asustaba imaginar las caras de los miembros del jurado. Duffy le había explicado que la sala estaría cerrada al público y a los periodistas, pero eso todavía dejaba doce pares de oídos en el palco del jurado que escucharían cada palabra que dijera y cómo las dijera. Doce pares de ojos observarían su lenguaje corporal, sus expresiones faciales, sus lágrimas.

Y su madre estaría allí. Observando.

—Recuerda que no tiene nada de malo llorar —enfatizó Duffy durante la última llamada telefónica—. Todos en esa sala están de tu lado. Es importante que expreses tus sentimientos.

Era lo mismo que le había dicho su madre, pero lo que Duffy no sabía era que Joey había sido entrenada para no llorar. Había pocas

posibilidades de que fuera capaz de derramar lágrimas al día siguiente, por mucho que la fiscal se lo pidiera con tan poca sutileza.

—Joelle —pronunció una voz suave y ella levantó la vista. Tito Micky estaba de pie en la puerta de su dormitorio.

Había estado tan inmersa en la novela que no había oído los pasos de su tío en el pasillo. Era la tercera vez que leía *Si hubiera un mañana*, de Sidney Sheldon, su libro favorito de todos, que trataba sobre una mujer a la que se inculpaba de un crimen que no había cometido. Cuando por fin salía de la cárcel, se convertía en una ladrona profesional que se dedicaba a viajar por el mundo y llevar a cabo atracos audaces, y cambiaba de nombre y apariencia siempre que lo necesitaba. Y, por supuesto, se vengaba de las personas que le habían hecho daño y también se enamoraba en algún punto de la historia.

—¿Quieres venir al pueblo? —preguntó tito Micky—. Son las actividades de verano para jóvenes en la iglesia. Tengo que llevar a los chicos —*levar a los sicos*—. Después me puedes ayudar con las compras. Ahora que estás ayudando a tu *lola* en la cocina, quiere que ayudes con las compras.

De día, su tío no era más que un hombre flaco con barriga, no un monstruo que acechaba en la oscuridad. Aun así, Joey no podía pensar en nada que prefiriera hacer menos. ¿Sola en el coche con tito Micky? No, gracias.

—Después de hacer las compras, te puedo dejar en la librería. Te daré diez dólares para que te compres algo. Buena distracción, ¿eh? —Su tío intentó una sonrisa encantadora que dejó al descubierto una hilera de dientes manchados de tabaco.

Espera. ¿Diez dólares? Eso era un libro de bolsillo recién publicado más algo de cambio.

—De acuerdo —aceptó con timidez y se sentó en la cama.

—Y mientras estás en la librería, iré al *pub* deportivo de enfrente. Hay un partido de béisbol y he hecho una pequeña apuesta sobre quién ganará. —Tito Micky le guiñó un ojo—. Pero no se lo cuentes a tu tita.

Unos minutos más tarde, Joey estaba sentada en el asiento delantero de la furgoneta de su tío, entusiasmada. Solo los dos niños mayores iban a ir a la iglesia esa tarde, porque a Carson le dolía el

estómago. Después de dejar a los niños, ella y tito Micky fueron al supermercado. Terminaron las compras con rapidez y tito Micky colocó la carne y los quesos en el refrigerador que guardaba en el maletero. Luego se dirigieron a la calle principal.

—En Navidad ponen un gran árbol en la plaza. —Tito Micky aparcó en un lugar justo frente a la librería—. Tiene nueve metros de altura y lo encienden todo a la vez. Se cantan villancicos y hay un desfile de Santa Claus. —*Un desile de Santa Clowse*—. Siempre traemos a los niños y tomamos chocolate caliente. Te gustará.

Joey sintió una punzada. La primera Navidad sin su madre. Ni siquiera lo había pensado.

Su tío abrió el portamonedas y tomó un billete de diez dólares; cuando se lo entregó, sus dedos rozaron los de ella sin necesidad. Señaló un bar de deportes llamado Loose Goose al otro lado de la calle.

—Nos vemos aquí a las tres y cuarenta y cinco, ¿de acuerdo? Tenemos que recoger a los chicos a las cuatro.

Tenía dos horas para ella en una librería, con diez dólares para gastar. Estaba tan extasiada que casi rebotaba en el asiento. Ambos salieron del coche y tito Micky se apoyó en la puerta del conductor y encendió un cigarrillo.

De pie en la acera, Maple Sound era muy diferente a lo que Joey estaba acostumbrada. A diferencia de Toronto, que estaba llena de gente de todas las razas y religiones y que hablaban distintos idiomas, Maple Sound era demasiado… homogéneo. Su madre nunca había entendido por qué su hermana y su cuñado habían optado por mudarse a un pequeño pueblo a dos horas al norte, lejos de la diversidad de la vida en la ciudad.

—Serás sapo de otro pozo —le había advertido Ruby a tita Flora por aquel entonces—. Vas a odiar el lugar, y te van a odiar a ti.

Joey sospechaba que, de hecho, sus tíos odiaban el lugar, y apostaría a que tito Micky se mudaría de regreso a la ciudad en un santiamén si pudiera. Pero tita Flora parecía decidida a aguantar, aunque fuera solo para demostrar que su hermana estaba equivocada.

Por el momento, sin embargo, nada de eso importaba. Cuando Joey entró en la librería, inhaló largo y profundo, y sintió una auténtica explosión de alegría. Todas las librerías, en todas partes,

olían igual.

Olían a hogar.

* * *

Jason y Tyson llegaron muertos de hambre a la casa y se encaminaron derecho a la cocina para comer cualquier bocadillo que su abuela les hubiera preparado. Joey guardó los comestibles mientras tito Micky volvía a salir. En cuanto habían cruzado la puerta, tita Flora había expresado a los gritos su descontento por la gigantesca parva de hojas que su esposo había dejado en el lado de la casa donde estaba el estanque. Tito Micky las había rastrillado esa mañana, y se suponía que las hojas debían estar quemadas para cuando ella llegara del trabajo.

Joey subió las escaleras con los dos libros nuevos. La librería aún tenía la oferta de dos por diez, y la dueña, que se llamaba Ginny, recordaba a Joey de la primera visita con Deborah.

—¿Y? —le había preguntado Ginny.

—No me decido —admitió Joey con timidez. Había encontrado dos libros que quería, otro de Stephen King, llamado *La tienda de los deseos malignos*, y un libro de Scott Turow, un autor que aún no había leído, llamado *Presunto inocente*. Pero con el impuesto sobre las ventas no le alcanzaría el dinero para los dos—. ¿Cuál me recomendarías?

—Difícil elección —contestó Ginny con una sonrisa—. ¿Qué tal si te llevas los dos y no te cobro el impuesto?

Aquel era de lejos el mejor día de Joey en Maple Sound. Y, curiosamente, tenía que agradecérselo a tito Micky. Todas las ventanas del piso de arriba estaban abiertas y podía oler las hojas quemándose afuera. Olía como una fogata, y eso le levantaba aún más el ánimo. Empujó la puerta de su habitación.

Carson, el niño más pequeño, que se había quedado en la casa esa tarde porque estaba enfermo, estaba sentado en medio del suelo del dormitorio. Era obvio que se sentía mejor, porque tenía un par de tijeras en su pequeña mano y estaba cortando con cuidado la cubierta de *Si hubiera un mañana*. Y como si eso no fuera lo bastante horrible, delante de él había una hoja de cartulina sobre la que había otras seis cubiertas recortadas, todas en fila.

Pero no estaban solo sobre la cartulina. En la alfombra junto a la cartulina, había una barra gruesa y amarilla de pegamento Elmer's. Su primo de cuatro años las estaba *pegando* en la cartulina, en tanto que, a su alrededor, los libros despojados de las cubiertas yacían desnudos y expuestos sobre la alfombra como cadáveres de animales.

Una furia enceguecedora como nunca antes había sentido atenazó el estómago de Joey. Este pequeño imbécil, que debía de tener cien juguetes diseminados por toda la casa, al que nunca le había faltado nada, que nunca se había sentido inseguro, que nunca se había visto obligado a cenar margarina y galletas rancias porque no había otra cosa que comer, estaba destruyendo sus posesiones más preciadas. Sus libros. Las únicas cosas que tenían algún valor para ella, aparte de su colgante.

Habría preferido que destruyera el colgante. Eso podría habérselo perdonado.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó. Para sus propios oídos, sonó como otra persona, como alguien a punto de explotar.

Carson no captó su tono.

—Te estoy haciendo un póster, Joey. —Levantó la vista y sonrió —. ¿Te gusta?

No, no le gustaba. No le gustaba en lo más mínimo.

Sin pensarlo, le arrebató el libro de las manos y le dio una bofetada en la cara con todas sus fuerzas.

La bofetada sonó muy parecida a la que *lola* Celia le había dado junto al estanque y, por Dios, le provocó una satisfacción enorme. Joey nunca había golpeado a nadie antes y, guau, qué bien se sentía descargar toda esa ira en alguien.

Pero, tres segundos más tarde, el arrepentimiento sustituyó a la ira al ver cómo la carita de Carson pasaba del estupor al dolor y luego al miedo. Tenía apenas cuatro años, quizá la mitad del tamaño de ella y era incapaz de defenderse. Mientras lo miraba, tan pequeño e indefenso, y tan aterrorizado de ella, Joey se vio a sí misma. En ese momento, él era Joey, encogido en el suelo.

Y ella era Ruby.

—Lo siento —susurró mientras asimilaba el horror de lo que había hecho—. Lo siento mucho, Carson.

Dio un paso hacia él. El niño se alejó. Y luego abrió la boca y dio

un alarido.

El sonido era espantoso y no se detenía. Cada vez que ella se acercaba un poco más, él gritaba más fuerte, las lágrimas brotaban más rápido, la cara se le ponía más roja. La mejilla donde ella le había pegado estaba casi granate. Joey oyó que tita Flora gritaba el nombre de Carson desde algún lugar de la casa. Unos segundos más tarde, oyó pasos fuertes en las escaleras mientras no uno sino *dos* pares de pies subían deprisa al piso de arriba.

Cuando tita Flora y *lola* Celia llegaron al dormitorio, Carson estaba histérico y, entre sollozos, corrió hacia su abuela y hundió la cabeza en su bata.

—¿Qué hiciste? —increpó tita Flora a Joey, aunque era más que obvio lo que había hecho. La forma de la palma de Joey se había convertido en una mancha púrpura intensa en la mejilla de Carson —. ¿Qué carajo le hiciste, puta estúpida?

Joey intentó explicar, balbuceando y señalando los libros cortados. Comprendía que la escena no se veía bien. Si lo hubiera pensado aunque más no fuera un segundo, nunca le habría pegado. Carson era un chico dulce y la adoraba. Y era tan pequeño… Joey sabía muy bien lo que se sentía ser tan pequeño y que alguien que querías te lastimara, alguien más grande que tú y más poderoso, que siempre ganaba, sin importar lo equivocado que estuviera.

Insatisfecha con las tentativas de respuesta de su sobrina, los chillidos de tita Flora se hicieron más fuertes.

—¿Crees que te queríamos aquí? Mírate, eres igual a tu madre, *wa'y kapuslanan*. Te convertirás en una puta, igual que ella. Si no me pagaran por hacerlo, nunca te habríamos acogido, putita inútil y desagradecida.

A pesar de que tita Flora era más baja y ancha que Ruby, y su rostro no era tan bonito, la ira la hacía parecerse a su hermana y sonar exactamente como ella. Y, al igual que con Ruby, sus palabras eran proyectiles que acribillaban los oídos y el corazón de Joey provocando heridas que nunca sanarían del todo. Cuanto más fuerte gritaba tita Flora, en una mezcla de cebuano e inglés, más lloraba Carson. El niño parecía comprender la gravedad de la situación, y que lo que le estaba ocurriendo ahora a su prima mayor podría, de hecho, ser peor que lo que le acababa de ocurrir a él. Intentó dos veces acercarse a Joey, pero, en ambas ocasiones, su abuela lo

detuvo.

Los ojitos negros de *lola* Celia observaban la escena con calma mientras sus dedos nudosos acariciaban el pelo de su nieto. Hasta ahora no había dicho nada. Solo cuando tita Flora se calló por fin, con la cara roja y la respiración agitada, su *lola* habló. Carson se había calmado un poco para entonces, y el tono de su abuela fue suave, casi gentil.

—*Sunoga ang iyang mga libro. Ang tanan*.

Joey no entendió lo que la anciana acababa de decir. Sabía que *libro* significaba "libro". Tal vez estaba tratando de recordarle a tita Flora que Carson no debería haber cortado las cubiertas de los libros de Joey, e intentaba distender la situación. Las cosas con *lola* Celia habían estado yendo mucho mejor desde que Joey había empezado a ayudar en la cocina. Tal vez su abuela estaba de su lado.

Pero entonces vio la expresión de compresión en el rostro de su tía, que luego se transformó en petulancia. No. Fuera lo que fuera lo que acababa de decir *lola* Celia, no había duda de que la anciana *no* estaba de su lado.

Un nudo de miedo estrujó el estómago de Joey. La iban a echar. Iban a llamar a Deborah y le iban a contar lo que había hecho y, oh, Dios, Deborah se enteraría y se alejaría de ella porque se daría cuenta de que Joey era igual a su madre.

¿Y adónde iría entonces? Le asignarían otra asistente social, alguien a quien Joey le caería mal y no le importaría, que arrojaría a Joey a una familia adoptiva a la que tampoco le importaría. O tal vez la enviarían a uno de esos centros de los que había oído hablar en la escuela, como una prisión para niñas, un lugar al que enviaban a los chicos malos.

Porque, por supuesto, Joey era una semilla podrida. Venía de una madre mala.

—Lo siento mucho —se disculpó con desesperación—. Te quiero, Carson, lo siento tanto, tanto.

—Joey —dijo el niño y trató de acercarse a ella de nuevo, pero *lola* Celia lo sujetó con firmeza.

Su tía fue al armario, tomó el cesto de plástico alto con la ropa sucia de los niños y lo vació sobre la alfombra. Retrocedió a la estantería de Joey, barrió todos los libros del estante y los metió en

el cesto, luego agregó los libros sin cubiertas y las dos novelas nuevas que Joey acababa de comprar. Cuando todos los libros estuvieron en el cesto, lo sacó de la habitación y salió al pasillo. Unos segundos más tarde, Joey oyó los golpes que daba el cesto mientras su tía lo arrastraba por las escaleras.

El pánico se apoderó de ella y echó a correr.

—Por favor, tita Flora, lo siento mucho. Por favor.

Tito Micky levantó la vista con sorpresa cuando las dos salieron deprisa por la puerta trasera de la casa. Estaba a punto de encender un cigarrillo y casi se le cayó de la boca cuando su esposa pasó junto a él para llegar al cubo de basura de metal donde él acababa de terminar de quemar las hojas. Todavía humeaba.

Tita Flora era pequeña, pero era enfermera, y era fuerte. Joey observó cómo su tía doblaba las rodillas para levantar el cesto pesado y volcaba los libros en el cubo de basura metálico. Luego arrojó el cesto a un lado y tomó la lata de alcohol de quemar que estaba a los pies de tito Micky. Lo roció generosamente sobre los libros y arrebató la caja de cerillas de la mano de su esposo. Encendió una, la arrojó dentro del cubo, y retrocedió un paso mientras las llamas se elevaban, renovadas.

Las hojas quemadas huelen de una manera. El papel quemado huele de otra manera, y el olor revolvió el estómago de Joey. Cayó de rodillas mientras las llamas anaranjadas rugían. En ese momento, podría haber sido ella la que ardía. Sus libros eran lo único que no estaba unido a recuerdos dolorosos. Casi todos esos libros habían pertenecido a su madre. Eran las únicas cosas buenas que Joey tenía.

Una buena paliza habría dolido menos.

Alzó la mirada hacia la ventana del dormitorio, desde donde el pequeño Carson observaba todo con su carita arrugada por las lágrimas y el arrepentimiento. Detrás de él, se erguía *lola* Celia, con las manos aún sobre los hombros del niño y una sonrisa que en realidad no era una sonrisa.

Joey conocía esa sonrisa. Su madre tenía la misma. Y de pronto entendió lo que la anciana había dicho.

“Quema sus libros. Todos”.

* * *

A la mañana siguiente, Joey se despertó después de un sueño agitado. Era el día en que debía ir a Toronto a testificar, y se había pasado toda la noche atormentada por pesadillas que ahora no podía recordar.

Se giró y encontró un gran sobre a su lado en la cama. Tenía un corazón dibujado con lápiz rojo en la parte de afuera, y en el interior había un montón de monedas. De un centavo, de cinco, de diez, de veinticinco. Unas cuantas de un dólar. Y, en el fondo, un billete de dos dólares.

Carson estaba sentado en el suelo en el mismo lugar donde había cortado sus libros el día anterior, todavía en pijama. Era obvio que había estado allí un buen rato, esperando a que ella se despertara. Detrás de él, sus hermanos mayores seguían durmiendo en las literas.

—¿Qué es esto? —susurró Joey.

—El dinero de mi alcancía —contestó Carson, esforzándose por no llorar—. Puedes comprar más libros. Lo lamento, Joey.

Joey volvió a guardar el dinero en el sobre y lo llevó consigo mientras se sentaba en el suelo junto a él.

—No tienes nada que lamentar —le aseguró, y su voz se entrecortó al ver el magullón en su mejilla. Lo miró a los ojos—. Hice algo muy malo. Pegar es malo, y te prometo que nunca, nunca te volveré a pegar. Lo siento mucho, Carson. Eres un buen chico y lo siento mucho. Nadie debería ser golpeado, nunca.

—Pero *lola* te pegó —replicó él—. En el estanque.

No había nada que ella pudiera responder a eso.

Carson se le acercó y se subió a su regazo. Joey lo abrazó con fuerza y frotó su mejilla contra el suave cabello con olor a champú de bebé. Permanecieron así durante un minuto entero.

“No soy mi madre. Nunca seré mi madre”.

“Antes preferiría morir”.

CAPÍTULO 35

Cuando el alguacil abrió las puertas, lo primero que vio Joey fue que todos los asientos para el público estaban vacíos, tal como había dicho Deborah.

Lo segundo que vio fue al juez sentado al final del pasillo, en lo alto del estrado, con una toga negra, igual que en la televisión.

La tercera cosa que vio fueron los rostros de los miembros del jurado en el palco a la derecha, todos girados en su dirección.

Y, por último, vio a su madre, sentada en la mesa de la izquierda. Su abogado se había volteado, pero Ruby no, lo que la convertía en la única persona en la sala que no estaba mirando a Joey. Su madre sostenía la mirada hacia el frente, con el largo y lustroso cabello negro suave y brillante otra vez, y los hombros y la espalda en una postura perfecta.

Deborah la llevó de la mano mientras avanzaban por el pasillo. Madeline Duffy le dirigió una sonrisa alentadora desde su asiento en la mesa más cerca del estrado del jurado. Ruby aún no se había vuelto, pero ajustó un poco la postura al sentir que su hija se acercaba.

Había seis hombres y seis mujeres en el jurado. Algunos de ellos, las mujeres, en su mayoría, miraron a Joey. Una de ellas le sonrió. Duffy le había dicho esa misma mañana que muchos de los miembros del jurado eran padres, algunos con hijos de edades cercanas a la de Joey.

Cuando estaban a punto de pasar por la mesa de la defensa, su madre se volvió por fin. Sus miradas se cruzaron y Ruby sonrió. Su abogado también sonrió, pero Joey podía ver solo a una persona.

Conocía cada línea del rostro de su madre; sabía lo que significaba cada milímetro de cada expresión facial. Joey se había

pasado toda la vida intentando predecir el clima emocional de su madre, siempre alerta a una tormenta inminente y a esa fracción de segundo en que el cielo despejado se convertía en un huracán de categoría 5. Ruby tenía muchas sonrisas, pero hoy, ahora mismo, esta sonrisa era el sol.

Joey se soltó de la mano de Deborah. Pasó por el estrecho espacio junto a la abogada y se lanzó a los brazos de su madre.

Ruby la abrazó también con la misma fuerza mientras le acariciaba con los dedos la parte posterior del cabello.

—Recuerda lo que hablamos —murmuró.

Ninguna de las dos se soltó hasta que el alguacil se acercó para separarlas.

Joey se sentó en el banquillo de los testigos. Deborah se sentó dos filas detrás de la mesa de la fiscalía, justo a un lado del pasillo, para que ella y Joey pudieran verse bien. Le dirigió una dulce sonrisa y una inclinación de cabeza, como si le dijera: "Puedes hacerlo".

Duffy comenzó a formularle preguntas. Ya habían hecho esto antes, habían practicado, y Joey sabía con exactitud lo que tenía que decir. Durante la preparación, se había sorprendido a sí misma distanciándose cada vez que las preguntas se volvían demasiado difíciles y los recuerdos la abrumaban. En cada ocasión, Duffy la había obligado a volver a concentrarse. "Tienes que estar presente, Joelle. El jurado debe entender por lo que has pasado, y para entenderlo, tiene que sentirlo. Y para que lo sienta, debes sentirlo tú. Aunque solo sea por esta vez. Sé que puedes hacerlo, Joelle".

Joey respondió a las preguntas sobre su infancia, los distintos apartamentos en los que habían vivido, las alacenas vacías, los armarios en los que a veces dormía cuando no se sentía segura en su cama. Le contó al jurado sobre los maltratos físicos, los cambios constantes de novios de su madre, los sonidos de sexo en la habitación de al lado que se suponía que ella no debía oír. Las expresiones faciales de los miembros del jurado cambiaban sin cesar. En un momento sentían tristeza por ella. Al siguiente, estaban enfadados con Ruby. Y, en el medio, había lástima. Mucha lástima.

—Sé que esto es difícil, Joelle —dijo Duffy—. Y quiero reiterar que lo estás haciendo de maravillas y que eres una chica muy valiente. Pero ahora quiero hablar de Charles Baxter. Quiero que

nos cuentes en detalle la noche en que fue asesinado. ¿Puedes decirnos lo que viste?

En esta parte, Joey no podía mirar a su madre. Y tampoco a Deborah. En cambio, se enfocó en el rostro de Duffy. No tenía ninguna conexión emocional con la fiscal, que, una vez más, era apenas otra persona que decía querer ayudar porque le pagaban por hacerlo. Fingiría que los miembros del jurado eran páginas en blanco que esperaban ser llenadas con la verdad.

No tenía por qué ser la verdad. Solo su verdad.

Joey respiró hondo y comenzó.

* * *

Unos días antes de ser asesinado, Charles Baxter había terminado la aventura con su madre por cuarta vez en dos años. Ruby estaba, como mínimo, muy molesta.

—El imbécil no me contesta el teléfono. —Su madre iba por el tercer cigarrillo en veinte minutos mientras se paseaba por la sala de estar—. ¿Cree que puede dejarme así como así? Oh, no. No, no, no.

Joey estaba acurrucada en la esquina del sofá. Ya había visto esto antes. Su madre se ponía así después de cada ruptura: saltaba de la ira a la autocompasión, y viceversa, como si estuviera jugando al ping-pong consigo misma. Esta era la ira, y no había nada que hacer al respecto. Lo único que Joey podía hacer era escuchar, asentir y estar de acuerdo. Cualquier otra cosa solo empeoraría la situación.

Ruby pulsó el botón de remarcado en el teléfono inalámbrico, que, irónicamente, había sido un regalo de Charles. Joey alcanzaba a oírlo sonar en el otro extremo. Después de seis tonos, la llamada se desvió al buzón de voz. Otra vez. Ruby lanzó el teléfono hacia el sofá; el pie de Joey se salvó por unos pocos centímetros.

—Debería llamar al muy hijo de puta a su casa. Hablaré con su esposa. ¿Quieres apostar con qué rapidez me va a contestar entonces?

“Muy mala idea”.

—No quiero que se enfade contigo, mamá.

Su madre se detuvo.

—Tienes razón. Se enfadaría. Y, entonces, sí que no me contestaría nunca. —Terminó el cigarrillo, caminó hasta la puerta corrediza que daba al balcón y tiró la colilla por sobre el borde. Luego regresó donde estaba Joey—. Necesito distraerme. Salgamos de aquí. Vamos a ver una película. Lo que tú quieras.

Joey se animó. Ir al cine era una rareza, y que su madre lo propusiera era todavía más raro.

—Voy a ver la cartelera.

Su madre no respondió, así que Joey tomó el teléfono y marcó 777-CINE. La llamada fue contestada casi de inmediato. "¡Hola! Bienvenido a Moviefone…".

Escuchó la lista de películas de ese fin de semana y la memorizó; luego se volvió hacia su madre.

—La única película para ver con supervisión de los padres es *Batman vuelve* —sugirió y contuvo la respiración. "Por favor, por favor, por favor".

Ruby se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—La estrenan hoy, así que tendremos que recoger las entradas con anticipación. Hay una función a las nueve.

—Bueno.

—Tal vez, si vamos temprano, podríamos comprar las entradas y luego cenar en el restaurante mientras esperamos. —Joey sabía que estaba tentando a la suerte.

—Claro.

"¡Sí!".

—Buscaré tus gafas mientras te duchas.

Su madre no se había duchado en tres días.

—Está bien.

Guiada por un impulso, Joey le dio un beso en la mejilla. Ruby apestaba a pelo sucio, olor corporal y cigarrillo.

—Gracias, mamá. Eres la mejor.

Fue recompensada con una sonrisita.

Cuarenta y cinco minutos después, Ruby esperaba en el coche frente a la taquilla mientras Joey compraba dos entradas para la función de las nueve. Volvió brincando al coche, ansiosa por llegar a Jupiter Diner, su restaurante favorito. El lugar tenía un menú solo para los helados, y cada uno de los antiguos cubículos tenía su

propia minigramola llena de éxitos de los años cincuenta. Con veinticinco centavos se podían comprar cinco canciones. Joey ya sabía cuál sería la primera: “Rockin' Robin”. “Pío, pío… piiii”.

Pero, mientras se alejaban del cine, sintió que su madre volvía a alterarse.

Cuando llegaron al siguiente cruce, en lugar de girar a la izquierda para ir al restaurante, Ruby giró de pronto hacia la derecha. A Joey se le cayó el alma a los pies.

—¿Mamá?

—Solo quiero pasar por la casa de Charles —explicó su madre—. Me dijo que no podíamos encontrarnos para hablar este fin de semana porque estaría en la casa de campo con *ella*. Quiero asegurarme de que no me está mintiendo.

Ella era Suzanne, la esposa de Charles. Joey no estaba segura de por qué importaba dónde estaba Charles. Ya la había dejado. Pero no tenía sentido recordárselo a su madre. Se hundió en el asiento. Tal vez no tendrían tiempo para cenar, pero había una buena posibilidad de que llegaran a la película.

Se dirigieron hacia The Kingsway, un barrio muy caro. Aunque Ruby no le hubiera dicho cuánto costaban las casas, era obvio que la gente que vivía allí era rica. Ruby condujo por las frondosas calles arboladas mientras Joey contemplaba las hermosas mansiones por la ventanilla. ¿Cuánto costaría tener una casa así, en un barrio como este?

Se detuvieron frente a una casa gigantesca que, excepto por el techo, estaba íntegramente construida en piedra color crema. En el sendero de entrada, cabían seis coches, pero ahora había solo uno aparcado allí. Ruby no se detuvo detrás de este. En cambio, dejó su viejo Mercury Monarch con el motor encendido junto a la acera al otro lado de la calle.

—Vaya —susurró Joey, inclinada hacia adelante para mirar más allá de su madre—. Charles es rico de verdad.

—Deberías ver el interior. —Su madre no parecía contenta. No podía apartar la vista del brillante Jaguar negro en la entrada—. Está en su casa, el maldito hijo de puta. Sabía que me había mentido. Puedo verlo en su oficina.

“No importa. Ya rompió contigo”.

Ruby bajó el parasol y se examinó el rostro en el espejo.

—Necesito más maquillaje —agregó y le pasó a Joey su bolso—. Busca mi lápiz labial y el delineador de ojos. Y fíjate si hay un colorete. —Se estiró hacia la guantera y sacó el cepillo de viaje que siempre llevaba en el coche.

Joey rebuscó en el bolso de su madre y encontró un viejo lápiz de ojos y un colorete de CoverGirl, y un tubo viejo de rímel Maybelline Great Lash. Luego sacó un lápiz labial Rojo Rusia de MAC, el tono característico de Ruby. Observó cómo su madre se maquillaba.

—Espera aquí —le indicó Ruby—. No te preocupes, no nos perderemos la película, ¿de acuerdo? Voy a apagar el motor. Baja las ventanillas para no tener mucho calor.

Antes de que Joey pudiera responder, salió del coche, se alisó la falda de su vestido veraniego y cruzó la calle con rapidez. Caminó hacia la puerta principal y tocó el timbre. Joey observó por la ventanilla abierta cómo Charles abría la puerta. Estaba demasiado lejos para oír lo que decía él, pero el volumen de la voz de Ruby iba *in crescendo*. Charles la empujó hacia el interior y cerró la puerta.

Pasaron diez minutos. Luego veinte. Luego treinta. El estómago de Joey rugía de hambre. Encontró un paquete de goma de mascar Juicy Fruit a medio terminar en la guantera, desenvolvió dos y se los metió en la boca.

Al cabo de otros diez minutos, cuando empezaba a tener sueño, la puerta del conductor se abrió y su madre se dejó caer en el asiento junto a ella. Ruby tenía una expresión exultante, y Joey se dio cuenta de que el labial rojo había desaparecido por completo.

—Tengo que mover el coche hasta el parque infantil más adelante para que no lo vean los vecinos —explicó Ruby con mirada chispeante—. Charles y yo nos reconciliamos, así que nos quedaremos a cenar. No me estaba mintiendo: tuvo que quedarse por cuestiones de trabajo y lo decidió a última hora. Pero ella no volverá de la casa de campo hasta el martes.

“Te sigue mintiendo, mamá”.

—Pero nos perderemos la película. Ya compramos las entradas. —Joey se llevó una mano al bolsillo de sus pantalones cortos y agitó las entradas en el aire.

—Joder —exclamó Ruby y arrancó el motor—. Esta relación es más importante que una estúpida película. Mira su casa. Si juego

bien mis cartas, podríamos vivir aquí. Admitió que cometió un error al romper conmigo. Lo hizo solo porque no quiere que su esposa se quede con la mitad de todo si se divorcian. Pero ha decidido que vale la pena si eso significa que podemos estar juntos.

Joey tenía sus dudas. Ya había escuchado esta historia antes; Charles no era el primer hombre que le prometía a Ruby que iba a dejar a su mujer y no lo hacía.

—Puedo tomar el autobús a casa —sugirió.

—Tú vienes conmigo. —El tono de Ruby no dejaba lugar a discusión—. Charles está deseando verte y nos vamos a quedar a pasar la noche. Tiene un televisor gigante en el sótano y unas cien películas. Es mejor que estar sentada en un cine frío y que te pateen el respaldo del asiento toda la noche.

"No, no lo es".

—Pero no tengo pijama ni cepillo de dientes.

—Charles tiene de todo —respondió su madre—. Literalmente todo. Ve. Volveré enseguida después de mover el coche.

Joey puso la mano en la puerta y vaciló.

—Deja de hacerte la mocosa. —La voz de Ruby se había endurecido—. Charles te está esperando.

CAPÍTULO 36

Un silencio inquietante reinaba en la sala del juzgado; tanto el juez como el jurado estaban pendientes de cada palabra de Joey. Con la garganta seca, Joey apartó la cara del micrófono y tosió; luego buscó la pequeña botella de agua que tenía a su lado.

—¿Qué pasó cuando tú y tu madre entraron en la casa de Charles Baxter? —preguntó Duffy.

—Charles me enseñó el lugar —contestó Joey; su voz resonaba a través de los altavoces encima de ella—. Dijo que era agradable tener una chica en la casa de nuevo. Su hija estaba en la universidad y ya casi no lo visitaba. Y, entonces, bajamos todos al sótano.

* * *

Joey no sabía que las casas podían tener sótanos así, con muebles y alfombras y diferentes habitaciones. Era el paraíso de los niños.

Los Baxter tenían una mesa de billar, una mesa de ping-pong, dos máquinas de *pinball* y una máquina de *arcade* Galaga original, un juego al que Joey había jugado solo en el supermercado cuando su madre se acordaba de hacer las compras. Charles parecía muy contento de verla y le explicó que no necesitaba monedas para jugar a ninguno de los juegos.

—Todo lo que tienes que hacer es pulsar este botón rojo y el juego comenzará —le explicó—. Y puedes jugar todas las veces que quieras. Veremos si eres capaz de superar mis puntuaciones.

En la pantalla de Galaga, Joey vio los nombres de los demás jugadores. Alguien llamado Brian tenía la puntuación máxima;

debía de ser el hijo de Charles. El segundo puntaje más alto pertenecía a Lexi, que debía de ser la hija de Charles. Qué bonito nombre, Lexi. Arriba, en la repisa de la chimenea, Joey había visto un retrato de toda la familia que parecía haber sido tomado por un fotógrafo profesional. Los Baxter parecían una familia de lo más normal, salvo que Charles tenía una amante llamada Ruby.

Los videojuegos mantuvieron a Joey ocupada durante un rato, al igual que *El padre de la novia*, la película que seleccionó de la extensa colección de videos. Estaba cansada cuando terminó la película, así que subió para ver dónde se suponía que iba a dormir.

Se oían risas procedentes del piso superior y encontró a su madre y a Charles sentados en la cama, dándose de comer fruta y queso el uno al otro y viendo una película en blanco y negro en la televisión. El dormitorio principal era casi tan grande como el apartamento de ellas, con puertas dobles y unos armarios enormes, y un baño gigante. Charles estaba cortando el queso en cubos con un cuchillo largo y fino y se los daba a Ruby como si fuera un pincho de barbacoa.

—Hola, cariño —dijo su madre. Tenía la cara sonrojada y el pelo revuelto. El vestido, que estaba levantado, dejaba ver las largas piernas desnudas. La mano libre de Charles le acariciaba el muslo —. ¿Te vas a la cama?

—No estoy segura de dónde debo dormir.

Charles se llevó un trozo de queso a la boca y sonrió.

—Al final del pasillo hay una habitación de huéspedes, la que tiene el cubrecama blanco. Encontrarás pasta y cepillos de dientes en el baño, además de jabón y champú y todas esas cosas.

—Eh… no tengo pijama.

—Te prestaré una de mis camisetas. —Charles señaló el tocador, que estaba junto a la entrada al baño—. La segunda gaveta desde arriba. Elige lo que quieras. Eres tan pequeña que te quedará de camisón. —Rio, y Ruby también rio mientras le acariciaba el cabello.

Joey se dirigió al tocador y abrió la gaveta, donde encontró una hilera de prendas pulcramente dobladas. Tomó la primera que vio, que resultó ser una de la Universidad de Toronto.

—Es de mi universidad —comentó Charles—. Cuídala, ¿sí? Tengo esa camiseta desde antes que naciera tu madre y no está ni

de lejos en tan buen estado como ella.

Ruby rio de nuevo.

—Las cosas que dices, cariño.

Joey les deseó buenas noches a ambos y se alejó por el pasillo. Pasó por una habitación llena de parafernalia deportiva: balones de baloncesto firmados, pelotas de fútbol, palos de hockey, dos camisetas enmarcadas. La habitación de Brian.

Siguió avanzando y se detuvo en un dormitorio con las paredes pintadas de rosa. Tenía que ser la habitación de Lexi. Impulsada por la curiosidad, entró y, al instante, se quedó maravillada. En las paredes había pósters de Jason Priestley, Luke Perry y Brian Austin Green; estaba claro que la hija de Charles era fanática de *90210*. También había pósters de Madonna, Mariah Carey y Marky Mark y The Funky Bunch. Ruby había mencionado una vez que Lexi estudiaba en la Universidad de Dalhousie, en Halifax, y que no iba de visita casi nunca.

—No se lleva bien con su padre —le había contado—. Eso te pasa cuando malcrías a tus hijos.

Ser malcriada no parecía tan malo. Lexi Baxter tenía más cosas de las que Joey jamás hubiera imaginado que pudiera tener una chica. Había un equipo de música, una colección de discos compactos, un televisor pequeño. En la habitación había una pared entera con estantes sin un solo libro, pero llenos de trofeos, placas, cintas y medallas. Competencia Internacional de Patinaje Artístico, Canadá, 1990, segundo puesto. Clásico de Otoño Internacional 1986, tercer puesto. Clásico Internacional de Patinaje Artístico, Estados Unidos, 1987, séptimo puesto. Lexi Baxter había sido una patinadora artística de competición y, a juzgar por estos trofeos, una muy buena.

Joey deslizó los dedos por la cama mientras se dirigía al armario de Lexi, tan grande que necesitaba iluminación propia. Al revisar la ropa, vio que todo era de marca. Benetton. Polo. Tommy Hilfiger. Ralph Lauren. Ropa de diseño de buen gusto y líneas simples, para la chica que lo tenía todo.

Y a la vista, justo en el centro, colgaban los patines de hielo de Lexi. La hija de Charles tenía tres pares, dos blancos y uno *beige*, en distintos estados de uso. Joey tomó uno de los blancos y le quitó el protector. La cuchilla era extremadamente fina en el borde, afilada

casi en V. Joey recordó lo que había dicho un comentarista durante los Juegos Olímpicos de Invierno de Albertville cuando se estaba celebrando la prueba de patinaje libre femenino.

"Cuanto mejor es la patinadora, más afilada la cuchilla".

Volvió a poner el patín tal como lo había encontrado y fue a ver las fotos. La habitación entera estaba llena de fotos de Lexi, rubia y esbelta, en distintas etapas de su vida… en el tablón de corcho, el respaldo de la cama, pegadas en el espejo del tocador. En la mitad de ellas aparecía patinando, y en la otra mitad, con la familia y amigos. Lexi era popular. Y parecía muy unida a su madre y a su hermano. Había muchas fotografías de los tres, sonriendo, riendo, haciendo cosas juntos. Lexi se parecía a su madre, pero tenía los ojos de su padre.

¿Cómo sería ser Lexi Baxter? Lexi tenía una madre que la quería y un padre que la mantenía. Tenía un hermano con quien jugar o pelearse, según el día. Tenía amigos. Patinaba. Iba a la universidad. No se preocupaba por el dinero. Lexi había nacido para una vida de ensueño. Le había tocado la lotería familiar.

Era tan injusto.

Joey salió de la habitación y se dirigió por el pasillo al dormitorio de huéspedes, que tenía una decoración hermosa y muy impersonal. Encontró un cepillo de dientes en el baño, como había dicho Charles. Hasta los huéspedes de los Baxter vivían mejor que ella y Ruby. Podía entender por qué su madre querría vivir aquí y ser la esposa de Charles. En cualquier otra circunstancia, Joey habría querido ser la hijastra de Charles.

Excepto que ya había un monstruo en la familia.

Dejó la camiseta de Charles en el baño, se metió en la cama y se quedó dormida con la ropa puesta.

* * *

La sala estaba tan silenciosa que Joey podía oír el ruido del estómago del alguacil a poco menos de dos metros de distancia.

—¿Dormiste de corrido toda la noche? —preguntó Duffy.

—No. Me desperté cuando oí un ruido.

—¿A qué hora fue eso?

—Poco después de la una, tal vez.

—Cuéntanos qué hiciste entonces.

—Me senté en la cama —comenzó Joey—. La habitación estaba oscura, así que encendí una lámpara porque estaba un poco asustada. Y, entonces, me di cuenta de que mi mamá y Charles estaban discutiendo. La discusión duró un rato, unos diez minutos. Y, entonces, mi mamá vino a la habitación de huéspedes. Estaba enfadada.

Joey hizo una pausa, como Duffy le había enseñado. Tenía instrucciones específicas de no apresurarse en esta parte. Contó hasta dos y continuó.

—Tenía un cuchillo, el mismo que yo había visto usar antes a Charles para cortar el queso… Estaba cubierto de sangre. Y ella también.

Tomó aire y lo retuvo. Le pareció que todos los presentes hacían lo mismo.

—¿Qué te dijo tu madre? —la urgió Duffy, tal como habían ensayado.

—Dijo: "Tienes que ayudarme. Lo maté. Charles está muerto".

Se produjo un murmullo en la sala. Provenía del estrado del jurado y Joey volteó y vio que la mayoría de sus integrantes estaban mirando a Ruby. Pero había un miembro que seguía mirando a Joey, y era la misma mujer que le había sonreído cuando Joey había entrado en el juzgado. La mujer no sonreía ahora. Su expresión era de pura compasión, con ojos tristes y húmedos.

—¿Qué pasó entonces? —presionó Duffy.

—Estaba histérica y presa del pánico. Quería irse. Le dije que debíamos quedarnos y llamar a la policía, explicarles que había sido un accidente y que no había tenido intención de hacerle daño. Dijo que no quería que nadie supiera lo que había hecho. Dijo que, si nos íbamos enseguida, podrían pensar que alguien se había metido en la casa, como un ladrón o algo así. No paraba de jalar de mi brazo, pero le dije que, si no quería llamar al 911, teníamos que asegurarnos de no dejar nada atrás que pudiera incriminarla. Quiero decir, sé que la policía puede buscar huellas dactilares y todo eso, pero también sabía que mi madre había estado en esa casa al menos unas cuantas veces antes. Solo teníamos que asegurarnos de que nadie supiera que había estado allí esa noche.

Joey respiró hondo otra vez.

—Encontré una bolsa de basura debajo del lavabo del baño. Le dije que arrojara el cuchillo dentro y que se quitara el vestido y lo metiera también en la bolsa. Se puso la camiseta vieja de Charles y yo encontré un pantalón de deporte en una de las gavetas de Lexi. Luego le dije que saliera por la entrada trasera y fuera a buscar el coche.

—¿Tú le dijiste que se fuera? —Duffy ya sabía todo esto, pero lo dijo con un tono de incredulidad—. ¿Tú, su hija de trece años, le dijiste a tu madre que se fuera?

—Tenía miedo de que empeorara las cosas. No estaba pensando con claridad. Se tambaleaba, lloraba y decía cosas.

—¿Qué decía?

—Cosas como "Dios mío, ¿qué he hecho, qué he hecho?". Me pareció que sería más fácil limpiar y ordenar todo si ella no estaba allí. Al final se fue.

—Y, entonces, ¿qué hiciste?

—Llevé la bolsa de basura a la habitación de Charles. La puerta estaba abierta de par en par y las luces estaban encendidas. —La voz de Joey se va apagando.

Duffy le hace un pequeño gesto de aprobación.

—Dinos lo que viste, Joelle —murmura.

—Vi a Charles tendido en el suelo de lado. Había sangre por todas partes, pero la mayor parte se concentraba en la alfombra cerca de él. Tenía los ojos cerrados y no se movía. Parecía muerto. Yo… casi vomité.

—Es comprensible. Continúa.

—Empecé a recoger todo lo que mi madre había dejado atrás. El bolso estaba en la mesita de noche, y encontré su lápiz labial en el baño junto al lavabo. No sabía qué tomar, así que me llevé todo: las servilletas, los tenedores, la botella de vino, la copa con la marca del labial. —Otro suspiro—. Y, entonces, lo oí gemir. Creo que di un salto; el sonido me asustó. Me volteé para mirarlo, y tenía los ojos abiertos. Pensé que iba a ponerse de pie, pero se quedó tumbado y dijo: "Llama al 911, Joey. Por favor. Me apuñaló".

—¿Llamaste al 911?

—No.

—¿Por qué no? —pregunta Duffy.

—Porque mi madre regresó. Se había puesto paranoica pensando

que no estaba muerto y necesitaba asegurarse. Vio que tenía los ojos abiertos y que intentaba hablar, y entonces algo… cambió.

—¿Qué cambió?

—Ella cambió. Me ordenó que terminara de limpiar y que revisara todo, en especial el baño. Había usado el cepillo y el desodorante de la esposa de Charles y quería que los buscara y los metiera en la bolsa. Mientras yo estaba en el baño, ella debió de salir para ir a la habitación de Lexi. Cuando salí, estaba sentada en la silla del rincón con uno de los patines de Lexi en las manos. Se lo estaba poniendo y atando. Yo no entendía qué estaba haciendo. Y.

—Continúa. —Un imperceptible gesto de aliento. Los ojos de la fiscal brillaban. Estaba lista para el golpe final.

Joey vaciló, como habían practicado. Tomó aire, como habían practicado. Luego levantó la barbilla, miró a Duffy a los ojos y habló con claridad, tal como le habían pedido que hiciera.

—Mi madre le pisó el cuello.

Un par de miembros del jurado dejaron escapar un grito ahogado.

Duffy esperó unos segundos.

—Cuéntanos el resto, Joelle —agregó con suavidad.

—Se quitó el patín y lo dejo caer en la bolsa de basura con todo lo demás. —Joey bajó la vista a sus manos—. Y luego nos fuimos a casa.

CAPÍTULO 37

El juez, totalmente inmerso en el testimonio, casi se olvidó de acusar recibo de que la fiscal había terminado. Madeline Duffy llevaba sentada unos cinco segundos antes de que, por fin, él se acordara de decir:

—Señor Mitchell, su testigo.

Joey observó cómo el abogado de su madre se ponía de pie. Era un hombre más bajo, con un traje gris brillante, y tenía pelo solo en los lados y la parte posterior de la cabeza.

—Joelle, soy Don Mitchell —comenzó—. Quiero agradecerte que estés hoy aquí. Sé que esto es difícil. Intentaré ser breve, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Joey.

Caminó de mala gana hacia ella; actuaba como si le entristeciera tener que hacerla pasar por esto. Pero Duffy le había explicado que así como ellas habían practicado el testimonio de Joey, el abogado de Ruby habría hecho lo mismo con su madre. Todo en el tribunal era un acto escénico. Todo estaba ensayado.

—Dijiste que te despertaste en la habitación de huéspedes con el sonido de la discusión entre tu madre y Charles. ¿Oíste de qué se trataba la discusión?

—Oí solo fragmentos.

—¿Puedes contarnos sobre esos fragmentos?

—Mi madre estaba furiosa porque Charles quería romper con ella otra vez. Ella gritaba que él solo la estaba utilizando y él le gritaba que se fuera.

—¿Qué más dijeron?

—Eso fue todo lo que alcancé a oír.

—¿O sea que no se estaban peleando por ti?

Joey se volvió hacia Duffy.

—No. No que yo haya oído.

Don Mitchell se paseaba con lentitud.

—¿Así que no oíste a tu madre y a Charles discutir sobre ti para nada?

—Objeción —interpuso la fiscal Duffy—. Preguntado y respondido.

—Ha lugar —concede el juez.

Mitchell se volvió hacia el jurado y luego hacia Joey.

—Escuchamos antes que dos de los anteriores novios de tu madre figuran en el registro de agresores sexuales. Joey, ¿has sido abusada alguna vez por alguno de los novios de tu madre?

—Objeción —saltó Duffy—. ¿Qué importancia tiene esto?

—Es pertinente, su señoría —aseveró Mitchell—. Solo necesito unos minutos.

—Dese prisa, entonces —replicó el juez.

Mitchell se aclaró la garganta.

—En la audiencia del tribunal de familia, cuando se leyeron tus diarios en voz alta, insinuaste que uno de los novios de tu madre…

—Objeción —repitió Duffy en voz alta y se puso de pie—. Solicito permiso para acercarnos al estrado, su señoría.

Ambos abogados caminaron hacia el juez, que tapó el micrófono con la mano. Hablaron en susurros durante un minuto, y aunque la sala estaba en silencio y Joey se esforzó por oírlos, no pudo distinguir lo que decían. Pero Duffy le había advertido que esto podía suceder.

Joey miraba al frente. En su visión periférica, podía sentir los ojos de su madre puestos en ella. Y también los de Deborah. No se atrevía a mirar a los ojos a ninguna de ellas.

El juez retiró la mano del micrófono.

—El jurado descartará la última pregunta —pronunció en dirección al estrado—. Los detalles de la audiencia en el tribunal de familia están sellados para protección de la menor. —Miró al taquígrafo de la corte—. Elimínela del acta.

El taquígrafo asintió.

—Muy bien, señor Mitchell —agregó el juez—. Tendrá que actuar con mucho cuidado. Recuerde que su testigo es una menor.

—Lo siento, su señoría —dijo Mitchell. Se volteó hacia el jurado

con expresión compungida, como intentando comunicar que le estaban impidiendo revelar algo muy importante que necesitaban oír—. Una última pregunta, Joelle, y habremos terminado.

Joey asintió, y Mitchell apartó la vista del jurado para enfocarla en ella, con las manos en los bolsillos.

—La noche en la que Charles murió —dijo entonces Mitchell—, tu madre testificó que se despertó alrededor de la una de la madrugada y que Charles no estaba en la cama a su lado. Fue a buscarlo y lo encontró en la habitación de huéspedes.

En la cama contigo.

El abogado de Ruby tenía ahora el mismo brillo en los ojos que Duffy había tenido antes.

—¿Charles abusaba sexualmente de ti, Joelle? Por favor, recuerda que estás bajo juramento.

Joey inhaló profundo y, al exhalar, miró a su madre. Para cualquiera que no fuera ella, la expresión de Ruby era neutral, casi vacua. Pero, en el caso de Joey, esos ojos le ordenaban que dijera lo que habían acordado que diría.

Por una vez, su madre esperaba que ella dijera la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

"Si no les cuentas sobre Charles, moriré en prisión".

"Te amo, mamá. Lo siento".

—No. —Joey habló con claridad en el micrófono—. Charles era un hombre muy agradable. Me caía bien. Nunca me tocó. Ni una sola vez. Nunca.

Joey se bajó del banquillo de los testigos. Tenía que pasar junto a su madre para salir de la sala, pero no la miraría, no se despediría. En lo que a ella concernía, ya se habían despedido, en el área de visitas de la cárcel donde Ruby le había pedido ayuda.

Durante todos los años que Joey le había contado a su madre lo que le estaba pasando, lo que le estaban haciendo a ella, Ruby no había hecho nada. La mitad de las veces la había acusado de mentir. La otra mitad la había culpado de provocarlo. Como fuera, eso nunca había parado. Su madre nunca la había protegido y nunca lo haría. A Ruby solo le importaba Ruby.

La única manera de que Joey se salvara… era salvándose a sí misma.

Caminó con la cabeza erguida, la mirada clavada en el frente.

Pero, antes de pasar junto a su madre, Ruby se estiró hacia el pasillo y la tomó del brazo.

—Putita mentirosa.

CAPÍTULO 38

El jurado tardó noventa y tres minutos en declarar a Ruby Reyes culpable de homicidio en primer grado por la muerte de Charles Anthony Baxter.

Joey no estuvo presente cuando se dictó la sentencia. Se enteró primero por Deborah y, una hora después, estaba en todas las noticias. Ruby había sido condenada a cadena perpetua, con posibilidad de libertad condicional después de veinticinco años. Aunque Joey lo había esperado, fue como si su madre se hubiera muerto. Y todo lo que había que hacer ahora era el duelo.

El capítulo siguiente había comenzado oficialmente.

Esa noche, Joey se quedó dormida unos minutos después de que su cabeza tocara la almohada, acompañada por el sonido de las ranas en el estanque. Como siempre, croaban al unísono, y su armonía sonora y gutural generaba un ruido blanco anfibio que le resultaba apacible. Justo antes de que el sueño la venciera, se imaginó a una pequeña rana directora de orquesta de pie sobre las patas traseras dirigiendo el coro con los brazos flacos. De otro modo, ¿cómo iban a saber cuándo empezar y parar al mismo tiempo…?

Se despertó con un sobresalto y encontró a tito Micky sentado en el borde de su cama.

Nunca se había acercado tanto. Pero, esta noche, estaba sentado al pie del colchón, y la porción de luna que brillaba a través de las ventanas iluminaba un lado de su cara: una silueta con medio rostro. Las cortinas nunca estaban cerradas del todo. A los niños no les gustaba dormir en la oscuridad total, y aunque Joey nunca lo admitiría ante ellos, a ella tampoco le gustaba.

En la oscuridad pasaban cosas malas.

Su tío la miraba fijamente, con los ojos empañados por el *whisky*. Joey parpadeó y volvió a parpadear. Quizá fuera un sueño. Tal vez testificar en el juicio le había traído recuerdos horribles.

Sintió una mano en el muslo.

—Joelle —murmuró él. El olor a *whisky* en su aliento era penetrante.

Al otro lado de la habitación, podía oír los ronquidos de los chicos en las literas. Podía oír las ranas y oler la humedad del estanque abajo. Podía oír el susurro del viento en los árboles fuera. Podía oír el ligero resuello de tito Micky.

Eso no era un sueño. Eso era real, y podía sentir que su cuerpo se agarrotaba con el miedo que amenazaba con asfixiarla. En su mente, se gritó a sí misma: "¡No te paralices! ¡Di algo! ¡Enciende la luz!". La luz evaporaba a los monstruos del mismo modo que el agua derretía a la Bruja Mala del Oeste.

Pero la lámpara estaba demasiado lejos, y, cuando trató de alcanzarla, su cuerpo no le respondió. Ya no tenía los instintos que tenían otras personas. Su reacción de lucha o huida le había sido robada hacía mucho tiempo. Estaba paralizada.

Lo único que podía hacer era no estar allí.

—Joelle —repitió tito Micky, y ella sintió que su mano se movía un centímetro más arriba.

Cerró los ojos, escuchó a las ranas y soltó su mente. Se representó a la pequeña directora de coro verde y se imaginó a sí misma en el estanque presenciando el espectáculo en vivo. Finalmente, por suerte, empezó a flotar fuera de su cuerpo y salió por la ventana, donde se quedó suspendida al otro lado del cristal y espiando a la chica en la cama con el monstruo sobre ella.

"No pasa nada. Pronto se acabará. No mires. No sientas".

La rana directora de orquesta se transformó en un dibujo animado de Looney Tunes que le encantaba. Un hombre descubría de casualidad una rana que cantaba y bailaba, y, como la rana tenía una voz hermosa y digna de un musical, el hombre la robaba y trataba de hacerla actuar por dinero en un concierto frente a una gran audiencia. Pero cuando se abría el telón, la rana se quedaba sentada en el escenario y croaba. A Joey siempre la hacía reír.

Se imaginó que ella era el hombre.

—Canta —le pidió. Y, por ser ella, la rana cumplió su deseo.

Hola, mi amor; hola, mi vida; hola, mi chica del ragtime…
Envíame un beso por telegrama.
Nena, mi corazón está en llamas.
Si me rechazas, cariño, me perderás
y te quedarás sola.
Ay, nena, llámame ¡y dime que soy tuuuuyooo!
—Joelle —musitó otra vez tito Micky.

El sonido de su nombre la devolvió al presente, y se enfadó, porque era difícil transportarse a otro lugar si alguien le estaba hablando. Cerró mentalmente los oídos; no quería escuchar porque escuchar lo hacía real. Apretó los párpados con más fuerza; no quería ver porque ver lo hacía real.

Se obligó a regresar al estanque. Las ranas le cantarían hasta que aquello terminara. Lo único que tenía que hacer era respirar —inhalar, exhalar—, pero era difícil porque tenía el estómago apretado como si estuviera haciendo abdominales.

"Cinco más, Joey", oyó decir a Ruby, y voló hacia su madre, aliviada de verla, aunque solo fuera por esta vez. Ruby estaba tendida en una colchoneta de ejercicios y la videograbadora estaba reproduciendo una cinta de calistenia. Ruby estaba haciendo abdominales, así que Joey también estaba haciendo abdominales, porque le gustaba hacer todo lo que hacía su madre. Joey tenía siete años. "A los chicos les gustan los vientres planos", comentó Ruby. "Eres la culpable de cada una de mis estrías".

Alguien tosió y Joey regresó al dormitorio con el monstruo. Tenía ganas de apalearlo, de gritar y despertar a toda la casa; cualquier cosa para que él se detuviera.

Pero no podía. Tita Flora nunca le creería, y aunque lo hiciera, no sería tito Micky el que dejaría la casa. Era su esposo, el padre de los niños, y eran una familia, y tita Flora no destruiría a su propia familia. Joey, en cambio, era una molestia heredada, la hija de su hermana asesina, la sobrina no deseada por cuyo cuidado le pagaban.

¿Y adónde iría de todas maneras? ¿A una casa llena de desconocidos donde habría otro tito Micky?

Porque siempre había otro tito Micky.

Oyó otro sonido, un sonido feo, y esta vez, abrió los ojos. Aunque no era su intención, ahora estaba mirando a tito Micky, y él

la estaba mirando a ella. Y, entonces, se le ocurrió que él estaba interpretando su quietud como un permiso.

Pero no decir "no" no era lo mismo que decir "sí".

"¡NO!", gritó, y aunque fue solo en su cabeza, fue suficiente para arrancarla de su parálisis.

Deslizó la mano hacia afuera por un lado y tanteó la pequeña hendidura entre el colchón y la cama. El cúter estaba en el lugar perfecto, donde estaba siempre, justo donde ella lo había puesto cuando había llegado el armazón de la cama. Lo tomó y empujó el deslizador con el pulgar para extender la cuchilla. Salió la hoja de metal afilada medio centímetro, y luego medio más, y después otro poquito más.

Abajo, en el estanque, las ranas se callaron.

Joey levantó el brazo y clavó el cúter en el muslo de tito Micky con toda la fuerza que pudo, hasta que el mango de plástico encontró resistencia. Entonces, movió la cuchilla hacia abajo y abrió una herida vertical de más de dos centímetros, lo que resultó más difícil de lo que había pensado porque la carne era más resistente de lo que había creído.

Pero fue suficiente.

Su tío gritó y se echó hacia atrás… y era tan agradable sentir su sangre, tan agradable causarle dolor, tan agradable herir al monstruo que la estaba hiriendo, aunque fuera solo por esta noche. Lo pateó con fuerza y él rodó fuera de la cama y aterrizó con un golpe sordo en la alfombra. Se puso en pie torpemente, con los ojos empañados por el *whisky* ahora un poco más despejados y el pánico pintado en el rostro.

Joey no sabía que la sangre se veía negra en la oscuridad.

—*Pasayloa ko* —gritó, y dirigió la vista con desesperación hacia la pared opuesta, donde sus dos hijos pequeños empezaban a moverse en sus camas a causa del ruido—. Lo siento. Lo siento.

Se alejó tambaleándose, se golpeó el hombro contra el vano de la puerta y desapareció.

—¿Estás bien, Joey? —preguntó una voz somnolienta desde el otro lado de la habitación.

Ella limpió el cúter en la sábana ajustable y deslizó la hoja hacia atrás dentro del mango de plástico. Mañana por la mañana lavaría las sábanas, y si alguien le preguntaba por la sangre, diría que le

había venido la regla. Las mentiras eran más fáciles de creer que la verdad.

—Sigue durmiendo —susurró.

Las ranas comenzaron a croar de nuevo.

Joey no estaba bien. Para nada. Debería haberle dicho la verdad a Deborah cuando se lo había preguntado, pero ¿qué cambiaría? Su madre estaba en la cárcel y ella no tenía otro lugar adonde ir, así que esta era su vida, porque siempre había sido su vida, y o terminaría matándola, o sobreviviría a ella.

Esta noche, ambas cosas sonaban igual de terribles. Estaba siendo castigada. Por la mentira que había dicho.

Y, al final, ni siquiera valía la pena. Había monstruos por todas partes. Era como ese viejo juego de feria, Golpea al Topo. Tan pronto como golpeaba a un monstruo, surgía otro.

Incapaz de dormir, permaneció toda la noche con los ojos abiertos, observando cómo la luz de la luna se transformaba en la mañana. Solo cuando salió el sol y la habitación se iluminó, sus párpados se volvieron pesados por fin y volvió a deslizar el cúter entre el colchón y el armazón de la cama, en la hendidura que nadie miraba porque a nadie le importaba.

QUINTA PARTE

Somos dos almas perdidas nadando en una pecera.

Pink Floyd

CAPÍTULO 39

Paris mira con intensidad a sus abogados al otro lado de la mesa de la cocina. Bueno, uno de ellos es su abogado. La otra es una abogada. Pero ambos rostros muestran una expresión sombría, y la forma en que la están mirando la asusta. Parecen a punto de darle una pésima noticia.

—De acuerdo, ¿quién se murió? —pregunta. Hace una mueca en cuanto escucha lo que acaba de decir y maldice su boca por ser más rápida que sus modales—. Lo siento; mala elección de palabras. Déjenme intentarlo de nuevo. ¿Por qué están los dos aquí y cuánto debería preocuparme?

—No es nada malo —aclara Elsie—. Todo lo contrario.

—Es un regalo de Navidad anticipado —interviene Sonny, y su sonrisa de tiburón aparece por fin—. A menos que seas judía, en cuyo caso son los ocho días de Janucá en uno solo.

Elsie le da un codazo.

—No puedes decir esas cosas. Alguien podría ofenderse.

—¡Abogados! —exclama Paris, y su mirada va y viene de uno al otro—. No tengo ni idea de lo que están hablando.

Sonny desliza la carpeta que ha traído consigo a través de la mesa.

—Felices Fiestas, carajo.

Paris abre la carpeta. Dentro hay tres fotografías suyas en blanco y negro, ampliadas a veinte por veinticinco centímetros. Está en su coche y es de noche. La primera foto muestra su rostro completo; está mirando al frente a través del parabrisas. La segunda es un ángulo de cuarenta y cinco grados de ella mientras mira hacia arriba y entrega su pasaporte. Y la tercera es de su perfil mientras espera que se levante la barrera. Las tres tienen fecha y hora.

La patrulla fronteriza por fin había hecho los deberes y Paris está mirando la prueba de que había cruzado la frontera y regresado al país a la hora exacta que había declarado.

—Recibí esto hace una hora. La fiscalía me las mandó por correo electrónico. —Sonny se estira y golpea con un dedo grueso sobre el sello de la fecha y la hora—. Cruzaste a las 00.22 de la noche, lo que significa que lo más pronto que podrías haber llegado a tu casa serían las dos y media, tal como dijiste.

Paris tiene miedo de respirar.

—Espera —agrega Sonny—. Hay más.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Le vas a vender un tonificador de muslos? —Elsie sacude la cabeza, pero sonríe.

Su abogado desliza otra carpeta hacia ella.

—El informe final del médico forense. Como pensábamos, confirma que la hora de la muerte de Jimmy fue entre las nueve y media y la medianoche.

Paris está desconcertada.

—Creía que habías dicho que era demasiado cercana para tu gusto.

—Ya no —responde Sonny—. Fíjate bien en el informe. ¿Qué dice ahí? —Señala un recuadro en el centro de la página.

Paris sigue su dedo.

—Dice que la causa de muerte es desangramiento por sección de la arteria femoral.

—Eso no —objeta Sonny—. Más abajo.

Paris mira con más atención. Debajo de la casilla de "Causa de muerte subyacente", la casilla de "Homicidio" está sin marcar. También las casillas de "Causas naturales" y "Suicidio". Sin embargo, hay una X en la casilla de "Indeterminada".

—¿Indeterminada? ¿Qué significa eso? —Paris levanta la vista —. ¿Están diciendo que no están seguros de cómo murió Jimmy?

—Bingo —exclama Sonny—. El forense está diciendo que no hay pruebas directas que confirmen que la muerte de Jimmy fue el resultado de un homicidio. Y no se te puede acusar de homicidio si no lo hubo.

Paris contiene la respiración, incapaz de reaccionar hasta oírlo decir. Uno de ellos tiene que decirlo.

—El fiscal ha retirado la acusación de homicidio —afirma Elsie

—. Se acabó.

Paris espera tres segundos.

—De acuerdo —pronuncia con lentitud. Se niega a relajarse hasta entenderlo plenamente—. Pero todavía pueden presentar cargos en el futuro, ¿verdad?

—¿Contra ti? No. —Sonny hace crujir sus nudillos—. Las fotografías del cruce de la frontera proporcionan una duda razonable más que suficiente. ¿Contra otra persona? Quizá, si cambia la causa de muerte, que no lo hará, o si salen a la luz pruebas nuevas. Pero, si no las han encontrado ya, dudo que eso ocurra.

—Lo único que queda pendiente es devolver la tobillera electrónica. Y me hará muy feliz ocuparme de eso. —Elsie se inclina sobre la mesa y aprieta la mano de Paris—. Se acabó de verdad.

Paris exhala tan fuerte que se hunde en la silla. Las lágrimas aparecen un momento después y se convierten en sollozos que sacuden su cuerpo. Apenas es consciente de que ambos abogados le tocan el hombro antes de marcharse en silencio.

La vida tiene una forma de equilibrarlo todo. Y la única razón por la que se siente tan bien en este momento es porque lo que le pasó a Jimmy fue horrible. Paris sabe que la sensación no durará. Cuando termine de llorar, lo único que le quedará es la culpa de que su esposo haya sido tan infeliz y estado en un lugar tan oscuro como para sentir que la única salida era acabar con su vida. Y ella se pasará el resto de su propia vida tratando de entender cómo había llegado él a ese punto, cómo había podido ella no advertirlo y qué podría haber hecho para salvarlo.

Cuando los sollozos se calman, sube a su habitación para lavarse la cara y ponerse algo cómodo. Tiene que llamar a Henry y terminar de organizar el funeral de Jimmy. Según sus deseos, será cremado y la urna descansará junto a la de su madre en el mausoleo familiar.

Al final del pasillo, ve que la puerta del dormitorio de Jimmy está abierta. Todavía puede sentir el olor a lejía que sale de allí, lo que le recuerda que lo han limpiado y que es seguro entrar. Da un paso en esa dirección y se detiene. La última vez que estuvo en la habitación de Jimmy fue la noche en que murió.

No está preparada.

“Te amo, Jimmy. Y lo siento. Lo siento tanto, tanto, tanto”.

* * *

Lo único que queda por hacer es el duelo. Y la forma en que Paris hace el duelo es cocinando.

Desde hace un par de horas, ha estado escuchando los casetes de Jimmy en su viejo radiocasete en la cocina. Es placentero. Cada canción de la compilación *Grandes éxitos de los setenta* le hace acordar a su esposo. Ahora mismo, están sonando The Hollies, y se imagina a Jimmy sentado a la mesa con las gafas de leer y bebiendo su café mientras afuera cae una lluvia ligera. "A veces, lo único que necesito es el aire que respiro…".

Levanta la tapa de su Le Creuset y remueve el adobo de cerdo que se está cociendo a fuego lento. Cada cocinero tiene su propia receta para el tradicional guiso filipino. A algunos les gusta con bastante salsa. A otros les gusta seco. Pero los ingredientes básicos de cualquier adobo filipino son salsa de soja, vinagre, hojas de laurel y paciencia. También está haciendo rollitos de primavera y una buena cantidad de fideos, y cuando termine, tendrá suficientes sobras para una semana. Lo único bueno del tiempo que había pasado en Maple Sound era que *lola* Celia le había enseñado a cocinar.

Suena el timbre. Paris consulta el reloj de la cocina y frunce el ceño. No se imagina quién podría estar en la puerta principal a las nueve de la noche, salvo un *paparazzi* en busca de una fotografía o un periodista en busca de un comentario. Pero la multitud que había acampado afuera durante la semana pasada ya se había ido y el barrio había vuelto a la normalidad, con los habituales grupos en Kerry Park que fotografiaban las vistas de la ciudad.

El timbre vuelve a sonar, y esta vez le sigue un golpe a la puerta. Quienquiera que sea sabe que ella está en la casa, porque todas las luces del interior están encendidas. Busca su teléfono para ver si ha pasado por alto un mensaje. Tal vez Henry planeaba visitarla. Pero se ha dejado el teléfono arriba, conectado al cargador.

Se le ocurre algo. ¿Y si es Ruby? Ha salido en libertad condicional, y aunque tiene prohibido abandonar Canadá, su madre siempre ha sido astuta. Y puede estar muy motivada cuando otra persona tiene algo que ella quiere. Como esposos. Y dinero.

Los golpes se detienen. Paris mantiene los oídos aguzados y

espera que el timbre vuelva a sonar. Eso no sucede. Recorre el pasillo hasta la puerta principal y espía por la mirilla para ver si, al menos, puede vislumbrar quién podría ser. Pero no hay nadie.

Un poco inquieta, regresa a la cocina. Había empezado a cocinar a eso de las seis, cuando su estómago comenzó a protestar, y luego se había dejado llevar: ahora tiene mucho que hacer. La canción que está sonando es "Midnight Train to Georgia", y Paris canta bajito con Gladys Knight. "Prefiero vivir en su mundo que vivir sin él en el mío…".

Algo se estrella fuera y da un brinco. "¿Qué demonios está pasando?". ¿Hay alguien en el jardín trasero? ¿Alguien está intentando entrar?

Presa del pánico, toma el objeto afilado más cercano que encuentra: el cuchillo que usó para cortar las verduras para el *pancit*. Las ventanas de la cocina y las puertas que dan al jardín están iluminadas por las luces del techo, lo que le impide ver nada en el jardín trasero, así que las apaga antes de acercarse al cristal para ver si hay alguien afuera.

Un hombre aparece en la puerta que da al jardín y Paris grita, casi dejando caer la cuchilla. Sea quien sea, debió de haber saltado la valla. Lleva ropa oscura y una gorra negra de béisbol con una especie de insignia roja. Paris busca a tientas el interruptor de las luces del jardín trasero, pero está oscuro, y solo vuelve a encender las luces de la cocina. El rostro desaparece detrás de un reflejo blanco.

El hombre golpea la puerta del jardín.

—Váyase —grita ella con tanta autoridad como puede reunir—. Esto es propiedad privada, y voy a llamar a la policía.

¿Pero cómo logrará llamar? Su maldito teléfono está en el piso de arriba.

El sujeto golpea de nuevo en el cristal y los dedos de ella por fin encuentran las luces del jardín trasero. Las enciende y ve a un hombre negro y alto que la mira con fijeza.

—Anda, Joey —dice Drew, con la voz amortiguada por el cristal —. Déjame entrar.

CAPÍTULO 40

Paris no se había quedado físicamente sin aliento desde que era una niña, pero esto es casi lo mismo. Un puñetazo emocional al estómago, justo en el diafragma, y ahora no puede respirar.

Había una película de ciencia ficción que ella y Drew habían alquilado hacía tiempo llamada *Timecop: Policía en el tiempo*, protagonizada por Jean-Claude Van Damme. Estaba ambientada en el futuro y trataba de un policía que era enviado al pasado mediante un viaje en el tiempo para evitar que ocurriera algo malo. Ahora no recuerda los detalles específicos de la trama, pero sí que la versión joven de Jean-Claude no podía tocar de ninguna manera a la versión mayor de Jean-Claude o ambos se desintegrarían, como en una explosión estelar. Había una frase que se repetía todo el tiempo: "La misma materia no puede ocupar el mismo espacio".

Joey Reyes y Paris Peralta no pueden estar las dos aquí. Y sin embargo, mientras observa a Drew a través del cristal de las puertas del jardín trasero, esto es exactamente lo que está ocurriendo. Su mente vuela a través de las posibilidades de lo que debería hacer a continuación.

Opción uno: puede fingir que no es Joey e insistir en que no conoce a este hombre. Por muy estúpido que fuera, este había sido siempre el plan si alguna vez se veía confrontada con el pasado. Si niegas algo una y otra vez, y durante el tiempo suficiente, la gente podría llegar a creerte. A los políticos les funciona. Y hasta podrías convencerte a ti misma de que es verdad.

Opción dos: puede llamar a la policía, denunciar que está siendo acosada y hacer que lo arresten por allanamiento de propiedad privada.

Opción tres: puede matarlo.

Pero es demasiado tarde para cualquiera de estas opciones. Drew la está mirando, y ella a él, y Paris sabe que su cara refleja el caos mental que la situación le ha generado. Tal vez si hubiera sabido que él vendría, habría tenido tiempo de prepararse, de practicar su reacción. Pero ese era exactamente el motivo por el que él no la había llamado primero, ni le había enviado un mensaje de texto o un correo electrónico. Drew necesitaba esa reacción para demostrar que era Joey. Necesitaba asegurarse de que ella no huiría.

El pasado se fusiona con el presente. La verdad se fusiona con las mentiras. Esto es una explosión estelar.

—Joey, no vine hasta aquí para joderte la vida —explica él a través del cristal—. Si hubiera querido hacerlo, me habría limitado a llamar a la policía. Vamos, abre la puerta.

Ella sigue mirándolo, incapaz de moverse. Su mente intenta desconectarse, intenta no estar allí.

—Por favor, Joey —insiste—. He venido hasta aquí. Solo quiero hablar contigo. —Levanta los ojos hacia el cielo oscuro—. Y además está empezando a llover.

Incluso ahora, diecinueve años después de la última vez que escuchó su voz, Drew suena tan razonable que resulta exasperante.

Paris desliza el pestillo y luego levanta la mano para girar el cerrojo de seguridad. Retrocede cuando Drew abre la puerta y entra en la cocina. Él se quita la gorra, sacude el agua y se la vuelve a poner.

Mira a su alrededor. Observa la cocina, la comida que se está cocinando a fuego lento, la mesa donde ella estaba preparando los rollitos de primavera, y luego su mirada se detiene en Paris. Ella advierte que el logo rojo en su gorra es una garra de dinosaurio con forma de pelota de baloncesto. Una gorra de los Toronto Raptors. Porque es Drew Malcolm. De Toronto.

—¿Crees que podrías dejar el cuchillo? —sugiere él.

Paris abre la boca para hablar, pero no le sale ni una palabra. Ha imaginado este momento miles de veces, por supuesto, en distintos escenarios, incluido este, pero ahora que está sucediendo de verdad, no se parece en nada a lo que había esperado.

—Me estás asustando —añade Drew—. Tienes esa expresión, y no logro descifrar si vas a matarme o a preguntarme si tengo

hambre.

—¿En serio yo te estoy asustando a ti? —replica ella, incrédula.

—Joey. —La voz de Drew se suaviza y adopta un tono más amable—. Soy yo. Vine aquí directamente desde el aeropuerto. No he venido hasta aquí para hacerte daño, te lo prometo. Solo necesitaba ver por mí mismo que de verdad estás viva. Y aquí estás. Viva. Y debes saber que, a pesar de todo, me alegro mucho de que sea así.

—¿Qué quieres, Drew?

Odia la forma en la que suena su voz, débil y tímida. Es como si tuviera diecinueve años de nuevo, esperanzada por encontrar un lugar adonde quedarse, con apenas una bolsa de lona y el dinero que robó en Maple Sound, sentada frente a Drew en esa cocina de mierda del pequeño apartamento del sótano con los suelos en damero, cruzando los dedos para que él pudiera ver más allá de sus ideas preconcebidas, ya que estaba claro que sabía quién era ella. Solo que ahora es Drew el que está en la cocina de ella, que por cierto no es una cocina de mierda, y ella sigue esperando que él vea más allá de todo lo que cree saber y le permita explicarse.

Drew avanza despacio, con las manos en alto. Cuando está a un par de pasos de ella, alarga un brazo, le quita el cuchillo de la mano con cuidado y lo coloca en el fregadero. Luego deja escapar un suspiro de alivio. Como si en serio pensara que ella podría haberlo usado para lastimarlo.

Para ser justos, Paris lo había considerado por una fracción de segundo. Pero solo porque él la había sorprendido y ella se había sentido presa del pánico.

—¿Fingiste tu muerte? —aventura Drew—. ¿En serio?

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

Ella levanta la mirada hacia él. Él baja la mirada hacia ella. Paris había olvidado lo alto que era. Sus gafas están mojadas por la lluvia. Ella no sabe qué decir, aparte de disculparse. Si los roles estuvieran invertidos, ella también estaría furiosa. Y en este momento, de pie frente a él, con su cuerpo a menos de un metro del suyo, de pronto no puede recordar por qué lo hizo, por qué huyó, por qué huyó de Toronto, por qué huyó de él.

Drew está esperando que diga algo. Ella tiene que decir algo.

Cualquier cosa. “Maldita sea, habla”.

Y, entonces, ella rompe en llanto.

Drew se adelanta, la rodea con los brazos y la aprieta con fuerza: ella lo siente diferente pero igual, y también huele diferente pero igual, y aunque le aterra que la haya encontrado, está allí, y se alegra. Siente que los labios de Drew le rozan el pelo. Drew respira en su oído mientras le habla con lentitud y en tono monocorde, enunciando cada palabra.

—La puta madre, estoy tan furioso contigo.

* * *

—¿Tienes hambre? —pregunta Paris.

Él se ríe, como si hubiera sabido que iba a preguntar eso, y asiente.

—Estoy famélico. La última vez que comí fue hace siete horas.

—Te prepararé algo —dice ella—. Hay cerveza en el refrigerador. Sírvete. —Coloca unos cuantos rollitos de primavera en la freidora de aire y luego se mueve de un lado a otro de la cocina. Prepara un plato para él y otro para ella: sirve el arroz recién hecho de la olla y luego le echa una generosa cantidad de adobo encima. Y también *pancit*. Es una suerte tener algo que la mantiene ocupada para no verse obligada a mirarlo mientras pone en orden sus pensamientos. Siente que él la observa y, de pronto, se da cuenta de que lleva la sudadera más vieja y holgada que tiene, y el cabello recogido en una coleta floja y despeinada. Saca dos cervezas del refrigerador.

No sabe si decirle la verdad, parte de ella o nada. Le acerca el plato. Él toma un bocado, mastica despacio y asiente con la cabeza.

—Sabe tal como lo recuerdo.

Comen en silencio, espiándose el uno al otro entre bocado y bocado. Es una situación incómoda y familiar al mismo tiempo. Drew no ha cambiado mucho, aunque su cuerpo está menos musculoso, algo típico de la edad. Algunas arrugas alrededor de los ojos y la boca no estaban allí antes. Su pelo corto sigue siendo casi todo negro, con apenas un toque de canas en las sienes. Paris se pregunta qué estará pensando de ella. Su rostro siempre ha sido difícil de leer.

Se estira para tomar la gorra de béisbol que está sobre la mesa junto a él y la examina mientras desliza el dedo por el logotipo bordado de los Toronto Raptors.

—¿Crees que alguna vez ganarán un campeonato? —pregunta por fin, rompiendo el silencio.

—Sí —responde él—. ¿Alguna vez se te ocurrió llamar y decir: "Oye, Drew, adivina qué. No estoy muerta"?

Paris vuelve a apoyar la gorra.

—No podía.

—¿Por qué no?

—Porque no podía pedirte que guardaras ese secreto.

La freidora suena y ella se levanta para quitar los rollitos. Los sirve con una salsa de chile dulce comprada en la tienda.

—Cuando estoy triste cocino —agrega—. Ya lo sabes.

—Lamento lo de tu esposo —dice Drew—. Me enteré cuando venía para aquí de que han retirado la acusación de homicidio contra ti. Aun así, ¿te importa si te pregunto…?

—No maté a Jimmy —asegura Paris—. La causa oficial de la muerte no se ha determinado, pero creemos que fue un suicidio.

—¿Creemos?

—Las personas que más lo conocían —responde Paris, y lo deja ahí.

—Lo lamento —repite él—. Entiendo que estés de duelo, pero yo estuve de duelo por ti. ¿Lo entiendes? Durante diecinueve años, me culpé de tu muerte.

—¿Por qué? —De todas las cosas que se había imaginado que le diría, que pensara que su muerte era culpa suya no se le había pasado nunca por la cabeza—. El incendio no tuvo nada que ver contigo.

—Habría sido bueno que me lo dijeras —replica él—. Fui yo quien identificó tu cuerpo aquella noche.

Ella casi se atraganta.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Volví —explica Drew—. Después de que hablamos. Tú entraste y yo me fui. Pero después volví. Había camiones de bomberos, la policía. Estaban cargando tu cadáver en una ambulancia y miré debajo de la lona.

—Oh, Dios. —Paris lo mira fijamente—. Ay, Drew.

—Pero antes de entrar en el tema, porque vamos a entrar en el tema —dice él y enarca una ceja—, quiero empezar con una disculpa.

—Lo siento —dice Paris.

—No tuya. Mía. —El plato de Drew está vacío y lo empuja a un lado—. Te debo una disculpa por las cosas que te dije aquella noche. No ha habido un día en el que no haya pensado en eso. Lo único que quería era retroceder a esos últimos momentos en el coche contigo y retirar todo lo que había dicho. Lo siento. Por juzgarte cuando no me correspondía. Por hacerte sentir una mierda. ¿Me perdonas?

Al ver su expresión, Paris se da cuenta de que está hablando muy en serio. Traga y luego asiente.

—¿Cómo… cómo fue la boda?

—Nunca me casé —dice Drew—. Y no intentes cambiar de tema. Murió una chica, Joey. Tienes bastante que explicar.

CAPÍTULO 41

Le cuenta lo de Mae, y Drew no dice ni una palabra en todo el tiempo que ella habla. Siempre ha sabido escuchar. El único momento en el que muestra algún tipo de reacción es cuando ella le cuenta que había sido Chaz, el guardia con pinta de gorila del Cherry que él conoció esa noche, quien le había conseguido el documento de identidad de Paris Aquino. Drew hace un gesto con su cara, pero ella no sabe qué significa.

—Te creo —dice él cuando ella termina—. Es la conclusión a la que llegué cuando me involucré en esta locura. Me imaginé que tal vez Vinny Tranh la había matado. Lo que no podía entender era por qué habías provocado el incendio. Podrías haber llamado a la policía.

—¿Y luego qué? —pregunta Paris—. La policía iba a buscar a Vinny. ¿Y si él me encontraba a mí antes de que lo encontraran a él? Mae escondió las drogas y el dinero en mi apartamento, en un lugar que nadie debía conocer. ¿Y si Vinny pensaba que Mae y yo estábamos juntas en eso? —Desvía la mirada—. Tenía el dinero. Vi una salida. Una oportunidad para una nueva vida. La tomé. Y, para serte franca, no creí que nadie me echaría de menos.

—¿Ni siquiera yo? —pregunta Drew.

—En especial tú.

Un breve silencio.

—¿Cuánto dinero era?

—Cien mil dólares. Sumados a mis ahorros, tenía suficiente para llegar a donde iba.

—¿Y adónde fuiste?

—A todas partes, y a ninguna en especial.

—¿Y te instalaste en Seattle?

—Me gusta vivir aquí. —Frunce el ceño—. ¿Por qué siento que me estás interrogando?

—Porque lo estoy haciendo. Estoy tratando de encontrarle sentido, de entender por qué la gente que te rodea suele terminar muerta. —Su voz se endurece—. Piénsalo desde mi perspectiva. Charles Baxter. Mae Ocampo. El maldito Jimmy Peralta.

¿Cuál es el denominador común? Tú. Y ya has demostrado que tienes una capacidad increíble para mentir. Toda tu vida actual es una mentira. Cada una de esas personas murió de forma violenta por exanguinación. Eso significa…

—Sé lo que significa "exanguinación", carajo —exclama Paris—. Es probable que conociera esa palabra antes que tú. Y no me vengas con toda esa mierda de la navaja de Ockham. La vida es complicada, Drew. Y, por si no te has dado cuenta, ya no soy una niña y no puedes sermonearme. Por cierto, gracias por recordarme lo santurrón que puedes llegar a ser. Quizá sea tu único defecto, pero deberías recordar que fue la razón por la que las cosas no terminaron tan bien la última vez que hablamos.

Drew suspira y levanta una mano.

—De acuerdo, mira, han sido un par de días largos.

—No he terminado.

Paris se pone de pie, lleva los platos al fregadero y se apoya contra la encimera; está intentando mantener la calma. Piensa con cuidado en lo que quiere decirle ahora porque esta puede ser la única oportunidad que tenga para decirlo antes de echarlo.

—Siempre diste la impresión de ser un tipo consciente, sensible y dispuesto a escuchar —continúa—. Y sé que te has disculpado, pero incluso tus disculpas tienen una intención oculta. Decirme que lo sientes es solo tu manera de manipularme para que baje la guardia y hable contigo. Pero la verdad es que tú fuiste la persona que me juzgó más que nadie. Mi madre nunca tuvo expectativas con respecto a mí. Ella pensaba que yo no era nada, y ese era un estándar fácil de satisfacer. ¿Pero tú? Tenías todas esas esperanzas de lo que creías que yo podía ser, que en realidad eran solo expectativas disfrazadas de optimismo.

Lo mira con la respiración acelerada.

—Y cuando no resulté como tú esperabas, cuando decidiste que yo no cumplía con tu definición de lo que era una buena persona,

cuando no pudiste arreglarme, me convertí en menos que tú. Incluso ahora, todos estos años después, esperas que me disculpe por las decisiones que tomé a los veinte años, que no tenían nada que ver contigo. Admito que lamento haberme ido de Toronto y que tú pensaras que estaba muerta; estoy de acuerdo en que fue una jugada de mierda. Pero no me disculparé por nada más, porque no sabes lo que es, Drew.

Está agitada.

—No sabes lo que es vivir una vida de crueldad y maltrato, y no sabes lo que es tener que luchar con uñas y dientes para salir de allí y poder tener algún sentido de autoestima. Sin duda, siempre habrá personas que se preguntarán si maté o no a mi esposo, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Pueden pensar lo que quieran. Pero ninguna de esas personas entrará en esta casa, porque hace tiempo que decidí que ya no seré más el retrete de nadie. Ya no escucharé tus opiniones de mierda sobre mí. Así que si vas a sentarte ahí como el rey de la perfección, puedes tomar tu gorra de los Toronto Raptors, volver a Toronto e irte al carajo.

Se levanta y se va. Si se queda en la cocina, no sabe qué hará. Se deja caer en el sofá de la sala de estar y hunde la cabeza entre las manos.

Está muy cansada. Muy cansada del viaje que ha hecho para llegar hasta allí, y agotada de solo pensar en los miles de kilómetros que le quedan por recorrer. No importa que la acusación de homicidio se haya retirado. Siempre habrá rumores, preguntas, dudas.

Y todavía le falta lidiar con Ruby.

Unos minutos después, Drew se sienta junto a ella en el sofá y le entrega una cerveza fría. Él tiene otra.

—Me lo merecía —comienza en un susurro—. Joey…

—Ahora es Paris.

—Es raro llamarte así. Pero tienes razón. Ahora eres Paris. Lo siento, ¿sí? En otra vida, tú y yo fuimos muy buenos amigos. No sé cómo son las cosas ahora. Lo que sí sé es que quiero entender. La última vez que te vi, estabas en una camilla debajo de una lona y te estaban subiendo a la parte trasera de una ambulancia. Vi tu cuerpo. Vi las quemaduras. Si no hubiera sido por el tatuaje y el colgante.

—¿Viste el cuerpo quemado? —pregunta ella, percibiendo la angustia en su voz.

Él asiente con la cabeza.

—Fue espantoso.

Paris se hunde en el sillón. Durante casi dos décadas, no se había permitido pensar en Mae, que era tan vibrante, el tipo de chica que podía cambiar al instante la energía de una habitación con solo entrar en ella. Había querido a Mae. Igual que había querido a Drew.

Echa la cabeza hacia atrás en el sofá. Está agotada.

Drew la observa.

—Debería irme.

—Quédate —le pide ella, y ambos se sorprenden. Le toma la mano—. Quédate. Por favor. Podemos seguir hablando por la mañana si todavía quieres. Pero eres la única persona que me conoce, Drew. Así que solo… quédate.

Él no dice nada, pero no se mueve, y Paris se inclina hacia él y le apoya la mejilla en el hombro. Se quedan así un rato, y mientras ella escucha cómo él se queda dormido primero, se pregunta qué pensaría Drew si supiera la verdad sobre Charles.

Porque Drew no la conoce, no de verdad. Si lo hiciera, se iría.

Al final, todos se van.

CAPÍTULO 42

Cuando Paris se despierta a la mañana siguiente, el timbre está sonando y Drew se ha ido.

Se sienta en el sillón y la manta del sofá se desliza hacia abajo. En algún momento de la noche, Drew debió de cubrirla con ella, como solía hacer cuando ella se quedaba dormida frente al televisor en el apartamento que compartían hacía tantos años. Drew había estado allí un total de catorce horas, y Paris ya siente su ausencia.

Ni siquiera se despidió.

Sube las escaleras para recuperar su móvil y ve que tiene varios mensajes de texto y correos electrónicos, muchos de ellos de personas que han estado en silencio las últimas dos semanas. El comunicado de prensa de la fiscalía se dio a conocer la noche anterior. “La causa subyacente de la muerte de Jimmy Peralta ha sido declarada indeterminada. La fiscalía ha retirado el cargo de homicidio en primer grado contra Paris Peralta”.

Henry le ha enviado un mensaje de texto con un enlace a la página web de una emisora de noticias local con un video de la respuesta de Sonny Everly, que parece haber sido filmado esa misma mañana delante de su bufete. “La muerte de Jimmy Peralta no ha sido catalogada como homicidio porque sencillamente no hay pruebas que demuestren que lo ha sido”, manifestó su abogado, de traje y corbata y con un aspecto bastante respetable, a una docena de periodistas. “Aun así, mi clienta, Paris Peralta, ha sido absuelta de toda culpa y pide a todos con respeto que le den el tiempo y el espacio para llorar su enorme pérdida”.

Henry también ha enviado un mensaje de texto: “¡No leas los comentarios!”, lo que, por supuesto, es una forma infalible de hacer que ella quiera leerlos. Se desplaza hacia abajo y el primero que ve

dice: “¡Paris Peralta se ha librado de un asesinato!”. Baja el teléfono de inmediato. En muchos sentidos, no importa que se haya retirado el cargo de homicidio contra ella. El tribunal de la opinión pública ya la ha juzgado y la ha declarado culpable. Con un suspiro, se acerca a la ventana y espía por detrás de las cortinas. Aparte de los habituales turistas en Kerry Park al otro lado de la calle, no hay nadie.

Todo ha terminado. La vida puede volver a la normalidad. Excepto que no tiene ni idea de qué es normal ahora, sin Jimmy.

Cuando entra en la cocina, el aroma del café recién hecho y la cafetera medio llena la sorprenden. La cocina está ordenada. Toda la comida de la noche anterior está guardada en el refrigerador y los platos sucios están en el lavavajillas. Se pregunta si Zoe estará allí, porque este es el tipo de cosas que solía hacer la asistente. Pero no fue Zoe. Afuera, en el jardín, Paris ve a un hombre en una de las tumbonas con las piernas levantadas y tecleando en una computadora portátil.

Traga saliva. Es Drew. No se ha ido. Cuando abre las puertas de cristal, él levanta la vista con una sonrisa.

—Buenos días. —Drew cierra su computadora y se pone de pie, estirando los brazos por encima de la cabeza. Lleva puestos un bañador y una camiseta sin mangas húmeda—. Dormiste diez horas. Se ve que lo necesitabas.

—Todavía estás aquí. —Paris se emociona al verlo, pero intenta que no se note. Se aparta cuando él atraviesa las puertas del jardín y entra en la cocina—. ¿Cuánto tiempo llevas levantado? —El reloj de la cocina marca las diez de la mañana.

—Unas tres horas. Todavía estoy con el horario de la Costa Este. No quería que te despertaras y estuvieras sola. —Deja su computadora sobre la encimera—. No te preocupes, tenía cosas que hacer. Preparé café, nadé un poco en la piscina y me serví un plato de sobras para el desayuno. Pensé que si iba a abusar de mi bienvenida, mejor hacerlo al máximo.

Paris sonríe.

—Y tienes suerte de que no supiera que todavía tenías uno de estos o habría traído todas mis viejas cintas de recopilaciones. —Señala el viejo equipo de música Sony de Jimmy—. ¿Sabías que hay canciones en esas cintas que no están disponibles en iTunes y que

no he escuchado en dos décadas? Quizá debería fijarme en eBay si consigo un viejo estéreo portátil.

Incluso después de diecinueve años, sigue siendo tan… Drew. Parece de lo más natural que esté allí, que la cubra con una manta, que se sienta como en su casa. Paris no sabe qué pasará con ellos a partir de ahora, pero, en este momento, nunca ha estado más segura de una cosa: quiere recuperar a su mejor amigo.

El móvil de Drew emite una alerta y él hace una mueca cuando lee el mensaje.

—Mierda. Me olvidé de registrarme en el hotel anoche y acaban de cancelar mi reserva. Y ahora está completo. ¿Alguna recomendación? Había pensado quedarme un par de días.

"¿Por mí?", se pregunta ella, pero no se atreve a decirlo en voz alta.

—Tengo un montón de recomendaciones, pero no te las voy a dar. —Se sirve una taza de café—. Puedes quedarte aquí.

—No creo que sea una buena idea. —Drew duda—. ¿No te parece que podría, no sé, generar cierta desaprobación?

—Desde que me casé con Jimmy, mi existencia entera ha estado marcada por la desaprobación —afirma con sequedad—. Tengo dos habitaciones de huéspedes muy lindas y sin usar en el piso de arriba y ya sabes que la comida y la piscina aquí son mejores que en cualquier hotel. Quédate, ¿sí? Es… —Hace una pausa—. Me gusta que estés aquí.

Se miran. Paris desvía la vista primero.

—Muy bien, tendrás que aguantarme un poco más. —Drew se frota la cara—. Me vendría bien una ducha y afeitarme, y, por supuesto, lo único que me olvidé de empacar es la máquina de afeitar. ¿Tendrás alguna para prestarme? Si no, puedo ir corriendo a comprar una.

—Te puedo prestar una Venus desechable. —Paris resopla cuando él hace una mueca—. Es una broma. Estoy bastante segura de que hay un paquete de maquinillas Gillette arriba. Lo buscaré.

Suena el timbre de la puerta. Intercambian una mirada.

—¿Quieres que me esconda? —pregunta Drew.

Aunque lo dice en tono de broma, ambos saben que es una pregunta válida. ¿Un huésped en la casa tan pronto? ¿Y encima un hombre? Habrá preguntas. Y la juzgarán.

—No —responde Paris, con más decisión de la que siente—. Eres mi invitado. No tienes que esconderte de nada ni de nadie.

El timbre vuelve a sonar, y luego se oye un golpe sordo, como si alguien estuviera usando un codo o una rodilla para golpear la puerta.

—¿Segura? —aventura Drew—. Puedo irme sin que me vean, aunque dejé el coche alquilado en el sendero de entrada.

—Soy una mujer libre ahora y tú eres mi amigo. No le debo explicaciones a nadie. —Paris se dirige hacia la puerta principal y Drew la sigue—. Pero no tenemos por qué dar detalles si alguien pregunta cómo nos conocimos. Seamos imprecisos.

Abre la puerta. Zoe está de pie en el porche, con las manos ocupadas. Lleva el bolso de su computadora portátil colgado de un hombro y una gran caja de cartón de la oficina de correos en los brazos. Encima de la caja hay varios paquetes sin abrir que debió de haber recogido también. La caja es más correspondencia de los seguidores de Jimmy, por supuesto, un recordatorio de que Paris va a tener que lidiar con Ruby, y pronto.

No es que Ruby vaya a permitirle que lo olvide. A estas alturas, ya debe de saber que su hija va a heredar todo lo que le dejó Jimmy, y Paris apuesta a que su madre presionará aún más por el dinero ahora que se ha retirado la acusación de homicidio.

Paris es millonaria ahora. Al igual que la mujer de cabello crespo de pie frente a ella.

—¿Por qué no entraste directamente? —Paris se adelanta y toma los paquetes que están sobre la caja antes de que puedan resbalarse —. Todavía tienes el código de la puerta.

—No quise dar por sentado que estaba bien volver a usarlo — explica la exasistente mientras entra en la casa—. ¿Y ese coche de alquiler en la entrada? Vi una pegatina de Avis. —Se interrumpe al ver a Drew—. Oh. Hola.

—Deja que te ayude con eso. —Drew alarga el brazo para tomar la caja de las manos de Zoe y le dedica una sonrisa encantadora—. Soy Drew. Un viejo amigo de J… —Tose—. De Paris.

—Soy Zoe —se presenta ella, al parecer sin darse cuenta de la casi equivocación, y le echa una ojeada rápida. Paris reprime una sonrisa ante la ligera falta de aliento en la voz de la otra mujer—. Encantada de conocerte.

—¿Dónde te lo dejo? —pregunta Drew, y ahora su sonrisa es más ancha.

—En cualquier sitio está bien —responde Zoe, sin desviar la mirada.

Paris señala hacia el pasillo.

—Lo mejor será en la oficina de Jimmy, si no te importa —le indica a Drew con una sonrisita socarrona—. Gracias.

Cuando desaparece de la vista, Zoe recupera los paquetes que Paris había tomado.

—¿De dónde salió eso? —pregunta—. ¿Es soltero? No vi que tuviera anillo de boda.

—Él… en realidad, no lo sé. No hemos tenido oportunidad de ponernos al día, pero la última vez que nos vimos, estaba en una relación seria. —Es la verdad. Paris no se molesta en mencionar que eso fue hace casi veinte años—. ¿Quieres un café? Y sabes que no tenías que pasar por la oficina de correos, ¿verdad? Ya no eres una empleada.

—Sí, sobre eso… —desliza Zoe, siguiéndola a la cocina, donde coloca los paquetes sobre la mesa—. ¿Y si lo fuera? Sé que dije que planeaba seguir adelante con mi vida, pero no me parece bien dejarte sola con todo esto. Hay cosas que he pedido para Jimmy que todavía no han llegado y que habrá que ordenar y devolver. Está la correspondencia de los fans.

—Eso puedo hacerlo yo —responde Paris enseguida.

—… y tengo que actualizar la página web. Además, Jimmy estaba involucrado en muchas organizaciones benéficas. Siempre hablaba de crear una fundación y pensé que yo podría. —Zoe vacila —. Iba a proponerte que lo honráramos creando una fundación en su nombre. Si es que te interesa. Hay dinero destinado para eso en el testamento y no tendrías que hacer mucho, ya que yo podría.

—Hazlo —decide Paris de inmediato—. Aportaré diez millones. Me gustaría participar, por supuesto, pero solo en segundo plano. Deberías ser tú quien la dirija. ¿Por qué no hablamos más a fondo después del funeral?

—Me parece un buen plan. —Zoe sonríe y le aprieta el brazo—. Hablando de eso, Elsie debe de estar por llegar. Quiere ayudar con los preparativos. ¿Mi consejo? No dejes que se haga cargo. Porque lo hará. Cree que conocía a Jimmy mejor que nadie.

—Bueno, para ser justas, es verdad.

—Tal vez —concede Zoe—. Pero el problema de tener una relación de tantos años con alguien es que al otro le cuesta dejar de lado las viejas versiones que tiene de ti. Jimmy trabajó mucho para evolucionar. Pero cuando Elsie estaba aquí, lo único que hacían era hablar de los viejos tiempos. Siempre pensé que esa amistad lo mantenía estancado en el pasado.

Paris asiente, pensando en Drew en el piso de arriba.

—¿Crees que es posible que las viejas amistades evolucionen y se mantengan unidas aunque ambas personas hayan cambiado?

Los ojos de Zoe parpadean hacia el techo, como si tuviera alguna idea de lo que Paris podría estar queriendo decir.

—No lo sé. Pero creo que vale la pena luchar por los buenos amigos.

El timbre suena otra vez. Empieza a parecerse a los viejos tiempos. Cuando Jimmy vivía, la casa solía bullir de actividad; la gente iba y venía. Incluso cuando ya estaba retirado, su presencia creaba un cierto tipo de energía.

—Yo abro —se ofrece Zoe—. Recuerda que Elsie está aquí para ayudar y no para tomar todas las decisiones. Tú eres quien decidirá si celebraremos la vida de Jimmy a lo grande o con discreción.

—¿Qué crees que habría querido él?

—Jimmy siempre parecía más feliz cuando estaba rodeado de sus amigos. —La sonrisa de Zoe es amable—. Pero él no está aquí. La celebración de su vida será sobre él, pero es para nosotras. Deberías hacer lo que te haga sentir mejor.

Lo último que Paris quiere es una casa llena de personas que apenas conoce, muchas de las cuales no conocerá en absoluto, pero Zoe tiene razón en que eso habría hecho feliz a su esposo. Cuando ella y Jimmy se habían casado, Paris había entrado en el mundo de él. Muy pronto, se retiraría de allí y volvería a una vida tranquila. Después de todo lo que Jimmy había hecho por ella, bien podía hacer esto por él.

El timbre vuelve a sonar, seguido de un golpe impaciente.

—De acuerdo, será mejor que dejes entrar a Elsie —dice Paris—. Drew necesita una maquinilla de afeitar desechable, y están en la habitación de Jimmy. No he vuelto a entrar ahí desde…

—Puedes entrar tranquila. La habitación está impecable, como si

nada hubiera pasado. La revisé yo misma después de que el servicio de limpieza se fue. —Zoe vuelve a tocar el brazo de Paris—. Te lo prometo, está todo bien.

—Ahora entiendo por qué te quería —indica Paris con una sonrisa amable—. Eres una verdadera joya.

—Podría decir lo mismo de ti.

No es exactamente un nuevo comienzo, pero se podría decir que han pasado la página.

CAPÍTULO 43

Paris respira hondo y abre la puerta del dormitorio de Jimmy. Antes de que pueda acobardarse, cruza la habitación con rapidez y se dirige directamente al baño privado. El olor de la lejía la impacta; no es fuerte, pero tampoco débil. Como Zoe había prometido, todo está como debería. Las baldosas blancas están blancas; la tina, reluciente; el espejo, limpio.

Abre la primera gaveta del tocador y busca las maquinillas de afeitar desechables que le había comprado a su esposo meses antes. Oh, el drama del afeitado. Mientras busca entre el hilo dental, los peines, las gominas para el pelo, las colonias y la afeitadora eléctrica que él siempre se olvidaba de cargar, se acuerda de la última discusión. Había terminado con una concesión.

—¡Solo dame la maldita navaja! —había exclamado Paris—. Si vas a insistir en usarla, al menos déjame hacerlo por ti.

La sugerencia había funcionado. Jimmy por fin se había calmado.

—Esto es el principio del fin, nena —había dicho con un suspiro dramático. Estaba sentado en el borde de la tina, con la cabeza inclinada hacia atrás y el rostro y la garganta embadurnados con crema de afeitar. Paris se había colocado detrás de él y había trabajado con lentitud, asegurándose de mantener la cantidad exacta de presión sobre la piel. Era la primera vez que afeitaba a alguien, con navaja o cualquier otra cosa—. Hoy no puedo afeitarme. Es probable que dentro de un par de años no pueda orinar. Las pelotas me están llegando a las rodillas. Estoy yendo cuesta abajo hacia la muerte.

—No te atrevas a hacerme reír, podría cortarte sin querer —le advirtió ella. Se inclinó para darle un beso en la frente—. Tienes

suerte de que te quiera, viejo testarudo y malhumorado.

Ahora abre la segunda gaveta y ve la pequeña colección de navajas de afeitar. Son cuatro, están cerradas para proteger las cuchillas y alineadas cuidadosamente sobre un paño de microfibra suave. Recuerda que la policía aún tiene la que Jimmy utilizó esa noche, y se pregunta si alguna vez se la devolverán. Jimmy tenía cinco navajas, cada una con su propia historia.

¿Sería raro mandar a enmarcar la colección de navajas de Jimmy? Las apreciaba tanto. Era muy de la vieja escuela respecto de las cosas que amaba.

"Si no sigues las tendencias, nunca estás pasado de moda", solía bromear.

De pronto, Paris tiene un pensamiento inquietante y se detiene. Algo no está bien. El equipo forense de la escena del crimen había fotografiado el baño de forma exhaustiva, incluido el contenido de las gavetas. Sonny había insistido en que ella mirara todas las fotos para que comprendiera el alcance de las pruebas que la fiscalía tenía en su contra. Y, a menos que recordara mal, las fotos de la escena mostraban una navaja, que se suponía que era el arma del crimen, en el suelo del baño junto a la tina, y solo tres en la gaveta.

De ser así, eso significaría que el día en que fue arrestada, faltaba una navaja de la colección de Jimmy. ¿Y ahora estaba… de vuelta en la gaveta?

Menea la cabeza. No puede ser.

Al abrir la última gaveta, ve por fin el paquete sin abrir de maquinillas de afeitar Gillette que Jimmy nunca se molestó en usar. Lo toma y sale del baño.

—Ey —dice Drew desde la puerta del dormitorio. Se ha puesto unos pantalones cortos y una camiseta—. La presión del agua en la habitación de huéspedes es genial. ¿Tuviste suerte con la maquinilla de afeitar?

—Toma. —Le entrega el paquete.

—¿Qué pasa? —pregunta él—. Tienes cara rara.

Ella no responde.

Es posible que Jimmy dejara una de las navajas en otro lugar. De hecho, con sus problemas de memoria, es bastante probable. Pero, de todas maneras.

Pasa junto a Drew y baja corriendo las escaleras para ir a la

cocina. Pasa por la puerta de la oficina de Jimmy, donde Elsie está sentada al escritorio. La abogada la saluda con un ligero movimiento de la mano, al parecer ocupada con una llamada de trabajo. Zoe está en la mesa de la cocina, ordenando el contenido de los paquetes abiertos mientras Creedence Clearwater Revival suena en el viejo equipo de música Sony. “Cuéntame, ¿has visto llover alguna vez?”.

Paris toma su móvil de la encimera y vuelve a subir. En algún lugar de su Gmail hay un archivo PDF que Sonny le había enviado después del primer encuentro y que incluye las fotos de la escena del crimen.

Encuentra el correo electrónico al entrar de nuevo en la habitación de Jimmy y abre el archivo adjunto. Se desplaza por las numerosas fotos del cuerpo, las manchas de sangre, el área del borde de la tina donde Paris se había golpeado la cabeza. Por fin, encuentra lo que estaba buscando.

En la foto de la escena del crimen hay una, dos, tres navajas de afeitar en la gaveta.

Ahora se desplaza hacia arriba para ver el primer plano de la navaja que aún tiene la policía y confirma que es la que tiene el mango de ébano que Jimmy había comprado en Alemania. Eso significa que la navaja que falta en la otra foto —y que ha sido devuelta de modo misterioso— es la que Elsie le había regalado a Jimmy. Paris la había usado esa mañana para afeitarlo. Lo recuerda porque, al terminar, la había enjuagado con cuidado para que no quedaran restos de crema de afeitar ni pelos pegados en la inscripción. “Podrán saltarte a la yugular, pero tú los liquidaste a todos. Con amor, E.”.

Y luego la había dejado en el borde del lavabo para que se secara.

Entonces, ¿quién se la había llevado? Tenía que ser la misma persona que la había vuelto a poner en la gaveta. Considerando la poca gente que ha estado en la casa en los últimos días, la lista de posibilidades es corta.

Drew se encuentra con ella en el pasillo de la planta superior; tiene el rostro recién afeitado.

—¿Quieres decirme en qué estás pensando?

Ella guarda silencio otra vez y él la sigue escaleras abajo hasta la

cocina. Todavía en la mesa, Zoe ha clasificado el contenido de los paquetes y ahora está trabajando en su computadora portátil, imprimiendo etiquetas para los artículos que hay que devolver. Drew se acerca y toma un paquete de ocho cintas de casete Maxell envueltas en plástico transparente.

—No puedo creer que las sigan fabricando —comenta fascinado.

—¿Verdad? —Zoe levanta la vista y le sonríe—. Y menos mal que lo hacen, porque Jimmy las usaba para grabarse cuando practicaba sus chistes. Acabó el último paquete de ocho cintas en dos semanas.

—Oye, Zoe, una pregunta rápida —interviene Paris—. ¿Por casualidad tomaste una de las navajas de afeitar de Jimmy de su gaveta antes de que muriera?

—¿Eh? —Zoe continúa tecleando.

—Ya sabes, la que estaba grabada, la que le regaló Elsie. No estaba en la gaveta el día que la unidad de la escena del crimen estuvo aquí tomando fotos. Pero ahora está de nuevo en su lugar.

La mirada de Zoe permanece fija en la pantalla mientras responde.

—¿Alguna vez te conté la vez que Jimmy y yo volvíamos a Seattle y él trató de pasar sus navajas de afeitar en el equipaje de mano? La gente de seguridad lo descubrió, por supuesto, y deberías haber visto sus caras. Si no hubiera sido Jimmy Peralta, seguro que lo habrían arrestado. Me permitieron guardarlas en el equipaje facturado. —Pone los ojos en blanco—. Típico de Jimmy. Tan inteligente para algunas cosas y tan despistado para otras.

—Zoe. —Paris se esfuerza por ser paciente—. La navaja. La que le regaló Elsie. ¿Te la llevaste, quizá para afilarla, antes de que Jimmy muriera? ¿Y luego la devolviste, en algún momento después de que la policía me permitió volver a la casa?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Nunca toqué las navajas de Jimmy.

—¿Cuándo estuviste por última vez en su baño?

—Ya te dije, le di un vistazo rápido después de que se marchó el servicio de limpieza. Pero en realidad no entré. —Zoe vuelve a levantar la vista, y esta vez se reclina en la silla—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me estás interrogando?

Paris se cruza de brazos y espera. Drew está apoyado contra la

encimera de la cocina y finge estar observando la colección de casetes de Jimmy.

—La última vez que estuve físicamente dentro del baño de Jimmy fue la noche del evento benéfico —continúa Zoe—. ¿Recuerdas que te conté que estaba molesto con su actuación? Cuando llegamos a casa, quiso practicar en el baño para poder verse en el espejo.

Paris asiente.

—Cuando llegó arriba, me gritó que la cinta en el aparato se había acabado y me pidió una nueva. Nos quedaba solo una cinta, así que se la llevé y dejé la otra en su oficina. —Zoe sostiene en alto el paquete de casetes Maxell—. Y encargué un paquete de cintas nuevas. Justo después de que me dijo que me fuera a casa.

—Espera. —Paris la mira con intensidad durante un momento, luego se vuelve hacia Drew, que sigue fingiendo que no está prestando atención. Se vuelve hacia Zoe otra vez—. ¿Me estás diciendo que el casete era nuevo?

—Sí.

—¿Y a qué hora lo pusiste?

—A las nueve y media más o menos, justo antes de irme. —Zoe se exaspera—. ¿Adónde quieres llegar, Paris? Siento que me estás acusando de algo.

—La policía confiscó el casete que estaba en el equipo de música como parte de las pruebas. —Paris habla despacio mientras trata de procesar esta nueva información—. En ese casete aparecía la voz de Elsie justo al final. No decía nada del otro mundo, algo así como: "¿Te olvidaste de que teníamos planes?". Y entonces Jimmy cortó la grabación.

Drew la está mirando, y asiente con la cabeza. Parece entender muy bien dónde quiere ir a parar, aunque está claro que Zoe no.

—Pero cuando la policía le preguntó a Elsie al respecto… —Paris se detiene con brusquedad.

Elsie ha entrado en la cocina; ya ha terminado con su llamada de trabajo. En la mano tiene varias etiquetas de devolución que ha tomado de la impresora en la oficina de Jimmy y se las entrega a Zoe.

—¿Cuando la policía le preguntó a Elsie qué? —repite en dirección a Paris. Luego se vuelve hacia Drew y lo mira de arriba

abajo—. Hola. Elsie Dixon. ¿Y tú quién eres?

—Drew Malcolm. —Le estrecha la mano.

—¿Qué pasa? —Elsie mira a su alrededor—. ¿De qué estamos hablando?

—Elsie. —Paris hace un gran esfuerzo para controlar su voz. Por dentro, tiene ganas de gritar—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Jimmy?

CAPÍTULO 44

Si no fuera por el viejo equipo de música de Jimmy que está reproduciendo una canción de Fleetwood Mac, la cocina estaría en completo silencio. Pareciera que todos están conteniendo la respiración, y todos los ojos están puestos en la abogada menuda. "Los truenos ocurren solo cuando llueve…".

—Elsie —repite Paris—. Necesito que respondas a la pregunta, por favor. ¿Cuándo viste a Jimmy por última vez?

—Ya sabes cuándo vi a Jimmy por última vez. La detective me lo preguntó durante tu primera entrevista, ¿recuerdas? Fue unos días antes de que muriera. El martes. Pasé por aquí a recogerlo para desayunar.

—Y así es como tu voz llegó a la cinta —deduce Paris—. La cinta sobre la que la detective Kellogg te preguntó. La de Jimmy practicando.

—¿Me lo estás diciendo o me estás preguntando? —Elsie mira a su alrededor, consciente de que todos la están mirando fijo—. Sí, así es como mi voz llegó a la cinta. Ahora, ¿por qué no dices lo que de verdad intentas decir?

El grito ahogado de Zoe es agudo e intenso, y todos se vuelven hacia ella. Por fin entiende lo que Paris quiere decir y sus ojos, clavados en Elsie, se abren de par en par.

—Dios mío, mentiste —dice con una mano sobre la boca—. Maldita sea, mentiste. Esa cinta con tu voz no era del martes por la mañana. Era de la noche en la que Jimmy murió. Puse una cinta nueva a las nueve y media, antes de irme a casa. Eso significa que estabas aquí, en la casa, en su baño, después de que me fui. ¿Por qué mentirías sobre estar aquí esa noche a menos que…?

—¿Qué hiciste, Elsie? —La voz de Paris es suave. Casi no puede

creer que esto esté sucediendo—. ¿Mataste a Jimmy? ¿Mataste a Jimmy y me inculpaste?

La cara de Elsie está muy roja y mira a las dos mujeres con furia.

—Ustedes dos tienen el descaro de acusarme.

—Nadie la está acusando de nada, señora —interpone Drew—. Solo la han atrapado en una mentira, eso es todo.

Elsie levanta las manos.

—Esto es ridículo. Carajo, están locas de remate. Todos sabemos que Jimmy se suicidó. —Se vuelve hacia Drew, con la voz temblorosa—. Y no sé quién demonios eres, pero cierra la puta boca.

—Entonces, ¿por qué mentiste? —grita Zoe—. Fuiste tú quien desactivó el sistema domótico y borró todos los registros de datos, ¿no es así? No querías que nadie supiera que estuviste aquí. ¿Qué? ¿Usaste el reconocimiento facial de Jimmy para entrar en su móvil después de que él…? —Se ahoga. No puede terminar la frase.

—¿Te llevaste la navaja, Elsie? —pregunta Paris—. ¿Con la que lo mataste? Estaba en el borde del lavabo. ¿Cambiaste las navajas para que pareciera que Jimmy usó una diferente para suicidarse? Todas esas cuchillas son más o menos del mismo tamaño y forma, y había tres en la gaveta la mañana que me arrestaron. Ahora hay cuatro. ¿Te llevaste el arma homicida y la devolviste en algún momento de los últimos días? Has estado aquí más de un par de veces.

—Hija de puta odiosa y traicionera —suelta Zoe, sin molestarse en esperar la respuesta de Elsie—. Dejaste que acusaran a Paris de homicidio.

Elsie está pálida. De pie contra la pared de la cocina y con los hombros curvados hacia adentro como un animal acorralado, sus ojos van de Paris a Zoe y de esta a Drew y luego de nuevo a Paris.

—No tengo por qué escuchar esto. Después de todo lo que he hecho por ustedes.

—Se suponía que yo no iba a volver a casa esa noche —precisa Paris y da un paso hacia ella—. No intentabas inculparme porque ¿cómo ibas a hacerlo si yo no iba a llegar a casa hasta la noche siguiente? Pero tú estuviste aquí.

Da otro paso hacia delante. Es todo lo que puede hacer para no poner sus manos alrededor de la garganta de Elsie.

—Lo mataste, ¿verdad? Y luego intentaste que pareciera un suicidio. Sabías que la gente lo creería debido a su pasado. El hecho de que yo volviera a casa antes de tiempo te estropeó el plan. Hizo que todos pensaran que yo lo había matado. Y tú nunca dijiste nada, porque si alguien iba a ser acusado de homicidio, mejor yo que tú.

Elsie se encoge aún más contra la pared.

—Dime, ¿fue un accidente? —prosigue Paris—. ¿O lo apuñalaste a propósito? ¿Qué te dijo para que te enfadaras tanto? Y, si fue un accidente, ¿por qué mierda no llamaste a una ambulancia?

—¡Porque era demasiado tarde! —chilla Elsie y rompe a llorar —. Nunca iba a recuperarlo, así que ¿qué se suponía que debía hacer, eh? ¿Quedarme mirando lo feliz que era contigo? Estaba tan cerca, estábamos tan cerca, pero, entonces, apareciste tú de la nada y se enamoró como un loco.

Elsie está sollozando tan fuerte que apenas puede pronunciar las palabras.

—Jimmy y yo teníamos mucha historia, pero lo único que él quería era estar con alguien que no supiera nada de la persona que había sido en el pasado. Y entonces, hace seis meses, me pidió que cambiara su testamento. Quería dejarte la mayor parte de su dinero a ti. Le dije que estaba fuera de sus cabales. Y literalmente estaba perdiendo la cabeza, ¿no?

—A ti también te dejó dinero —dice Paris—. Y a Zoe.

—Pero yo no quería su dinero, lo quería a él —replica Elsie—. Lo amaba. ¿No lo entiendes? Durante cincuenta malditos años, amé a ese hombre roto, egoísta y arrogante, y la mitad de las veces ni siquiera se acordaba de cuando teníamos algún plan. Aquella noche, después del evento benéfico, vine porque se suponía que íbamos a pasar un rato juntos, y se le había olvidado, porque siempre se le olvidaba cuando se trataba de mí. Subí las escaleras, y él estaba en el baño ensayando sus chistes; el testamento nuevo estaba en la mesita de noche. Vi la cantidad de dinero que te iba a dejar y le dije que estaba loco, y me respondió que…

Elsie se interrumpe para recuperar el aliento.

—Me respondió que no era asunto mío y que por qué no me preocupaba por hacer algo con mi vida. ¿Te imaginas? Después de todo lo que he hecho, ¿que me diga eso? No era mi intención

hacerlo. Pero la navaja estaba allí, y perdí el control. —Sus rodillas ceden y se derrumba en el suelo.

—Estaba enfadado porque se le había olvidado de verdad, Elsie —susurra Paris, mirándola con asombro y horror.

La canción termina. Unos segundos más tarde, el casete también llega a su fin, con un *pop* audible.

Jimmy no se suicidó. A pesar de toda la tecnología del mundo, Elsie va a ser acusada del homicidio de su viejo amigo por una cinta de casete Maxell analógica que no muestra la fecha, no tiene copia de seguridad, ni iCloud.

Jimmy tenía razón.

"La tecnología es una mierda, nena. Siempre es mejor lo antiguo".

CAPÍTULO 45

La celebración de vida de Jimmy resulta un acontecimiento fastuoso, con amigos de Hollywood y de todo el mundo que han volado a Seattle para presentar sus respetos al hombre más divertido que la mayoría de ellos ha conocido. Hay algunas lágrimas, pero sobre todo hay risas. Sin duda alguna, es lo que Jimmy habría querido.

La única persona que no está en la celebración es su amiga más antigua.

Después de ser arrestada, Elsie brindó una confesión completa a la detective Kellogg de todo lo ocurrido la noche en que había matado a Jimmy. Estaban discutiendo y Jimmy dijo algo cruel. Elsie tomó la navaja de afeitar y se la agitó en la cara, pero solo para dejar en claro su postura, explicó. Le recordó el día en que se la había regalado y las décadas de amistad, y le dijo que estaba harta de que no la valoraran.

Jimmy se rio de ella y ella se abalanzó sobre él. Él la tomó de la muñeca y forcejearon un rato, hasta que ella logró liberar un brazo y le cortó la cara interna del muslo con la navaja. Jimmy cayó hacia atrás en la tina y se desangró en menos de un minuto.

Su muerte había sido un accidente, aseguró Elsie. No había sido su intención matarlo, y lo único que se le había ocurrido hacer era que pareciera un suicidio.

Tapó la tina y la llenó de agua tibia. Con un paño, sacó con cuidado otra navaja de tamaño y forma idénticos de la gaveta, la mojó en el agua ensangrentada y la puso en la mano de Jimmy para que cayera al suelo de forma natural. Usó el teléfono de Jimmy para borrar todos los datos de la aplicación domótica y luego envolvió la navaja con la que lo había matado y se la llevó, junto con la copia

del testamento nuevo.

Tenía miedo de deshacerse de la navaja porque estaba grabada. En cambio, la limpió con lejía y la volvió a guardar en la gaveta del baño de Jimmy una vez que la causa subyacente de su muerte fue declarada oficialmente como "indeterminada" y se retiró la acusación contra Paris. Con el caso cerrado, pensó que nadie se preguntaría por qué antes había tres navajas en la gaveta y ahora cuatro.

Se suponía que nadie sería acusado de homicidio.

Nico Salazar quería acusar a Elsie de homicidio en segundo grado, manipulación de pruebas y obstrucción a la justicia. Por consejo de su abogado, Sonny Everly, Elsie aceptó declararse culpable a cambio de negociar su pena. Siete años por homicidio, pero con buena conducta, podría salir en cuatro. Debido a su edad y la inexistencia de antecedentes de violencia, acordaron enviarla a una pequeña prisión de mujeres de mediana seguridad.

Elsie Dixon tendrá setenta y dos años cuando salga.

Hay un letrero de "En venta" fuera de la casa. Zoe se está encargando de vender el patrimonio de Jimmy. Está todo en venta, excepto los viejos estéreos portátiles y la colección de casetes, las únicas cosas de Jimmy que Paris quiere para ella.

Drew se quedó para el funeral y ahora, como tantos años atrás, se despiden en el sendero de entrada.

—Al final nunca te pregunté —aventura ella mientras lo acompaña hasta el coche de alquiler—. ¿Qué pasó con Kristen? ¿Tuviste un hijo o una hija?

—*Kirsten* —la corrige Drew, la mira y ambos se ríen—. Cuando volví a casa de mi madre la mañana después del incendio, me estaba esperando en el porche. Antes de que pudiera decir nada, me dijo que creía que la boda era un error y que lo único que haríamos sería acabar resentidos y estropearle la vida al niño. Somos buenos padres. Kirsten se casó unos años después y Sasha tiene un medio hermano y una media hermana. Todo salió como debía salir.

Busca su móvil y le muestra una foto. Sasha es hermosa, y es obvio que lo sería. Tiene la sonrisa de Drew.

—¿Y nunca quisiste casarte? —pregunta Paris.

—En realidad, no —responde Drew—. Resulta que tengo algunas cosas personales en las que tengo que trabajar. Según mi madre…

—Se estremece—. Nunca pensé que sería la clase de tipo que empezaría oraciones con “Según mi madre”.

—Belinda es una mujer increíble. Cuéntame.

—Pues, ella ha *sugerido* —continúa Drew y se mete las manos en los bolsillos— que la razón por la que mis relaciones no progresan a una etapa formal es porque no están a la altura de la relación que imaginé que habría tenido contigo.

—Ah. —Paris siente que se ruboriza—. ¿Y tú… estás de acuerdo con eso?

Él la mira.

—Ahora que te he vuelto a ver, creo que sí.

Por primera vez, Paris se da cuenta de que es posible sentirse devastada por la pena y eufórica de felicidad, todo al mismo tiempo.

—No estoy lista —responde, pero no aparta la mirada—. Puede que nunca esté lista.

—Podemos hablar de eso cuando vuelvas a Toronto. —Drew sonríe—. Iremos a Junior's.

—¿Cómo sabes que voy a volver?

—Por Ruby —responde él—. Tienes asuntos pendientes con tu madre.

Se produce un breve silencio entre ellos.

—¿Cuánto quiere? —pregunta.

—Diez millones.

Drew deja escapar un silbido bajo.

—¿Quieres mi consejo?

—Sabes que sí.

—No le pagues ni un centavo. No hay pruebas de que hayas matado a Mae, porque no lo hiciste. Provocaste un incendio. No eres una asesina.

Le da otro abrazo y le besa la frente. Paris se queda en el sendero de entrada hasta que las luces traseras del coche alquilado desaparecen.

Ella no asesinó a Jimmy. No asesinó a Mae.

Pero es una asesina.

* * *

Después de que Zoe se va por fin y la casa queda en silencio, Paris abre la caja de cartón con la correspondencia de los fans de Jimmy. Le lleva solo un par de minutos dar con lo que busca.

Mi queridísima Joey:
Felicitaciones. Has sido absuelta. *Quelle* sorpresa.

Tengo que decirte que estoy perdiendo la paciencia. Entiendo que has estado ocupada, pero todavía hay cenizas en una urna que no son tuyas. Y ambas sabemos lo que le hiciste a Charles.

Diez millones. Esta es mi última carta, lo que significa que es tu última oportunidad.

Todo mi amor,
Mamá

Paris encuentra un bolígrafo y un papel en blanco. Garabatea una nota rápida, que envía por correo justo después de escribirla.

Estaré ahí pronto.
J.

SEXTA PARTE

Solo estoy aquí para presenciar los restos exhumados del amor.

Barenaked Ladies

CAPÍTULO 46

No puede entrar en el Golden Cherry y no puede entrar en Junior's. Después de todo, se supone que está muerta. Mientras está sentada en el Audi de Drew en el aparcamiento detrás de ambos edificios, recibe un mensaje.

"Hay cola. Diez minutos. ¿Especias o curri?".

"Ambos", responde ella.

Él le devuelve un emoji con cara de cerdo. Ella le envía una foto de su dedo medio.

La puerta trasera del Cherry se abre y ve salir a un hombre. Algo menos de dos metros, fuerte, y tez bronceada natural. El pelo negro azabache está ahora salpicado de canas. Paris lo había buscado en LinkedIn, en navegación privada, por supuesto; así se había enterado de que era socio comercial del Cherry desde hacía diez años.

Observa a Chaz durante un rato mientras él saca cosas por la puerta trasera y las mete en una furgoneta. Cuando termina, se lleva un brazo hacia atrás y se frota un punto en el lado derecho de la espalda baja. Ese punto siempre le ha molestado, y es extraño que ese gesto le resulte tan familiar, incluso después de todo este tiempo. Luego se detiene y voltea.

Siempre tuvo esa extraña habilidad para sentir que alguien lo observaba. Paris debería ocultar su rostro de manera instintiva, pero no lo hace. En cambio, baja la ventanilla para que puedan verse mejor.

Chaz se paraliza. Su cara se va iluminando al reconocerla, y esboza la sonrisa más amplia que ella jamás le haya visto. Se miran el uno al otro a través del aparcamiento. Él no se acerca. Ella no sale del coche. En cambio, él se lleva una mano al corazón y ella

hace lo mismo.

"Gracias, Chaz".

Drew salta al asiento del conductor en el mismo momento en que Chaz vuelve a entrar. Los olores de especias y curri llenan el coche, y el estómago de Paris ruge a modo de respuesta.

—Oí eso. —Drew arranca el motor—. ¿Dónde quieres comer?

—Llévame a casa —responde ella.

Veinticinco años después, el número 42 de la avenida Willow no se ve exactamente como ella lo recuerda.

Está más brillante. El viejo ladrillo color café ha sido pintado de un tono crema, y las paredes oxidadas de los balcones se han sustituido por barandillas de hierro forjado. El vestíbulo del edificio ha sido renovado con puertas nuevas, baldosas nuevas, todo nuevo. De hecho, ahora parece un lugar agradable para vivir, y el parque frente al edificio está limpio y tiene dos juegos para niños que no estaban allí antes.

Paris levanta la vista hacia el apartamento 403 y se pregunta quién vivirá allí ahora. Deben de haber pasado muchos inquilinos en los últimos diecinueve años, todos con diferentes historias que contar. La suya era solo una. Estar aquí le trae recuerdos vívidos de aquella noche en que se habían llevado a Ruby, y aunque se ha esforzado por no pensar en eso, no es posible olvidar algo que había cambiado por completo el rumbo de su vida.

Pero, con el tiempo, ha logrado recordarlo menos.

Una columna de humo le llama la atención y ve a un hombre haciendo una barbacoa en su balcón del cuarto piso. Las barbacoas solían estar prohibidas, pero quizás ahora las permiten. El hombre voltea las hamburguesas mientras habla por su teléfono móvil, y ella se da cuenta de que es el señor Malinowski, el encargado del edificio, que solía vivir en el primer piso. ¿Seguirá trabajando?

Las puertas de cristal del vestíbulo se abren y una mujer con un colorido uniforme de enfermera sostiene la puerta abierta para una anciana con un andador. Paris reconoce de inmediato a la señora Finch; su antigua vecina del fondo del pasillo debe de tener ya más de ochenta años. Su vestido está manchado y cuelga de su cuerpo huesudo; el cabello blanco es tan fino que deja entrever el cuero cabelludo rosado. Al final, la mujer había hecho lo correcto al llamar a la policía, aun cuando los años que siguieron habían sido

duros.

Paris vuelve a subir al coche. Mientras ella y Drew se alejan, se despide mentalmente de la niña que vivía en Willow Park, la que había sobrevivido a su madre. Todos los recuerdos aquí son dolorosos, pero pertenecen a una vida que ya no es la suya.

Y, con el tiempo, la recordará menos.

CAPÍTULO 47

Maple Sound tiene un aspecto muy diferente a la luz del día, sereno y bonito, un pueblecito pintoresco en el que alguien querría establecerse si quisiera escapar de la ciudad.

Ruby debe de aborrecer este lugar.

Suben el largo recorrido por la colina hacia la casa de tita Flora y Drew apaga el motor cuando llegan a la cima. Se quedan sentados en silencio durante un momento mientras observan al otro lado del estanque el exterior de la casa de dos pisos en la que ella ha vivido durante cinco largos años. La última vez que Paris vino aquí estaba demasiado oscuro para ver nada, pero ahora, con el sol de la tarde, es posible apreciar el esfuerzo que han hecho para mantenerla. Han pintado el revestimiento de blanco para que haga juego con el porche y las flores a lo largo del frente están en plena floración. Tita Flora se ha jubilado y, ahora que tito Micky ha muerto, debe de tener mucho tiempo libre para mantener el lugar. Se ve mejor que nunca.

Paris distingue una figura que se mueve en la cocina. No necesita verle la cara para saber quién es. Reconocería esa silueta en cualquier lugar.

—¿Cuánto tiempo calculas? —pregunta Drew, rompiendo el silencio que reina en el coche.

—Una hora —precisa ella—. O sea, cincuenta y cinco minutos más de lo que preferiría estar aquí.

—¿Tienes el cheque de caja?

Paris se palpa el bolsillo.

—Todavía no puedo creer que hayas ido al banco. —Drew sacude la cabeza—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, debo hacer esto sola. —Le aprieta apenas la mano y abre

la puerta del lado del acompañante. No hay forma de predecir qué dirá Ruby, y, más allá de cómo resulte este encuentro, hay cosas que ella nunca querrá que Drew escuche. Nunca—. Voy a estar bien.

—Estaré esperándote aquí —le asegura él antes de que ella llegue a cerrar la puerta—. Traten de, ya sabes, de no matarse una a la otra.

—No puedo prometerte eso. —Ve la expresión preocupada en el rostro de su amigo y pone los ojos en blanco—. Es un chiste, Drew.

—Con ustedes dos, no es nada gracioso.

Cierra la puerta del coche y se queda mirando la casa unos segundos más. Se encamina hacia ella con lentitud y pasa junto al estanque, que por ahora está en silencio. Sube los escalones del porche, pero antes de que pueda levantar la mano para llamar, la puerta se abre.

Después de veinticinco años, se encuentra cara a cara con su madre.

Se miran fijo a medio metro de distancia, una a cada lado de la puerta. Ninguna de las dos se ofrece a estrechar la mano de la otra ni a darle un abrazo.

Lo primero que nota es que el característico cabello negro largo y lustroso de Ruby le llega ahora a los hombros; la edad y la tintura barata han apagado su brillo natural. Su cutis tiene una textura ligeramente similar al papel, lo que acentúa ciertos ángulos en sus pómulos que antes no existían. Aunque sigue siendo un par de centímetros más alta que Paris, parece haber encogido. Lleva unos *jeans* flojos y una camiseta amarilla, y pantuflas nuevas en los pies.

—Te pareces a mí cuando tenía tu edad —dice por fin Ruby. Hay un matiz de celos en su voz. Es el mejor cumplido que puede hacer.

—Y ahora tú te pareces a *lola* Celia —replica Paris.

Hay una larga pausa. Paris no intenta entrar en la casa. Por lo que a ella respecta, pueden quedarse en el porche.

Ruby abre más la puerta.

—Pasa.

Paris entra y, como si fuera una señal, las ranas del estanque empiezan a croar.

* * *

La casa está más limpia y silenciosa de lo que solía estar.

—¿Dónde están todos? —pregunta Paris, aunque ya sabe la respuesta.

—Tu *lola* está en Cebu —explica Ruby—. Se fue justo antes de que yo llegara, pero volverá en un mes. Y tu tita Flora se fue a Toronto por el fin de semana.

—¿Y no quisiste ir con ella a la ciudad?

—Se está quedando con unos amigos. No me invitaron. —Ruby toma asiento en la mesa de la cocina y le hace un gesto para que haga lo mismo—. ¿El que está afuera en el coche es Drew? Cuando me preguntó si hoy estaba disponible, supuse que vendría a entrevistarme para su pódcast, que va a ser todo sobre mí. No mencionó que te traería.

—No habrá ningún pódcast sobre ti —retruca Paris—. Le pedí que lo eliminara.

—¿Y aceptó? —Ruby levanta una ceja—. ¿Así como así?

—Increíble, ¿verdad? —Paris se permite una pequeña sonrisa—. Y pensar que ni siquiera tuve que acostarme con él…

—Así que ahora eres sarcástica. —Los labios de Ruby se convierten en una línea—. Bonita forma de hablarle a tu madre.

—¿Prefieres que te pegue? —aventura Paris—. ¿Que te dé una bofetada? ¿Que te apague cigarrillos en el cuello? ¿Sería eso más educado?

—Dios mío. —La silla de Ruby raspa el suelo cuando la empuja hacia atrás. Se dirige a un armario y saca dos tazas que llena con café de la cafetera que está sobre la mesada. Luego les echa Coffee-Mate en polvo, lo que no difiere de cómo lo bebía en los años noventa—. ¿Todavía estás molesta por todo eso? Fue hace mucho tiempo. Es hora de mirar para adelante. Eres una adulta ahora, *Paris*.

—Era una niña entonces, *Ruby*.

Su madre suspira y deja las dos tazas sobre la mesa.

—¿Estás aquí para hablar del pasado o para pagarme para que no hable del pasado?

—Las dos cosas —replica Paris—. Vas a recibir tu dinero.

—Bien —contesta Ruby, y sus hombros se relajan—. Me lo

debes. Merezco ese dinero. Estuve veinticinco años en prisión por ti.

—¿Por *mí*? —Paris se obliga a mantener la calma—. ¿Es eso lo que te dices a ti misma?

—Sabes que es verdad. —Su madre bebe un trago de café y se reclina en la silla—. Nunca le conté a nadie lo que le hiciste a Charles.

—Porque sabes que no te habrían creído —dice Paris—. Tu vestido estaba todo cubierto con su sangre y tus huellas estaban en el cuchillo. Lo apuñalaste dieciséis veces.

Ruby ladea la cabeza.

—¿Fueron tantas?

—Dieciséis veces —repite Paris—. Y yo tenía apenas trece años. Tu imagen habría sido aún peor si me hubieras acusado de algo.

—Me jodiste en el juicio, cuando testificaste que Charles nunca te había tocado. Todo lo que tenías que decir era esa única cosa. Esa única cosa verdadera. —Los labios de Ruby se afinan en una línea rígida—. Ningún jurado habría condenado a una madre por proteger a su hija.

—Joder, sigues haciendo lo mismo. —Paris la mira con incredulidad—. Tergiversando la verdad para convertirla en lo que tú quieres que sea. Los oí a ti y a Charles, ¿sabes? Te oí discutir con él en la otra habitación. Lo acusaste de utilizarte para llegar a mí. Y tenías razón en eso, porque eso era exactamente lo que hacía, porque eso es lo que hacen los hombres como Charles. Y luego lo oí reírse y decirte que eras fea cuando te ponías celosa y que nunca estarían juntos porque te faltaba clase.

Ruby entrecierra los ojos y sus mejillas se sonrojan.

—No dijo eso.

—Ay, mamá —exclama Paris, y será la última vez que llame a esta mujer por ese nombre—. Siempre he envidiado tu capacidad para negar cualquier realidad que no te sirva. Permíteme que te refresque la memoria.

Da un largo trago al espantoso café. Luego las remonta a ambas a aquella noche que había creído que nunca tendría que revivir.

* * *

Joey estaba sumida en un sueño profundo cuando Charles se

metió en la cama a su lado. Aunque le costaba conciliar el sueño cuando sabía que él estaba cerca, había parecido tan preocupado por su madre toda la noche que esta vez se había sentido segura.

Era culpa suya por suponerlo. A Charles no le importaba que aquella fuera su casa, el hogar de su familia, y que el dormitorio de su hija estuviera al otro lado de la pared. No existían limites para los hombres como él. Eran todos iguales.

Sintió una mano en el estómago y se despertó del todo. Sus ojos se abrieron de golpe, pero no había nada que ver, porque la habitación estaba a oscuras. Guiada por un impulso, trató de escabullirse hacia el otro lado de la cama, pero él se montó sobre ella y la inmovilizó con el peso de su cuerpo.

—Shhhhh —susurró, con el aliento ácido por el vino tinto y el queso que había comido antes—. Relájate. Tu madre puede ser muy divertida, pero te he echado de menos, Joey.

Ella se retorció con violencia, pero, al igual que la última vez —como todas las veces—, era inútil. Charles era más grande, más inteligente y más poderoso de lo que ella jamás sería. Nunca era una lucha justa. Lo único que podía hacer ahora era cerrar los ojos, quedarse quieta y dejar que la oscuridad la envolviera.

No sabía cuánto tiempo había pasado —podría haber sido un minuto o diez—, pero oyó el chirrido de la puerta al abrirse y luego se encendieron todas las luces del dormitorio. El colchón rebotó con la repentina ausencia del peso de Charles, que rodó con rapidez para salir de encima de ella, lo que hizo que sus pies golpearan fuerte contra el suelo.

Joey abrió los ojos y parpadeó a causa de la luz. Su madre estaba de pie en la puerta de la habitación de huéspedes y sus ojos fueron de Charles a Joey y luego de nuevo a Charles. Parecía furiosa. Joey se sentó; las sábanas se deslizaron hacia abajo y se sintió aliviada al ver que seguía vestida.

—¿Qué carajo estabas haciendo? —La voz de Ruby era ronca. Sus ojos estaban enfocados con la precisión de un láser en el hombre que ahora daba tumbos por el dormitorio mientras se acomodaba la ropa. A Joey le parecía increíble que su madre se molestara en hacer una pregunta cuya respuesta ya conocía—. ¿Estabas *tocando* a mi hija?

—No, cariño. —La cara de Charles estaba roja—. Me levanté

porque me pareció oír un ruido, pero he bebido mucho. Parece que terminé en la habitación equivocada. —Forzó una risa.

Ruby se volvió hacia su hija.

—¿Joey? ¿Es verdad eso?

Joey no se atrevió a responder. En cambio, permaneció con la vista clavada en Ruby, ansiosa por que su madre la escuchara de todas maneras. "Ahora lo sabes, mamá. Lo has visto con tus propios ojos. Por favor, haz que termine".

Ruby se volvió hacia Charles.

—Cretino hijo de puta. ¿No soy suficiente para ti?

—Anda, Ruby…

—*Anda, Ruby* un carajo —masculló—. Tiene trece años. ¿Intentabas cogértela?

Charles dio un paso adelante y la golpeó.

Ruby se tambaleó hacia atrás y su cabeza golpeó contra el marco de la puerta. Joey vio cómo se formaba una mancha roja en la mejilla de su madre.

—Ah, mierda —dijo Charles con desagrado—. Mira, todo esto es un malentendido, ¿de acuerdo? Vamos a calmarnos todos. No hay razón para enojarse. ¿Verdad, Joey? Dile a tu madre que está todo bien y volveremos a la cama. Por la mañana, prepararé el desayuno y las llevaré de compras. ¿Qué les parece?

—Hablaremos en el dormitorio —exclamó Ruby, y giró sobre sus talones. Charles la siguió afuera.

Un minuto más tarde, Joey los oyó discutir; ambos se lanzaban insultos crueles. Ruby llamó a Charles un enfermo de mierda. Charles llamó a Ruby una puta celosa y desesperada por el dinero. La ironía era que ambos tenían razón.

Joey salió de la cama y se dirigió al baño contiguo, donde utilizó el retrete y trató de arreglarse. Se quedó allí hasta que cesaron los gritos y se aventuró a salir solo después de un minuto entero de silencio.

Cuando abrió la puerta, Ruby había vuelto, y Joey se horrorizó al ver que el vestido de verano de su madre estaba manchado de sangre. Ruby sostenía en la mano el cuchillo largo y delgado que Charles había utilizado más temprano para cortar el queso y la fruta. La hoja del cuchillo también estaba cubierta de sangre.

—¿Mamá? —dijo, alarmada—. ¿Qué pasó, mamá?

—Lo maté. —Su madre tenía la mirada perdida a causa de la conmoción—. Oh, Dios, lo maté. Charles está muerto. Tienes que ayudarme… oh, Dios, Joey, tienes que ayudarme. No sé qué hacer.

Tal como declararía en el tribunal unos meses después, Joey le había dicho a Ruby que se cambiara la ropa y fuera a buscar el coche. Luego se había dirigido por el pasillo hacia el dormitorio principal para limpiar el desastre que había hecho su madre.

Pero, a diferencia de lo que había dicho en el juicio, Ruby nunca había vuelto a terminar lo que había empezado.

Mientras Joey echaba un último vistazo al dormitorio principal y al baño para tratar de asegurarse de que todo lo que su madre había traído estaba ya en la bolsa de basura, oyó un gemido y se sobresaltó. Con el corazón acelerado, volteó despacio y miró hacia la alfombra donde yacía Charles. Sus ojos, que antes habían estado cerrados, ahora estaban abiertos. Ruby había dicho que estaba muerto. Pero allí estaba, mirándola desde el suelo.

El monstruo que se suponía que su madre había matado estaba tratando de *hablarle*.

Joey observó a su alrededor con desesperación, aterrorizada de estar a solas con él, segura de que iba a ponerse de pie y atacarla. Pero Charles permaneció donde estaba, tendido de lado en el suelo.

—Joey. —Consiguió levantar la cabeza unos centímetros de la alfombra—. Ayúdame, Joey.

Al oír su voz, Joey retrocedió hasta chocar con la pared, sosteniendo la bolsa de basura delante de ella como una especie de escudo inútil.

—Joey… Joey, llama al 911… Joey… por favor…

Charles respiraba con dificultad, pero respiraba. ¿Qué se suponía que debía hacer? Se había ofrecido a ordenar el desastre de su madre… ¿pero para qué? Aunque Charles muriera y ellas lograran salir impunes, al final siempre habría otro Charles.

Después de todo, era Ruby. Siempre habría otro Charles.

El cuchillo estaba en el fondo de la bolsa de plástico, cubierto con las huellas dactilares de Ruby y la sangre de Charles.

Joey se sorprendió de lo fácil que fue tomar la decisión.

Dejó la bolsa de basura en el suelo y recorrió el pasillo hacia la habitación de Lexi para tomar el patín de hielo. Lo llevó al dormitorio principal, donde se sentó en la silla en el rincón, con una

serena certeza sobre lo que iba a ocurrir a continuación. Metió el pie en la bota de cuero liso y se la ató.

Y luego pisó con fuerza el cuello de Charles. Sintió que los músculos y los tendones se partían debajo de la cuchilla con un crujido húmedo, como resultado de un impulso movido por la ira de trece años y alimentado por años de abusos e impotencia y vergüenza.

Joey no podía matar a todos los monstruos, pero podía matar a este.

CAPÍTULO 48

Cuando Paris termina de hablar, la taza de café de su madre está vacía.

—No te arrepientes, ¿verdad? —murmura.

—No —contesta Paris—. Pero he pagado el precio por eso, igual que tú.

Ruby abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Después de unos segundos, asiente con la cabeza.

—Solo transfiéreme el dinero —dice—. Y, entonces, habremos terminado, que es lo que ambas queremos de cualquier manera.

—Traje un cheque de caja. —Paris se reclina en la silla—. Te lo daré cuando tú me des lo que he venido a buscar.

Ruby se pone de pie y entra en la sala de estar. Paris observa cómo retira la pantalla decorativa frente a la chimenea y se estira para tomar la urna, que se encuentra adentro del hogar. Paris había pasado la linterna por sobre la pantalla de la chimenea aquella noche; nunca se le había ocurrido mirar detrás de ella. Ruby regresa a la mesa de la cocina con la urna y se detiene cerca de Joey, con la urna en alto para que el nombre en ella sea visible.

La urna es sencilla, de unos veinte centímetros de alto, y está hecha de plástico. El nombre JOELLE REYES está estampado en la placa de metal deslustrado en el frente.

Pero dentro está Mae Ocampo. Paris la mira fijo. Es increíble que la totalidad de un cuerpo humano adulto puede reducirse a cenizas que caben en un recipiente de este tamaño.

“Ay, Mae. Ojalá estuvieras aquí”.

Intenta tomar la urna, pero Ruby la aparta de su alcance.

—Quiero mis diez millones —afirma su madre—. Luego podrás tomar la urna y largarte.

—¿*Diez* millones? —Paris ladea la cabeza—. ¿Quién dijo que serían diez millones? Tu demanda original era de un millón, así que eso es lo que traje.

Al otro lado de la pequeña mesa, los labios de Ruby forman otra línea delgada y sus ojos se oscurecen como dos nubes de tormenta. Veinticinco años atrás, este ligero cambio en la expresión facial de su madre habría instilado terror en el corazón joven y blando de Joey y convertido sus entrañas en papilla mientras se aprestaba para la inminente explosión. Esta cara significaba que se avecinaba una paliza. Esta cara significaba bofetadas, puñetazos y patadas.

Pero ella ya no es Joey. Es Paris. Y todo lo que ve cuando mira a Ruby es una vieja miserable que está enfadada porque no se está saliendo con la suya.

—Eso no es lo que acordamos —susurra Ruby.

Esto también solía darle miedo. El descenso en el tono de la voz, un decibelio por encima de un susurro, era peor que cualquier grito o chillido. Ya no. Una vez que entiendes cómo hace sus trucos el mago, ya no te impresionan.

—Yo nunca acordé nada. —Paris mueve su silla hacia atrás y se incorpora—. ¿Cuándo te dije que te daría diez millones de dólares? Un millón por la urna, y tu vida. Podría haber venido aquí y matarte, sabes. Créeme, lo consideré seriamente. ¿A quién le importaría si murieras?

Busca en su bolsillo trasero y saca el cheque de caja. Lo despliega y lo sostiene en alto. Debajo de PÁGUESE A LA ORDEN DE, el nombre de RUBY REYES está escrito a máquina y es bien visible, al igual que las palabras UN MILLÓN DE DÓLARES Y CERO CENTAVOS en la línea donde se especifica la cantidad.

Parece legítimo, porque lo es. La gerente del banco de Seattle había cuestionado la necesidad de un método de pago en papel y había sugerido, en cambio, que Paris hiciera una transferencia bancaria. Si el cheque de caja se perdía o se destruía, reclamar los fondos implicaría un proceso arduo que podría llevar meses. Paris le agradeció la sugerencia y respondió que, de todas maneras, prefería el cheque.

—Yo no soy tú —le asegura Paris a su madre—. Prefiero pagarte a ser tú.

—Vamos, termínala con eso de la superioridad moral. —Ruby

suelta una carcajada—. ¿Crees que somos tan diferentes, tú y yo? Somos exactamente iguales. Somos supervivientes. Mira con quién te casaste. Te diste la vida que yo quería que Charles me diera. Te enseñé bien, pequeño saltamontes desagradecido. Estás en deuda conmigo y quiero mis diez millones. No seas codiciosa. Las dos sabemos que puedes pagarlo.

—¿Sabes qué? —dice Paris, como si se le acabara de ocurrir algo —. En realidad, no tengo que hacer esto contigo. De hecho, he cambiado de opinión. No hay trato. Cuéntale a quien quieras lo de la urna. Nadie te creerá, porque, sin importar que hayas salido, sigues siendo una asesina convicta.

La cara de sorpresa de Ruby es casi cómica. Paris vuelve a guardar el cheque en su bolsillo y sale con tranquilidad por la puerta principal, preparándose para un empujón que la haga salir volando por encima del porche. Pero Ruby no la sigue.

Se dirige al coche de Drew, que sigue aparcado en el mismo lugar al otro lado del estanque, y por fin oye unos pasos que se acercan con rapidez detrás de ella.

En el césped, se vuelve para enfrentar a su madre. Sabía que Ruby no la dejaría irse sin una última negociación. Paris es consciente de que está de espaldas al estanque, demasiado cerca del borde para su gusto. Pero si aquí es donde tiene que ocurrir la última conversación entre ellas, que así sea.

Las ranas se han callado.

—Llévate la urna —dice Ruby, y la empuja hacia ella—. Y dame el cheque. Puedo arreglarme con un millón. Está bien.

—¿Está *bien*? ¿Puedes *arreglarte* con eso? —Paris la observa con estupor—. ¿Acaso te escuchas a ti misma? ¿Cómo es que has llegado a creer que mereces cosas que no son tuyas?

—Dame el cheque y nunca más volveremos a vernos. —Ruby le da una rápida sacudida a la urna, con los brazos aún extendidos—. Es un precio bajo a pagar en el contexto general, ¿no te parece? Intentaste deshacerte de mí una vez, cuando ayudaste a que me llevaran a la cárcel. Solo dame el cheque y te librarás de mí para siempre. Te lo prometo.

¿Lo promete? ¿Cuándo ha cumplido Ruby Reyes una promesa que no la beneficiara?

Paris finalmente toma la urna.

—¿Y bien? —Ruby alarga su mano.

Paris se acomoda la urna con cuidado debajo de un brazo y busca el cheque en su bolsillo trasero.

Y lo rompe por la mitad.

Lo hace tan rápido que Ruby tarda un segundo en comprender lo que acaba de ocurrir. Solo cuando Paris lo rompe de nuevo, su madre grita de furia, un sonido tan gratificante que Paris pagaría un millón de dólares simplemente por oírlo.

—*Tanga kaayo ka* —chilla Ruby—. Siempre fuiste una chica estúpida. Me alegré cuando me enteré de que habías muerto hace tantos años. Ahora podríamos hacerlo realidad.

Su madre se abalanza sobre ella, con toda su fuerza.

El borde del estanque es resbaladizo, y, cuando Ruby hace contacto, Paris sale despedida hacia atrás. Se hunde al instante. Siente que se levanta la tapa de la urna y ve cómo las cenizas —las cenizas de Mae— salen flotando y se disuelven en la nada.

Presa del pánico, suelta la urna y trata de ponerse en pie, pero el estanque es terriblemente profundo, como su tía había insistido siempre en que era. Intenta volver a la superficie pataleando, pero es inútil. No sabe nadar, nunca aprendió, y mientras el agua del estanque entra en su boca, oye la voz de tita Flora chillando en su cabeza. “Aléjate del estanque Jason, no sabes nadar, te ahogarás”.

“Qué ironía”, piensa Paris. Pero antes de que pueda hundirse más, siente que unos brazos fuertes la toman de las axilas y tiran de ella. Paris no sabe nadar, pero Drew sí, y la saca del agua y ambos se tambalean hacia atrás en el césped.

Desde algún lugar cercano, Ruby sigue gritando mientras Paris escupe agua y vomita. El agua del estanque sabe tal como huele.

—La urna —logra articular, antes de toser más agua.

Drew la ayuda a sentarse y le señala la urna, que ahora está flotando demasiado lejos en el estanque como para poder recuperarla sin tener que nadar hasta ella. Aunque se siente aliviada, a Paris le entristece observarla. De todos los lugares en los que había pensado que podría esparcir las cenizas de Mae, Maple Sound no era uno de ellos.

“Adiós, amiga”.

En la distancia, oyen las sirenas. Drew había llamado a la policía tan pronto como Paris había salido de la casa.

—¿Pudiste? —le pregunta ella, todavía tratando de recuperar el aliento.

En última instancia, tal vez no importe. Para su madre, estar atrapada en Maple Sound sería tan malo como la cárcel.

Drew le muestra dónde guardó el video que ha grabado.

—Pude —responde.

* * *

El empujón que Ruby le dio a Paris está grabado en video. Ruby Reyes ha violado su libertad condicional y volverá a Sainte-Élisabeth para terminar de cumplir su condena.

Su cadena perpetua.

Hay dos coches de policía y cuatro oficiales en la casa, que bien podrían ser la mitad de toda la fuerza policial de Maple Sound. Mientras dos de ellos conducen a Ruby a un coche, ella se zamarrea con las esposas puestas, el pelo volándose por todas partes, los ojos desorbitados y desesperados.

—¡Esa es mi hija! —grita—. ¡No es quien dice ser! ¡Es una mentirosa!

Los dos agentes la empujan dentro del patrullero, e incluso cuando la puerta se cierra, Paris y Drew siguen oyendo sus gritos.

—Así que esa es la tristemente célebre Reina del Hielo —comenta el oficial que les toma declaración a Drew y a Paris—. Yo era un novato cuando la juzgaron y recuerdo bien la historia. No es lo que me imaginaba. En absoluto.

Su compañera, lo bastante joven como para parecer ella misma una novata, no puede parecer menos interesada en Ruby Reyes. En cambio, su mirada se fija en Paris mientras le devuelve el teléfono a Drew.

Ambos agentes ven el breve video dos veces. Drew captó a Ruby siguiendo a Paris hasta el estanque, donde al parecer la obligó a tomar la urna. Con Paris de espaldas a la cámara, el cheque no es visible. Lo único que muestra es a Ruby que grita y empuja a Paris al agua de manera impulsiva.

Desde el interior del coche de policía, Ruby vuelve a gritar.

—¿Alguno de ustedes sabe de qué está hablando? —El oficial superior pasea la mirada entre Paris y Drew—. ¿Qué es eso de su

hija?

Paris se frota el cabello mojado con una toalla vieja que Drew encontró en su maletero. Sacude la cabeza.

—La verdad es que no tenemos ni idea —responde Drew—. Se suponía que hoy iba a entrevistar a Ruby Reyes para mi pódcast, y mi amiga me acompañó. Ruby se volvió loca cuando la vio, y empezó con eso de que su hija estaba viva. Pero si conocen la historia, sabrán que la hija de Ruby murió hace casi veinte años, en un incendio en su casa.

Drew señala la urna vacía, que ahora flota en medio del estanque.

—Por desgracia, esas eran sus cenizas. La urna lleva el nombre de su hija.

Ambos policías asienten.

—Tal vez suene como una pregunta extraña… —aventura la joven agente hacia Paris con tono vacilante—. Pero… ¿no es usted la esposa de Jimmy Peralta?

Paris intercambia una mirada con Drew y luego asiente.

—Sí, soy yo.

Se prepara para un comentario sobre la acusación de homicidio o tal vez algo sobre la herencia. Pero la oficial se limita a asentir con la cabeza y a darle un ligero apretón en el brazo.

—Mi sentido pésame, señora —dice—. Su esposo era un tipo muy divertido. Me encantó el primer especial.

—Espectacular —conviene su compañero—. El segundo está por salir pronto, ¿no? ¿Cómo era que se llamaba?

—*Te amo, Jimmy Peralta* —contesta Paris, y pronunciar las palabras en voz alta la hace sonreír.

Porque lo ama. Y siempre lo hará.

AGRADECIMIENTOS

Todos los libros son difíciles de escribir, pero con la pandemia y mi hijo en la escuela virtual, se necesitaron varios borradores para que *Cosas que hacemos a oscuras* llegara a un punto en el que me sintiera cómoda mostrándoselo a mi editor. (Es loco escribir sobre un asesinato cuando tienes a tu hijo de seis años a medio metro de distancia aprendiendo a contar de cinco en cinco).

Keith Kahla, gracias por tu paciencia y tu disposición para comentar cada una de mis ideas, aunque haya cambiado la estructura de la novela al menos cuatro veces. Sacas lo mejor de mí.

Victoria Skurnick, te estoy eternamente agradecida por todo lo que has hecho y sigues haciendo. Un millón de gracias. Y muchas gracias a la banda de Levine Greenberg Rostan por cuidar siempre de mí.

Los equipos de Minotaur Books y St. Martin's Press son un verdadero sueño. Kelley Ragland, Andrew Martin y Jennifer Enderlin, muchas gracias por su amabilidad y apoyo. Martin Quinn y Sarah Melnyk: son los mejores comercializadores y publicistas que un autor podría esperar.

Macmillan Audio ha producido un audiolibro fabuloso, y estoy muy agradecida a Katy Robitzki, Robert Allen y Emily Dyer por todo su arduo trabajo. Carla Vega, tu magnífica voz y tu narración absorbente fueron el complemento perfecto para esta historia.

Siempre es emocionante ver las traducciones de mis libros en diferentes países y esto no podría suceder sin un increíble equipo de derechos extranjeros. Kerry Nordling, Marta Fleming y Witt Phillips, gracias por hacer llegar mis historias al mundo.

Ervin Serrano, muchísimas gracias por crear la impactante y cautivadora portada de *Cosas que hacemos a oscuras*: da escalofríos en el mejor sentido.

Este libro pasó por muchos ojos antes de llegar a las manos de

los lectores y no envidio el difícil trabajo de un gran editor de textos. Gracias, Ivy McFadden, por detectar todos mis errores gramaticales y pulir las frases torpes.

Este libro fue el primero para el cual contraté los servicios de un editor de temas sensibles, y me alegro de haberlo hecho, ya que escribir un *thriller* psicológico que no toque temas delicados es todo un desafío. Yasmin A. McClinton, te agradezco mucho tus detalladas notas sobre la importancia del lenguaje al describir temas sensibles. Marie Estrada, tu perspectiva reflexiva sobre la cultura filipina que compartimos fue muy apreciada.

Resulta que la gente que lee y escribe las cosas más oscuras es también la gente más agradable del mundo. Ed Aymar, ya sabes lo mucho que significas para mí, así que no nos pongamos sentimentales. Hannah Mary McKinnon, gracias por desenredar mi nudo argumental; fuiste la inspiración absoluta para la sargento McKinley. Sonica Soares, gracias por pensar que soy más genial de lo que en verdad soy. Chevy Stevens, gracias por compartir tu contador conmigo. Samantha Bailey, Nata-lie Jenner, Dawn lus, Angie Kim, Shawn Cosby, Gabino Iglesias, Alex Segura, Mark Edwards, Riley Sager, Alex Finlay y Joe Clifford: todos ustedes son grandes estrellas de rock de la escritura a los que tengo la suerte de llamar amigos. Todd Gerber, gracias por ser inteligente en todos los sentidos en que yo no lo soy. Shari Lapena, estoy muy agradecida por tu generosidad.

Gracias a CWOC, ITW, SinC y MWA por proporcionar recursos y orientación en una industria en la que es difícil hacerse camino.

Los bibliotecarios y los libreros son los ángeles del mundo literario; gracias por todo lo que hacen para que los libros lleguen a las manos de los lectores. Vaya mi enorme agradecimiento también a los *bookstagrammers* e *influencers* que nos cuentan lo que les gusta cada día, en especial a Abby Endler (IG @crimebythebook) por su apoyo constante y a Sarah (IG @things.i.bought.and.liked) por la historia de Instagram que cambió todo de manera tan sorpresiva.

Shell, Lori, Dawn y Annie, gracias por las décadas de amistad y por ser siempre mi lugar seguro.

A mi familia, tanto en Canadá como en Filipinas, *salamat kaayo*.

Un agradecimiento especial a mi tío Alex por ayudarme con las traducciones del cebuano en este libro que Google (y yo)

estropeamos. Tita Becky, gracias por ser mi mayor fan desde el primer día; se te extraña todo el tiempo.

Tengo la suerte de tener unos suegros muy amables. Ron, gracias por ser mi publicista no oficial en Green Bay, Wisconsin. Kay, fuiste una maravillosa abuela para Mox en el poco tiempo que tuvimos juntos y siempre vivirás en nuestros corazones.

A los maestros de mi hijo, y a todos los maestros, les estoy profundamente agradecida por todo lo que han hecho para mantener a los niños comprometidos y aprendiendo en un tiempo tan tumultuoso. A los médicos, las enfermeras y los trabajadores de primera línea que han hecho que el mundo sea más seguro para el resto de nosotros: GRACIAS.

Darren, mi amor, hemos estado en el espacio personal del otro todos los días durante más de dos años y no nos hemos matado. Creo que eso puede considerarse como un matrimonio exitoso. Ayuda el hecho de que te ame tanto.

Moxie Pooh, eres un pequeño ser humano muy bueno y de un gran corazón, y mamá está orgullosa de ti todos los días. Te quiero muchísimo.

Y, por último, estoy increíblemente agradecida a mis lectores. Gracias a ustedes puedo hacer lo que me gusta cada día. Gracias, gracias, gracias.

JENNIFER HILLIER, de origen filipino-canadiense, nacida y criada en Toronto (Canadá), vivió ocho años en Seattle, donde publicó su primer libro. Es autora de siete novelas de suspense psicológico, entre ellas el *bestseller* internacional *Little Secrets*, que fue finalista del premio *Los Angeles Times* y del premio *Anthony*, y de la novela *Jar of Hearts*, que ganó el premio *ITW Thriller* y fue nominada para los premios *Anthony* y *Macavity* en Estados Unidos. Sus novelas se han traducido en veintitrés idiomas. *Cosas que hacemos a oscuras* es su primera novela traducida al español. Confiesa que le encanta escribir cuando llueve, dormir cuando hace sol y leer después de que todo el mundo se haya ido a dormir. Actualmente vive de nuevo en Toronto con su marido y su hijo.

Su sitio web es: jenniferhillierbooks.com